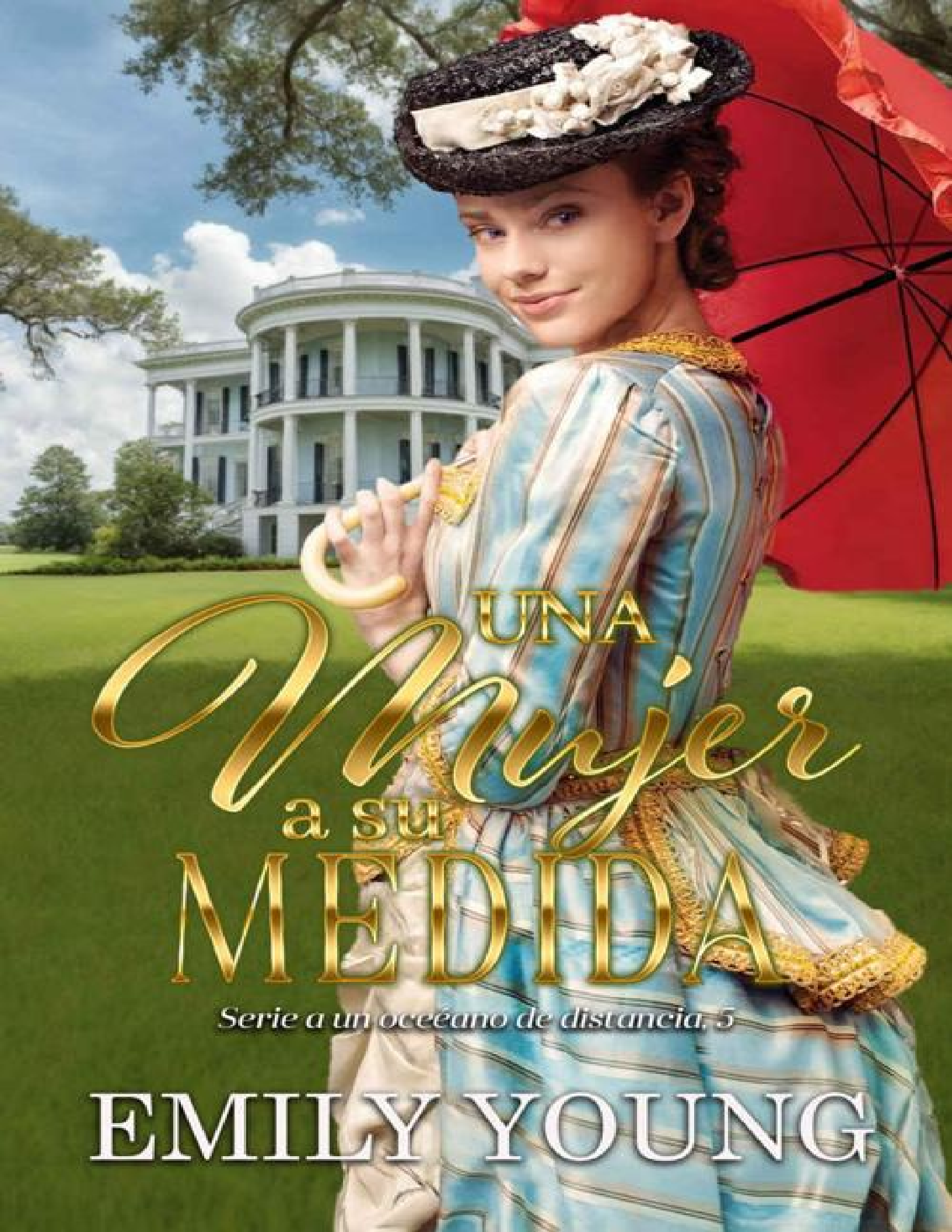

UNA
Mujer
a su
MEDIDA
Serie a un océano de distancia, 5
EMILY YOUNG

UNA Mujer a su MEDIDA

SERIE - *A un océano de distancia* - 5

EMILY YOUNG

PR
Publicaciones Ricardo

©Emily Young

Título original – El corazón salvaje de una dama

Serie A un océano de distancia, 5

Primera edición, Maro 2024

Publicaciones Ricardo

Todos los derechos reservados.

Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sinopsis

Solo iba a ser otra transacción de su tío y acabó casada con un extraño que la miraba con rencor.

Christine Pearson, recién llegada a Virginia, se queda perpleja cuando descubre que su tío la ha intercambiado como forma de pago de una deuda. Sin dinero ni contactos, solo le queda ceder y casarse con un desconocido que no parece tener muy buena opinión de ella.

Pero ella no es una mujer que se deje intimidar fácilmente.

Carter Tremayne solo desea sacar de la ruina a su amada plantación, por lo que se enfurece al saber que su hermano pequeño ha adquirido una gran deuda. Más aun cuando la única forma de pagarla es casándose con la sobrina de un inglés arrogante y déspota.

No tiene más remedio que aceptar, pero él pondrá las condiciones.

Tras el matrimonio, y una vez pagada la deuda, Carter pedirá la anulación**.** Pero a medida que conoce a Christine, una mujer independiente pero vulnerable, así como hermosa, surge un dilema aún más difícil. ¿Qué hacer cuando ella se gana su corazón?

Él sabe que no puede hacer que ella lo ame, pero no puede soportar perderla. Ahora debe buscar la forma de conseguir su amor y de salvarla de un peligro que los acecha.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 1

Jamestown Virginia

Abril de 1782

La esperanza de que su destino fuera más amable se desvaneció para Christine, mientras se resistía al impulso de morderse el labio inferior. ¿Cómo había podido subestimar la naturaleza rencorosa de su tío? Suspiró en silencio. No tenía sentido reprenderse a sí misma por su miopía. Habría mucho tiempo para eso después de que ella encontrara una salida del feo laberinto bizantino que su tío había elaborado.

Si al menos hubiera conseguido dormir algo la noche anterior. Necesitaba una cabeza despejada, una mente que pudiera arrancar la salvación de la nada. Pero se había pasado la noche paseándose por la habitación alquilada, incapaz de pensar en nada más que en lo canalla de corazón negro que era su tío. Y ahora todo lo que tenía para mostrar por el esfuerzo era un cerebro que tenía todo el poder y la claridad de la avena tibia. Christine apretó los dientes.

—Espero, señorita Pearson, que haya encontrado su alojamiento adecuado. —Apoyada en el borde de la silla, Christine se obligó a tragar superando la opresión de su garganta, respiró tan hondo como se lo permitieron sus pulmones y se encontró con la mirada del hombre que estaba de pie detrás del escritorio—. Son más que adecuados para mis necesidades, señor Miller. Le agradezco su consideración y esfuerzo en mi nombre.

El abogado levantó una gavilla de papeles, los examinó brevemente y luego los dejó caer con un suave suspiro.

—Es lo menos que puedo hacer dadas las circunstancias. Me gustaría que se formara al menos una primera impresión favorable de la hospitalidad de Virginia. Es probable que a Carter no le preocupe tanto la calidez de su bienvenida.

Christine bajó la mirada hacia su regazo. No tuvo que quitarse los guantes de seda desgastados para saber que sus dedos primorosamente atados se habían vuelto de un blanco fantasmal. Ajustando el drapeado de su vestido y flexionando la sangre que volvía a la punta de sus dedos, dijo:

—No estoy más contenta con las circunstancias de lo que lo estará el señor Tremayne. Si se puede encontrar una manera de escapar de la situación, le aseguro que lo haré.

David Miller arqueó una ceja pálida y volvió a coger la gavilla de papeles que había sobre el escritorio.

—No va a creer que usted es una parte inocente en este asunto. Es consciente de ello, ¿verdad, señorita Pearson?

Ella levantó la barbilla.

—No tenía conocimiento ni de la naturaleza ni del contenido de la carta antes de ayer, y lo juraré ante Dios. Usted mismo rompió el sello.

—Por favor. —se apresuró a inyectar el joven abogado.

—No pretendía deshonrarla. Conozco a su tío por su reputación, y estoy bastante seguro de que tal perfidia es habitual en sus prácticas comerciales. Es Carter quien me preocupa. Tiene en él una vena de sospecha tan amplia como notoria. No será tan... —El hombre suspiró y miró los papeles mientras sacudía la cabeza.

—¿Qué, David?

Christine pivotó en la silla, volviéndose hacia la puerta del despacho y la dirección de la que había venido la pregunta. Un hombre se hallaba enmarcado en ella, los oscuros rizos de su cabeza a escasa distancia de la parte superior de la puerta, existiendo un mero resquicio de espacio entre sus macizos hombros y los laterales de roble de la jamba. La luz de la mañana se situaba a su espalda y proyectaba los rasgos de su rostro en sombras grises. Pero ella no necesitaba verle la cara para adivinar la expresión que llevaba. Podía saber mucho de su estado de ánimo por la amplia postura que adoptaba en el umbral de la puerta, por la forma en que dominaba la habitación a la que se enfrentaba. Le molestaba tener que estar allí y estaba decidido a despachar el asunto que tenía entre manos lo antes posible.

Fijó la mirada en el escritorio que tenía ante sí el afable señor Miller y luchó contra la oleada de pánico que amenazaba con impulsarla fuera de la silla, del despacho, calle abajo y hacia el dichoso olvido. Una sensación de fatalidad pendiente se asentó sobre sus hombros incluso mientras rezaba en silencio:

—Por favor, Dios mío, que sea otro hombre.

—¿Qué, David? —repitió el desconocido, cruzando el umbral y despojándose del gabán de lana de los hombros. Se volvió hacia el joven como si fueran los únicos ocupantes de la habitación—. Vamos, soy un hombre ocupado y no tengo tiempo para juegos de salón.

Christine vio que David Miller se erguía y cuadraba los hombros.

—Estaba a punto de decir que no eres tan comprensivo como yo.

Su corazón se hundió con certeza.

Carter Tremayne emitió un sonido suave y despectivo antes de responder:

—Eso no explica nada, David. Tu mensaje decía que era un asunto de gran importancia. Dado tu urgencia en que viniera, más vale que lo sea.

—Y lo es, te lo aseguro —respondió Miller, extendiendo la mano en un amplio gesto hacia

Christine—. Permíteme presentarte a la señorita Christine Pearson, de Londres.

Por un instante, Christine consideró corregir los detalles de la presentación, para proporcionar su antiguo título y su lugar de residencia apropiado, pero luego, con la misma rapidez, decidió no hacerlo. Además, la verdad de lo que era y de dónde procedía no supondría ninguna diferencia en el esquema más grande y feo de las cosas que estaban a punto de desarrollarse. Sin mediar palabra, Christine se puso en pie con un aplomo totalmente fingido.

El joven abogado continuó con las formalidades, diciendo:

—Señorita Pearson, le presento al señor Carter Tremayne, propietario de Biltmore y uno de los ciudadanos preeminentes de la región.

—Un cumplido inmerecido, te lo aseguro —dijo suavemente el recién llegado, volviéndose hacia ella con la más abreviada de las reverencias.

Era un hombre rabiosamente apuesto, con pestañas de hollín que enmarcaban unos ojos de esmeralda oscura, una boca ancha y llena y en cierto modo burlona, las comisuras grabadas con líneas que parecían más difuminadas que tenues. Sin embargo, había algo intangible en él que anudó una cuerda en lo más profundo del centro de su pecho. Ella lo llamó miedo y tragó como pudo alrededor del nudo que le subía a la garganta.

Su mirada la recorrió de arriba abajo y se preguntó si él sabía que su vestido de segunda mano llevaba tres años pasado de moda y que ella había ahondado las costuras del corpiño para ajustarlo a sus escasos atributos. Con la poca resolución que le quedaba,

Christine dijo:

—Es un placer conocerle, señor Tremayne. Sólo desearía que las circunstancias fueran de otra naturaleza.

Levantó una ceja oscura mientras le ofrecía otra breve reverencia.

—No puedo considerar desafortunada ninguna circunstancia que traiga a una joven tan

atractiva a mi compañía, señorita Pearson.

Ella pensó que la ligera curva de un lado de su boca desmentía el cumplido, y un destello de ira recorrió sus venas. El súbito calor estabilizó sus rodillas y fortaleció su determinación. Christine alzó ligeramente la barbilla en dirección a David Miller y dijo:

—Creo que en breve abandonarás cualquier pensamiento de ese tipo, Carter.

Para alivio de ella, el joven de pelo arenoso se aclaró la garganta, levantó varios trozos de pergamino de su escritorio y comenzó:

—La señorita Pearson llegó a Jamestown a última hora de la tarde de ayer trayendo correspondencia sellada del señor Mason Everleigh. Conoces al caballero, ¿verdad, Carter?

Christine observó cómo el alto americano cruzaba a grandes zancadas el despacho para echarse la capa sobre el respaldo de una silla elegantemente tallada. Juzgó que su estatura era de al menos 1,90 m. Sus botas eran de suave cuero negro, le llegaban hasta las rodillas y se ajustaban a sus pantorrillas. Su levita estaba bien confeccionada, le quedaba holgada y le impedía ver el resto de su cuerpo. No es que ella necesitara ver más de lo que podía. Todo en él hablaba de un hombre poderoso bastante acostumbrado a salirse con la suya. Christine se humedeció rápidamente los labios y flexionó los dedos a los lados.

—«Caballero» es un término que utilizaría sólo vagamente para describir a Everleigh —respondió Tremayne, dándole la espalda a ella y a su abogado. Cruzando los brazos sobre el pecho y fijando la mirada en algo que había más allá del cristal de la ventana, añadió—: Sólo le conozco por su reputación. Las producciones de mi finca se gestionan a través de otra casa.

Con el corazón acelerado, Christine dio un largo y profundo suspiro, miró fijamente la alfombra y esperó que el abogado resolviera en breve el feo asunto que tenía entre manos.

—Parece que Lauren no comparte tu valoración del hombre —continuó David Miller—. El cuarto día del pasado enero firmó un contrato con…

—¿Por qué suma?

Christine oyó el filo acerado de la ira. La fuerza menguó de sus piernas y trabó las rodillas antes de que pudiera desplomarse en la silla que tenía detrás.

—Dos mil libras esterlinas —respondió el abogado, con voz suave en un aparente esfuerzo por suavizar la dureza de la verdad—. Según Everleigh, Lauren no ha querido o no ha podido pagar la deuda.

—Dime, David... ¿Tuvo Everleigh la desfachatez de pretender que alguna vez esperó que mi embelesado hermano se comportara honorablemente?

Miller carraspeó tranquilamente y continuó.

—El señor Everleigh ha ofrecido tres alternativas para corregir la desafortunada situación. Como primera oferta, te sugiere que le permitas embargar legalmente sus envíos presentes y futuros hasta que la deuda quede saldada en su totalidad. Si eso resulta inaceptable, entonces te sugiere que pagues la totalidad del importe, en libras esterlinas. La señorita Pearson actuará como correo.

Tremayne amplió su postura y no apartó la vista de la ventana mientras preguntaba:

—¿Y la tercera... alternativa?

De nuevo Miller se aclaró la garganta antes de hablar. Christine cerró los ojos mientras le escuchaba responder:

—El señor Everleigh se ha ofrecido a cancelar la deuda contra la entrega de una prueba legal de tu matrimonio con su sobrina. —Miller soltó un largo suspiro—. La misma señorita Christine Pearson.

Oyó la lenta medida del giro de Tremayne y sintió el calor de su atención atravesándola. Tragándose el amargo sabor de la vergüenza mortal, Christine abrió los ojos y se encontró con su mirada. Nunca en todos sus días había visto tanta repugnancia, tanto odio sin adulterar en los

ojos de un hombre. Abrió la boca para hablar, pero no pudo emitir sonido alguno.

—La señorita Pearson desea encontrar alguna forma de eludir la propuesta —se apresuró a decir el joven abogado.

—¿Oh? —espetó Tremayne, con ambas cejas oscuras inclinándose burlonamente—. ¿Lleva dos mil libras esterlinas encima, señorita Pearson?

La fría burla de su tono le robó el poco aire que le quedaba en los pulmones. Ella sacudió la cabeza en silencio.

—¿Tiene usted, señorita, alguna propiedad a la que estaría dispuesta a renunciar para el pago de la deuda de mi hermano?

Las piedras calentadas por el sol de la mansión Kingscote brillaron ante los ojos de su mente. Pero el tío Mason ostenta el título. Con los ojos doloridos por la amenaza de lágrimas furiosas, Christine volvió a negar con la cabeza.

—¿Si se me permite ofrecer una posible solución? —intercedió suavemente David—. Everleigh se ha ofrecido a cancelar la deuda al recibir la prueba de su matrimonio. No ha estipulado nada sobre la naturaleza de esa unión ni sobre su duración. Tal vez...

—¿Un divorcio? —proporcionó Tremayne, enarcando una ceja y sonriendo—. Una idea intrigante, David.

El joven abogado se quedó con la mirada perdida en la parte superior de su escritorio y sacudió la cabeza en lento desacuerdo.

—Intrigante, sí, pero con las dificultades que conlleva, Carter. Como bien sabes, Virginia carece de poder para concederlo, por lo que el caso debe presentarse en la propia Inglaterra. Además, los motivos aceptables son muy estrechos y les causarían a ambos cicatrices sociales permanentes. Estaba pensando en una forma algo menos escandalosa de salir del contrato matrimonial. Una que podamos gestionar en nuestra propia casa, por así decirlo.

—¿Una anulación? —Christine se oyó preguntar en un susurro atónito—. ¿Está sugiriendo que se anule el matrimonio después de que mi tío haya perdonado la deuda?

—No es demasiado honorable, lo sé —respondió David—. Pero sería escapar sin una completa ruina social.

La mirada de Carter Tremayne la recorrió de pies a cabeza, el desprecio brillando en sus ojos y torciendo sus labios en una sonrisa cruel.

—Y qué rápido se le ocurrió a la señorita.

El sonido de su desprecio encendió fuegos que ella había pensado cuidadosamente y guardado a buen recaudo. Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas.

—¿Cómo se atreve, señor, a arrojar calumnias sobre mi carácter? No sabe nada de mí ni de mis circunstancias.

Ella levantó la barbilla y le evaluó de forma muy parecida a como él lo había hecho con ella sólo un momento antes.

—Preferiría acostarme con el mismísimo Diablo que considerar el matrimonio con un tonto tan pagado de sí mismo.

Él ladeó una ceja en lenta consideración. En el fondo de sus ojos se encendió una llama.

—Háble me de sus circunstancias —dijo, su voz suave y sin embargo de algún modo cortante.

Ella no le explicaría nada. Iría a la mansión Kingscote —de alguna manera— y haría lo que pudiera para solucionar el desastre en que se había convertido su vida. Dando un paso alrededor de la silla, Christine cogió su capa de la percha de la pared, diciendo mientras lo hacía:

—No le debo ninguna explicación, señor Tremayne. Y no le daré ninguna. Busque una solución a su dilema lo mejor que pueda, pero no espere que yo participe en ella. —Se echó un

chal de lana sobre los hombros y añadió—: Haré los preparativos para regresar a Londres lo antes posible. Si desea que lleve su pago a mi tío, por favor, haga que lo envíen a mi alojamiento antes de que parta de Jamestown. El señor Miller sabe dónde encontrarme.

Se volvió para encontrar al abogado mirándola fijamente, con sus ojos azules grandes en su rostro.

—Señor Miller 3dijo ella, bajando la barbilla en señal de educado reconocimiento—, agradezco sinceramente su amabilidad y...

—¿Y cómo piensa pagar su pasaje de regreso a Londres? —preguntó Tremayne, su tono no era más amable que antes.

Ella se volvió para fulminarle con la mirada. Tenía de nuevo los brazos cruzados sobre el pecho, pero había cambiado de postura de modo que apoyaba su peso despreocupadamente sobre una pierna. La mirada que se encontró con la de ella era fría y distante.

—¿Quizás adquirió alguna joya de la mujer que le regaló ese vestido tan horrible? —aventuró él antes de que ella pudiera responder—. ¿Podría estar planeando vender algo de ello para su pasaje en barco?

Sus palabras la golpearon como un puño. Se le hizo un nudo en la garganta y contuvo el torrente caliente de palabras. Hablar desataría lágrimas de rabia y ella nunca le daría esa satisfacción.

—No importa a qué lado del Atlántico esté —continuó, tanto su tono como la luz dentro de sus ojos endureciéndose—. Mason Everleigh tiene la reputación de una rata de muelle. Que usted tenga algún parentesco de sangre con él cuenta en su contra. Por otro lado, que sea obviamente un miembro pobre y totalmente desechable de su familia habla en su favor. Él la envió aquí para ofrecerla en sacrificio y así librarse de un pariente sin soltar una libra. ¿Cuál es su verdadera intención?

Sólo Dios lo sabía y ella no quería intentar adivinarlo. Ya estaba bastante asustada. Apretando los dientes, Christine se esforzó por ralentizar su respiración.

—Mi tío no tiene por costumbre discutir sus decisiones comerciales conmigo, señor Tremayne —espetó. Una vez más se volvió hacia el abogado—. Buenos días, señor Miller. Y de nuevo, gracias por todo…

—No importa —prosiguió Tremayne—. Pronto descubriré sus motivos. Y no ha contestado a mi pregunta de cómo piensa pagar su pasaje de vuelta al querido y viejo Londres.

De todos los hombres insufribles que había conocido... Algo en lo más profundo de su ser se quebró con un chasquido casi audible. Christine giró sobre sí misma y, con los brazos colocados a ambos lados de su cintura, replicó:

—¿Es usted siempre tan grosero, señor Tremayne?

—Es uno de los muchos privilegios de los de mi clase, señorita Pearson —replicó él con una sonrisa rápida y sin humor—. ¿Y cómo piensa asegurarse...?

—Tal vez, señor Tremayne —respondió ella con lentitud—, mi tío ha hecho provisiones para ello. ¿No se le ha ocurrido esa posibilidad?

Él negó lentamente con la cabeza.

—No hizo tales disposiciones. No tendría sentido hacerlo. —Una sonrisa amarga levantó las comisuras de sus labios mientras añadía—: Su tío entiende las circunstancias de los caballeros de Tidewater.

Christine entrecerró los ojos y le estudió. Seguramente no pretendía aceptar la sugerencia de matrimonio. Le observó echarse la capa sobre los hombros.

—Llévala hoy a las tres a casa del reverendo Hughes, David. Y trae contigo los papeles que sean necesarios para satisfacer a Everleigh. Nos encontraremos allí.

—¡No lo haré! —balbuceó Christine, sintiendo que el estómago se le hundía hasta los dedos de los pies al tiempo que un calor abrasador inundaba sus mejillas—. ¡No me casaré con usted!!

Él se volvió hacia ella lentamente, con fuego ardiendo en los ojos y la barbilla dura como el granito.

—Desde luego que lo hará, señorita Pearson. Y sin protestar. No tiene medios honorables para asegurarse el pasaje de regreso a Londres. Acepte que ha sido abandonada deliberadamente y que levantarse las faldas es el único medio seguro que tiene para alimentarse.

—¡Carter! —espetó David—. ¡Has ido demasiado lejos!

—No —replicó con calma, encontrándose con la mirada de Christine—. La dama necesita saber lo verdaderamente desesperada que es su situación. Puede venderse a muchos o puede venderse a mí. —Se acercó un paso más a ella y prosiguió, con voz tranquila y dura mientras decía—: Si elige lo primero, señorita Pearson, su vida será brutal, mezquina y corta. Elija lo segundo y sepa que, cuando se cancele la deuda, podrá seguir su camino tan casta como ahora.

—¡Y tan sin dinero y desesperada como en su estado actual! —contraatacó el abogado, con la indignación crepitando en sus palabras.

—Le daré una dote —replicó Carter—. Ciertamente no será mucho, pero será suficiente para atraparse otro marido.

—¡Carter, tu actitud es inconcebible! —replicó David—. ¡Me arrepiento de haber sugerido esta... esta farsa!

Girando sobre sí mismo, el hombre se dirigió hacia la puerta.

—Demonios, David —lanzó por encima del hombro mientras se marchaba—. Ofrézcase usted mismo para casarse con ella cuando esté libre. Me importa un bledo una cosa u otra.

—No puedes casarte con tan poca antelación —ofreció David rápidamente—. Hay que

publicar las amonestaciones. Hay que conseguir una licencia. Y la decencia exige que haya al menos un día o dos entre su emisión y la realización real de la ceremonia.

Tremayne hizo una pausa, con la mano en el pestillo, y se volvió. Sus ojos ardían mientras contestaba con frialdad:

—El requisito de las amonestaciones, una licencia y la decencia pueden dejarse de lado si las circunstancias son lo suficientemente Matherson, David, y tú bien lo sabes. Que esté en casa de Hughes a las tres.

La puerta se cerró tras él con una frialdad que heló el alma de Christine.

Capítulo 2

Carter pasó por el umbral del salón y cerró la puerta tras de sí. El crudo viento que le acompañaba rodó como una tormenta a través de la espesa bruma de humo de tabaco, despejándolo lo suficiente para que pudiera identificar a los hombres reunidos en torno a una mesa de juego en la parte trasera. Sólo ofreció al expectante tabernero un breve gesto de reconocimiento antes de cruzar a grandes zancadas el entarimado hacia el círculo de jugadores.

Cuando se acercaba a la mesa, un hombre con cara de luna y nariz roja y bulbosa levantó la vista de sus cartas y sonrió.

—¡Carter, viejo amigo! Acerca una silla y únete a nosotros.

Una esforzada sonrisa de cortesía fue lo mejor que Carter pudo reunir mientras respondía:

—Quizá en otra ocasión, Karl. La mala suerte me ha ensombrecido toda la mañana y sería un tonto si le diera otra oportunidad de agravar el día.

—Parece que la mala suerte nubla la fortuna de ambos Tremayne —ofreció Karl, sonriendo al tieso joven sentado de espaldas a Carter. Karl se secó la frente con un pañuelo de encaje mientras añadía—: Lauren se ha pasado las últimas horas maldiciéndonos alternativamente a nosotros y a sus cartas.

Carter apoyó la mano en el delgado hombro que tenía delante mientras se dirigía al círculo

de hombres.

—Entonces quizá tus oídos agradecerían un respiro. ¿Podríais prestarme a mi hermano un ratito?

Los otros jugadores lanzaron miradas preocupadas a los billetes de crédito que ensuciaban el centro de la mesa, incluso mientras ofrecían un coro de asentimiento entre dientes. Carter apretó con fuerza el hombro de Lauren y casi tiró de su hermano menor para levantarlo de su asiento. Las patas de la silla rasparon contra el suelo de madera, poniendo los dientes de Carter en punta. Lauren ofreció petulantes palabras de disculpa a sus compañeros antes de seguir a su hermano hasta el otro extremo del saloon.

—Mi suerte estaba a punto de cambiar —ofreció el hombre más joven al detenerse ante Carter—. Supongo que esto no puede esperar hasta el la tarde, ¿verdad?

—Acabo de llegar de casa de David Miller —respondió Carter, conteniendo a duras penas su enfado.

Lauren miró por encima del hombro el juego que continuaba sin él. Se relamió y preguntó:

—¿Y qué necesitaba el viejo David que fuera de tanta urgencia?

—Un asunto de una cuenta vencida —contestó Carter, luchando contra el deseo de agarrar a su hermano por las solapas de su levita y sacudirlo hasta que le entrara el sentido común o se le cayera la cabeza al suelo.

Lauren se encogió de hombros sin apartar la vista del juego.

—Has visto suficientes deudores estos dos últimos años como para haberte acostumbrado a ellos. También los ha hecho David. No veo qué...

—Esta deuda es particularmente grande —gruñó Carter entre dientes apretados—, y parece que el señor Everleigh se ha impacientado.

Lauren se volvió hacia él con tal rapidez que sus rizos rubios se agitaron alrededor de sus sienes. Con sus ojos azul verdoso grandes y sus mejillas demacradas aún más hundidas que de costumbre, levantó su mirada asustada para encontrarse con la de Carter y balbuceó:

—Pero yo... yo...

Carter ladeó una ceja y observó ácidamente:

—Me alegra ver que al menos puedes reunir algo de vergüenza ante esta situación. ¿Es posible que me des una explicación?

Tomando un respiro que no hizo nada por calmar el temblor de su barbilla, Lauren respondió:

—Tuve una racha de mala suerte en Filadelfia y los caballeros amenazaron con causar Matherson daños a mi persona si no pagaba las apuestas. Intenté reunir la suma, pero no pude. Acudí a uno de los agentes de Everleigh porque no tenía otra opción. —Miró al suelo y susurró entrecortadamente—: Iban a aplastarme las rodillas, Carter. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El sonido de la angustia de su hermano disolvió la furia de Carter en un dolor hueco, un dolor familiar de cansancio e inutilidad.

—Nada —dijo con un largo suspiro—. ¿Por qué no dijiste nada cuando regresaste a Biltmore? Podría haber hecho arreglos para…

—Tenía la intención de devolverle el dinero cuando recibiera los pagos por la cosecha del año pasado. Pensé que sería mejor que no lo supieras. Tienes demasiadas cargas ya, Carter. No quería añadir la mía a las que heredaste de padre.

Carter sacudió la cabeza y fijó la mirada más allá de las ventanas de la sombría taberna, sintiendo que su mundo se tambaleaba una vez más al borde del colapso. Una mano fría se cerró en torno a su corazón al recordar cómo, el último día de la vida de su padre, Gabriel Tremayne había encargado desde Londres un carruaje nuevo, un servicio de porcelana Wedgwood para

veinticuatro personas, media docena de vestidos para su esposa y una araña de cristal para el vestíbulo de la mansión Biltmore.

Su padre había vivido la vida a lo grande, con alegre despreocupación por el coste. El mundo de Gabriel había sido a la moda y elegante y muy por encima de sus posibilidades. Al morir, había legado a su hijo mayor el impresionante conjunto de sus posesiones terrenales y una de las fincas más descuidadas de Tidewater, incluida su casa solariega en ruinas y su asombrosa deuda, una deuda tan enorme que cada momento de la vida de Carter giraba en torno a salvar su herencia de las exigencias de los acreedores.

—¿Carter?

El susurro lastimero de su hermano devolvió la atención de Carter al presente. Apartando los oscuros pensamientos, se centró en los temerosos ojos de Lauren y le ofreció sombríamente las palabras que se habían convertido en su credo.

—Lo hecho, hecho está y tendremos que sacar lo mejor de ello.

Apoyando las manos en los hombros del hombre más joven, Carter prosiguió, diciendo despacio y con claridad para que no hubiera equívocos en la emisión de una orden:

—Ve a la caballeriza y alquila un carruaje. Mientras esperas a que lo preparen, envía a alguien a Biltmore con el mensaje de que madre y tía Carrie preparen una habitación para invitados. Deberíamos llegar a tiempo para la cena.

—Dios —se atragantó Lauren, una línea de sudor cubriendo de repente su labio superior —. No será Seaton...

—No. Gracias al Señor por los pequeños favores —replicó Carter, logrando esbozar una sonrisa irónica—. Mason Everleigh permanece, que yo sepa, en Londres. Su sobrina será nuestra invitada durante un tiempo prolongado.

—¿Su sobrina? —Los ojos de Lauren volvieron a agrandarse en su rostro delgado y

encerado—. ¿La has conocido, Carter? ¿Cómo es? He oído que las mujeres Everleigh tienen tendencias bovinas y disposiciones de perritos falderos mimados.

Una imagen irrumpió en la mente de Carter: el retrato de una joven esbelta con el pelo del color de la miel primaveral, ojos violetas centelleantes, piel cremosa, mejillas acarameladas y una barbilla desafiante. El recuerdo le calentó la sangre de una forma que le resultó especialmente irritante.

—Sí, la he conocido —respondió, sacudiéndose la visión de la cabeza—. Y señorita Pearson es más parecida a un gato de establo que a un perro faldero.

—Como has ha dicho, gracias al Señor por los pequeños favores —ofreció Lauren con un suspiro aliviado y una media sonrisa—. Aunque el Señor podría haber sido un poco más generoso. Los gatos del granero no son conocidos por ser demasiado amistosos. Difícilmente el tipo de criatura que se acurrucaría contigo en una noche fría y ronronearía al tocarte.

—No tengo absolutamente ningún interés en compartir mi cama con señorita Pearson —espetó Carter, aumentando de nuevo su ira—. Aunque su presencia en Biltmore puede ser prolongada, también es decididamente temporal y de naturaleza puramente empresarial.

—Una situación que estoy deseando oírte explicar a Larissa Wilson.

Carter frunció el ceño hacia su hermano y espetó:

—No tengo ninguna obligación con Larissa.

Su hermano levantó ambas cejas en su habitual expresión de escepticismo y sonrió.

—Estoy dispuesto a apostar que la buena viuda piensa de forma muy distinta al respecto.

A través de los dientes apretados, Carter gruñó en rápida réplica:

—Es por tus malditas apuestas que me veo en este aprieto. Harías bien en no recordarme...

—¿Qué aprieto? —se burló Lauren con un gesto desdeñoso de la mano—. ¿Un huésped?

No veo cómo una persona más en Biltmore va a a constituir un aprieto.

Inclinándose hacia delante, Carter habló bajo y fuerte.

—Esa persona adicional será mi esposa.

—¿Esposa? —La voz de su hermano subió de tono y se quebró—. ¡Dios mío! ¡Carter! ¡No puedes hablar en serio! Por el amor de Dios, ¿por qué?

—Everleigh cancelará el importe total de la deuda si se prueba mi matrimonio con su sobrina. Me encuentro en una situación similar a la de hace un año. No tengo otra opción. —Observó a Lauren y después lanzó una mirada por encima del hombro a los hombres que jugaban a las cartas. Se percató que su hermano había seguido su mirada y ahora miraba a los hombres con la respiración entrecortada.

—¿Qué va a decir la gente, Carter? —se quejó su hermano—. ¿Cómo vas a explicar esto? ¡No es posible que les digas la verdad!

—No voy a decirles absolutamente nada —replicó Carter—. Que piensen lo que quieran.

—¡No puedes! —imploró Lauren, dando un paso para acortar la distancia entre ellos. Su voz bajó a un mero susurro mientras añadía—: Supondrán lo peor. Habrá historias de incorrección y un matrimonio forzado.

—Es un matrimonio forzado.

—¿Está ella...? —preguntó Lauren, arqueando una ceja y llevándose las manos al abdomen.

—No lo sé y no me importa —gruñó Carter entre dientes. Pero, por Dios, era una posibilidad terrible. ¿Por qué no se le había ocurrido ya? Normalmente era más rápido de mente.

—Si no está embarazada... —Lauren volvió a mirar por encima del hombro. Su voz bajó otro grado—. La gente dirá que te casaste con ella por dinero.

—¿Y qué caballero de Tidewater se casa por otra razón? —Contraatacó Carter.

Lauren negó con la cabeza.

—Carter, no puedes hacer esto. La deuda es mía. Déjame casarme con ella. Es lo justo.

—Everleigh puso las condiciones y…

—Pero todos esperarían que hiciera algo tan impulsivo y poco meditado. Es mi naturaleza. — Lauren posó una mano pálida y delgada sobre el antebrazo de su hermano. Su susurro contenía una nota de pánico—. Si te casas con ella en circunstancias tan precipitadas, todo el mundo pensará que nuestras finanzas están desesperadas.

Carter se apartó, retirando el brazo del agarre de su hermano. Una ira cruda surgió por sus venas y en sus palabras.

—Están desesperadas, Lauren. ¿Cuántas veces debo explicártelo? Si Everleigh decide hacerlo, puede llevarnos a la absoluta ruina. Él me hizo la oferta. ¿Qué pasaría si fuera sustituido como novio y él no estuviera satisfecho?

—¿Por qué se opondría? —contraatacó Lauren, irguiéndose hasta alcanzar toda su estatura. Aun así, tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarse con la mirada de su hermano mientras añadía—: Soy un hombre con propiedades.

—También eres un hombre completamente desprovisto de sentido de la responsabilidad o de rendir cuentas. La propiedad que tienes es por mi legado —replicó Carter—. Y está hipotecada hasta las cejas.

Lauren continuó, impertérrito:

—Tengo mis propios campos y dentro de pocos años podré…

—No me quedaré aquí repitiendo una discusión que ya hemos llevado hasta la extenuación —replicó Carter con escasa cortesía—. No tengo ni el tiempo ni el temperamento para ocuparme

hoy de tus grandes ilusiones. Ahora, si quieres preservar tu frágil fachada de dignidad pública, ves a la caballeriza y busca un carruaje.

—¿Y qué vas a hacer?

—Haré lo que deba para salvar lo que pueda.

—¿Qué le diré a mamá en la nota? ¿Y a tía Carrie?

Carter cerró los ojos y respiró hondo.

—Yo sugeriría la verdad, Lauren. Y trata de evitar tus adornos habituales. La situación ya será bastante difícil sin tener que deshacer los nudos de tus enrevesadas historias.

Lauren suspiró y se quitó una pelusa imaginaria de la manga de su abrigo.

—Madre no se alegrará cuando se entere.

—Y cinco minutos después, Madre no será capaz de recordar ni una sola palabra de la misiva.

—A la tía Carrie tampoco le hará ninguna gracia.

—Carrie —contraatacó Carter—, es la hermana y compañera de nuestra madre. Si desea seguir viviendo en Biltmore, tendrá que ser complaciente.

Tirando del cordón de lino que se extendía un poco más allá del puño de su abrigo, Lauren suspiró.

—Supongo que se aplacarán con la idea de planear una boda. Las mujeres parecen disfrutar con ese tipo de cosas.

—Los votos se intercambiarán hoy a las tres en casa de Hughes.

Los dedos de Lauren se congelaron en su tarea. Pasó un segundo entero antes de que levantara la cabeza y su mirada se clavara en la de su hermano.

—¿Has perdido la cabeza? —exigió en un ronco susurro—. ¿Qué pasa con la publicación de las amonestaciones? ¡Esto es escandaloso! ¡La gente hablará! ¿No recuerdas lo que decía siempre papá? Nuestra reputación es nuestra posesión más valiosa.

La cuerda deshilachada de la paciencia de Carter se rompió.

—Estoy harto de vivir con los grilletes de la apariencia pública. Malditos sean todos hasta el infierno.

—Has perdido el juicio, Carter. Y no seré partícipe de esta tontería.

Carter entrecerró los ojos y clavó en Lauren una mirada penetrante.

—Ten el carruaje en casa de Hughes a las tres o sufre las consecuencias. —Sin decir una palabra más, pasó rozando a su hermano y salió a la calle.

La pesada puerta de madera tembló por la fuerza de su salida. Se detuvo en el paseo de madera el tiempo suficiente para acomodarse el sombrero en la cabeza y respirar profundamente el aire frío y húmedo. Cuando una nube helada se elevó y envolvió su cabeza, su ira se enfrió y su pensamiento se aclaró.

Lauren tenía razón, pero sólo hasta cierto punto. El mundo de la clase alta de Virginia descansaba, en efecto, en el cuidadoso mantenimiento de las apariencias públicas. Para un hombre, estaban endeudados más allá de la cordura, más allá de cualquier esperanza razonable de liberarse alguna vez de la esclavitud económica. Y, sin embargo, fingían que su situación personal era secreta. Nadie hablaba abiertamente de las enormes deudas contraídas con él o con los demás. Como grupo, apostaban su futuro a una política incierta, a unos mercados inestables, a una fe ciega y a unas promesas desesperanzadoras y patéticas.

Carter apretó los dientes, bajó las escaleras y arrancó las riendas de su caballo de la argolla de hierro. Al montar, el frío cuero de su silla crujió en señal de protesta. A su modo de ver, el sonido personificaba la tensión de su mundo. Cuadrando los hombros, hizo girar al castrado

blanco y se dispuso a cruzar la plaza, con la mente llena de las probables consecuencias del día.

Las discusiones especulativas sobre su apresurado matrimonio con señorita Christine Pearson se extenderían por todo Jamestown antes de que el crepúsculo hubiera descendido sobre la comunidad. En el plazo de una semana, la noticia habría llegado tan al norte como Filadelfia y tan al sur como Charleston. La situación sería el principal tema de conversación entre los de la clase acomodada durante algún tiempo.

Carter conocía bien los hábitos mentales de sus semejantes. Habría dos vías de discurso respecto a su matrimonio con la sobrina de un comerciante londinense. Algunos sostendrían que su situación financiera era tenue en extremo, que se había casado para adelantarse a una demanda legal contra Biltmore. Otros argumentarían que el repentino matrimonio exhibía su perspicacia para los negocios: que mediante el intercambio de votos había adquirido una línea de crédito de lo más envidiable.

Una sonrisa sardónica levantó las comisuras de su boca al considerar la miopía de los temores de su hermano. En quince días las dos líneas separadas de especulación pública se fundirían en una sola. Se le consideraría un hombre de negocios rápido y audaz, un virtual dechado de ingenio y espíritu colonial que había convertido una situación verdaderamente desesperada en una ventaja.

No importaba si las suposiciones eran ciertas o falsas. Sólo importaba que la percepción existiera.

La lastimosamente vestida y de temperamento fogoso señorita Pearson era, sin duda, la última mujer con la que habría elegido casarse si tuviera libre albedrío en el asunto, pero la prudencia exigía claramente que aceptara la situación con la mayor gracia pública posible. Había jurado salvar su patrimonio y asegurar su futuro. Si Christine Pearson era un medio expeditivo para ese fin, que así fuera. Y que el cielo la ayudara si ella, o su intrigante tío, intentaban interponerse en su camino.

Capítulo 3

En algún lugar una campana sonó a la undécima hora de la mañana. Christine estaba sentada en la silla del despacho de David Miller escuchando las largas y llenas notas y sintiendo que el mundo se cerraba a su alrededor. ¿Cómo se habían torcido tanto las cosas? ¿Y por qué ahora? Ella había llevado la correspondencia de su tío y conducido sus negociaciones comerciales innumerables veces en los últimos cuatro años. Esta vez no había parecido diferente. Ella no había tenido ningún presentimiento, ningún aviso de que él estaba a punto de desterrarla al rincón más profundo y oscuro del mundo. ¿Se le había escapado alguna pista que debería haberle servido de advertencia?

Esperando que el joven abogado no notara su mano temblorosa, se llevó la copa de brandy a los labios y probó con cuidado el oscuro líquido. El recuerdo de los ojos burlones de Carter Tremayne jugaba en su mente; el timbre suave y cortante de sus palabras aún resonaba en sus oídos. Su sangre corría helada por sus venas, impulsada por los frenéticos latidos de su corazón.

—Ya está. ¿Está ahora mejor? —preguntó David Miller, con una sonrisa amable que le marcaba las mejillas.

No. Nada está mejor en absoluto, quiso sollozar. En lugar de eso, fijó la mirada en la alfombra y logró asentir débilmente mientras el líquido se abría camino por su garganta.

Recostándose contra su escritorio y cruzando los brazos sobre el pecho, el joven continuó:

—Siempre he sostenido que no hay nada como un buen brandy para poner las

preocupaciones de uno en su justa perspectiva. Sé que no es muy apropiado que una dama tome licores fuertes, pero creo que en las circunstancias actuales, la propiedad podría dejarse de lado temporalmente.

—Es usted muy amable —se oyó responder Christine.

—Es lo menos que puedo hacer, considerando que fue mi mal juicio el que la puso en tan desafortunadas circunstancias. Lo siento, señorita Pearson. Por favor, créalo. Si hay algo que pueda hacer...

—Si redacta una carta de crédito contra las cuentas de mi tío suficiente para pagar mi regreso a Londres, se lo agradecería, —respondió ella, con la mirada aún fija en la alfombra—. Me gustaría abandonar Jamestown lo antes posible.

Un largo silencio llenó la habitación. Ella levantó la vista y encontró al joven de pie, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y una expresión que parecía una mezcla de disgusto y abatimiento.

—Desearía sinceramente poder satisfacer su petición —dijo finalmente—. Pero su tío no autorizó ningún giro en sus cuentas en su nombre. No puedo hacerlo sin su consentimiento por escrito. Si dispusiera de recursos, yo mismo pagaría con gusto su pasaje.

Christine se humedeció los labios con la punta de la lengua y tragó más allá del creciente nudo en la garganta. A pesar de estar resuelta a lo contrario, su voz era un susurro incrédulo cuando preguntó:

—¿Está diciendo que mi tío nunca tuvo la intención de que yo regresara a Londres?

Con un largo suspiro, David Miller asintió.

—Me temo que debo admitir que, como siempre, Carter tenía razón en su apreciación. Su tío sabía que el trato sería aceptado y que no habría necesidad de organizar su transporte de vuelta a Inglaterra. Lo siento mucho.

Un escalofrío recorrió toda su columna vertebral mientras se le hacía un nudo duro y frío en el estómago. Los recuerdos de la mansión Kingscote la asaltaron. Hizo falta toda su dignidad para decir con calma:

—Seguramente, en circunstancias tan extremas, se podrían hacer concesiones.

Sacudió la cabeza y se miró los pies.

—Si la reputación de su tío fuera otra, alentaría sus esperanzas, pero desgraciadamente... —Levantó la vista para encontrarse con su mirada—. Creo que la situación justifica la franqueza, señorita Pearson. Entre los caballeros de Tidewater se dice a menudo que Mason Everleigh vendería a su madre por el precio justo. Aunque esa afirmación es una obvia exageración, es lamentablemente evidente que está dispuesto a vender a su sobrina.

—Sólo porque su madre está muerta —murmuró Christine, llevándose la copa de brandy a los labios. El rico licor se deslizó fácilmente por su garganta pero no hizo nada por aflojar los dedos gélidos que atenazaban su corazón y su alma. Se sentó en el borde de la silla, aturdida por la gravedad de sus circunstancias, sus pensamientos recorriendo los oscuros recuerdos del pasado reciente y luego saltando hacia un futuro cuyas sombras se cernían tan pesadas y tristes como las que tenía a sus espaldas. Consideró ambas cosas durante un largo momento. Su pasado había sido escrito por otros, y ella había interpretado obedientemente los papeles que le habían asignado porque no había tenido otra opción. Y el futuro... Una tranquila voz interior le ofreció otro rumbo, temerario. Christine asintió para sus adentros y al instante sintió que la frialdad de su pavor empezaba a aliviarse. El futuro le pertenecía a ella y a nadie más. Haría de él lo que quisiera. Desafiaría los esfuerzos de su tío por relegarla para siempre al fin del mundo, por encadenarla a un insolente y resentido extraño.

Christine se puso en pie y extendió la copa de brandy hacia el abogado.

—Mi padre siempre se apresuraba a recordarme que sólo los tontos mortales se resisten a la voluntad del Señor. Quizá papá tenía razón —observó con una leve sonrisa—. Puesto que

parece haber pocas esperanzas de alterar la marea de los acontecimientos, será mejor que los acepte.

David Miller asintió mientras cogía el vaso de su mano. Colocándolo entre los papeles que ensuciaban su escritorio, dijo:

—Es usted una joven de lo más sensata, señorita Pearson. Un rasgo bastante deseable y, sin embargo, tan poco común en estos días. Carter es un hombre muy afortunado.

—No se considerará así —replicó ella suavemente—, si llego a la iglesia en mi estado actual. —Ofreciéndole una amable sonrisa, le tendió la mano, diciendo—: Le agradezco el tiempo que tan amablemente ha dedicado a mis preocupaciones esta mañana, señor Miller. Ahora regresaré a mis aposentos para que pueda ocuparse de asuntos más urgentes.

—Permítame que la acompañe, señorita…

—Tonterías —intervino ella, agitando la mano en un gesto de despido bondadoso—. No escucharé nada de eso. Tiene tareas que esperan su atención. —Ella le sonrió dulcemente y, a la manera que había visto utilizar a sus primas con gran eficacia, ladeó la cabeza para mirarle a través de las puntas de sus pestañas—. Gracias, pero no, señor Miller. Su oferta es de lo más galante, pero si he conseguido viajar a través del océano Atlántico, seguro que puedo encontrar el camino por un paseo de Jamestown.

Se inclinó en señal de aquiescencia.

—Entonces le llamaré a la posada esta tarde. Digamos a las dos y media.

Cuando ella asintió, David Miller tomó su mano entre las suyas, se inclinó cortésmente sobre ella y la dejó marchar.

Avanzando resueltamente por la calle, Christine miró el muro gris de nubes que se acercaba desde el oeste y se preguntó si presagiaban el mismo cambio de tiempo en Virginia que en Inglaterra. Al cabo de un momento, se encogió de hombros y, levantando el dobladillo de su

falda, alargó el paso. Aunque intuía bastantes posibilidades de que nevara en Jamestown antes de que terminara la tarde, sabía con absoluta certeza que Satanás estaría montando en trineo en el infierno antes de casarse con Carter Tremayne de Biltmore.



Carter salió de la orfebrería, metiendo el anillo envuelto en papel en el bolsillo de su chaleco y frunció el ceño. La señorita Christine Pearson sería su esposa sólo de nombre. La naturaleza de su relación no requería un anillo de boda y, sin embargo, él acababa de gastarse una buena suma en adquirir uno para ella. El precio de plegarse a las expectativas sociales irritaba su sentido práctico. Sería la última extravagancia en lo que a la señorita Pearson se refería, se prometió a sí mismo, cogiendo las riendas de su montura.

Al girar sobre la silla de montar, su mirada recorrió la calle. Varias mujeres, bien abrigadas y cargadas con cestas de mercado, se escabullían por el camino, con la cabeza gacha ante el embate del viento del oeste. Un joven con una gastada y maltrecha valija de cuero les inclinó el ala de su sombrero mientras se hacía a un lado para permitirles el paso sin obstáculos.

Carter entrecerró los ojos y estudió la delgada figura. No le venía a la mente un nombre, pero sabía que había visto al joven antes.

Carter se encogió de hombros y giró su montura hacia el viento. Tenía asuntos mucho más importantes en los que ocupar su mente. Almorzar en su taberna favorita le atraía en ese momento. La comida, caliente y sustanciosa, podría aliviar la fría pesadez que se había instalado en la boca de su estómago durante la última hora. Y si comer no lograba aliviar su ira y su creciente malestar, al menos estaría en el lugar adecuado para intentar ahogarlos.



Su tercer brandy acababa de llegar a su sombría mesa de la esquina cuando una ráfaga de aire frío se entrometió en los recuerdos que Carter tenía de una cintura imposiblemente diminuta y unos labios maravillosamente carnosos y tentadores. Agradecido, hizo a un lado su inexplicable fascinación por los atributos físicos de Christine Pearson y miró a su alrededor, decidido a encontrar una criatura más encantadora que consumiera su imaginación.

Mientras lo hacía, el mismo joven que había visto antes en la calle cruzó el umbral de la taberna y cerró la puerta tras de sí. Carter frunció el ceño y bebió un sorbo lento de su brandy. ¿Quién era el chico? ¿Y por qué se sentía tan malditamente obligado a buscar la respuesta en los recovecos de su cerebro? Mejor este rompecabezas benigno, se dijo, que la locura de preguntarse qué aspecto tendría la sierva del Diablo despojada de sus damascos y linos de segunda mano. Acomodó los hombros contra el alto respaldo del gastado asiento de madera, inclinando la cabeza para que la más profunda de las sombras cayera sobre su rostro y ocultara su apreciación.

Al cabo de un momento, el chico se acercó elegantemente a la barra y empezó:

—Buenas tardes, señor. —Esperó hasta que el hombre que estaba detrás del mostrador hizo una pausa en limpiar un vaso y levantó una ceja en señal de pregunta silenciosa.

—Tengo entendido que puedo encontrar al señor Nick Thunder cenando en su establecimiento —continuó el muchacho—. ¿Sería tan amable de indicármelo?

—Allí —respondió el camarero con un rápido gesto de la barbilla, indicando a un hombre sentado dos mesas a la izquierda de Carter—. Lleva el abrigo color ciruela.

Carter contempló el ritmo del discurso del joven, sabiendo que lo había oído antes pero incapaz de ubicarlo en sus recuerdos. Su mente frustrada le presentó otra imagen de su futura esposa maldita, con una imagen de sus mejillas sonrojadas por la ira, sus ojos llameantes, sus

pequeños pechos subiendo y bajando. Carter bebió otro sorbo de brandy y miró fijamente al muchacho. Al diablo con su grosería. No se le habían presentado otras diversiones y sencillamente no podía soportar otro momento más del acoso de la señorita Pearson.

—Disculpe, señor —empezó el muchacho, deteniéndose ante la mesa de Thunder—. El empleado de su tienda dijo que no le importaría que interrumpieran su comida por una causa justa. Si la verdad es otra, esperaré con gusto hasta que haya terminado.

Carter dio otro sorbo a su bebida y observó cómo Nick Thunder se secaba los labios con la servilleta de lino, la dejaba junto a su plato vacío y se volvía a sentar en su silla antes de mirar al recién llegado y preguntarle:

—¿Qué asunto deseas tratar, muchacho?

El chico ajustó el agarre de la valija, luego cuadró los hombros y levantó la barbilla.

Al igual que Christine Pearson, la mente de Carter lo notó al instante. Su corazón se estremeció ante la insinuación y su sangre se calentó al instante. Seguro que no, se aseguró en silencio, estrechando la mirada para estudiar mejor la espalda de la figura que estaba de pie ante Thunder.

Hombros ligeros. El corte de la chaqueta ocultaba mucho más de la forma del joven de lo que acentuaba. Piernas largas. En un hombre joven se considerarían demasiado enjutas; en una mujer, el tipo de piernas que un hombre podría imaginarse fácilmente envueltas en sus caderas. Maldijo su falta de previsión; aquella mañana no se le había ocurrido inspeccionar más de cerca la mercancía que Everleigh le había ofrecido a cambio. Si hubiera exigido ver bajo las faldas de Christine Pearson, el asunto que tenía ante sí en ese momento podría haberse resuelto ya. Desde luego, no se habría encontrado en la incómoda situación de evaluar la forma física de lo que podría resultar ser otro varón.

—...servicios de una persona con excelente caligrafía y experiencia tanto en llevar libros de contabilidad como en tratar con comerciantes londinenses. —oyó que le explicaba el joven en

tono uniforme y educado—. También me dijeron que en caso de encontrar a tal persona, se esperaría que partiera hacia Inglaterra inmediatamente. Yo tengo esas habilidades y experiencias y he venido a ofrecerle mis servicios, señor.

Thunder arqueó una ceja.

—¿Tiene cartas de referencia?

—No, señor.

—¿Puedo preguntar por qué no? —preguntó Thunder, inclinándose hacia delante para colocar los codos a ambos lados de su plato. Juntó los dedos.

El joven separó ligeramente los pies, levantó la barbilla un poco más y contestó:

—Me encuentro en Jamestown a instancias de mi empleador más reciente. Desgraciadamente, se olvidó de proporcionarme los fondos necesarios para mi regreso a Londres, por lo que me veo obligado a buscar empleo con otro caballero.

Algo se estremeció en lo más profundo de Carter. Ya fuera de rabia o de excitación, no podía estar seguro. Se echó el brandy que le quedaba en la garganta con un movimiento rápido.

—¿Su antiguo patrón tiene la costumbre de descuidar estos asuntos, muchacho? —inquirió Thunder, mirando de arriba abajo a su posible secuaz—. ¿O hay alguna razón en particular para que te haya dejado varado en nuestras hermosas costas?

El muchacho volvió a mover el peso de la valija en su mano.

—Sólo puedo decirle que no preveía el resultado de los negocios que se me encargó llevar a cabo en su nombre.

—¿Y el nombre de su antiguo empleador, muchacho?

—Mason Everleigh.

Carter contuvo el gruñido enfurecido que le subió por la garganta. Pero a duras penas. La

tentación de saltar de su asiento y sacarla a rastras del pub amenazaba con abrumar todo lo demás. Empujó su vaso vacío a un lado y se deslizó hacia delante, con la intención de actuar de acuerdo con su indignación. La suave voz de su andrajoso juicio le susurró que ganaba más dejándola representar la farsa que poniéndole fin de inmediato.

—¿Y cuál es tu opinión sobre él? —oyó que le preguntaba Thunder.

—No hablaré mal de un hombre que me ha pagado el sueldo durante cuatro años, señor.

—¿Eres leal al hombre a pesar de la dificultad de tus circunstancias actuales? —insistió Thunder—. ¿Circunstancias difíciles, debo añadir, que son bastante atribuibles a él?

Ella miró a un punto de la pared más allá de su hombro.

—A pesar de mis circunstancias, señor.

Dios, pero es una actriz consumada, observó Carter ácidamente. La imagen perfecta de la lealtad incondicional frente a la adversidad.

—¿Qué garantías tendré de que no abandonarás mi negocio cuando llegue a Londres? —preguntó el mercader un momento después.

—Mi palabra de honor es la única promesa que puedo ofrecerle, señor —dijo solemnemente.

Carter cerró la mano en un puño para contenerse. ¿Cuántas horas habían pasado desde que se había comprometido a cumplir los términos de la atroz propuesta de su tío? Su conciencia le sugirió que no había prometido nada en absoluto, pero ignoró su patética voz.

Thunder parecía escéptico.

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Unos meses menos de veintiuno —suministró ella y luego añadió apresuradamente—: He viajado mucho para el señor Everleigh durante el transcurso de mi empleo y he tratado con

varias situaciones comerciales delicadas para su gran satisfacción.

—¿Y cuál era la naturaleza del negocio que le trajo a Virginia?

Ella dio un paso atrás, puso rígida la columna vertebral y levantó la barbilla.

—No estoy en libertad de discutir los asuntos de otro hombre, señor Thunder —contraatacó ella, con un tono agradable pero firme—. Espero que pueda entender mi posición. Yo guardaría sus asuntos de la misma manera.

Confíe en esa pícara intrigante, Thunder, le advirtió Carter en silencio, y se considerará afortunado si lo único que corta son las cuerdas de su monedero.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Kingscote, señor —respondió—. Clive Kingscote.

Thunder asintió lentamente y frunció los labios.

—Necesitaré algún tiempo para pensar en el asunto —decidió, apartando su silla de la mesa y poniéndose en pie—. ¿Puede volver a mi establecimiento esta tarde sobre las seis? Para entonces ya habré tomado mi decisión.

Ella vaciló.

—Serán las seis, señor —respondió finalmente con un movimiento de cabeza—. En su tienda.

—Creo que la prontitud es una cualidad deseable, señor Kingscote.

—Yo también, señor —le aseguró ella con un movimiento de cabeza—. Estaré allí a la hora acordada. —Ella le ofreció una crujiente reverencia mientras él pasó junto a ella—. Hasta entonces, señor.

Carter la observó mirar a su alrededor y luego serpentear hacia la barra, notando que rebuscaba en el bolsillo de su abrigo mientras avanzaba. Cuando ella apoyó su pie calzado en la

barandilla de latón, puso una moneda sobre la barra y con un movimiento de cabeza indicó el barril de cerveza, el último hilo de su contención se rompió. Arrojando la servilleta sobre la mesa, se levantó rápidamente y, maldiciendo por lo bajo, fue a poner fin a su farsa.

Verse obligado a casarse con una mujer sin dinero a la que no quería ya era bastante malo, pero tener a esa mujer desfilando por la ciudad vestida de hombre, solicitando empleo, bebiendo cerveza en una taberna... Apretó los dientes mientras se dirigía despreocupadamente hacia el mostrador de roble. La señorita Christine Pearson tenía mucho que aprender sobre cómo ser una dama correcta y aún más sobre cómo ser un miembro aceptable de la aristocracia de Tidewater.

Su sangre retumbó con un latido impío por sus venas cuando se acercó a la figura delgada que estaba de pie ante el camarero. Ella levantó la vista al verle acercarse y, en una fracción de segundo, él vio cómo la comprensión, el miedo y la decisión se encendían en el fondo de sus ojos violetas.

Capítulo 4

Mientras oía vagamente el compás entrecortado de su respiración, Christine sentía agudamente el latido de su corazón. La certeza retumbó con fuerza en su cerebro. Carter Tremayne tenía las piernas largas y el conocimiento de la ciudad a su favor. Perdería cualquier carrera a pie con él; huir de él estaba descartado. Sin más opción que mantenerse firme, contuvo la respiración y esperó la llegada del mismísimo Satanás.

Vino a colocarse junto a ella en la barra, con los músculos del cuello tensos por la rabia apenas reprimida y las manos cerradas en puños. Christine sonrió con ganas y luego, con todo su coraje y determinación, le dio deliberadamente la espalda y cogió su jarra de cerveza. Se echó una buena porción del brebaje en la garganta de forma varonil y oyó las palabras bajas y groseras que él murmuró en voz baja.

Se volvió lentamente y apoyó deliberadamente los antebrazos en la barra, junto a ella. Ella podía sentir el calor que irradiaba de su cuerpo y a través de la escasa distancia que los separaba. Había al menos media docena de tabernas en la pequeña ciudad de Jamestown. ¿Cómo se las había arreglado para elegir aquella en la que él estaba? ¿Podía su suerte ser peor de lo que ya era? ¿La estaba castigando Dios por algún gran error que había cometido sin saberlo?

Sus palabras llegaron en voz baja pero ribeteada de fría orden.

—Se retirará de este saloon, recogerá su valija y se dirigirá en silencio a su alojamiento, donde se cambiará por un atuendo apropiado.

Ella fulminó con la mirada a su cerveza, furiosa por su presunción de ordenar. Hicieron falta varios latidos furiosos para que reuniera la calma suficiente para preguntar:

—¿Y si no lo hago?

Carter miró fijamente la pila de jarras de cristal que se alineaban en el mostrador detrás de la barra. Por Dios, la mujer tenía una columna vertebral de acero. Lo último que quería hacer era montar una escena pública. A arrastrar físicamente a lo que parecía ser un joven fuera de una taberna pública ya sería bastante malo, pero cuando todo el mundo se enterara de que el chico era en realidad una mujer y esa mujer la esposa con la que se había casado tan apresuradamente... Lo que quedaría de su reputación no valdría la pena tenerlo. Por supuesto, si se enteraban de que no había hecho nada para hacer frente a su escandaloso comportamiento, se encontraría en la misma repugnante situación. Estaba condenado si lo hacía y condenado si no lo hacía. Y le guardaba rencor por haberle puesto en esa humillante situación.

—Tiene que salir de aquí alguna vez —susurró, decidido a ganar de un modo u otro—. Ya sea antes de las seis para acudir a su cita con Thunder o a altas horas de la madrugada, cuando el camarero cierre el saloon. Sepa que sea la hora que sea, le estaré esperando. Y cuanto más espere, más enfadado estaré.

Christine se tragó el corazón. Maldito fuera su tío por utilizarla de una forma tan insensible. Maldito fuera por entregarla en manos de un bastardo tan arrogante. Y maldito fuera el bastardo por su fría voluntad de intimidarla y amenazarla igual que había hecho su tío. Necesitaba tiempo para pensar en una salida y lo buscó en la distracción de su jarra de cerveza.

La mano de él salió disparada hacia delante y se aferró a su muñeca con una rapidez y una fuerza que la dejaron sin aliento.

—No… —gruñó—, …agraves sus pecados.

Christine intentó apartarse, pero los dedos de él no hicieron más que apretarle la muñeca. Sintió el pulso de él acelerarse por todo su cuerpo, sintió su propio corazón acelerarse y luego

igualar traicioneramente el latido. En ese instante el eje de sus temores cambió. Ser obligada a casarse con ese hombre no era el peor de los destinos que podían caer sobre ella. Invitarle involuntariamente a tener intimidades físicas suponía un peligro mucho mayor. De repente, la taberna le pareció más pequeña, confinada, asfixiante. Tenía que salir de allí, tenía que encontrar la forma de poner distancia entre ellos.

—Bastardo —juró sin aliento—. Suéltame.

—Cuando lo haga —contraatacó Carter, una parte de él desesperada por hacer precisamente eso, otra parte deseando con la misma desesperación atraerla contra la longitud de su cuerpo—, se irá en silencio y me esperará justo fuera de la puerta. Llevaré su valija como pretexto para seguirme. ¿Entendido?

El fuego brilló en sus ojos cuando ella le miró, pero asintió. Su aquiescencia le sorprendió y le hizo recelar, pero, como era un hombre de palabra, aflojó inmediatamente su agarre. La oleada de alivio aún le invadía cuando ella dio un paso atrás y se colocó la levita en su sitio.

—No piense ni por un momento, señor Tremayne —le dijo en voz baja mientras se volvía hacia la puerta trasera—, que nuestro conflicto ha terminado y que usted ha ganado.

Él la miró irse, asombrado por la profundidad de su desafío. ¿Tenía realmente la confianza necesaria para hacerlo? ¿O era todo una bravuconada? ¿Y por qué demonios estaba tan enfadada con él? Era su tío quien había tendido la trampa y la había soltado. Él era tan víctima desprevenida de Mason Everleigh como ella. Y él lo odiaba, le molestaba ser un peón impotente tanto como a ella, obviamente.

Pero si ella pensaba que él iba a llorar como amigos por su destino común, bien podía pensárselo de nuevo. Ella era un desastre social a punto de ocurrir, y a menos que él la tuviera bajo firme control, desharía lo poco bueno que pudiera salir de la especulación pública sobre su matrimonio. Al final, se dijo a sí mismo mientras recogía su maleta, no importaba si su desafío era real o artificioso. Tenía que llegar a su fin.

Con los brazos abrazando su vientre, Christine se paró en el patio empedrado de la parte trasera del saloon y miró hacia un extremo del largo callejón y luego hacia el otro. Grandes edificios de ladrillo rojo se erguían como centinelas en ambos extremos, encerrándola de hecho en una botella. Si tan sólo hubiera pasado la tarde de ayer y esa mañana explorando la ciudad en sí. Si tan sólo la conociera lo suficiente como para encontrar un lugar seguro donde esconderse hasta que pudiera escabullirse por la noche. Podría encontrar una forma de ganar el dinero necesario para comprar su pasaje de vuelta a Inglaterra.

Una forma honorable. Podría hacer libros. Cocinar. Mantener la casa. Una vez había pasado sus días manteniendo un hogar, dirigiendo una granja. Había destacado en todo ello, había disfrutado cada momento de aquellos años. Todo lo que necesitaba era que alguien confiara en ella, que le diera una oportunidad. Podía volver a hacerlo. No había olvidado cómo. Sí, ella necesitaba volver al puerto. Alguien de allí o de las cercanías seguramente comprendería su difícil situación y se apiadaría de ella.

Una ráfaga de aire caliente y humeante la envolvió, y Christine saltó instintivamente y giró sobre sí misma, lamentando no haber huido ya y preparándose para la siguiente embestida. Dios mío, era un hombre tan alto y de constitución tan poderosa. El asa de su valija era invisible en el apretón de su mano, el peso de sus escasas pertenencias no parecía nada que él pudiera levantar mientras se la tendía en silencio.

Ella se habría escabullido entonces, pero incluso cuando tomaba su bolso en la mano, él la agarró por la parte superior del brazo, su mano rodeándolo fácilmente en su totalidad, su agarre posesivo.

—¿Suele ir por ahí vestida de hombre? —le preguntó en voz baja, sus ojos verdes ardiendo mientras su mirada la recorría lentamente desde la parte superior de su cabeza hasta la punta de sus botas.

Ignorando el calor que de repente se abría paso por sus mejillas, Christine tomó aire.

Esperó a que su atención volviera a recorrer su cuerpo antes de responder con frialdad:

—A título informativo, señor Tremayne, sí, lo sé.

Él tragó saliva con fuerza y luego sus labios se comprimieron en una línea dura mientras la consideraba con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde se aloja? —preguntó finalmente.

Con el corazón agitado por un renovado pánico, Christine respondió:

—No se lo diré.

La más leve sombra de una sonrisa tocó una comisura de sus labios mientras él ladeaba una ceja oscura y decía con calma:

—Entonces no me deja otra opción que despojarle de estas ropas aquí mismo.

Christine sintió que sus ojos se abrían de par en par, que sus entrañas se encogían. Incluso cuando la voz de la razón interior la instó a huir, se oyó a sí misma jadear:

—¡No se atrevería!

Él se rio, y ella oyó las notas distintivas de un hombre que sabía que, por fin, había ganado la partida.

—En efecto, me atrevería —le aseguró él, con los ojos chispeantes de dura diversión. Su boca llena se curvó hacia arriba en una sonrisa burlona—. Nuestras nupcias son dentro de una hora y no tengo intención de presentarme ante un clérigo con mi novia disfrazada de muchacho. Irá desnuda antes de presentarse como ahora está vestida. La elección es suya, señorita Pearson. Tiene tres segundos para tomarla.

Su sonrisa se ensanchó.

—Uno...

Todos sus instintos le decían que él cumpliría su amenaza; que se enfrentaba al hombre

más peligroso que jamás había conocido. Sí, le arrancaría la ropa allí mismo. Y sentiría un gran placer al hacerlo. Respirar se convirtió de repente en un proceso laborioso y tortuoso demasiado difícil de soportar.

—Dos...

—La Casa Grissell —espetó ella, tan disgustada por su propia cobardía como por el sonriente sentido de superioridad de él.



Carter la siguió hasta la pequeña habitación alquilada y pateó la puerta que se cerró tras ellos mientras decía:

—Póngase cualquier cosa que posea que pueda pasar por razonablemente respetable. El vestido que llevaba en el despacho de David servirá.

Desde el centro de la habitación, se encaró a él, con los hombros cuadrados como siempre, esa chispa desafiante encendiendo sus ojos violetas. Con las manos cerradas en pequeños puños a los lados, dijo en voz baja:

—Es repugnante.

—Y usted es un mal equipaje —contraatacó él, retrocediendo para que su cuerpo le bloqueara el acceso a la puerta—. Parece que nos merecemos el uno al otro. —El color y la expresividad de los ojos de ella le fascinaron. En ese momento, le recordaban al cielo durante la concentración de las tormentas. ¿Cómo serían, se preguntó, en la agonía de la pasión física? ¿Y en la tranquila calma del después?

Carter frunció el ceño y desterró los pensamientos caprichosos. Señaló con la cabeza la

maleta que ella había arrojado sobre la cama.

—No tenemos mucho tiempo. Cámbiese de ropa.

—Sólo cuando me haya dado la espalda —exigió ella con toda la altanería de una duquesa ofendida.

Él se rió a carcajadas, sacudiendo la cabeza.

—¿Para que pueda golpearme en la cabeza y hacer otro intento de fuga? —Apoyó los hombros en la jamba de la puerta. Cruzando los brazos sobre el pecho y un tobillo despreocupadamente sobre el otro, la miró de arriba abajo de la forma que sabía que la irritaba —. No soy tonto, señorita. Además, en menos de una hora será mi esposa. El trato no es obra mía, pero creo que tengo todo el derecho a ver la mercancía que estoy adquiriendo.

Vio cómo nubes de duda se agitaban sobre la chispa de su ira instantánea.

—Prometió, ante un testigo, que nuestro matrimonio no sería consumado.

—No se haga ilusiones —contraatacó él—. No tengo ninguna intención de acostarme con usted. Ni hoy. Ni nunca. No apela a mis sentidos en lo más mínimo. —Incluso mientras las palabras salían de su boca, una cínica voz interior se burló—: Mentiroso.

—Pero si no empieza inmediatamente a vestirte adecuadamente —continuó, forzando bruscamente su mente al asunto que tenía entre manos—, me veré obligado a realizar la tarea por usted. Y tenga en cuenta que no me siento obligado a ser amable al respecto.

Ella le fulminó con la mirada una vez antes de darle la espalda. Él observó divertido cómo ella se despojaba bruscamente del abrigo de los hombros y lo arrojaba sobre la cama. Su camisa le siguió en cuestión de segundos y la sensación de victoria de Carter desapareció rápidamente. Apretó los dientes y cambió de postura, diciéndose a sí mismo que la sabiduría residía en observar el decoro y en mirar hacia otro lado mientras ella deshacía las ataduras que le habían aplastado el pecho.

Pero no pudo. Dios, no podía apartar la mirada de la crema impecable de su piel, ni evitar que recorriera la atractiva longitud de su esbelto cuello y bajara por la elegante curva de sus hombros y brazos. Bajó más hasta tocar la curva de sus caderas, donde desapareció en la cinturilla de sus calzones, y se encontró de nuevo preguntándose por las piernas provocativamente largas que ocultaba el tejido de lana.

La voz interior llegó de nuevo, esta vez suave de burla. La deseas. Carter maldijo por lo bajo. Si la pequeña solterona semidesnuda abriendo la valija apelaba a sus instintos más bajos, era sólo porque no había buscado ninguna liberación desde que él y Larissa Wilson se habían separado. Podía cambiar esa situación con bastante facilidad. Podía dejar de lado sus sospechas y Larissa le perdonaría a la primera caricia.

Su mirada vagó de nuevo sobre ella, su sangre ya caliente calentándose aún más al verla inclinada sobre la valija ahora abierta. Carter forzó su atención hacia el techo bajo de la habitación, pero un aleteo de blanco devolvió instantáneamente su atención a ella.

—¿Dónde está su doncella? —se oyó preguntar mientras la observaba pasarse las medias de encaje suelto por la cabeza y bajar por el torso. Extraño, musitó, nunca antes le había desagradado la idea de esa prenda en particular.

—No tengo criada —fue la distraída respuesta de ella.

—¿Debo suponer que ha viajado desde Londres sin compañía?

Ella lo miró por encima de su hombro liso y alabastro.

—Como sospecho que cualquier cosa que pudiera ofrecer a modo de explicación sería ignorada, le dejaré que piense lo que quiera.

Dios, francamente no tenía ni idea de qué pensar de ella. Había estado encantadora de una manera campechana en su presentación en el despacho de David Miller. Luego se había erizado con toda la indignación de un par insultado en la Cámara de los Lores. Se había mantenido

serenamente firme cuando la confrontaron en el bar. En el patio detrás de la taberna, había sido la doncella vulnerable y asustadiza. Ahora interpretaba a la fría e imperturbable dama de alta sociedad. Al parecer, Christine Pearson había cambiado quién y qué era con la inesperada brusquedad del tiempo primaveral.

Carter sonrió para sus adentros. Resolver los enigmas de la gente siempre le había intrigado y entretenido. El secreto residía en despistarlos; provocar su ira era el medio más sencillo para conseguirlo.

—¿Y lo peor que podría imaginar de usted estaría tan lejos de la realidad? —preguntó.

Sacó un vestido de la valija, el mismo que llevaba cuando él la había conocido.

—No le debo ninguna explicación de mis circunstancias, señor.

Él ladeó la cabeza, su mente repasando todas las palabras que habían intercambiado aquella mañana.

—Es la segunda vez en nuestro breve noviazgo que me lanza esas palabras en particular —observó en voz baja, mirándola—. Aparentemente sus circunstancias son de alguna importancia para mí. Como su marido, tengo derecho a saber si pueden causarme alguna…

—Vergüenza social —terminó ella con apenas un leve matiz de burla en su voz. Su desprecio se hizo totalmente evidente cuando añadió, justo en voz baja—: Qué predecible.

—¿Es probable que necesite una explicación para mis amigos y mi familia? —insistió él, con el orgullo escocido por su pequeña agresión y exigiendo que pagara por ello—. Debe haber una muy buena razón por la que Mason Everleigh pensara urdir este plan desesperado para casarla. ¿Un asunto indiscreto, tal vez? ¿Un pequeño robo?

Ella giró sobre sí misma, las manos en las caderas, la barbilla erguida con dura resolución. Ella le estudió durante un largo momento, un momento en el que él observó cómo la valoración y la deliberación apagaban la vibrante chispa de ira y oscurecían sus ojos hasta el color de la

medianoche.

—A su muerte, la propiedad de mi padre en Herefordshire pasó a manos de Everleigh —suministró ella, sus modales tan controlados como los de cualquier abogado que él hubiera visto —. Como mi marido, está en su derecho de exigir la propiedad como pago de mi dote. Cuando este matrimonio sea finalmente anulado, quiero que me la escriture como mi liquidación.

Carter soltó un bufido burlón.

—Junto con una considerable suma anual para mantenerla, supongo.

—No necesito ni quiero nada de usted —afirmó ella con indiferencia, dándole la espalda y empezando a rebuscar en su valija—. Además —añadió en el siguiente latido—, el mero hecho de que se pliegue tan fácilmente a la maquinación de mi tío me dice que no le sobra ni un soberano.

La primera de sus palabras le había quitado el viento de las velas. La segunda hirió profundamente su ya magullado orgullo. Pero sabía que no debía tropezar, lanzando palabras a diestro y siniestro, en la trampa que ella le había tendido. Si creía sinceramente que él tenía poder para exigir cualquier cosa y que Everleigh estaría dispuesto a hacer algo tan amable y poco provechoso como regalar una propiedad valiosa, entonces se merecía que sus ilusiones tuvieran un final demoledor y doloroso.

—Hecho —dijo incluso mientras se preguntaba si aquella única expresión habría sido una de más.

—Quiero el acuerdo por escrito —prosiguió con la misma calma de antes—. Firmado, atestiguado y sellado antes de que intercambiemos nuestros votos.

Fue un giro interesante e inesperado. Muy empresarial. Y sensato. Era un rompecabezas intrigante. Resolverlo probablemente no llevaría mucho tiempo, pero era una diversión en un mundo que no ofrecía demasiadas. Carter sonrió.

—¿Alguien ha mencionado alguna vez que es una pequeña mercenaria de sangre fría?

Enroscó su varonil cola trenzada en un nudo en la nuca y se volvió hacia él. Sujetando el arreglo con una mano, se sacó una horquilla de los labios y la colocó despreocupadamente en su sitio mientras respondía:

—Las circunstancias dictan con frecuencia adaptaciones.

—Le gusta mucho esa afirmación, ¿verdad?

—Es el credo de los Pearson. —Ella sonrió y arqueó una delicada ceja— ¿Cuál es el credo de los Tremayne? ¿El poder hace el derecho?

¿No sabía ella que estaba cortejando su ira? Él sabía que ella era plenamente consciente de lo que estaba haciendo y de las probables consecuencias. Por lo visto, no tenía el sentido común de asustarse. No, eso tampoco era cierto. Si algo había aprendido de Christine Pearson en la única hora que llevaban conociéndose, era que poseía tanto inteligencia como sentido común.

¿Cuántas facetas tenía esta mujer? ¿Cómo sería ella inmovilizada entre él y las suaves sábanas de lino? No importaba, se aseguró con rabia. Los pensamientos de tirarla sobre la cama eran simples aberraciones, producto de la agitación del día y nada más.

—Termine de vestirse —le ordenó con un gesto seco de la cabeza hacia la maleta—. Llegaremos tarde a nuestra propia boda si sigue entreteniéndose.

—Ya he terminado de vestirme.

La calma de ella aumentó la irritación de él.

—Aún llevas calzones y botas bajo las faldas.

—Nadie lo sabrá.

—Yo lo sabré.

Ella volvió a estudiarle, con la mirada firme y sin la menor afectación.

—Y ser absolutamente apropiado y correcto lo significa todo para usted, ¿verdad? Incluso si es total y completamente tonto. —Luego inclinó la cabeza hacia un lado y preguntó con toda inocencia—: ¿O es que no puede discernir la diferencia entre los asuntos de verdadera importancia y los que son insignificantes?

—Veo la distinción con bastante claridad, señorita Pearson —respondió Carter, alejándose de la puerta—. Pero también comprendo demasiado bien los efectos de intentar jugar al juego al margen de las reglas. Las ondas de la más mínima censura social suelen producir desastres financieros de grandes proporciones. Puesto que vamos a estar encadenados el uno al otro hasta el momento en que su tío cancele la nota de crédito, nos conviene tener un claro entendimiento de las expectativas.

—Debo comportarme como una dama apropiada en todo momento —dijo ella uniformemente, su mirada clavada en la de él—. Eso ha quedado muy claro. ¿Qué puedo esperar de usted, señor Tremayne?

Carter le dedicó una media sonrisa.

—Que me comporte como un caballero.

Su ceño se arqueó ligeramente mientras juntaba las manos con recato ante ella.

—¿Se me permite observar que su papel en esta farsa le concede una latitud de conducta mucho mayor que la mía?

—En efecto, puede —respondió él, decidiendo que podría soportar estar casado con Christine Pearson si ella mantenía el temperamento que ahora mostraba. Si tal era el caso, podía permitirse encontrarla a mitad de camino—. Le aseguro que tendré el cuidado razonable de ser discreto.

Ella asintió y se quedó mirando el suelo a sus pies. Al cabo de un momento dijo suavemente:

—Qué civilizado por su parte.

—Muy civilizado.

Su mirada subió muy lentamente para encontrarse con la de él. Sus ojos eran hermosos... brillantes zafiros y diamantes... y él se oyó a sí mismo respirar hondo ante la visión. Sólo cuando la sonrisa curvó sus labios, Carter se dio cuenta de que hasta ese instante no había visto a Christine Pearson realmente enfadada.

Capítulo 5

Desde el instante en que había entrado por la puerta de la oficina de David Miller, Christine había sabido que Carter Tremayne poseía una fuerza poco común, una fuerza de voluntad totalmente distinta a la de los demás hombres. Se sintió envuelta en ella mientras permanecía de pie junto a él, sintiéndose diminuta y frágil y consumida por una sensación de temor mortal que parecía haber tomado residencia permanente en lo más profundo de su alma. Por primera vez en su vida dudó a medias de su capacidad para superar un obstáculo que se cruzaba en su camino. La posibilidad, extrañamente, la helaba hasta el centro de los huesos y a la vez le calentaba la sangre.

Christine intentó calmar el temblor de sus manos centrando su atención en los demás que la rodeaban. David Miller estaba de pie a su izquierda, sosteniendo aún los documentos que ella y Carter Tremayne habían redactado y firmado antes de que comenzara la ceremonia. A la derecha de Carter estaba su hermano, Lauren, moviéndose inquieto y lanzándole miradas de reojo. No se parecía en nada a Carter. Bajo y delgado, rubio y excesivamente nervioso. Le recordaba a algunos de los pájaros diminutos y exóticos que había visto durante la docena de viajes que había hecho al Caribe por encargo de su tío.

El vicario era un hombre mayor, corpulento y casi calvo, cuyos ojos se nublaban de compasión cada vez que dirigía una mirada hacia ella. Lo que afortunadamente no ocurría muy a menudo. La lástima sólo hacía que el pavor fuera más duro y frío y mucho más paralizante. Debería haber huido cuando había tenido la oportunidad en el patio del saloon. O haber salido

corriendo por la puerta de la casa parroquial en aquel momento en que Carter Tremayne había soltado su agarre del brazo de ella para poder firmar los papeles de Miller. Pero no lo había hecho. Tontamente, se había mantenido firme en todo momento, en aras de la dignidad. No es que la dignidad hubiera hecho nada por ayudarla a escapar o siquiera retrasar su destino. Si hubiera estado en su sano juicio, habría exigido la luna y las estrellas a cambio de su participación en esta farsa. En lugar de eso, se había conformado con la esperanza de recuperar a Kingscote. Era una ratoncita patética, tímida y temblorosa.

—¿Señorita Pearson?

Empezó, notando al instante la rápida y nerviosa mirada que el vicario lanzó al hombre que estaba a su lado.

Tremayne ni siquiera se volvió para mirarla mientras le ordenaba en voz baja:

—Di «sí, quiero».

Oh, cuánto deseaba ella decir

—No lo hago. Nunca lo haré. —Cuán desesperadamente deseaba levantarse las faldas, darse la vuelta y marcharse con altivez. Sólo que no tenía adónde ir ni forma de llegar. Y el Sabueso del Infierno sólo vendría tras ella y la arrastraría de vuelta.

—Sí, quiero —dijo, agradecida de que al menos las palabras no hubieran salido en un chillido ratonil. El vicario tragó saliva y le dirigió otra mirada de lástima.

—Continúe, señor —dijo Carter Tremayne, con un tono tan imponente como su presencia física.

Cerrando su libro con un audible suspiro de alivio, el vicario dijo:

—Ahora os declaro marido y mujer. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. —Sonrió débilmente y miró a un lado y a otro entre ellos antes de aventurarse—: Ya puede besar a su esposa, señor Tremayne.

Christine supo en el instante en que se volvió hacia ella que tenía la intención de hacer precisamente eso. Su sonrisa cómplice, la inclinación de sus cejas y el brillo duro de sus ojos le dijeron que pretendía aprovechar la oportunidad para castigarla. Que haga lo que quiera, desafió ella interiormente. No se encogería de horror de doncella y haría el ridículo. Si él quería que el clérigo, David Miller, y su hermano le vieran comportarse como una bestia, lejos estaba ella de intentar salvar su honor. Ya estaba bastante ocupada intentando preservar el suyo propio. Dejó que él le pasara los brazos por los hombros y la cintura sin forcejear; levantó la cara y cerró los ojos, decidida a soportar su asalto sin siquiera un gemido.

Él la atrajo contra la longitud de su cuerpo, no bruscamente como ella había esperado, sino con una suave persistencia que la cogió desprevenida y al instante hizo que su corazón se acelerara. Apretando sus labios contra los de ella, le acarició la boca lenta y pensativamente, su lengua reverentemente trazando la plenitud de sus labios. En un abrir y cerrar de ojos, él rompió su calma y envió un calor líquido a cantar por sus venas. Por sí solas, las manos de ella subieron para apoyarse en los planos anchos, duros y musculosos del pecho de él. Los latidos de su corazón rasguearon contra sus palmas en señal de bienvenida y pusieron a bailar su propio pulso.

Lentamente, sus brazos la rodearon con más fuerza y su beso se hizo más profundo, devorando su suavidad. Su boca exigió una respuesta y ella se rindió al instante, de buena gana. Apretó sus labios abiertos contra los de él, con la sangre palpitándole en el cerebro y las rodillas temblándole.

Un pequeño grito de arrepentimiento escapó de sus labios cuando él se apartó y la apartó de él. Mortificada por su ansiosa aceptación de su beso, se mordió el labio inferior y miró al suelo. Hubiera preferido la muerte al dolor que ahora golpeaba su cuerpo y su alma. Señor, lo que él debía pensar de ella.

—Tendremos que volver a hacerlo —le susurró al oído mientras la cogía del codo y la giraba hacia la puerta—. Quien sabe hasta dónde llevaríamos.

—Usted... usted... —balbuceó ella, ahogada por una curiosa mezcla de euforia y miedo. Tragó saliva, concentrándose en el vestíbulo de entrada y haciendo acopio de valor—. Prometió que dejaría este matrimonio intacto —consiguió decir finalmente.

—Lo hice, ¿verdad?

Unas claras notas de diversión sonaron en su admisión, y ella gimió interiormente.

—En efecto, lo hizo —respondió ella, su voz notablemente uniforme.

—Ah, mi querida señora Tremayne —dijo él, su tono fácil y risueño—. Creo que va a tener que hacer algunas adaptaciones.

—Usted no tiene honor —replicó ella, intentando soltar el brazo de su agarre.

Sus ojos se oscurecieron y apretó con más fuerza.

—Soy un hombre endeudado hasta la barbilla. El honor que alguna vez poseí, querida esposa, lo hipotequé hace mucho tiempo.

El viento aullaba desde el norte, el cielo estaba gris plomizo y se oscurecía más a cada segundo que pasaba. Carter frunció el ceño, pensando que ese tiempo encajaba perfectamente con su estado de ánimo. Y entonces, como si Dios hubiera decidido que era demasiado optimista, sopló la primera y dura brizna de nieve desde el oeste.

Maldiciendo en voz baja, Carter detuvo a su indeseada esposa en los escalones delanteros de la vicaría y examinó sus opciones. El carruaje estaba parado en el camino, al otro lado de la valla de piedra, el conductor encorvado en su capa y de pie junto a la puerta, esperando. Dos caballos —el suyo y el de Lauren— estaban atados a la parte trasera del vehículo, estampando

sus cascos y lanzando grandes nubes con cada bocanada de aire. Una parte de él quería alejarse de la mujer que tenía a su lado, poner el mayor tiempo y distancia posibles entre ellos. Otra parte de él sostenía que cuanto antes llegaran a un entendimiento total de sus expectativas, mejor.

—Hace un tiempo horrible, ¿verdad? —preguntó Lauren mientras él y David Miller se acercaban a los escalones con ellos—. Detesto estas tormentas de nieve primaverales. Lo mejor que se puede decir de ellas es que el deshielo llega rápido y lo derrite todo. Espero sinceramente que el conductor haya pensado en calentar algunos ladrillos para nuestros pies.

—Llevarás tu montura de vuelta a Biltmore —declaró Carter, con la decisión tomada.

—No puedes hablar en serio. Moriré congelado. —Aseguró Lauren.

—Considerando tu papel en el desastre de hoy, sería un destino justo.

—Quizá me quede en la ciudad esta noche.

—Tal vez no lo hagas.

—Tal vez —espetó David—, los dos podáis continuar con vuestro mezquino conflicto después de que la dama se haya visto fuera de los elementos.

Antes de que Carter pudiera hacer algo más que fulminar al hombre con la mirada, David se puso al otro lado de Christine y le tendió el brazo. Ella lo cogió, dejando a Carter sin otro recurso caballeroso que dejarla marchar. Se quedó allí de pie, oyendo el silbido del viento pero sólo vagamente consciente de su mordedura. Sin embargo, era plenamente consciente de que los jabalíes tenían mejores modales de los que él había hecho gala en los últimos diez minutos. No sólo había besado a Christine Pearson al concluir sus votos, prácticamente la había consumido delante de Dios y de todos los demás. Y luego, enfadado consigo mismo por su falta de control, la había sacado por la puerta para dejarla a la intemperie mientras él discutía con su hermano.

Puede que sólo estuviera medio paso por encima de una golfilla, pero también parecía ser una víctima desventurada atrapada en la red de los tejemanejes de su tío y de su propia

desesperación. Hasta que se demostrara lo contrario, merecía ser tratada con la amabilidad básica. Y le irritaba que David hubiera reconocido y actuado en consecuencia antes que él. La sonrisa que le dedicó al abogado cuando la subió al carruaje le irritó aún más.

—Montarás a caballo y estarás en casa a tiempo para la cena de esta noche —declaró Carter, dejando a su hermano en los escalones y avanzando a grandes zancadas.

Lauren seguía gimoteando en señal de protesta cuando David bloqueó el paso de Carter a través de la puerta.

—Ella no tiene la culpa de que su tío sea un canalla y tu hermano tenga algodón por cerebro.

—Estoy de acuerdo y tomo nota —admitió Carter—. Pienso disculparme por mi falta de modales.

—Bien —rebatió David, sin hacer ningún esfuerzo por apartarse—. Aunque no la culparía si se negara a aceptarlo. Hoy te has comportado como un completo imbécil.

—No me gusta que me chantajeen. —Tampoco le gustaba que le regañaran.

—Me atrevería a decir que la señorita Pearson no está nada contenta de que la regalen como un zapato viejo. Sin embargo, está soportando la desagradable situación con mucha más gracia de la que tú has logrado exhibir.

David estaría cantando una melodía decididamente diferente si supiera de la mascarada de la mujer en la taberna. Carter sonrió con fuerza y guardó silencio.

—He dicho que me disculparía. Ahora ten la amabilidad de apartarte de mi camino para que pueda continuar.

Tras un momento de vacilación, David se hizo a un lado y dijo mientras Carter pasaba:

—Iré a Kingscote para comprobar su bienestar en cuanto despeje el tiempo.

—Trae tu propio brandy —llamó Carter sin mirar atrás. Mientras el cochero le abría la puerta del carruaje, dijo—: El joven señor Tremayne montará el alazán. Por favor, asegúrese de que se lo dejan.

El hombre asintió y cerró la puerta, sumergiendo instantáneamente a Carter en un mundo oscuro sin la menor evidencia de ladrillos calientes. Se acomodó en el asiento trasero y alargó la mano para levantar la cortina de la ventanilla. La luz, escasa y gris, se derramó en una ola de aire frío y le permitió ver a la mujer del asiento de enfrente. Estaba sentada primorosamente, con las manos enguantadas cruzadas en el regazo y la mirada fija en la suya. Incluso en la penumbra, pudo ver la chispa de ira en sus ojos oscuros.

—Deseo disculparme por mi anterior falta de modales y mi hostilidad general —dijo tenso, resuelto a terminar la tarea para poder pasar a asuntos más importantes.

—Sólo por curiosidad —replicó ella—, ¿se sentiría inclinado a ofrecer sus disculpas si el señor Miller no le hubiera reprendido?

Él suspiró, deseando que ella no hubiera oído el intercambio.

—Había determinado que eran necesarias antes de su conferencia sobre el tema. —No por mucho y sólo porque David se lo había enseñado en las escaleras, admitió Carter en silencio. Pero ése era un dato que la mujer no necesitaba saber. Le convenía dejarla pensar que había llegado a la conclusión completamente solo.

Abrió la boca como si fuera a hablar, pero al parecer se lo pensó mejor y frunció los labios. El carruaje se balanceó suavemente sobre sus muelles mientras el conductor subía a la caja. Cuando empezaron a rodar hacia delante, ella respiró hondo y dijo:

—Acepto sus disculpas entendiendo que me las ofrece sinceramente y esperando que cubran la totalidad de su comportamiento desde nuestro encuentro inicial. Considero que marcan un nuevo comienzo en nuestra relación.

Carter enarcó una ceja. Acomodándose en su asiento, consideró a la desconocida que tenía enfrente y añadió mentalmente otro papel más a los que ya la había visto desempeñar tan hábilmente.

—¿Se dedicó a los libros de derecho? —se preguntó en voz alta.

—Matemáticas —replicó ella, con una pequeña sonrisa coqueteando en las comisuras de sus labios—. Los libros de derecho vinieron poco después, seguidos de las ciencias y la filosofía.

Evidentemente, ella había esperado sorprenderle, ponerle de los nervios. Lo había hecho, pero él no estaba dispuesto a darle la satisfacción de demostrárselo. Dijo:

—Una educación de lo más atípica. ¿Por casualidad alguien le instruyó en las artes femeninas más tradicionales? ¿Le proporcionó las habilidades que podrían serle de alguna utilidad práctica en la vida?

Christine forzó la mirada hacia sus manos para que él no pudiera ver su decepción. Carter Tremayne era sin duda excesivamente guapo, pero al parecer, como a tantos otros de su sexo, no le preocupaba lo más mínimo si ella poseía las habilidades necesarias para asegurar su propia supervivencia. Lo único que le importaba era si ella tenía la capacidad de hacerle la vida más cómoda. Ser la esposa temporal de este hombre en particular no era razón suficiente para concederle mayores concesiones que a otros.

—¿Se le dan bien las labores de aguja? —preguntó mirándola fijamente, como si la estuviera poniendo a prueba.

Ella ni siguiera parpadeó al contestarle

—Si así fuera, ¿Quería que le hiciera digamos…un cojín bordado?

—Claro. Y con flores sería perfecto. —Continuó Carter siguiendo el tono sarcástico de ella —. ¿Cuánto tiempo le llevaría confeccionarlo?

Christine sonrió dulcemente.

—Creo que sería muy afortunada si lo tuviera justo antes de morir de vieja. Tiendo a encontrar las labores de aguja bastante aburridas y tediosas. Puestos a elegir, preferiría pasar el tiempo con un buen libro.

La estudió durante un largo momento y luego dijo:

—Encontrará una extensa biblioteca en Kingscote. Resulta que los libros son uno de los pocos bienes que tenemos en abundancia.

También había una gran biblioteca en la casa de los Everleigh, pero a las mujeres sólo se les permitía entrar en ella para ocuparse de quitarle el polvo. Hacía tanto tiempo que no se permitía el lujo de elegir algo que quisiera leer. En sus viajes había tenido que contentarse con cualquier material que un compañero de pasaje hubiera estado dispuesto a prestarle. Si Carter Tremayne realmente le estaba dando permiso tácito para leer los libros que poseía... Sería un trocito de cielo que ella había pensado que nunca volvería a ver. Incluso podría hacer que la espera para liberarse de él fuera ligeramente soportable.

—Estoy deseando hojear los títulos —aventuró con indiferencia, tratando de no revelar su esperanza. Sería una tontería darle un arma que utilizar contra ella—. ¿Es una colección antigua?

—Sí y no —respondió él. Su mirada se dirigió a la cortina de la ventana del carruaje—. Mi padre valoraba los libros sólo por la impresión favorable que causaban en sus huéspedes. Con ese fin, hizo que su agente comprara y enviara toda la biblioteca de una finca inglesa. Parte de la colección es bastante antigua. Pero sólo ha estado alojada en Kingscote durante los últimos quince años más o menos.

—La opinión de su padre sobre los libros no es nada extraña —observó ella, pensando que su padre y su tío compartían una actitud similar en ese sentido—. ¿Cómo los ve usted, señor Tremayne?

—He leído todos y cada uno de ellos. Dos veces —respondió él, con la atención aún puesta en el mundo que había más allá del carruaje—. Y me llamo Carter. El señor Tremayne era mi

padre. Prefiero evitar la posibilidad de cualquier confusión.

Christine asintió y estaba a punto de pedirle que se dirigiera a ella por su nombre de pila cuando él dijo:

—Al fallecer mi padre, la vida en Kingscote cambió radicalmente.

Ella podría contarle muchas cosas sobre cómo la muerte de un padre cambiaba la vida, pero nada en sus modales sugería que estuviera interesado en conmiserarse.

—Hay algunas realidades que debe conocer antes de nuestra llegada allí —prosiguió, su tono frío y llano—. Encontrará que la mansión Kingscote está excepcionalmente bien equipada. Sin embargo, si se le ocurre mirar bajo las apariencias superficiales, descubrirá que la gran mansión es un verdadero testamento de pretensiones, ilusiones vacías y bolsillos aún más vacíos.

—En resumen —añadió, llevando su mirada al encuentro de la de ella—, se ha encadenado a un hombre que, hace dos años, heredó una finca que se tambaleaba al borde de la bancarrota. He hecho pocos progresos para invertir nuestra suerte, y si la cosecha de este otoño cae incluso ligeramente por debajo de lo espectacular, el próximo invierno encontrará a los Tremayne viviendo en una tienda en el bosque. Y una tienda prestada por cierto.

Se le ocurrió que David Miller podría haberle ofrecido una somera explicación de las circunstancias de Carter Tremayne antes de su llegada a la oficina. Si hubiera sabido algo de ellas de antemano...

—Y me he convertido en otra carga añadida a las que ya pesan sobre sus hombros —ofreció en voz baja—. Lo siento de veras.

Parpadeó y luego se encogió rápidamente de hombros, diciendo:

—Ya está hecho y tendremos que sacar lo mejor de ello. ¿Qué sabe de la sociedad colonial?

—Muy poco en un sentido práctico —admitió Christine, intentando ver la lógica en el

repentino giro conversacional y no encontrando ninguna—. Mis viajes al extranjero por encargo de mi tío se han limitado en gran parte al Caribe antes de este viaje.

—Hay un pequeño consuelo en saber que no soy el único hombre de las colonias americanas de Su Majestad que está endeudado hasta las cejas. —Sonrió con pesar—. Sin embargo, nos destacamos por fingir lo contrario. Como sociedad, nos esforzamos mucho por evitar cualquier discusión pública sobre nuestras finanzas individuales. En privado, hemos tejido una red de préstamos personales que nos une con cadenas. Si un hombre cae, arrastra al resto de nosotros con él.

Christine comprendió lo que le estaba diciendo, comprendió con la misma claridad todo lo que había dejado sin decir.

—No seré yo el hombre que flaquee —le aseguró—. No dudo de que le informarán rápidamente de mi despiadada determinación de hacer la vida de los habitantes de la mansión Kingscote tan miserable como pueda. Mi madre le dirá que, como resultado de mis maneras avaras, los Tremayne se han convertido en ermitaños, que mi negativa a organizar fastuosos actos sociales o a asistir a ellos es un signo de desequilibrio mental y una falta de respeto fundamental hacia las necesidades de mi familia.

Christine asintió y le ofreció lo que esperaba que él escuchara como un consuelo.

—Creo que no importa mucho en qué parte del mundo te encuentres.... Los asuntos sociales requieren la última moda, sirvientes que asistan con librea fina, regalos fastuosos y grandes cantidades de comida y bebida. Todos ellos son lujos que conllevan grandes gastos. Gastos que son difíciles de permitirse incluso en los buenos tiempos. —Su sonrisa era débil y su asentimiento leve—. Mi madre parece incapaz de comprender esa realidad, por más que se lo explique de todas las maneras que sé. Su hermana, Carrie, es una mujer generalmente arpía que, con los años, ha desarrollado la crítica hasta convertirla en un arte. Ella alimenta las expectativas y el descontento de mi madre. Si tuviera a dónde enviarla, lo haría.

—¿A su madre o a su tía Carrie?

—A ambas.

—¿Y qué hay de su hermano?

—Lauren enfoca la vida igual que nuestro padre. Recordará que es su deuda con su tío lo que nos ha puesto ante el vicario esta tarde. Si se pudiera enviar a Lauren a un lugar donde se viera obligado a hacerse responsable, hace años que lo habrían atado y enviado lejos. Desgraciadamente, no se me ocurre dónde podría ser, y he llegado a la conclusión de que es mejor tenerlo donde pueda mantener su daño al mínimo.

No es que hubiera tenido mucho éxito haciendo eso, observó ella en silencio.

—Le prometo que, hasta que se disuelva nuestro contrato, haré todo lo que pueda para ganarme el sustento. No tengo ningún deseo de ser una carga adicional para sus recursos.

—Gracias. —Invocó una especie de sonrisa y añadió—: Estoy seguro de que su tío enviará sus pertenencias en cuanto reciba la noticia de nuestro matrimonio.

—No hay nada que enviar —replicó Christine—. Todos los bienes que poseo están en mi valija.

—Su tío tiene fama de ser un hombre rico. ¿Me han informado mal? —preguntó él, con las cejas fruncidas mientras echaba un vistazo a la pequeña bolsa de cuero que tenían a sus pies.

—No, ha oído bien. Pero la definición de familia de Mason Everleigh es muy estrecha, y yo caigo bastante fuera de ella. Tenía ropa cuando el tribunal me entregó a su custodia, pero en el transcurso de cuatro años, yo crecí y la ropa no. No vio ninguna razón en particular para reponer mi vestuario.

La información pareció tomarle por sorpresa. Frunció el ceño y la arruga entre sus cejas se hizo más profunda. Finalmente, asintió y dijo,

—Estoy seguro de que mi madre tiene varios vestidos que no le importaría regalarle.

¿No acababa de decirle que su familia no socializaba?

—Pero yo pensaba...

—Puede que no participemos activamente en el torbellino social de las Primeras Familias de Virginia, pero la mansión Kingscote es una parada conveniente para los viajeros de camino a la capital cuando la Cámara de los Burgueses está en sesión. No puedo tener a los visitantes comparando observaciones y dándose cuenta de que todos le han visto con el mismo vestido.

—¿Debido a la importancia que todos ustedes dan a la pretensión de tener dinero?

—Precisamente.

Christine lo consideró en silencio. Los Everleighs daban mucha importancia a las apariencias sociales, pero bien podían permitirse los adornos necesarios. Insistir en practicar ese deporte cuando no se tenían ni dos cuartos de penique para juntar era más que una tontería. Era simplemente una locura. No era de extrañar que no hubiera sido capaz de invertir la fortuna familiar.

Carter observó la sombra de incredulidad pasar por sus facciones. Intrigado por la posible dirección de sus pensamientos, le preguntó:

—¿Desea decir algo?

Ella vaciló, parecía elegir cuidadosamente sus palabras.

—No puedo evitar pensar que sus finanzas no estarían tan desesperadas si le preocupara un poco menos lo que la gente piense de usted.

Al menos fue sincera. Era más de lo que podía decirse de la mayoría de la gente que conocía.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —concedió—. Pero eso no tiene el menor

efecto sobre la realidad en la que debemos sobrevivir. Hay normas que rigen la conducta de la alta burguesía de Tidewater. Ignorarlas por completo es invitar al derrumbe del castillo de naipes en el que vivimos. Es un delicado equilibrio entre preocuparse y no preocuparse. Espero que se comporte como debe hacerlo una dama de la mansión en todos los aspectos para que podamos mantener la frágil ilusión.

Suspiró y frunció los labios, luego dijo:

—Creo que es justo decirle que tengo poca paciencia para los juegos sociales y ninguna tolerancia para la gente que juega a ellos. Mi tío decidió muy pronto que era más seguro tenerme dirigiendo sus negocios en los rincones más remotos del Imperio Británico, que tenerme navegando por los círculos sociales londinenses.

—Puede aprender —replicó Carter tranquilizadoramente—. De vez en cuando, las esposas de los burgueses acompañan a sus maridos a la capital. Cuando pernoctan en Kingscote de camino hacia allí, es costumbre que las damas se retiren al salón con sus labores de aguja después de cenar. Tendrá que encontrar un proyecto adecuado para usted y ser la anfitriona de sus charlas.

Desde el asiento de enfrente llegó un bufido muy poco femenino.

—Preferiría que me mataran a tiros.

Les había ido tan bien, su conversación fácil y fluida. Y entonces ella había tenido que demostrar que era la mujer más deliberadamente difícil y testaruda que había conocido en su vida.

—Dijo que haría todo lo posible por ganarse el sustento durante su estancia —le recordó él, esperando al menos avergonzarla para que aceptara.

—¿Ha asistido alguna vez a una reunión de este tipo?

—No. —Los hombres tienen cosas más importantes que hacer.

—¿Tiene alguna noción de lo que hablan las mujeres cuando están en su propia compañía?

—No. —Y nunca se me ha ocurrido preguntármelo.

—Permítame que le ilumine. Hay tres temas principales de conversación: sus hijos, sus casas y sus armarios. Si no tiene ninguno de esos, está algo perdida a la hora de hacer una contribución que a alguien le interese escuchar.

—Tendrá un hogar del que hablar —contraatacó—. Rose…

—Kingscote es su hogar y yo soy una invitada temporal en él —ella interpuso—. El único hogar verdadero que he conocido es Kingscote Manor en Herefordshire, Inglaterra. Hace cuatro años que no la veo y no sé si volveré a verla. No tengo absolutamente nada que decir que estas mujeres quisieran oír.

Estaba en una tierra y una comunidad que no eran las suyas, y él sintió lástima por ella.

—Quizá —sugirió Carter amablemente—, ¿podría ampliar el rango de conversación? ¿Tomar la iniciativa de abordar un tema o dos fuera de las expectativas tradicionales?

Ella se acomodó en su asiento y tras un momento encontró una pequeña sonrisa.

—He seguido las discusiones del Parlamento sobre los problemas coloniales —respondió —. Soy consciente de que aquí hay un descontento considerable con las políticas de la Corona. Podría conversar hábilmente sobre ese tema. ¿Cree que los impuestos y la representación política serían de interés para otras mujeres?

Lo dudaba bastante. Era la primera mujer a la que oía utilizar esas palabras. Pero utilizarlas y saber realmente lo que significaban eran dos cosas muy diferentes.

—¿Y cuál es su comprensión de la posición colonial sobre esos asuntos?

Ella ni siquiera parpadeó antes de responder con crudeza:

—Que la gente de las colonias se divide en tres grupos: los que instan a la rebelión armada

para efectuar el cambio, los que desean permanecer leales en todas las instancias a la Corona y los que no tienen ni idea de lo que hablan los demás.

Cierto, pero no era lo que él quería saber. Carter reformuló su pregunta.

—¿Por qué algunos colonos se oponen a pagar impuestos?

Ella sonrió dulcemente, con los ojos brillantes.

—¿Me está poniendo a prueba, Carter?

—Sí —admitió él, con la sangre calentándose—. ¿Puede contestar?

Su sonrisa se ensanchó.

—En el sentido más básico, los colonos se oponen a los impuestos actuales porque no pueden permitírselos bajo las restricciones mercantiles británicas. Si la Corona permitiera a los americanos comerciar con otras naciones, los beneficios serían suficientes para hacer tolerables los impuestos y se acabarían las quejas. Pero la Corona no está dispuesta en absoluto a dejar que los recursos naturales de las colonias vayan a parar al sostenimiento de sus enemigos como Francia, España u Holanda, así que las restricciones seguirán en vigor y a los colonos les queda la opción de contrabandear para ganar lo suficiente para pagar los impuestos o de obedecer la ley y protestar educadamente mientras se arruinan.

—En un plano más filosófico —prosiguió con crudeza—, a los colonos les molesta pagar impuestos para apoyar a un gobierno que no les permite opinar sobre la creación de las leyes que les afectan. Argumentan que ser súbditos británicos según el derecho consuetudinario les da derecho a representación en el Parlamento. Negarles la representación es negarles uno de los derechos más básicos de un inglés.

No sólo comprendía las quejas básicas de sus compatriotas colonos, sino que las comprendía bien. Era una solterona hasta la médula, pero obviamente era una persona excepcionalmente inteligente. Sin embargo, la combinación de rasgos no auguraba nada bueno.

Especialmente para un hombre bastante acostumbrado a ser el amo de todo lo que inspeccionaba. En ese momento sintió un sufrido parentesco con Mason Everleigh. Era una sensación inquietante.

—¿Cómo lo he hecho? —le preguntó.

—Bastante bien —tuvo que admitir—. Estoy impresionado.

—Como pretendía que lo estuviera —permitió ella, con los ojos brillantes y una sonrisa pícara—. Discutir sobre filosofía política es mucho más interesante que bordar almohadas.

—Quizá le sorprenda descubrir que las mujeres coloniales tienen más conciencia política que sus hermanas británicas —aventuró él, esperando que fuera cierto. En general, sin embargo, sabía que no tenían una educación más formal. La costumbre en ese punto era una de las pocas cosas que no habían cambiado en el viaje a través del océano. Lo que convertía a Christine Pearson en una mujer decididamente rara a ambos lados del mismo. Si no estaba dispuesta a fingir ser una mujer normal, su salón iba a ser un lugar frío y silencioso. No quería ni pensar en el ridículo social que tendría que soportar una vez que la Cámara de los Burgueses se reuniera de verdad.

—Ciertamente, eso espero —la oyó decir—. Sería un cambio bienvenido mantener una conversación inteligente sin tener que ponerse un par de calzones para conseguirlo.

¿No acababan de tener una conversación que calificara como tal? ¿No llevaba ella un vestido? Incluso mientras formulaba las preguntas, vio las respuestas. Debajo de la falda seguía llevando ropa de chico. Y lo que era más importante, él no había aportado ni una palabra al discurso más allá de incitarla y desafiarla a que se explayara. ¿Cómo —y en qué momento— había perdido el control del intercambio?

—Hablando de calzones —empezó, aferrándose desesperadamente a la oportunidad de reafirmar su autoridad—, me entregará el traje a mí cuando lleguemos a Kingscote.

Ella arqueó una ceja.

—No lo haré —declaró, su tono daba a entender que la mera idea de hacerlo era lo más ridículo que nadie había sugerido jamás—. Si quiere mis calzones, tendrá que quitármelos físicamente. Y esté prevenido. No los entregaré sin luchar.

¿Lucharía con él? Por Dios. No le hizo ni pizca de gracia la idea. Agitado, sí, pero en absoluto divertido. De hecho, la idea de llevarla al suelo y quitarle la ropa le atraía tanto que le asustaba por completo. Pero había dado el paso y el orgullo le obligaba a llevarlo a cabo.

—¿Cree que tiene alguna posibilidad de ganar?

—Tal vez. Quizá no —respondió encogiéndose rápidamente de hombros—. Pero si perdiera, al menos le haré pagar un precio por su victoria.

—¿Y cuál —aparte de enfadarme— sería el objetivo de eso, señora?

—Recordar la batalla —bromeó ella—, podría darle una pausa la próxima vez que se le ocurra jugar al señor imperial.

—Por ley, soy su señor —le recordó Carter.

—¿Y por qué debería sentirme obligada a respetar y obedecer una ley en la que yo, como mujer, no tengo voz? Los hombres coloniales no son los únicos a los que se les niegan los derechos básicos concedidos a los ingleses por la ley común.

Era la extensión más escandalosa y absurda de la doctrina de los Derechos Naturales que jamás había oído. ¿Extender los derechos de los hombres libres a las mujeres? ¿A las mujeres? Empezaba a comprender por qué su tío la había enviado al mundo de los hombres. Además de testaruda y obstinada, era una mujer de lo más antinatural. Everleigh probablemente había considerado que desterrarla era la única forma de preservar los pocos aspectos positivos que había en su reputación pública. Incluso entonces probablemente se las había arreglado para causar estragos con su flagrante desprecio por las convenciones. Casarla con un lejano y

desesperado plantador colonial había sido la única esperanza que tenía el hombre de dormir bien alguna vez.

—Ya veo por qué su tío estaba dispuesto a renunciar a dos mil libras esterlinas para librarse de usted —murmuró.

—Y yo, señor —replicó ella alegremente—, puedo ver por qué no tenía usted esposa.

—La soltería fue mi estado por elección.

—Sin duda —replicó ella riendo, con la frente delicadamente arqueada—. Ninguna mujer en su sano juicio y de libre albedrío elegiría estar atada a usted.

Ella le había arrinconado tan limpiamente como le había placido. Y él casi la había invitado a hacerlo. La próxima vez que viera a su hermano, Lauren era hombre muerto. Mientras Carter planeaba su merecida venganza, el carruaje aminoró la marcha y giró hacia el norte. Mirando por la ventanilla, Carter reconoció tanto los majestuosos robles que bordeaban el camino de entrada a la mansión Kingscote como la proximidad del final del interminable viaje.

Volviéndose, captó y sostuvo la mirada de su novia.

—Antes de que acabe la noche, señora —prometió—, entregará sus calzones.

Christine suspiró. Si él quería una batalla, ella no tenía más remedio que complacerle. Y aprendería en el transcurso de la misma lo que su tío había acabado por aceptar: La obediencia y el respeto no podían conseguirse blandiendo un puño. Mason Everleigh la había enviado lejos antes que enfrentarse a ese hecho humillante todos los días. Sólo podía esperar que Carter Tremayne llegara a la misma conclusión más rápidamente de lo que lo había hecho su tío.

—Será una pelea de lo más interesante, señor. Lo espero con impaciencia y le deseo la mejor de las suertes.

La luz del día que se desvanecía aún era suficiente para que ella pudiera ver los planos graníticos de la mandíbula suavemente afeitada de Carter Tremayne, la luz de sus ojos que

hablaban sin palabras de un desafío aceptado. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, un escalofrío que no debía nada al frío y todo a una repentina sombra que se cernía sobre su confianza.

Inquieta, apartó deliberadamente la mirada de él y miró por la ventanilla del carruaje alquilado. Su primera visión de la mansión Kingscote llegó en ese momento y la dejó sin aliento.

Capítulo 6

Había tanto que asimilar que sólo pudo hacerlo en pequeñas partes. El camino por el que viajaban se curvaba suavemente a través de la fachada de la mansión —y mansión era la única palabra que se le ocurría para describirla—, pasando por delante de un conjunto de amplios escalones que conducían a una puerta central protegida por una extensión techada y prolongación con pilastras. La parte principal de la estructura de ladrillo rojo tenía dos pisos de altura con un tejado a cuatro aguas. No menos de siete ventanas con parteluz rompían la cara del segundo piso en la parte delantera; seis ventanas en el piso inferior, tres a cada lado de la maciza puerta principal. Y chimeneas... La mansión Kingscote tenía cuatro de ellas sólo en la parte central, un par interno en cada extremo.

Flanqueando el cuerpo principal de la estructura a cada lado había alas idénticas. También construidas con ladrillo rojo, eran de una sola planta y constaban de dos partes claramente diferenciadas. La parte más exterior parecía octogonal, con una ventana en cada una de las caras que podía ver. El tejado estaba dispuesto en secciones, elevándose e inclinándose hacia atrás para colindar con otra chimenea. Conectando la porción octogonal con el cuerpo principal de la casa había una sección relativamente sencilla con un tejado a dos aguas y tres ventanas perfectamente espaciadas.

El conjunto era equilibrado y sólido, un monumento a un constructor que apreciaba el orden y la estabilidad. Un constructor que también poseía una gran riqueza y la determinación de exhibirla para que todo el mundo la viera. La mansión Kingscote era positivamente enorme

desde cualquier punto de vista. Sólo la parte principal de la casa era fácilmente la mitad de grande que la mansión del Gobernador en Jamestown. La casa de los Everleigh en Londres habría cabido en ella con espacio de sobra. Su casa de campo habría cabido en ella dos veces. En cuanto a su propia casa de la mansión Kingscote... De alguna manera la mansión parecía una pretensión tan lamentable cuando se comparaba su casa con la de los Tremayne. La casa principal de Kingscote sólo tenía un tercio del tamaño de la parte central de Kingscote.

Christine arqueó una ceja, recordando los gastos que había supuesto mantener su pequeña casa. Los gastos que Carter Tremayne soportaba para mantener la suya tenían que ser asombrosos. No era de extrañar que estuviera tan malhumorado. Y estaba igualmente claro cómo había conseguido su porte señorial; Kingscote era un castillo. Christine sonrió con pesar, preguntándose cuándo pensaba aquel hombre cavar el foso e instalar el puente levadizo.

—¿Impresionada?

Apartó su atención de la casa y le dio una sonrisa y una respuesta sincera.

—Me alivia no ser realmente la señora de Kingscote. Si lo fuera, me sentiría ligeramente abrumada por las responsabilidades que se avecinan.

—¿Sólo ligeramente? —preguntó, claramente sorprendido.

—Y sólo durante un tiempo —añadió ella mientras el carruaje se detenía—. Con el tiempo satisfaría incluso sus expectativas más escandalosas.

—Me contentaría, señora —dijo él mientras abría la puerta del carruaje—, si alguien pudiera satisfacer incluso las más mínimas.

Christine, preguntándose si sus palabras eran una confesión de un nivel de exigencia imposiblemente alto o una admisión de que los asuntos de la casa estaban en gran medida mal gestionados, le observó desplegar con gracia su enorme armazón y salir suavemente del carruaje. Para su sorpresa, él se volvió y le ofreció su mano en señal de ayuda. Ella la cogió e intentó no

depender demasiado de ella mientras bajaba para situarse a su lado frente a los escalones cubiertos de nieve. El viento azotaba con fuerza desde el oeste, escociéndole las mejillas y atravesando su capa hasta clavarse en el centro de sus huesos. La nieve llegaba en pequeñas bolitas heladas que crepitaban y rebotaban en las piedras a sus pies, se pegaban y se derretían al calor de sus hombros cubiertos de lana.

—Cuidado donde pisa —le dijo, usando el pie para despejar un estrecho camino por los escalones y arrastrándola detrás de él—. Está resbaladizo. Y no puedo permitirme pagar a un médico para que le arregle los miembros rotos.

Simplemente no podía ser agradable, se quejó Christine en silencio; ser amable y considerado sólo por ser amable y considerado. Por un breve momento había sido un ser humano decente, preocupado por el bienestar de otro. Y entonces había destruido la ilusión al admitir sus propios motivos egoístas para preocuparse. Le estaría bien empleado si ella caía. Con un poco de suerte podría romperse el cuello y acabar con su sufrimiento.

Cuando llegó al final de la escalera y la sacó al porche y por delante de él, la enorme puerta principal se abrió como por sí sola. Christine se sobresaltó y entonces recordó la primera —y única— vez que se le había permitido utilizar la puerta principal de la casa Everleigh. Un criado permanecía invisible en la parte trasera, esperando para coger sus abrigos. Teniendo en cuenta todo lo que le habían contado sobre la grave situación económica de la familia, era sorprendente darse cuenta de que podían justificar el gasto. Pero entonces, su bestial marido había dejado bastante claro que mantener las apariencias era de vital importancia para su supervivencia. Por no hablar de la comodidad, añadió Christine mientras la guiaban hasta un vestíbulo de baldosas de mármol blanco.

Su mano fue soltada bruscamente y, desde detrás de ella, oyó cerrarse la puerta y a Carter Tremayne decir:

—Buenas noches, Isaac.

—Buenas noches, señor.

Se volvió hacia la voz y luego se quedó paralizada, aturdida por la comprensión. Isaac era un negro; más exactamente, dada la claridad de su piel y sus rasgos, un mulato. Incluso mientras ella parpadeaba asombrada, el impecablemente vestido Isaac aceptó el abrigo de Carter y luego se inclinó de forma cortés para reconocer su presencia. Ella inclinó la barbilla en señal de saludo, con la mente en blanco. Los Tremayne no tenían sirvientes; tenían esclavos. Había una diferencia significativa entre los dos estatus, y a pesar de todos los viajes que había hecho para su tío y todos los lugares a los que la había llevado, nunca había podido aceptar cómodamente la idea de que estuviera bien que un ser humano poseyera a otro.

La suya era una perspectiva decididamente poco común de la institución, ella lo sabía. La esclavitud era conocida en prácticamente todos los rincones del mundo; las colonias americanas no tenían la exclusividad de su práctica. Y aunque había esclavos en las trece, ella sabía que la mayoría de los que estaban sometidos a esclavitud se encontraban en las del sur. No debería haberse quedado tan atónita al saber que su marido era propietario de esclavos. Era lógico que lo fuera, sobre todo siendo virginiano. Pero aun así se sobresaltó y no pudo evitar pensar que aquello no hablaba nada bien de su conciencia.

Al oír pasos detrás de ella, Christine se apartó de Isaac y de la puerta. Al cruzar el vestíbulo —sus tacones de madera chasqueando contra la baldosa— era la encarnación viva y palpitante de la moppet más estilosa de una modista. A pesar de no poder permitirse para sí misma lo último en moda femenina, Christine sabía, sin embargo, que ya nadie llevaba las alforzas y los aros tan anchos, salvo para ir a la ópera o a una velada en el castillo de Windsor. Y sólo podía esperar que el peinado imposiblemente alto e intrincadamente arreglado fuera una peluca empolvada que pudiera quitarse entre las apariciones públicas. Si no lo era, la mujer mayor tenía que sufrir una rigidez perpetua en el cuello.

—Carter —declaró la matrona al detenerse tan bruscamente que sus dobladillos se

balancearon hacia delante y luego hacia atrás—. Tendré unas palabras contigo.

—Más tarde quizás, madre.

Madame Tremayne señaló a ciegas hacia la amplia puerta que había tras ella.

—Tu hermano está en este mismo momento al borde del colapso por congelación. Apenas puede sostener la copa de coñac, tiembla tanto por el frío.

—Pero se las arregla para sostenerla, ¿verdad? —replicó sarcásticamente el hijo de la mujer, viniendo a colocarse junto a Christine. Mientras su madre parpadeaba, él esbozó—: Madre, te presento a Christine. Christine, mi madre, la señora Millicent Tremayne.

Recuperándose con un sobresalto, la señora Tremayne avanzó, encontrándose por primera vez con la mirada de Christine y sonriendo ampliamente mientras decía efusivamente:

—Bienvenida a la mansión Kingscote, mi querida niña. Lauren sólo ha podido balbucear un poco más allá de su escalofrío para decirnos que Carter traía un invitado.

Se detuvo frente a Christine y tomó sus dos manos entre las suyas para añadir:

—Y puesto que mi zoquete hijo —añadió, lanzando una rápida y censuradora mirada a Carter—, ha olvidado añadir su apellido, me veo en la embarazosa situación de tener que preguntar a cuál de las finas familias de Virginia pertenece.

¿Invitada? ¿Acaso la mujer era muy educada o no lo sabía? Indecisa, Christine decidió que la sabiduría residía en darle la más general de las respuestas.

—No soy virginiana, señora Tremayne.

—Ah, británica —replicó la mujer con una sonrisa aún mayor que antes—. Puedo oír nuestra lengua materna en su voz. —Apretó ligeramente las manos de Christine, luego las soltó y dio un paso atrás, diciendo—: Deja que Carter le dé a Isaac su capa, y ven al salón para que tus huesos se calienten un poco.

Su hijo se deslizó obedientemente hasta situarse detrás de Christine, colocando ligeramente las manos sobre sus hombros. Un calor la inundó y onduló hasta los dedos de los pies. Desconcertada por el placer de la sensación y sintiendo una necesidad desesperada de escapar de ella, Christine contuvo la respiración y tanteó para desabrochar las ranuras de su capa. Pareció llevarle una eternidad y estaba mareada y con las rodillas débiles para cuando la prenda fue retirada misericordiosamente.

Aparentemente ajena a su malestar, Madame Tremayne pasó el brazo de Christine por el suyo y la condujo en dirección a la amplia puerta, preguntando mientras avanzaban:

—¿En qué parte de Inglaterra está su casa?

—Actualmente vivo en Londres, pero soy originaria de Herefordshire.

—¿Y qué es lo que te trae a nuestra colonia y a Kingscote, querida?

La mujer no lo sabía. El hermano no se lo había dicho. Con el estómago anudado por el pavor, Christine logró esbozar una débil sonrisa y respondió:

—Nefastas intrigas.

Desde detrás de ellas, Carter Tremayne corrigió:

—Más bien muy mal juicio y luego una suerte miserable.

—Oh, seguro que es una historia que pide ser contada —gorjeó alegremente Millicent Tremayne mientras atraía a Christine a un salón lujosamente decorado. El hermano de Carter estaba de pie frente a la chimenea, con una gran copa de brandy en la mano y los faldones de su levita peligrosamente cerca de las llamas. Otra mujer mayor estaba sentada en el borde de una silla cercana, con un aro de bordar en la mano. Sus alforzas eran tan anchas como las de la señora Tremayne, su pelo peinado de una forma sólo ligeramente menos extravagante. Carrie, adivinó Christine. La supuestamente arpía hermana de Millicent.

—Hace dos años que no ocurre nada remotamente divertido o interesante en Kingscote —

continuó la señora Tremayne, guiando a Christine hacia el fuego—. Carter es positivamente el más aburrido hombre de todas las Américas. Si no lo hubiera parido yo misma, juraría que no era hijo mío en absoluto. La vida bajo su control se ha vuelto tan asfixiante como él. Lauren, acércate para compartir el calor con la señorita...

Lauren obedeció, con la mirada clavada en su copa de brandy muy llena, y Christine se depositó junto a él en el hogar, con la mente tambaleante y el corazón latiéndole con fuerza. No vio más remedio que responder:

—Pearson.

Carter, de pie frente al bufé con una botella en una mano y un vaso de cristal en la otra, miró a su hermano con dureza y le dijo:

—¿Por qué no enviaste un mensaje?

—No se me ocurrió una forma apropiada de enmarcar las palabras —respondió Lauren sin levantar la vista. Tomó un sorbo de su brandy antes de añadir—: Y, además, no tuve tiempo.

—Solo son excusas. Debías haber pensado en nuestra invitada.

—Madre —replicó él con frialdad, sirviéndose su bebida—, deberías saber que Christine es más que una simple invitada. Es mi esposa.

Christine no pudo ver la cara de su madre, pero en realidad no era necesario. La señora Tremayne jadeó, se llevó las manos a la cara y se tambaleó dónde estaba. Christine avanzó instintivamente, preparándose para atraparla en caso de que se desmayara en seco.

—Si Lauren hubiera endurecido su columna vertebral cuando se le ordenó hacerlo —continuó Carter, con un tono aún acerado mientras avanzaba hacia el hogar con su bebida—, se le habría concedido la oportunidad tanto de recibir una noticia tan sorprendente como de recuperarse de su conmoción en privado. La incomodidad de este momento recae directamente sobre él.

—Sin embargo —dijo con altanería la mujer del aro de bordar—, Tú eres el hijo que le debe una explicación a su madre. —Christine vio arder fuego en sus ojos, dándose cuenta de que, a pesar de sus intercambios a veces tensos y polémicos, no le había visto realmente enfadado hasta ahora. Con lo que pareció un gran esfuerzo, giró deliberadamente el hombro hacia la mujer y se dirigió a su madre.

—Lauren contrajo una deuda de juego y concertó un préstamo con un agente de Mason Everleigh para poder pagarla.

—No me suena ese nombre. ¿Es virginiano?

—No, madre —respondió tajantemente—. Es británico.

—Oh, menos mal. Me disgustaría tanto que nuestros amigos supieran que era necesario pedir prestado.

Carter frunció el ceño hacia su madre y continuó.

—Al parecer, el señor Everleigh se dio cuenta de que las promesas de mi hermano no valen ni el papel en que están escritas y que yo representaba la única esperanza que tenía de recuperar las dos mil libras esterlinas que Lauren le había pedido prestadas.

—Espero que no le hayas pagado a ese hombre esa cantidad de dinero —dijo la otra mujer, con un tono no menos imperial por haber sido rechazada de plano sólo un momento antes—. Tu madre y yo te hemos presentado repetidamente nuestras listas y, a pesar de ello, hemos prescindido de un gran número de necesidades durante demasiado tiempo. No hemos tenido ni un cuarto de yarda de tela nueva en esta casa en más de dieciocho meses. La calidad del té que hemos soportado durante los últimos seis es positivamente miserable y no hemos atendido…

—Yo no lo he pagado —espetó Carter, pivotando para fulminarla con la mirada—. Si carezco de dinero para un buen té, tía Carrie, puede estar segura de que no lo tengo para pagar una deuda desconsiderada en la que no he incurrido.

Ah, sí. Había tenido razón; era Carrie. Y la apreciación de Carter sobre sus modales en general parecía acertada.

—No hay razón para enfadarse, Carter —le reprendió su madre—. Sólo espero que hayas expresado tus disculpas al señor Everleigh de una manera más educada.

¿Sus disculpas? La señora Tremayne no tenía ni idea de cómo funcionaba el mundo en general. A juzgar por la mirada de su hijo mayor, estaba a punto de recibir una dura y brutal lección sobre el tema. Christine contuvo la respiración y deseó estar a miles de kilómetros de distancia.

—El señor Everleigh no es el tipo de hombre que acepta disculpas —explicó Carter, con la voz tensa—. De forma educada o no, madre. Previendo que yo no dispondría de los fondos, se ofreció a saldar la deuda en su totalidad si aceptaba casarme con su sobrina. Por lo tanto, esta tarde, me casé de muy mala gana con la señorita Pearson.

¿Se había mostrado reacio? A Christine se le calentó la sangre de indignación mientras Carrie la miraba de arriba abajo, arrugando la nariz con evidente desdén. Lauren se absorbió en dar un sorbo a su brandy. La señora Tremayne se volvió hacia ella, con el ceño fruncido.

Negándose a que la incitaran a defender su inocencia en el fiasco, Christine enderezó los hombros y se encontró de frente con la mirada de Madame Tremayne.

—Hemos acordado anular la unión en cuanto su hijo reciba los documentos de mi tío cancelando la deuda. La farsa debería terminar en agosto a más tardar.

—¿Una anulación? Una anulación... —La señora Tremayne jadeó, se pasó el dorso de la muñeca por la frente, ejecutó una media pirueta mientras agitaba los párpados y luego se desplomó delicadamente hacia atrás.

Christine reaccionó instintivamente, dando un paso adelante y extendiendo los brazos para coger a la desplomada matrona. Aunque el desmayo de Madame Tremayne fue decididamente

grácil, el rescate que Christine hizo de ella no lo fue. El peso combinado del pelo de la mujer, las alforjas, el vestido, las enaguas bordadas y la propia Millicent Tremayne era más de lo que Christine había previsto y se tambaleó, luchando desesperadamente por mantener el equilibrio. Oyó a Carrie chillar conmocionada. En el límite más lejano de su conciencia, sintió que el hermano menor se alejaba bruscamente, vio el aro de bordar caer al suelo y un borrón de color azul oscuro.

Entonces, el peso de la señora Tremayne abandonó milagrosamente sus brazos. Sin embargo, la esperanza de Christine de recuperar el equilibrio fue sólo momentánea. Incluso cuando intentaba poner los pies en su sitio, se vio bruscamente empujada hacia delante y hacia abajo. Incapaz de mantenerse erguida, jadeó, cerró los ojos y extendió las manos para amortiguar su seguro impacto contra el suelo.

Sólo que no fue contra el suelo contra lo que chocó; fue contra una pared caliente de lana azul y músculo acordonado. Abrió los ojos y se encontró de rodillas, con los brazos echados alrededor del cuello de Carter Tremayne y los pechos apretados con fuerza contra la amplia extensión de su pecho. Su mirada esmeralda se encontró con la de ella y la sostuvo mientras él arqueaba una ceja y una sonrisa jugaba con las comisuras de sus labios. Ella se quedó helada, con el corazón latiéndole furiosamente, traicioneramente, ante aquella visión.

—Puedo arreglármelas, gracias —dijo en voz baja.

Dios mío, ¡lo que tenía que estar pensando! Con toda la dignidad que pudo reunir, Christine se apalancó torpemente contra sus enormes hombros y ganó un espacio respetable entre la parte superior de sus cuerpos. Pero simplemente no podía mover sus miembros inferiores y llegar más lejos. Tampoco podía soltarse de sus hombros sin caer de espaldas completamente contra él. Mirando hacia abajo, se dio cuenta de la causa de su dilema. Ambos estaban de rodillas con Millicent Tremayne atrapada entre ellos, acunada en los brazos de su hijo con las alforjas retorcidas y las faldas hechas un fajo arrugado y enredado sujeto por un fuerte brazo que la

rodeaba justo por encima de las rodillas.

Christine levantó la vista para encontrarse de nuevo con aquella mirada inquietante.

—Ha atrapado mis faldas con las de su madre. No puedo levantarme hasta que ella lo haga.

—Dios mío —gritó Lauren sin aliento desde detrás de ellas—. ¡Señorita Pearson, su dobladillo está ardiendo!

Christine se sobresaltó y miró por encima del hombro para ver las llamas lamiendo un rastro a lo largo del borde del único vestido que poseía. Girándose, pensó en agarrar la tela y arrastrar las llamas lo bastante cerca como para sofocarlas con una porción de tela aún entera.

Apenas había cogido un puñado cuando Lauren se acercó y Carter bramó:

—¡No! ¡No lo hagas! —Justo antes de que su hermano arrojara todo el contenido de su copa de brandy sobre su vestido.

Una bola de brillantes llamas azules estalló hacia arriba. Empujada por el calor, Christine se bajó la falda para protegerse la cara con los brazos mientras se apartaba instintivamente. En el mismo latido, su mundo se descontroló. Las sensaciones y la comprensión se agolparon en su conciencia, fracturadas y esquivas, y desaparecieron antes de que pudiera reaccionar. Se sintió sacudida bruscamente y desequilibrada. Unas bandas de acero le aprisionaron la parte superior de los brazos y se oyó gritar mientras la levantaban y luego empujaban con fuerza todo su cuerpo contra el suelo de madera. Durante un largo segundo sólo existió el dolor que brotaba en su cabeza. A medida que se desvanecía lentamente, volvió la percepción normal.

Estaba de espaldas, mirando el techo ornamentado. Al girarse y levantar la cabeza, encontró a Carter cerca de sus pies, utilizando su falda para sofocar las últimas llamas. Lauren estaba de pie junto al hogar, con su copa vacía en la mano y un surco decididamente pesaroso entre sus pálidas cejas. La señora Tremayne estaba despatarrada en el suelo a la izquierda de Christine, con las faldas, las alforjas y los aros formando una especie de tienda de campaña que

la mujer intentaba desesperadamente que no se le volcara sobre la cabeza. La tarea se hacía aún más difícil por el hecho de que sólo tenía una mano libre. La otra estaba ocupada en un esfuerzo igualmente desesperado por evitar que la montaña de pelo se le cayera por completo de la cabeza. Carrie intentaba ayudar, pero sus propios aros, alforzas y peluca le impedían agacharse y preservar su pudor al mismo tiempo.

—¡Jesús, Lauren! Eres un maldito idiota.

Christine miró hacia atrás justo a tiempo para ver a Carter ponerse en pie con un movimiento suave, impecable, casi felino. Sin embargo, no estaba mirando a su hermano. La estaba mirando a ella, haciendo una rápida evaluación de pies a cabeza. Christine encontró los medios para sentarse y alisarse rápidamente las faldas.

—Sólo intentaba ayudar —respondió el más joven en voz baja, mirando fijamente su vaso vacío—. Mi instinto me dijo que le echara líquido. Nunca se me ocurrió…

—Nunca se te ocurre nada bueno. —Carter se adelantó y le tendió una mano—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. Sí, estoy bien —le aseguró ella, colocando agradecida su mano en la de él y aceptando su ayuda—. Y gracias por actuar tan rápido. —Miró por encima del hombro para ver qué daños había sufrido su vestido.

—Sólo su falda exterior está quemada sin remedio —suplió Carter—. Tus enaguas están un poco chamuscadas, pero aún bastante útiles. Madre, ¿cómo estás?

— Bastante maltratada, me temo.

—Tu sensibilidad se recuperará —contraatacó Carter, soltando lentamente la mano de Christine, claramente vigilando para asegurarse de que mantenía el equilibrio antes de que él se retirara demasiado. Su mirada se detuvo en la de ella un momento, luego la apartó deliberadamente para mirar a su madre.

—¿Estás físicamente herida de algún modo?

—Parecería, a primera vista, que no.

—¿Lauren? —dijo con frialdad—, ¿sería pedirte demasiado que ayudaras a nuestra madre a ponerse en pie?

—¡Oh! —dijo Lauren con un visible sobresalto—. Por supuesto que no. —Con su copa vacía aún en la mano, corrió al lado de su madre y luego se detuvo a considerar su copa, claramente en un dilema sobre lo que debía hacer con ella. Su madre agitó los brazos mientras él intentaba tomar una decisión.

Carter gimió en voz baja y Christine le miró justo a tiempo para verle poner los ojos en blanco. Sinceramente, ella podía entender sus frustraciones. Lauren era un tipo agradable en general, pero no parecía poseer ni la más mínima pizca de sentido común. Estaba sumamente agradecida de que Carter hubiera estado presente para apagar el fuego. Si su vida hubiera dependido de cualquiera de los otros, no estaría allí de pie con sólo un poco de tela carbonizada como muestra de la angustiosa experiencia. Habría resultado gravemente herida. O muerta. Esto último, se dio cuenta de repente, habría simplificado mucho la vida de Carter. Que hubiera actuado en contra de sus propios intereses en aquella situación decía algo sobre su sentido de la decencia y el honor.

Sin duda era un manojo de contradicciones, decidió ella, estudiándolo. Al notar que rizos de tela quemada se aferraban a las mangas de su levita, alargó la mano para apartarlos con suavidad. Parecía lo menos que podía hacer por él, teniendo en cuenta lo que había hecho por ella. Sintió su mirada, sintió el calor de su valoración. Era extrañamente tranquilizador, y desde el rincón más alejado de su cerebro revoloteó la tonta idea de que una vida entera de momentos así sería bastante agradable.

Ella apartó deliberadamente el pensamiento y se concentró en cepillar un trozo particularmente grande de tela chamuscada del puño izquierdo de su abrigo. Su mano rozó la de

él en el proceso y él la apartó de un tirón mientras respiraba con dificultad a través de los dientes apretados.

—Se ha quemado la mano —declaró ella, cogiéndole el brazo, enfadada consigo misma por no haber pensado antes en esa posibilidad. Él no se resistió, pero se mantuvo rígido mientras ella le daba la vuelta a la mano para que pudiera ver la palma. La piel era de un blanco enfermizo y ella sabía que la quemadura era profunda. Necesitaba ser atendida inmediatamente.

—Un poco de mantequilla en ella y estará bien —dijo Carter en voz baja, pareciendo leerle la mente.

Ella levantó la vista hacia él e igualmente en voz baja se mostró en desacuerdo.

—La mantequilla sólo sellará el calor y hará que el dolor sea más intenso. —Ante su ceja ladeada, miró por encima del hombro para ver que Madame Tremayne se había enderezado y que Carrie alisaba afanosamente las faldas de su hermana. Lauren estaba allí de pie con cara de no saber qué hacer a continuación.

—Lauren —dijo, atrayendo su atención hacia ella—. La mano de tu hermano está herida. Por favor, sal por la puerta principal y recoge algo de nieve.

Mientras Lauren asentía, Isaac entró en la puerta, se inclinó y dijo:

—La cena está servida.

Lauren se hundió.

—Qué mal momento.

—No importa la nieve —espetó Carter, soltando su mano del suave agarre de Christine—. He sufrido quemaduras peores y he sobrevivido. Vayamos a la mesa antes de que tengamos que añadir «frío» a los otros defectos de la comida. —Presentándole el brazo a Christine, añadió—: Lauren, por favor, intenta acompañar a Madre al comedor sin perderla por el camino.

Capítulo 7

Era extraño, musitó Carter mientras Christine caminaba del brazo con él hacia el comedor. Ella le había cogido el paso inmediatamente y así se movían como uno solo, su avance uniforme y cómodo. No requería pensar en absoluto y no pudo evitar preguntarse si ella sería tan fácil de escudar en la pista de baile. Nunca en su vida había considerado la posibilidad de bailar en público sin ofrecer un gemido silencioso. Pero la imagen mental de formar pareja con Christine Pearson hacía la perspectiva no sólo soportable sino inexplicablemente atractiva. Sí, era de lo más extraño. Extraña e intrigante.

—A falta de un personal de servicio completo —dijo mientras la llevaba al bufé contra la pared sur—, cenamos de manera más bien informal, sirviéndonos nosotros mismos. Espero que no le importe.

—En absoluto.

Suave y totalmente sincera. Teniendo en cuenta todos los pisotones y quejas que había soportado desde que se había visto obligado a reducir el personal, la aceptación de la situación por parte de ella fue un cambio increíblemente bienvenido. Le cedió suavemente el brazo y cogió un plato, diciendo:

—Permítame que le llene el plato. ¿Le apetecen patatas? No puedo responder de en qué tipo de salsa están metidas.

Ella miró el plato y se cogió el labio inferior entre los dientes. Tras un momento, contestó:

—Parece que es algo a base de nata. Y estoy dispuesta a probar cualquier cosa una vez. Por favor, llene mi plato como lo haría con el suyo. —Levantó la vista hacia él para sonreír y añadir —: Sólo porciones más pequeñas, por supuesto.

Tenía los ojos más bonitos. Cuando sonreía, brillaban como zafiros a la luz de las velas. Cuando estaba enfadada, recordó, se oscurecían hasta adquirir el color de un cielo de medianoche. Ella arqueó una ceja en muda pregunta y Carter empezó a darse cuenta. La estaba mirando fijamente. Y su pulso recorría sus venas a un ritmo ridículamente rápido. Forzando su propia sonrisa, fijó deliberadamente su atención en los platos y en lo que pasaba por comida en la mansión Kingscote. En cogió con cuidado una cuchara de servir de plata, consciente tanto de que había que pulirla como de que el movimiento intensificaba el palpitar de su mano. Apretó los dientes y se concentró en la tarea de servir, decidido a llenar su mente con algo que no fuera la conciencia del dolor.

Intentaba arrancar de la fuente una porción de lo que —bajo la capa de ceniza negra— podría ser carne de vaca cuando vio a Lauren acompañar a su madre a la habitación. Carrie iba detrás, con cara de no estar muy contenta por tener que entrar en la habitación sin la caballerosa ayuda masculina.

Christine, de pie a su lado, era muy diferente de las otras dos mujeres. Su figura era esbelta pero agradablemente curvada. Y existía sin el beneficio de las escandalosas alforjas y aros que su madre y Carrie se ataban todas y cada una de las mañanas de sus vidas. Y su pelo... Era auténtico, dorado y brillante a la luz de la lámpara. Gracias a Dios que no lo llevaba empolvado ni lo ocultaba bajo una ridícula peluca.

Por supuesto, las pelucas y los polvos para el pelo, las alforzas y los aros eran cosas caras, y era obvio que ella no podía permitírselos. Aun así, había algo en Christine que le sugería que renunciaría a ellas aunque estuvieran dentro de sus posibilidades económicas. Aunque ir sin ellos la ponía muy fuera de los límites de las expectativas sociales respecto a la moda femenina

apropiada, él no podía evitar apreciar su falta de convencionalismo. La hacía parecer mucho más real; más de carne y hueso que una intocable y frágil muñeca de porcelana. Y eso era agradable. Muy agradable. Tener que ser siempre el caballero cortesano era una forma tan agotadora de ir por la vida. Tenía la inequívoca sensación de que, con Christine, un hombre podía realmente relajarse y ser él mismo de vez en cuando sin arriesgarse al colapso total de la civilización. Considerándolo todo...

Carter frunció el ceño ante la papilla verde que en algún momento habían sido judías verdes. Hacía apenas un puñado de horas, había estado maldiciendo su suerte, la estupidez de Lauren, la confabulación de Mason Everleigh y el escandaloso comportamiento de Christine Pearson. Y ahora estaba de pie ante el bufé, recogiendo y raspando trozos de porquería en un plato para la misma Christine Pearson y pensando que ella era una encantadora bocanada de inesperado aire fresco en su vida.

Dios todopoderoso, había perdido completamente el juicio. ¿Cuándo había ocurrido? Desde luego no había sido en el carruaje. Se había bajado con ganas de estrangularla. Esa misma sensación le había acompañado cuando la había arrastrado por los helados escalones de la entrada hasta el vestíbulo. Pero en el momento en que su madre había avanzado hacia él, recriminándole los patéticos escalofríos de Lauren...

Sí, en ese momento había comenzado el deslizamiento hacia la locura. Había sido desafiado en todos los frentes, y al lidiar con todas las expectativas y lo desagradable, no había podido evitar admirar el aplomo que Christine estaba mostrando en las difíciles circunstancias. Había olvidado lo mucho que estaba resentido con ella, lo profundamente que le había enfadado en el transcurso del día.

Y entonces su madre se había desmayado y él había encontrado a Christine apretada contra él, con los brazos alrededor de su cuello. Su admiración por ella había pasado instantáneamente a un plano completamente nuevo. Luego su falda se había incendiado y, cuando las llamas se

habían apagado, ella había tomado su mano entre las suyas y le había pedido a Lauren que trajera un poco de nieve para poder aliviar su dolor. Tan genuinamente bondadosa. Tan gentil y a la vez decidida. Sí, ahora que hacía memoria, recordaba que había sentido que algo en su cerebro se quebraba en ese instante.

—Supongo —dijo Carrie, entrometiéndose en sus pensamientos—, que dado que su tío tenía dos mil libras para prestar a Lauren, debe estar acostumbrada a vivir con gran estilo, señorita Pearson. Nuestra sencilla forma de vida debe ser una decepción considerable para usted.

—En absoluto —oyó responder a Christine desde su lado. Mientras parpadeaba y luchaba por devolver su conciencia a la realidad del comedor, añadió—: La comida es la comida y siempre agradezco que me pongan algo delante, señora...

—Schroedon —suplió regiamente Carrie.

El tono de su voz despertó la ira de Carter y le liberó de la maraña de sus pensamientos.

—Todos se dirigen a ella como Carrie —dijo, haciendo un gesto a Christine para que le precediera a la mesa—. Puede hacer lo mismo.

—Con el debido respeto, Carter —replicó su tía—, la elección de cómo deseo que se dirija a mí la señorita Pearson es mía.

Colocó con cuidado el plato ante una silla y luego se colocó detrás de ella para ayudar a sentar a Christine. Ella le lanzó una rápida mirada mientras se alisaba las faldas y se acomodaba. Era claramente consciente de su tensión e igual de claramente aprensiva sobre su papel en causarla; él podía ver el arrepentimiento apagando la luz de sus ojos. Maldita Carrie. Su único verdadero talento era el don de crear dificultades.

Estaba acercando a Christine a la mesa cuando tuvo suficiente control de su ira para responder con calma:

—Con el debido respeto, tía Carrie, yo soy el amo de esta casa. Christine es mi esposa. Tú

eres la hermana de mi madre. —Dio un paso atrás hacia el bufé para coger un plato para él mientras continuaba—: Tú no eres la igual social de Christine y no se espera que ella se dirija a ti como tal. Tú, por el contrario, te dirigirás a ella como señora Tremayne hasta que ella te autorice a hacerlo de otro modo.

—Lo que trae a colación una inquietud bastante apremiante que he estado considerando desde esta tarde, —intervino Lauren con el aire desenfadado que siempre utilizaba cuando trataba de suavizar un intercambio tenso—. ¿Puedo preguntar cómo vamos a gestionar las conversaciones teniendo a dos señoras Tremaynes bajo el mismo techo? Podría convertirse fácilmente en una telaraña muy pegajosa. Tener dos señores Tremaynes ya es bastante complicado.

Observó a su hermano cruzar hacia la mesa y dejar su plato en el lugar que ocupaba junto a Christine.

—Y desde luego no querríamos poner a prueba tu cerebro más de lo necesario —murmuró Carter en tono sombrío.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó Christine, girándose en su silla para encontrarse con su mirada. Le ofreció una sonrisa que acompañó a la súplica que brillaba en sus ojos—. Como ha señalado Lauren, ya hay una señora Tremayne en la residencia. Y puesto que voy a estar aquí poco tiempo, quizá todos podrían dirigirse a mí simplemente como Christine.

—Quizá podríamos llamarla Lady Christine —ofreció Lauren, con el rostro encendido mientras se dejaba caer sin contemplaciones en la silla—. Me gusta. Tiene cierta elegancia, ¿no cree?

Christine se volvió para mirar al hombre más joven y, aunque Carter no podía verle la cara desde su posición ventajosa, pudo oír una apologética sonrisa enmarcando sus palabras mientras ella respondía:

—Desgraciadamente, el título no es apropiado.

—Claramente —murmuró Carrie en voz baja mientras se servía las judías verdes. Carter la fulminó con la mirada y consideró la posibilidad de plantarle una bota en el dobladillo para que con su siguiente paso acabara en el suelo con la cara en su comida. Dios, ella sacaba lo peor de él. Siempre lo había hecho.

—De niña me llamaban Lady Christine, pero los títulos de barón no son hereditarios y lo perdí al fallecer mi padre.

—¿Su padre era barón? —preguntó su madre, cruzando hacia la mesa con su comida. Dejó su plato en la mesa y se quedó allí, mirando fijamente a Lauren, con la ceja arqueada.

Carter recogió una masa de patatas confitadas y las echó a ciegas en su plato mientras observaba cómo Christine le daba un sutil codazo en las costillas a su hermano mientras decía:

—Sí, señora. El título se concedió por un servicio meritorio en el Ejército de Su Majestad.

Lauren se puso en pie de un salto, casi volcando su silla y estrellándose contra la esquina de la mesa en su prisa por ejercitar tardíamente los buenos modales. Su madre fingió no darse cuenta de su torpeza y dirigió toda su atención a Christine.

—Era un héroe, entonces —dijo mientras se sentaba en la silla que Lauren había sacado para ella—. Qué emocionante. ¿Puede contarnos algo de sus atrevidas hazañas?

—Sé poco de las hazañas de mi padre más allá del hecho de que, al empujar a un compañero fuera de peligro durante la batalla, sufrió las heridas que le dejaron sin el brazo y la pierna derechos e incapaz de hablar.

Por Dios. Preferiría estar muerto que tan mutilado. La vida no merecería la pena si hubiera que soportarla con sólo medio cuerpo. El padre de Christine había sido un hombre mucho más fuerte, mucho más valiente de lo que él sería jamás.

—Así que era un lisiado —resumió Carrie, deteniéndose detrás de su propia silla y esperando a que Lauren la sentara.

Carter arrojó un trozo de carne sobre su plato, tratando de contener su ira el tiempo suficiente para encontrar algunas palabras que expresaran su indignación y que, sin embargo, estuvieran en algún lugar dentro de los límites de la simple urbanidad. Christine le ahorró el esfuerzo.

—Físicamente —respondió, con un endurecido filo de acero en la voz—, mi padre era incapaz de moverse con la libertad que deseaba. Mentalmente, siguió siendo una fuerza indomable hasta que exhaló su último aliento.

Aparentemente, en este último aspecto, la bellota del Señor Pearson no había caído lejos del árbol. Y a pesar de sus limitaciones, había conseguido criar a una hija que no se iba a acobardar ante la irascibilidad de Carrie. Hurra por el señor Pearson.

—¿Cómo se las arregló su madre para soportar unas circunstancias tan duras? —preguntó la madre de Carter, con notas de sincera simpatía resonando en cada palabra.

—Mi madre, junto con mis dos hermanos pequeños, falleció en una epidemia de gripe, poco después de que mi padre resultara herido y se retirara del servicio militar.

Como si ser medio hombre no fuera suficientemente malo, el padre de Christine también había sufrido la pérdida de su mujer y sus hijos. ¿Cómo y por qué se había molestado en seguir viviendo? Incluso mientras Carter se lo preguntaba, se dio cuenta de la respuesta. Había seguido porque había tenido que hacerlo, porque Christine era la única que quedaba y ella había necesitado un padre.

—Entonces, ¿quién cuidó de su padre durante todos estos años? —preguntó Lauren, colocándose detrás de la silla de Carrie.

—Fui yo.

—En cierto modo, por supuesto —corrigió Carrie, permitiendo que Lauren la acomodara en la mesa. Buscó su servilleta de lino y añadió—: Lo que usted quiso decir es que, como dama,

supervisaba a los sirvientes que realmente hacían el trabajo requerido.

—En realidad, Carrie —replicó Christine con un tono aún más duro en su voz esta vez—, no teníamos sirvientes. Mi padre no tenía herencia y su pensión militar se destinaba a mantener los campos sembrados, la comida en nuestra mesa y el techo sobre nuestras cabezas. No quedaba nada con lo que pagar salarios.

—¿Trabajaba con las manos? —preguntó Carrie, obviamente horrorizada por la posibilidad.

—Era hacerlo o morir de hambre. El orgullo y la pretensión hacen una comida muy magra.

Un hecho que Carrie nunca entendería, se dio cuenta Carter. Tampoco lo harían su madre o su hermano, para el caso. Los tres se sentarían a la mesa y morirían esperando a que les trajeran comida. Ni una sola vez se les ocurriría levantarse e ir a buscar y preparar algo para ellos. Christine, en cambio...

Acomodándose en la mesa, Carter miró la masa de comida poco apetecible que había en su plato y de repente vio una posibilidad que tenía toda la gloriosa promesa de un nuevo amanecer.

—¿Sabe, por casualidad, cocinar?

—Claro que sé.

—Y sin duda también sabe fregar las ollas cuando termina de servir.

El comentario cortante de Carrie encendió una chispa en los ojos de Christine. Carter levantó la mano rápidamente. Ella vaciló durante un largo momento, luego asintió en elegante aceptación y volvió a acomodarse en su silla. Satisfecho, clavó en su tía una mirada dura y declaró:

—No hay nada pecaminoso en un día de trabajo honrado ni en arremangarse para contribuir al buen funcionamiento de un hogar. Ninguna de las dos cosas, debo añadir, has hecho nunca ni el más mínimo intento de hacerlas.

Carrie se irguió con un resoplido de afrenta.

—Soy una dama.

—Eres un parásito —contraatacó él—. Tomas sin dar e invariablemente te quejas de lo que recibes. He tolerado tu presencia en esta casa sólo porque mi madre parece encontrar cierto placer en tu compañía y nos unen los lazos de la sangre familiar. Pero entiéndame bien, tía Carrie. Mientras Christine resida bajo este techo, la tratarás con la deferencia y el respeto propios de su condición social de mi esposa. Si no estás dispuesta a hacerlo, puedes hacer las maletas y Lauren te llevará sana y salva a Jamestown.

La mandíbula de Carrie se hundió. Pero sólo durante una fracción de latido. Con un chasquido casi audible, la cerró y cogió el cuchillo y el tenedor de un modo que sugería que estaba pensando en saltar por encima de la mesa y clavárselos en el pecho.

—Creo —dijo suavemente su madre—, que te has tomado el comentario de Carrie de forma totalmente equivocado, Carter. Creo que su comentario pretendía reflejar su asombrado aprecio por la amplitud de las habilidades domésticas de Lady Christine.

—Sí, sí —intervino Lauren—. Estoy seguro de que no pretendía ofender.

Sin darle tiempo a ofrecer pruebas de lo contrario, su madre intervino con despreocupación:

—Volviendo a la pregunta de Carter, Lady Christine... —Levantó un tenedor de patatas y suspiró—. Como puede deducir, necesitamos desesperadamente a alguien que sepa cocinar algo que se aproxime a lo apetecible.

—El Señor sabe que Mary Louise lo intenta —contribuyó Lauren, añadiendo su propio suspiro sincero—. Me aseguraron, cuando compré sus papeles, que era una cocinera excepcional.

—Excepcionalmente mala —aclaró Carter en voz baja y con una mueca de dolor. Se encontró con la mirada de Christine y añadió—: Mary Louise llegó a nosotros hace poco más de

un mes.

—Bueno, mejor comida pobre que comida envenenada —intervino Carrie—. Antes de su llegada, vivíamos bajo una constante sombra de muerte.

Christine arrugó las cejas, miró su comida y luego de nuevo a él, claramente desconcertada. No vio otro recurso que poner al descubierto la absoluta estupidez que les había llevado a donde estaban.

—Tía Carrie y madre oyeron informes, sin fundamento, debo añadir, de una familia envenenada por su cocinera esclava —suministró—. Se les metió en la cabeza que Ruth pasaba cada hora de su día despierta tramando nuestra lenta y dolorosa desaparición. Y a pesar de sus treinta años de servicio fiel y ejemplar a esta familia, la histeria alcanzó proporciones absurdas. En lugar de someter a Ruth a ello, la vendí a Jane Granger, la propietaria del King's Arms.

Christine se estremeció visiblemente al oír la palabra vendida. Carter la observó parpadear y tragar saliva, la vio luchar por las palabras. ¿Comprendía lo complicada que era la red de relaciones? ¿El dolor que supone que se rompan? ¿O era de las que no entendían nada en absoluto y se oponían a la institución basándose en principios simplistas?

—Debió ser difícil para ella ser desarraigada de esa manera.

¿Difícil? Ah, sí. Había sido difícil. Pero no iba a admitir ante nadie que tanto él como Ruth habían llorado en su despedida, que mientras se alejaba había deseado con todo su corazón que hubiera sido la tía Carrie la que hubiera sido vendida. Ruth había sido lo mejor de su infancia, el tiempo que pasaba en la cocina con ella lo mejor de cada día desde que tenía uso de razón.

—En realidad, se hizo de acuerdo con su petición —respondió, atacando el trozo de carne que tenía en el plato—. En los últimos años, Ruth ha estado los domingos en compañía de Moses, uno de los esclavos de la señora Granger. La señora. Granger consideraba la adquisición de Ruth poco menos que un gran golpe. Todo el mundo estaba contento: Madre y tía Carrie, Moisés y Ruth, por no hablar de la señora Granger y sus bien alimentados patrones.

A nadie más que a Ruth le importaba cómo me sentía, añadió en silencio. Abandonando toda esperanza de cortar la carne, Carter dejó los cubiertos. Alcanzando su copa de vino, afectó un brillo que no sentía y concluyó:

—Al día siguiente, Lauren fue enviado a James City para conseguir una sirvienta contratada que ocupara el lugar de Ruth en la cocina. Volvió con Mary Louise O'Neill.

—Nadie ha oído hablar nunca de una sirvienta contratada que envenenara la comida de la familia, ¿verdad? —Inquirió Carrie, sonando como si la explicación la hubiera reivindicado de algún modo.

—El envenenamiento es sólo una cuestión de grado —respondió secamente—. Grados lentos y espantosos.

—Es una joven agradable —ofreció Lauren—. Y atractiva, también. Tiene el pelo rojo más hermoso. Es casi de un color cobrizo.

Carter bebió un sorbo de su vino y se reclinó en su silla, resignado a ahogar el roer de su vientre.

—Ojalá esos factores contribuyeran en algo a la calidad de la comida que prepara.

—Quizá —dijo Christine en voz baja, apartando también sus cubiertos en aparente derrota —, es que nunca le han enseñado a cocinar correctamente. —Miró entre su madre y Carrie y luego añadió vacilante—: Estaré encantada de hacer lo que pueda para instruirla.

Levantando su copa en señal de saludo, Carter replicó con absoluta sinceridad:

—Le agradecería mucho, muchísimo, cualquier mejora que pudiera conseguir.

Una sonrisa le hizo cosquillas en la comisura de los labios y una luz traviesa iluminó de repente sus ojos. Él sintió que ella veía una oportunidad en su necesidad, una posibilidad de aprovechar su satisfacción en beneficio propio.

—Si tiene éxito en la tarea —dijo Carrie—, tal vez Lauren pueda encontrar a alguien en una subasta en la ciudad a quien podría entrenar para ser camarero. Presentar la comida al estilo buffet carece de cierto grado de gentileza y gracia, ¿no cree, lady Christine?

La luz se apagó en los ojos de Christine cuando miró al otro lado de la mesa para encontrarse con la mirada de la otra mujer.

—No hay dinero para comprar sirvientes adicionales, ya sean esclavos o contratados. Lo que te deja dos opciones, tía Carrie. Tendrás que aceptar y soportar las horribles condiciones de vida aquí o encontrar a alguien dispuesto a mantenerte de una manera más acorde con tu sentido de la importancia.

Carrie soltó otro de sus resoplidos indignados e intentó rebatirle con el silencio. Su madre le frunció el ceño. Y Lauren sacudió la cabeza, diciendo:

—No puedo evitar observar que esta noche estás de un humor particularmente desagradable, Carter. ¿Alguna razón en especial?

Carter se mordió la lengua mientras una respuesta sincera martilleaba su cerebro. Llevo un maldito mes con hambre. Mi madre sólo juega a ser la señora de la casa. Su hermana es un pozo sin fondo de expectativas e ingratitud. Mi hermano es un idiota. Y —por si lo has olvidado— esta tarde me han obligado a casarme con un desconocido. Y, aparte de mí, la esposa que no quería y no necesito parece ser la única otra persona en esta casa que posee una pizca de sentido común y está dispuesta a trabajar para ganarse el sustento. ¿Qué opinas, Lauren? ¿Alguna de esas razones es especial?

—Ha sido un día muy largo —dijo Carter escuetamente, colocando su servilleta junto al plato. Se puso en pie y se volvió hacia Christine—. Estoy seguro de que también ha sido agotador para usted. Si ha terminado de comer, ¿quizás le gustaría retirarse a su habitación?

—Sí, realmente me gustaría —admitió ella, dejando también a un lado su servilleta—. Si nadie considera de mala educación por mi parte retirarme tan temprano.

—Por supuesto que no, querida —le aseguró su madre. Le miró y añadió—: Me ocuparé de ello, Carter. Acomodar a un invitado entra dentro de los deberes de ser la señora de Kingscote. Es un placer que rara vez se me ha concedido en los últimos años.

Lo cual era, por supuesto, culpa suya. Dios, estaba cansado de batallar en cada conversación.

—Muy bien, madre —dijo con una reverencia abreviada—. Si me disculpa, por favor. Tengo cuentas que hacer.

Se alejó, jurando que algún día sería un ermitaño y tiraría piedras a cualquiera que se le acercara.

Capítulo 8

Christine lo miró marcharse, con su copa de vino en la mano, y sintió una extraña punzada de arrepentimiento. No se podía negar que había estado contencioso durante toda la cena, pero no le habían atendido la mano y el dolor tenía que haberle hecho menos tolerante a los constantes pinchazos de Carrie. En cierto modo, sintió lástima por él. Carrie pondría poner a prueba la paciencia de un santo. Su madre era dulce, pero por alguna razón parecía obligada a excusar la maldad de su hermana. Y Lauren... El pobre Lauren era todo lo que su hermano no era. También sintió un poco de lástima por él. Carter nunca perdía la oportunidad de criticarle o insultarle. Pero, por otro lado, Lauren decía y hacía constantemente cosas que invitaban abiertamente a los comentarios mordaces de su hermano.

—Lauren —dijo en voz baja la señora Tremayne—, Lady Christine, tu tía Carrie y yo quisiéramos levantarnos de la mesa.

—¡Oh! —Se puso en pie de un salto y luego se removió inquieto en su sitio, con la mirada perdida entre las tres mientras obviamente se debatía con la decisión de a qué dama debía atender primero.

Christine se levantó por su cuenta, apartándose deliberadamente de su factor mental. Su movimiento pareció aclarar su pensamiento. Con una enorme sonrisa, se apresuró a rodear el extremo de la mesa para atender a su madre. Carrie esperó, con la nariz en el aire y los labios fruncidos. Sí, Christine podía entender por qué Carter querría enviar a esta mujer lejos, muy

lejos.

La señora Tremayne, una vez de pie, se volvió hacia su hermana y sonrió.

—Me reuniré contigo en el salón después de acompañar a Christine a su habitación. Quizá Lauren pueda pedirle a Mary Louise que nos prepare una tetera.

Carrie asintió y Lauren también. El asentimiento de Lauren, sin embargo, fue notablemente más entusiasta que el de su tía. ¿Estaba Lauren enamorado de la cocinera? se preguntó Christine. Había dicho que era joven y atractiva. ¿Cómo de joven era Mary Louise O'Neill?

Christine miró la comida sin comer en los platos. Cualquier mujer mayor de quince años sabría cocinar. Era un conocimiento básico que se esperaba que todas las mujeres poseyeran y practicaran hábilmente. ¿Era Mary Louise una niña?

—¿Nos vamos, Christine?

Christine asintió distraídamente y se colocó al lado de la señora Tremayne, reconsiderando una pregunta que se le había ocurrido brevemente antes. Si Mary Louise llevaba aquí un mes, ¿por qué la señora Tremayne o Carrie no habían emprendido su instrucción? La rápida conclusión a la que había llegado en la mesa seguía siendo la misma. Sólo quedaban dos respuestas probables: O bien consideraban la tarea indigna de ellas o ninguna de las dos sabía cocinar mejor que Mary Louise.

Si era esto último, entonces quizá el arte de cocinar no era la habilidad femenina universal que ella siempre había supuesto que era. Y si ese era el caso, entonces la miserable comida de Mary Louise podría no ser consecuencia de la edad en absoluto. Bien podría ser que perteneciera a una clase social que no esperaba que supiera preparar la comida. Lo que, por supuesto, planteaba la pregunta de cómo había llegado a ser una sirvienta contratada.

—¿Dónde están tus baúles, querida?

Sacada de sus cavilaciones, Christine parpadeó y miró a su alrededor. Habían llegado al

vestíbulo y la señora Tremayne se había detenido en el centro del mismo, con el ceño fruncido de preocupación.

Christine también se detuvo. Mirando a su alrededor, vio su valija colocada en la base de la escalera que conducía al segundo piso.

—Sólo tengo una maleta —dijo, cruzando hacia ella.

—¿Eso es todo? ¿Una pequeña valija?

—Sí, señora —respondió Christine, cogiéndola y esperando a que la otra mujer se uniera a ella—. Su contenido es bastante suficiente para mis necesidades.

La señora Tremayne se recogió las faldas en la mano y empezó a subir las escaleras, diciendo:

—Tus necesidades deben de ser muy pequeñas. No me extraña que Carter esté tan enfadado.

Christine consideró las dos ideas, pero no pudo ver cómo una se conectaba necesariamente con la otra.

—¿Cómo dice?

—Carter es un palo, querida —respondió su madre, llegando al final de la escalera y cogiendo una lámpara de vela que brillaba suavemente de una mesa del recibidor antes de conducir a Christine por el pasillo enmoquetado—. Le gusta su mundo ordenado y pautado y su gente predecible. El hecho de que sólo tengas una maleta de viaje, y que la considere totalmente adecuada, la convierte en una mujer de lo más inusual. No es de extrañar que haya pasado la velada con el ceño fruncido y brusco.

Tenía sentido de una forma bastante enrevesada. Pero, aunque admitía que no conocía muy bien a Carter, no podía imaginarse que su forma de pensar funcionara según las líneas más bien inconsecuentes que afirmaba su madre.

—Haré lo que pueda para ser más predecible —ofreció Christine en un esfuerzo por ser diplomática.

—Todos agradeceríamos que lo hicieras, querida. Es realmente difícil vivir con Carter, incluso cuando está razonablemente contento con la vida. —Se detuvo y abrió una puerta a su derecha, la segunda desde el final del pasillo.

—Ésta, creo —señaló la señora Tremayne, indicando a Christine que cruzara el umbral delante de ella—, será su habitación, Christine. Linda con la de Carter por la otra puerta. Es propia de marido y mujer y propicia cualquier acuerdo que decidías hacer para pasar por ella.

El acuerdo que tenían era que la puerta permanecería cerrada, suministró Christine en silencio, echando un vistazo a la habitación. Aunque la luz de las velas era tenue, pudo darse cuenta de que la habitación era más grande que cualquiera de las que había tenido que llamar suyas. Había una cama con dosel contra la pared del fondo, varios arcones y armarios, y un armario lo bastante grande como para albergar a una familia de cuatro miembros. Algunos objetos —que por su forma general parecían sillas— estaban cubiertos con sábanas blancas, y la chimenea estaba llena de leña para un fuego que no se había encendido. Las paredes estaban pintadas de lo que parecía un amarillo mantecoso, y Christine estaba segura de que una vez que ardiera el fuego y se quitaran los guardapolvos, sería un lugar cálido y confortable para acurrucarse con un buen libro.

—Es encantador —dijo, volviéndose para sonreír a su anfitriona.

—Si hubiéramos sabido que te ibas a quedar con nosotros, habríamos tenido la habitación debidamente preparada. Pero tal y como ha resultado... —Ella se encogió de hombros y dejó la vela sobre un arcón—. Uno debería aceptar las situaciones tal y como son y esperar lo mejor, ¿no crees?

No le dio a Christine la oportunidad de responder, sino que continuó con despreocupación:

—Haremos que Mary Louise venga mañana y quite los guardapolvos. Ella también puede

arreglar los muebles a tu gusto. ¿Te parece bien, Lady Christine? ¿Te importa si en privado te llamo solo Christine?

—Por supuesto. Gracias por todo, señora Tremayne.

—Por favor, llámeme Millicent.

Christine vaciló. No era correcto dirigirse a los mayores por su nombre de pila, y la idea de hacerlo la incomodaba. Sus padres habían sido inflexibles sobre esa particular lección social.

—Lo intentaré —ofreció sin compromiso.

La mujer mayor sonrió.

—Eso es todo lo que pido. Y ahora le deseo buenas noches y agradables sueños. —Entonces la mujer se inclinó más cerca, presentando su mejilla para un beso.

Era algo tan dulcemente maternal y despertó recuerdos agridulces que Christine había guardado hacía tiempo.

—Buenas noches, madre Tremayne —susurró, apretando un beso en la mejilla empolvada de la mujer.

—¡Oh, me gusta eso! —exclamó ella, con los ojos brillantes y una amplia sonrisa—. Madre Tremayne. Señorial y a la vez accesible. Sí, me gusta mucho. —Salió al vestíbulo y, cerrando la puerta tras de sí, añadió—: Buenas noches de nuevo, querida. Que tengas el más dulce de los sueños.

Christine sonrió. Había que dormir para tener sueños. Si no encendía el fuego y calentaba la habitación, iba a pasarse la noche completamente despierta, oyendo el castañeteo de sus dientes. Dejó caer su maleta en el extremo de la cama y cruzó hacia la chimenea. El yesquero estaba sobre la repisa y lo comprobó, encantada y aliviada al ver que estaba preparado. Golpeó el pedernal y sopló suavemente sobre la chispa. Prendió y, a medida que la llama crecía, se agachó y volcó el contenido en la leña que esperaba. También prendió con facilidad y en cuestión de

segundos el fuego crepitaba y estallaba, creciendo y avivándose.

Christine se enderezó, volvió a colocar el yesquero en su sitio y miró de nuevo alrededor de la habitación. Ya salía un poco de calor de la chimenea, pero aún no había ahuyentado el frío, así que se puso manos a la obra, cogiendo un ramito del fuego para encender más velas y luego doblando con cuidado los guardapolvos y apilándolos ordenadamente en el suelo junto a la puerta.



Una hora después Christine se sentó en una de las sillas que había dispuesto frente al fuego, calentándose los pies y sintiendo una profunda sensación de logro. Para empezar, había sido una habitación preciosa y, moviendo unos cuantos armarios aquí y unas cuantas sillas allá, había conseguido que lo fuera aún más. Había bajado la colcha y las sábanas de la cama para que estuvieran calientes cuando se sintiera preparada para meterse debajo.

Sin embargo, por alguna razón inexplicable, no estaba ni un poco cansada. El Señor sabía que debería estarlo. No había dormido mucho anoche. Y el día de hoy había sido uno de los más largos de su vida. Casada contra su voluntad con un hombre que no quería esposa y consideraba a las mujeres bobas sin cerebro, había sido arrastrada a través de una tormenta de nieve para ser depositada en medio de un hogar que sólo podía describirse como... bueno, peculiar.

La cocinera no sabía cocinar. El único criado que había visto había sido el que les abrió la puerta principal, y luego había desaparecido. Millicent Tremayne era una mujer agradable, pero no parecía tener ninguna preocupación real más allá del mantenimiento de los buenos modales. Carrie Schroedon era una persona totalmente desagradable, y probablemente infeliz. Lauren Tremayne era un bufón afable cuyo mal juicio era la razón de que ella y Carter Tremayne estuvieran encadenados el uno al otro. Echar brandy al fuego... Carter podría haber sido un poco

menos tajante al declarar que su hermano era un idiota, pero en gran medida era la verdad.

Y luego, aparte de la gente, estaba la propia casa. Podía ser grandiosa y señorial por fuera, pero el interior estaba en un estado lamentable. El polvo cubría las superficies de todos los muebles, se adhería a los pliegues de las cortinas y se levantaba en pequeñas nubes de las pequeñas alfombras cuando alguien caminaba sobre ellas. Manchas de hollín decoloraban los cristales de las ventanas. Los adornos de plata, latón y cobre estaban deslustrados. Y hacía tanto tiempo que no se enceraban los suelos de madera que se veían fácilmente los caminos que todos habían recorrido en su ir y venir.

¿A Carter Tremayne le preocupaba que ella pudiera hacer algo que resquebrajara su fachada de riqueza y privilegio? Christine resopló de la forma menos propia de una dama y sacudió la cabeza. No había ningún daño que ella pudiera hacer que no estuviera ya hecho. El hombre era el capitán de un barco que naufragaba. Sólo era cuestión de tiempo que se hundiera. Y, pensó Christine sombríamente, teniendo en cuenta cómo le había ido la suerte en los últimos cuatro años, ella iba a ser la culpable del desastre. No importaba que el barco hubiera estado haciendo aguas durante años antes de que ella se hubiera visto obligada a unirse a la tripulación.

La vida había sido mucho más sencilla en Kingscote, musitó con tristeza, mirando por la ventana hacia la noche. Había sido una existencia marginal, sí, pero mucho más sencilla. Su padre había respetado sus decisiones y su capacidad para tomarlas. No había tenido que fingir ser algo que no era, no había tenido que soportar ser el peón de nadie.

Las lágrimas le apretaron la garganta y le brotaron de los ojos. Christine tragó saliva y se recordó a sí misma que, a pesar de la enorme distancia que separaba Kingscote de Kingscote, estaba más cerca de alcanzar su sueño de lo que nunca lo había estado. Había visto la carta enviada a su tío. Había leído por sí misma la exigencia de que Kingscote le fuera otorgado como dote. Que su tío realmente capitulara era una esperanza escasa, pero era la única esperanza que le habían dado.

Si se negaba... Christine suspiró y frunció los labios. ¿Sí? Ella sabía que no debía soñar.

Y qué iba a hacer ella después de que la deuda de Lauren hubiera sido perdonada y Carter no necesitara fingir que tenía una esposa.

Christine se incorporó con decisión, cruzó hasta el lavabo del rincón, cogió la jarra y la llevó hasta la ventana. Empujando hacia arriba el panel inferior de cristal, llenó el recipiente de porcelana con un poco de la nieve amontonada en el alféizar. La fría ráfaga de aire y el escozor helado en sus manos despejaron las sombras más oscuras de sus pensamientos. Cerrando la ventana, llevó la jarra al hogar y la dejó en el suelo. Se quedó allí, observando cómo la nieve se convertía lentamente en agua y sabiendo que, pasara lo que pasara, sobreviviría. Siempre lo había hecho.

Christine apoyó el hombro en la jamba de la ventana y observó el patio que se veía abajo. Había lo que parecía ser un ahumadero de piedra junto con varios pequeños edificios de madera cuya finalidad no pudo identificar fácilmente. Una zona ajardinada relativamente grande rodeaba lo que debía ser la cocina. Esta última era una estructura rectangular de ladrillo con dos chimeneas gemelas de ladrillo que se elevaban en la parte trasera. Un par de ventanas equilibraban la puerta lisa de la pared frontal. Ninguna luz brillaba a través de ellas y no salía humo de ninguna de las chimeneas.

Christine frunció el ceño. Al parecer se había permitido que se apagaran los fuegos, una decisión imprudente teniendo en cuenta el tiempo que llevaría reconstruirlos mañana por la mañana. O Mary Louise tendría que levantarse temprano para ocuparse de la tarea o el desayuno se serviría tarde. O frío.

Tal vez, reflexionó Christine, debería salir a la cocina, volver a encender los fuegos ahora y luego guardarlos para la mañana. No estaba cansada. Y cuanto antes comprendiera la situación con Mary Louise, antes sabría cómo arreglarla.

Christine estaba volviendo a encender la lámpara de vela para bajarla con ella por las

escaleras cuando oyó pasos en el vestíbulo. Se detuvo y escuchó cómo se acercaban, pasaban junto a su puerta y luego entraban en la habitación contigua. Carter, lo supo, observando la puerta de comunicación.

¿Había hecho algo para tratar la quemadura de su mano? Ella lo dudaba bastante. A él le había sorprendido su preocupación por su cuidado, y no había protestado cuando ella le había pedido a Lauren que fuera a recoger algo de nieve. Pero cuando su hermano había tenido que elegir entre la amabilidad y comer Carter había retirado la mano y declarado que no merecía la pena la molestia. Sí, Carter Tremayne definitivamente le parecía el tipo de hombre que se negaría a tratarse por el mero principio de que era poco masculino admitir que te dolía.

Recogió el lavabo de porcelana, cruzó hasta la ventana y recogió más nieve del alféizar. Luego se quedó allí un momento, considerando la puerta que había entre ellos. Ella prefería no recordarle que estaba allí. Tenían un acuerdo: Su matrimonio sería sólo de nombre. Pero recordaba la pasión de su beso en la rectoría, lo fácilmente que había sucumbido a él, y la emoción que la había atravesado cuando él había sugerido que tal vez tendrían que explorar más a fondo esa vía. Ella había sabido que él sólo intentaba irritarla, pero... Sólo un tonto abriría una puerta y plantaría las semillas de la tentación. Al mismo tiempo, sólo un corazón insensible dejaría que la razón impidiera el ofrecimiento de compasión.

Se dirigió a la puerta del pasillo, la abrió y bajó los pocos escalones que la separaban de su puerta. Respirando hondo para fortalecerse, llamó en silencio. Al cabo de un largo momento, se abrió y él se plantó ante ella, con la levita quitada y la camisa blanca desabrochada.

Hacerse pasar por hombre la había puesto en muchas situaciones incómodas a lo largo de los años, y aunque siempre se las había arreglado para no participar en rituales masculinos, había visto más que su parte justa de pechos masculinos. El de Carter Tremayne era, sin duda ni discusión, el más espectacular de todos. Era ancho, bronceado y oscuramente peludo. Y asombrosamente bien esculpido. Los artesanos italianos matarían por tener el privilegio de

inmortalizarlo en mármol.

—¿Sí? ¿Necesita algo?

Sobresaltada, levantó la vista para encontrarse con una comisura de sus labios torcida y una luz diabólica en sus ojos. Dios mío. ¡Había estado mirando fijamente! Mortificada, dejó caer la mirada hacia la nieve de la cuenca.

—Pensé que le vendría bien un poco de nieve para la mano —se apresuró a ofrecer, esperando desesperadamente que él fuera lo bastante caballeroso como para no mencionar su indecoroso comportamiento.

—No deberías salir sola de casa. Especialmente por la noche.

Sus palabras eran suaves y fáciles. Y por alguna razón la dulzura de ellas aumentó su incomodidad.

—No lo hice —le aseguró ella. Sin levantar la vista, le empujó bruscamente el borde de la palangana en la mitad del vientre, haciéndole dar un respingo de sorpresa y dándole pocas opciones salvo cogerla. Mientras él lo hacía, ella añadió—: Lo recogí del alféizar de mi ventana.

—Gracias. Le agradezco el detalle.

Ella oyó las notas de suave diversión en su voz. Quiso levantar la vista, para ver qué aspecto tenía cuando sonreía ampliamente. No se atrevió. Ya se había avergonzado a sí misma una vez.

—Meterá la mano en ella, ¿verdad? —preguntó ella, dando un paso atrás.

Cambió su forma de sujetar la palangana para liberar su mano herida y luego la metió en la nieve.

—Ya me siento mejor.

No podría. No tan rápido. Pero ella no estaba dispuesta a quedarse ahí y llevarle la

contraria. Sus mejillas ardían y su corazón latía demasiado rápido.

—Me alegro. Buenas noches —dijo ella, dándose la vuelta sin mirarle.

—¿Christine?

Ella hizo una mueca de dolor y se detuvo, luego respiró hondo y levantó la barbilla. Antes de que pudiera obligarse a darse la vuelta y mirarle a la cara, él le dijo amablemente:

—Siento lo desagradable de la mesa. No volverá a ocurrir. Lo que dije iba en serio: Será tratada con respeto mientras resida en esta casa.

¿Qué había sido del hombre malhumorado con el que se había casado antes? No es que le importara demasiado. Este Carter Tremayne era mucho más simpático. Se dio la vuelta. Su mirada era solemne ahora, oscura e ilegible, mientras la estudiaba.

—El comportamiento de Carrie no es en absoluto inusual —observó—. Mi tía y mis primos reaccionaron de forma muy parecida cuando fui arrojada tan inesperadamente a la casa de los Everleigh. Pero le agradezco la defensa. Fue mucho más de lo que mi tío Mason jamás ofreció en mi favor.

Inclinó la cabeza hacia un lado de la forma que ella ya había llegado a reconocer como su hábito cuando algo le desconcertaba. Por un momento pareció como si estuviera formulando una pregunta, luego se enderezó y dijo:

—Me encargaré de que le traigan varios vestidos por la mañana.

Christine no pudo evitar sonreír.

—Nuestro anterior desacuerdo sobre la necesidad de unas prendas más apropiadas parece discutible en este momento, ¿verdad?

Él asintió, despacio, contemplativo.

—Si no hubiera llevado botas de cuero y calzones bajo la falda, podría haber resultado

gravemente herida esta noche. Dado eso, puedo ver un poco de sabiduría en su negativa a renunciar a tan prácticos artículos.

¿Podía ver un poco de sabiduría? El infierno tenía que haberse congelado.

—¿Hasta dónde está dispuesto a extender su espíritu de conciliación? —preguntó ella, recelosa.

—Retiro mi exigencia de que los entregue.

Había cedido con demasiada facilidad; tenía que haber una razón y ella estaba dispuesta a seguirle el juego para ver cuál podía ser.

—Gracias.

—Pero sólo —añadió—, si acepta retirar su negativa a respetar mi autoridad sobre usted.

Ah, ahí estaba. Tenía que admitir que él era muy bueno maniobrando con la gente, y no la había hecho esperar días como siempre hacía su tío. Christine reprimió su impulso de sonreír y esperó, haciéndole creer que estaba considerando seriamente el asunto. Cuando él ladeó la ceja, ella suspiró y dijo:

—Supongo que no sería justo esperar que libraras la batalla prometida por mis calzones con una mano herida, ¿verdad?

—No, no lo sería.

Tan seguro de sí mismo. Tan seguro de su victoria. Christine sonrió.

—Entonces le daré tiempo para que se cure. —Parpadeó y se balanceó sobre sus talones. Mientras él aún estaba desequilibrado, ella le hizo una breve reverencia y se dio la vuelta, diciendo:

—Buenas noches de nuevo. Me voy a ganarme el sustento.

—¿Qué?

—Voy a bajar a la cocina —contestó ella sin mirar atrás—. Veo desde la ventana de mi habitación que se han dejado apagar los fuegos. Pensé en reiniciarlos y luego guardarlos para que estuvieran listos mañana por la mañana.

—Eso es responsabilidad de Mary Louise.

Por su voz supo que la había seguido hasta el vestíbulo. Christine se detuvo en la puerta abierta y se encontró con su mirada por encima del hombro. Volvía a estar perplejo. Por alguna razón insondable, su confusión la deleitaba.

—De acuerdo, pero ya sea por ignorancia o por negligencia, parece que no se ha ocupado de ello. Pensé en hacer del cuidado del fuego su primera lección.

—Recuerdo perfectamente que se sentó en la mesa del comedor y dijo que quería retirarse. Que estaba agotada.

—Lo estaba en ese momento. Pero una vez a solas, descubrí que tenía reservas más profundas de lo que había imaginado.

Los latidos de su corazón se aceleraron cuando él le dedicó otra de sus sonrisas caprichosas.

—Una forma con mucho tacto, señora, de decir que encontró agotadores a sus compañeros de cena.

—Hasta cierto punto —admitió ella—. Exceptuando la compañía actual, por supuesto.

—No tiene por qué mentir —reprendió él, desvaneciéndose su sonrisa—. Sé que soy una bestia con la que hay que llevarse bien. Es mi tendencia natural. —Hizo una pausa y luego se encogió de hombros—. Si está decidida a bajar ahora a la cocina, le acompañaré.

No necesitaba escolta. La cocina estaba cerca de la casa; no iba a perderse.

—Agradezco la oferta —dijo Christine cortésmente—, pero, de verdad, no es necesario.

—Sí que lo es. —Con dos largas zancadas estaba junto a ella y devolviéndole la palangana llena de nieve—. Como he dicho hace un momento, usted no deberías salir sola de casa y menos de noche.

—¿Por qué no?

—Nuestros esclavos son leales y honrados —respondió mientras se apretaba los cordones de la camisa—. No se puede decir lo mismo de los de otros propietarios. Cuando se pone el sol y cesa el trabajo, se sabe que sus esclavos se escabullen en la noche y causan problemas. Y puede estar seguro de que los esclavos no tienen la exclusiva de hacer el mal. Hay otros tantos hombres libres y sirvientes contratados que son propensos a cometer desmanes. Es mejor ser precavido y seguro que precipitado y arrepentido. Le acompañaré a la cocina o no irá.

Ella comprendió su razonamiento, pero su presunción de regir sus actos la irritó. ¿No podía haberle preguntado si le importaría que la acompañara? Habría conseguido el mismo fin y le habría permitido acceder al sentido común en lugar de rendirse a una orden. Estaba a punto de sugerirle que intentara ser un poco más diplomático, cuando él empezó a meterse el faldón de la camisa en la cinturilla de los calzones.

El movimiento captó su atención y dispersó cualquier pensamiento sobre la cocina. Se había puesto su levita a primera hora del día. La camisa le había colgado holgadamente de los hombros cuando había abierto la puerta al oírla llamar. Ahora... no era sólo el pecho de Carter Tremayne lo que los escultores querrían inmortalizar. El hombre tenía una cintura magníficamente ceñida y unas caderas estrechas. Y unos músculos excesivamente bien definidos en los muslos. Sus calzones eran lo bastante ajustados como para que ella pudiera verlos ondularse y flexionarse al menor movimiento. «¿Cómo se sentirían?», se preguntó.

Su corazón iba a explotar. Justo después de desmayarse por falta de aire. En qué desvergonzada golfa se había convertido. Nunca se había fijado en cosas así de ningún hombre. Y no era como si Carter fuera el primero con el que se había encontrado. En los últimos cuatro

años, había conocido a cientos de hombres, más de los que se les presentaban a la mayoría de las mujeres en toda su vida.

—Déjeme coger la lámpara de vela —pifió ella, alejándose antes de que él pudiera notar su rubor—. No vi ninguna luz encendida en la cocina. —Dejar que la mera visión de atributos varoniles la mareara tanto era absolutamente ridículo, se amonestó a sí misma, colocando la jarra en el soporte y moviéndose luego por la habitación para apagar las velas sobrantes.

—¿Por qué tiene la jarra en el hogar?

—Derretía nieve para bañarme. —Christine recogió la lámpara de vela y se volvió hacia la puerta. La observaba, con el hombro apoyado en la jamba, los brazos cruzados sobre el pecho y un tobillo cruzado despreocupadamente sobre el otro—. ¿Mi madre no vio que tenía?

Señor. ¿Tenía idea de lo rabiosamente guapo que estaba de pie de esa manera? Haciendo acopio de su disperso ingenio y dirigiéndose hacia la puerta mientras se esforzaba por verle bajito, gordo y calvo, Christine respondió:

—Se le habrá olvidado. Teniendo en cuenta todas las tensiones que ha soportado esta noche, no me sorprende.

Se hizo a un lado para dejarla pasar al vestíbulo y luego se adelantó a ella hacia las escaleras, diciendo:

—Una persona en esta casa poniendo excusas por los defectos de todos es suficiente. No necesito una segunda. El cerebro de mi madre es un colador en sus mejores días, y totalmente ausente en los demás. No hay necesidad de fingir lo contrario. Le sugiero que simplemente tenga en cuenta la realidad y siga con sus asuntos.

—¿No cree que podría ofenderse por mi presunción? —preguntó ella, siguiéndole escaleras abajo—. Después de todo, soy un invitado en su casa. Los invitados nunca deben presumir de tomar acciones o decisiones por sí mismos.

—Es mi nombre el que figura en la hipoteca. Y espero que usted no sea una carga. Ya tengo bastantes de ésas. —Llegó al vestíbulo y se dirigió a la izquierda, al comedor—. Es por aquí.

Christine le siguió alrededor de la mesa del comedor y hasta una puerta al fondo de la habitación, contenta de llevar puestas las botas. Si hubiera llevado zapatos femeninos, no habría podido seguirle el ritmo. Tenía las zancadas más largas.

—¿No necesita la luz para ver adónde va? —le preguntó mientras él la conducía a una gran despensa de mayordomo.

—Podría encontrar el camino a la cocina con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda —respondió él, abriendo una puerta.

El fresco aroma de la nieve corrió sobre ella, arrastrado por una ráfaga de aire frío. Se sentía bien; renovador y estimulante. Miró a su alrededor. Ni siquiera la penumbra de la luz podía ocultar el deslustre de las piezas de plata para servir guardadas en los estantes abiertos. Sólo Dios sabía lo que había dentro de los armarios inferiores cerrados, aunque estaba bastante segura de que, fuera lo que fuera, necesitaba ser pulido. Dejaría la puerta abierta para que entrara aire fresco cuando ella y Mary Louise abordaran el trabajo mañana por la tarde.

—Deme la mano y le ayudaré. Los escalones están resbaladizos.

Miró hacia la puerta y lo vio de pie fuera, esperando, con la mano extendida hacia ella. La pálida luz de la luna doraba sus hombros y aureolaba su cabello oscuro. Había dejado de nevar, se dio cuenta mientras daba un paso adelante y ponía su mano en la de él. Recorrió el corto conjunto de escalones, esperando a que él le recordara que no podía permitirse pagar a un médico para que le colocara los huesos rotos. No lo hizo.

—Gracias —dijo ella agradecida cuando llegó a la base.

Él tampoco le soltó la mano como ella esperaba. En lugar de eso, la guio hacia delante,

diciendo:

—El camino también está helado. No dejaré que resbale.

Christine, agarrando la lámpara con una mano y dejándose envolver la otra en la callosa calidez y la suave fuerza de la de Carter, avanzó con cuidado por el paseo, preguntándose una vez más qué le había ocurrido al hombre que había conocido en el despacho de David Miller. Qué desconcertante que una persona cambiara tanto y sin motivo aparente. Era un cambio a mejor, por supuesto, pero seguía siendo absolutamente desconcertante. Llegaron a la puerta de la cocina y Carter le soltó la mano sólo para poder colocar la suya en la parte baja de su espalda.

—Gracias de nuevo —murmuró Christine, pensando que era prudente, teniendo en cuenta sus comienzos, asegurarse de que él supiera que ella apreciaba sus pequeñas cortesías.

—El placer es mío, señora —respondió él en voz baja, empujando la puerta y guiándola hacia la cocina delante de él.

—¡Dulce Madre de Dios!

La voz era definitivamente irlandesa y femenina y procedía de la esquina más alejada de la habitación. Christine se volvió instintivamente hacia ella, con una disculpa por sorprender a la mujer en la punta de la lengua. La luz de la lámpara de vela apenas llegaba hasta allí, pero iluminaba lo justo para que ella viera un destello de cabello rubio y una pálida extensión de espalda masculina. Jadeó y se congeló en seco, sabiendo demasiado bien lo que había interrumpido.

—¡Maldita sea! —espetó Lauren mientras saltaba de la estrecha cama, desnudo como un arrendajo.

Christine se giró, sin querer ver más de lo que ya había visto, cuando Carter pasó a su lado furioso.

—Carter, puedo explicártelo. No es lo que tú...

Christine se encogió cuando carne y hueso conectaron con carne y hueso. El impacto fue seguido inmediatamente por otro: el de un cuerpo estrellándose con fuerza contra un trozo de madera resistente. Pudo oír a Carter maldiciendo en voz baja. El sonido era bajo y duro y ella sólo captó las palabras «maldito» e «hijo de».

—¡Oh, por favor, no le haga daño! —se lamentó Mary Louise.

Lauren balbuceó. Carter gruñó:

—Ponte algo de ropa, mujer.

Y entonces, por el rabillo del ojo, vio otro destello de la pálida piel de Lauren. Se apartó otro grado, pero no lo bastante rápido como para no ver a Carter arrastrando a su hermano ,con los brazos llenos de su ropa, hacia la puerta por el pelo.

Hubo una ráfaga de aire frío, un golpe sordo y un aullido.

—¿Christine? —Era una orden y ella la obedeció, volviéndose hacia él—. Le dejaré a solas con Mary Louise —dijo él, con los ojos encendidos y la mandíbula granítica—. Y si no le importa, ¿podría hacer que su primera lección fuera una sobre cómo satisfacer las necesidades de la mesa antes que las más personales de Lauren? —Ella asintió y él prosiguió—: Volveré dentro de un rato para escoltarla de vuelta a la casa. No vuelva por su cuenta. ¿Entendido?

De nuevo, Christine asintió. Se marchó sin decir una palabra más, cerrando la puerta tras de sí. Se quedó allí de pie, oyendo los movimientos de Mary Louise detrás de ella y preguntándose si la había confinado en la cocina más por la preocupación de Carter por los merodeadores errantes o porque simplemente no quería que lo viera golpeando a Lauren hasta dejarlo sin sentido.

Señor. ¿Por qué no se había quedado en su habitación y había esperado a la mañana siguiente para ocuparse de Mary Louise y de la cocina? ¿Por qué no había previsto la posibilidad de encontrar juntos a Lauren y a la cocinera?

Detrás de ella, Mary Louise se quedó callada. Christine suspiró. No había tenido el buen juicio de ocuparse de sus propios asuntos y quedarse en su habitación, y ahora no le quedaba más remedio que enfrentarse a una situación incómoda. «¿Cómo lo haría la señora de un castillo?» se preguntó.

Mirando fijamente la puerta, se le ocurrió una idea. Y como fue la única que lo hizo, actuó en consecuencia. Dejando la lámpara sobre la mesa de trabajo, recogió sus faldas con la mano y salió al exterior.

Capítulo 9

Christine cerró la puerta tras de sí, giró con cuidado sobre las losas heladas, respiró hondo, pegó una sonrisa a su rostro y llamó a la puerta. Tardó unos largos instantes, pero la puerta acabó abriéndose. Una mujer alta, de huesos grandes y pelo cobrizo estaba de pie, cautelosa, al otro lado.

—Hola. Soy Christine... Tremayne —empezó—. Supongo que usted es Mary Louise O'Neill?

La mujer vaciló, con las cejas fruncidas.

—Sí, señora.

—¿Puedo pasar?

Mary Louise asintió y se hizo a un lado. Christine pasó junto a ella, dirigiéndose a la mesa donde había colocado la lámpara de vela, antes de detenerse y girarse para mirar a la irlandesa. Con su sonrisa y su determinación de empezar de nuevo aún en su sitio, Christine dijo agradablemente:

—Tengo entendido que usted ha sido la cocinera de Kingscote sólo durante el último mes.

—Sí, señora.

Bien, la mujer no había dudado en contestar esa vez. Christine siguió adelante.

—Siempre he creído en afrontar las cosas de frente, así que iré al grano y preguntaré...

¿Sabe cocinar, Mary Louise?

—Sólo un poco y no muy bien —admitió ella con una débil sonrisa—. Y el señor Tremayne es el único que me llama Mary Louise. A todos los demás, me llaman Mary.

Habían superado con éxito el obstáculo; estaban con los nombres y la conversación fácil. Christine se relajó.

—Mary es ciertamente más fácil de decir que Mary Louise —respondió—. ¿Supongo que el señor Tremayne del que habla es Lauren?

—Sí, señora. El propietario de Kingscote.

—¿Se lo dijo él?

—Sí. Cuando me compró los papeles en la subasta.

Eso explicaba muchas cosas.

—Bueno, creo que debería saber que él no es el propietario de esta finca. Su hermano mayor ,el hombre que lo arrojó a la nieve, es el verdadero dueño de Kingscote.

—¿El Señor Diablo?

—Carter —corrigió Christine, riéndose entre dientes—. Sí.

Mary consideró la puerta, con los ojos encendidos.

—El pequeño mentiroso... Si lo hubiera sabido... —Se volvió y se encontró con la mirada de Christine para añadir—: Creía que me estaba ahorrando un lugar caliente donde dormir. Dijo que me vendería los papeles si no... Ya sabe... —Miró hacia la cama del rincón.

—Una cosa decididamente baja por su parte. Creo que puede estar segura de que Lauren ya no le chantajeará por sus favores.

—No quiero que le rompan los huesos. Realmente no es un mal hombre. Una chica podría hacerlo peor, ¿sabe?

—Sí, lo sé —admitió Christine, recordando a un montón de canallas de su propio pasado. Habían estado por todas partes en Londres y eran especialmente numerosos detrás de las macetas de los salones de baile y los setos de los jardines. Pero compartir historias con Mary no era el motivo por el que estaba aquí—. ¿Puedo cambiar de tema y volver a mi propósito de venir a la cocina esta tarde?

—Por supuesto, señora.

—No pretendo ser poco amable, Mary —comenzó suavemente y con una sonrisa—, pero la comida de la cena de esta noche era incomible. Me han dado a entender que no ha sido mejor en comidas anteriores. El señor Carter me ha preguntado si estaría dispuesta a encargarme de instruirte en la cocina. Si estás de acuerdo, desde luego estoy dispuesta a intentarlo.

—Si no lo estoy, el Señor Carter estaría pensando en venderme, ¿verdad?

—Sería el camino razonable. Y uno hecho puramente en el interés de la auto-preservación.

—Entonces supongo que no me queda más remedio que aprender, ¿no?

No fue la respuesta entusiasta que Christine había esperado oír, pero era mejor que una negativa rotunda.

—¿Por qué no sabes cocinar, Mary? Una mujer de tu edad suele hacerlo.

—Nunca he tenido que hacerlo —respondió la mujer, el tono de su voz daba a entender que debería haber sido obvio—. Las comidas siempre las preparaba el personal de cocina y se las servían a las criadas.

—Así que ha sido empleada doméstica —observó Christine, recordando cómo había funcionado el hogar de los Everleigh.

—Sí. Criada de arriba, lo fui. —Se llevó las manos a las caderas—. Y supongo que se estará preguntando cómo fue que me encontré empapelada y vendida por una criada de fregadero, ¿verdad? Bueno, le contaré la historia para que no la oigáis de otros que la coserían

con sus mentiras. Mi patrón era un caballero londinense, fino y elegante y juguetón como cualquier cabra. Tenía una ristra de amantes, sí, su mujer las conocía a todas. Lo que ella no sabía era que él las mantenía vendiendo sus joyas a escondidas.

—Y llegó un día en que descubrió que faltaba algo —añadió Christine, que había oído la historia demasiadas veces para contarlas.

—Sí, y la cabra no tenía agallas para levantarse y confesar sus crímenes. Culpó a las criadas, lo hizo. A Mary Anne O'Malley y a mí. Nos llevaron al banquillo de los acusados y nos declararon ladronas. Era la cárcel o ser empapeladas y nos enviaron a las colonias. Fue en James City, donde atracamos. Y donde mis papeles fueron comprados por el señor Lauren.

Era una historia muy común. De no ser por la gracia de Dios, Christine bien podría haber acabado atada a la servidumbre igual que Mary.

—Lo siento.

—No es culpa suya, señora Tremayne. Sólo quiero que conozca la verdadera historia por si oye la otra.

—Tomo nota, Mary. Y por favor... la señora Tremayne es la madre de Carter y Lauren. A todos se les ha metido en la cabeza llamarme Lady Christine para distinguirnos. Parece más fácil aceptarlo que resistirse.

—¿Es usted una dama?

—Lo fui en un momento de mi vida —respondió Christine—. No es que importara mucho entonces o en los años posteriores.

—¿Pero sabe cocinar?

—Sí, sé. Y bien. ¿Qué piensas preparar para comer mañana?

Mary echó un vistazo a la cocina.

—Gachas para desayunar. Es bastante fácil. Después de eso... —Estudió un jamón que colgaba de un gancho en el techo, se encogió de hombros y volvió a mirar a Christine—. ¿Quizá un jamón para la comida del mediodía y lo que sobre para la de la noche?

—¿Cómo lo vas a preparar?

—¿En el horno?

—El horno estaría bien —concedió Christine—. ¿Has puesto el jamón en remojo?

—¿En remojo?

—Para quitarle las sales de curado y que sea apetecible.

—¿Y en qué hay que remojarlo y durante cuánto tiempo?

—En agua —respondió Christine, sabiendo que iban a tener que empezar por lo más básico—. ¿Por qué no vas a buscar un poco mientras vuelvo a encender el fuego?

Mary fue obedientemente a la puerta, cogió el cubo y se detuvo para preguntar:

—¿Lo cocinará esta noche?

—Parcialmente —respondió Christine, acercándose al hogar—. En su mayor parte, estaré encendiendo de nuevo y luego apilando los fuegos para que estén listos por la mañana cuando estés lista para cocinar las gachas y hornear el pan.

—No sé nada de hornear pan.

—Yo te enseñaré. Por ahora, por favor, ve a buscar el agua para el jamón. —Mary fue, cubo en mano, mientras Christine removía las cenizas, buscando unas pocas brasas vivas. Eran pequeñas, pero estaban ahí y eran suficientes. Les estaba echando trocitos de yesca cuando Mary regresó del pozo. Christine la hizo verter el agua en un caldero y luego la mandó volver a por más. Para cuando Mary regresó por segunda vez, las llamas crepitaban desde las cenizas y el jamón había sido colocado en la olla de hierro fundido. Juntas, levantaron el enorme peso y

aseguraron el asa en el gancho del fuego.

Dando un paso atrás, Christine consideró el horno de ladrillo a su derecha.

—¿Por qué no vuelves a encender el otro fuego, Mary, mientras yo veo qué hay en las estanterías?

Con un movimiento de cabeza, Mary se puso a la tarea. Christine se dedicó a levantar tapas de las diversas cajas y barriles que se alineaban en una larga pared de la habitación de piedra, de las vasijas que, junto con pilas de cuencos de cerámica, llenaban las dos estanterías abiertas de la otra pared larga. Harina y sal. Manteca de cerdo y vinagre. Azúcar, tanto moreno como blanco. Melaza y harina de maíz.

—¿Es usted la hermana del señor Carter?

—Su esposa —respondió Christine distraídamente, abriendo las puertas inferiores de los armarios. Dentro había ollas metálicas apiladas ordenadamente en estantes—. Nos casamos hace muy poco.

—Ahhh. Entonces ésa es la explicación.

—¿La explicación de qué? —preguntó ella, enderezándose, con una bandeja de horno plana en la mano.

—Por qué dudó en usar su nombre cuando se presentó ante mí. Es extraño para usted todavía.

—Sí, lo es —confesó Christine, entregándole la bandeja a Mary y señalando la mesa de trabajo central. Cogiendo un cuenco grande del estante de arriba, añadió—: De hecho, no sé si alguna vez me acostumbraré a usarlo.

—Sí, lo hará —le aseguró Mary mientras Christine cruzaba al otro lado de la habitación—. Antes de lo que cree, probablemente. Es, en mi opinión, la parte más fácil de estar casada.

Usando su mano para recoger harina del barril, Christine preguntó:

—¿Tienes marido, Mary?

—Oh, lo tuve durante un tiempo. Pero se fue con Lilian O'Roarke, y yo llevaba casada con él el tiempo suficiente para saber que ella me estaba haciendo un favor al quitármelo de encima. Le dejé marchar y recé una novena por la pobre Lilian. No era un premio lo que estaba recibiendo. —Ahora, el señor Carter... creo que es un premio por el que vale la pena luchar. No es que haya visto más de él que su ir y venir de la casa principal, eso sí. Pero incluso desde una buena distancia, una chica puede ver que es un hombre apuesto y fornido.

—¿Más guapo que Lauren? —bromeó Christine, haciendo una pausa mientras ponía el cuenco de harina sobre la mesa.

Mary O’Neill rió suavemente, con la diversión brillando en sus ojos.

—El señor Lauren es bastante guapo de cara, sin duda. Es un poco lerdo, pero me alegra el corazón verle dar tumbos. Y a decir verdad, es el mejor caballero que se ha deslizado entre mis sábanas. No es que otros no lo hayan intentado, fíjese. Como usted, soy de los que escogen.

—Bueno, con toda honestidad —replicó Christine de camino a los estantes en busca de los recipientes que contenían manteca, sal y levadura en polvo—, tengo que admitir que yo no escogí ni elegí a Carter.

Mary se acercó para ayudar, aceptando la vasija de manteca más grande y preguntando:

—¿No lo eligió?

—Fue mi tío, en realidad.

—Ah —suspiró Mary soñadoramente—, pero tiene que calentaros el corazón saber que el hombre estaba de rodillas rogándole a vuestro tío por vuestra mano. Y el resto que va con él. No es que un caballero como él lo mencionara.

La imagen de Carter Tremayne de rodillas, suplicando a alguien por cualquier cosa, era absurda. No le conocía bien, pero desde luego sabía que Carter nunca se humillaría de ninguna manera. Y que Dios ayudara al pobre tonto que tuviera la osadía de sugerirle que lo considerara.

—El señor Carter preguntó por usted, ¿verdad?

¿No había declarado que ella era la última persona en la tierra con la que habría elegido casarse de haber tenido libre elección en el asunto? ¿O había sido algo que ella había dicho de él? Había sido un día muy largo y no podía recordar las cosas con claridad. Pero independientemente de quién había dicho qué a quién, era lo que ambos sentían.

—Es una situación muy complicada —dijo Christine, dejando las vajillas sobre la mesa y esperando que Mary no presionara para obtener una respuesta más completa.

—Complicada o no, se reduce a que usted y el señor lo hagan lo mejor posible y compartan la cama como marido y mujer, ¿verdad?

Pensó en mentir, pero rápidamente se dio cuenta de que si conseguir la anulación dependía de que los testigos declararan que el matrimonio no se había consumado...

—Nos casamos esta misma tarde y…

—¡Esta tarde! ¿Y vais a pasar la noche de bodas en la cocina conmigo?

—El hambre reorganiza las prioridades de uno —bromeó Christine, decidiendo que volvería más tarde sobre el tema de que ella y Carter fueran desconocidos. Y su determinación de mantenerlo así.

—Con el fin de aplacar esa hambre —prosiguió—, y mientras tenemos el fuego del horno encendido, voy a enseñarte a hacer galletas. Si fueras tan amable de enseñarme dónde está la despensa. Necesitaremos leche.

Carter aguantó una mirada en dirección a su hermano y lo encontró sentado en una de las sillas del comedor, esforzándose por meterse la parte superior de las medias por debajo del borde inferior de los calzones. Dios todopoderoso, el idiota ni siquiera podía ponerse la ropa en el orden adecuado. El dolor en la nuca se hizo más profundo, Carter cerró los ojos, aún sin confiar en sí mismo para hablar y agradecido de que Lauren hubiera demostrado el poco común buen sentido de mantener la boca cerrada y no insistir en el tema.

—No veo que con quién elija acostarme sea asunto tuyo, Carter. Y Dios sabe que no soy el primer hombre que se acuesta con la cocinera de la familia.

Demasiado para el sentido común. Cruzando deliberadamente los brazos sobre el pecho para disminuir la posibilidad de lanzarle un puñetazo a su hermano, Carter respondió con firmeza:

—Que otros hayan cometido estupideces no te da permiso para seguir sus pasos. Mary Louise O'Neill es una sirvienta, y aunque lo sea por contrato, es tan propiedad legal como cualquiera de los esclavos. Las reglas que se aplican a su congreso con ellos se aplican a ella también. ¿Está claro?

—Las reglas no son leyes —replicó su hermano, tirando de una bota—. Son reglas que te has inventado porque crees que así debe funcionar el mundo.

—Mi techo, mis reglas —contraatacó Carter simplemente—. Mientras vivas aquí, las cumplirás.

—Son reglas estúpidas. Si Mary Louise está dispuesta, entonces…

—¿Y quién crees que va a ser el que tenga que alimentar y vestir al bebé que ella bien podría entregarte este invierno?

Lauren metió el pie en la otra bota y se encogió de hombros.

—Si es mi hijo, entonces lo haré.

Dios, ¿cuántas veces habían tenido esta conversación? ¿No la habían tenido ya una vez hoy? ¿Cuándo iba a calar en el cerebro del tamaño de un guisante de su hermano?

—No eres dueño de una maldita cosa por tu propio derecho. No tienes dinero aparte de la asignación que te doy y no muestras absolutamente ninguna inclinación a ganar nada por tu cuenta. Y antes de que puedas decirlo, sentarse a una mesa de juego esperando que la suerte te sonría una sola vez en la vida no se considera un empleo remunerado.

—No por ti, al menos.

—No por nadie.

—¿Sabes? —espetó Lauren, incorporándose—, ha sido un auténtico infierno vivir contigo durante los dos últimos meses. Me imaginé que tenía que ver con que Larissa Wilson te echara de su cama y que si había un punto positivo en tener a Christine a la fuerza era que podría retorcerte entre las sábanas y sacarte los bordes más duros. ¿Qué demonios estabas haciendo en la cocina esta noche? ¿Por qué no estabas inmovilizando a tu nueva esposa en la cama como haría cualquier hombre que se precie?

Tenía tantas ganas de darle a su hermano una nariz chata a juego con su labio gordo. Carter se apretó las manos y utilizó cada gramo de autocontrol que poseía para mantener los brazos cruzados.

—Tendremos esta conversación una vez y sólo una vez, Lauren —declaró con una calma mortal—. En primer lugar, no soy un rufián descerebrado como tú o nuestro padre. Segundo, la decisión de abandonar la cama de Larissa Wilson fue mía, no de ella. Tercero, y lo más importante, Christine es una mujer inteligente que comprende claramente que no se gana nada encadenándose a un hombre al borde de la quiebra y cuya casa podría pasar por un manicomio.

No necesito otra boca que alimentar ni otro cuerpo que vestir. Ambos somos conscientes de que la existencia a largo plazo de esta unión no beneficia a ninguno de los dos y que a ambos nos convendría ponerle fin legalmente en cuanto su tío perdone la deuda —tu deuda— que nos tiene empantanados juntos.

—¿Nunca te cansas de ser tan malditamente honorable y sacrificado, Carter? Cristo, lo has refinado positivamente hasta convertirlo en un arte. Acuéstate con la mujer y luego jura que no lo hiciste para poder conseguir tu maldita y preciada anulación cuando llegue el momento. A nadie le importa si tu testimonio es cierto o no. Seduce a Christine o lánzate a la misericordia de Larissa. Me importa un bledo lo que hagas, pero estoy harto de que me cabalgues desde el amanecer hasta la medianoche. Hazme un favor y elige a una mujer a la que montar para variar, ¿quieres?

No había suficiente placer en golpear a Lauren en su culo bien montado, pero había algo. Le dolían los nudillos, pero a Carter le satisfacía saber que a su hermano le tenía que doler aún más la nariz. Observó cómo Lauren luchaba por incorporarse con una mano sujeta sobre el centro de la cara.

—Si vuelvo a encontrarte con Mary Louise, te castraré. Es una promesa.

Lauren le fulminó con la mirada y gruñó desde detrás de su mano:

—¿No crees que tener un eunuco malhumorado en la familia es suficiente?

—Voy a ir a la cocina para acompañar a Christine de vuelta a la casa —declaró, ignorando la burla—. Para cuando regrese, espero que te hayas llevado tu repugnante carcasa a algún lugar bien lejos de mi vista.

—¿Está Jamestown lo bastante lejos?

—Ni por asomo —replicó Carter, girando sobre sus talones y atravesando a grandes zancadas la puerta de la despensa del mayordomo y saliendo al frío aire nocturno.

A medio camino entre la casa y la cocina se detuvo y expulsó un fuerte suspiro. Se elevó en una nube plateada a su alrededor mientras el frío atravesaba el lino de su camisa para helarle la piel, la sangre y el temperamento. El martilleo de su cabeza se calmó, dejándole consciente de unos músculos doloridos y un espíritu maltrecho.

Dios, por dos chelines lo cedería todo a Lauren, subiría a su caballo y se marcharía sin mirar atrás. Nadie le culparía. Incluso si lo hicieran, estaría lo suficientemente lejos como para no tener que escucharles. Por supuesto, una guerra con Inglaterra parecía cada día más probable; podría armarse de paciencia, alistarse en cualquier ejército que sus compañeros colonos pudieran reunir y alegar que el patriotismo era una vocación más noble que la de ser un guardián de ingratos y tontos. Con un poco de suerte podría conseguir que le mataran. Tal y como estaban las cosas, era preferible a pasar el resto de su vida aquí escuchando los lloriqueos y esperando a que la deuda le aplastara lentamente.

Tal vez, si la revolución llegaba lo bastante pronto, Christine Pearson podría enviudar. Podría resoplar en un pañuelo de encaje y lamentar el buen hombre que había tenido y perdido. Con una sonrisa irónica, Carter continuó hacia la cocina. A decir verdad, no tenía ni idea de cómo recibiría Christine la noticia de su muerte. Si se hubiera planteado la cuestión antes, habría apostado con Kingscote a que ella habría sido la primera en la fila para bailar sobre su tumba.

Pero entonces ella le había traído una palangana de nieve para su mano. Fue un acto de amabilidad que él no había esperado y, considerando la forma en que la había tratado, no se merecía. Su sonrisa se ensanchó al recordar aquel momento. La forma en que ella había examinado abiertamente su pecho, sus ojos violetas brillantes de agradecimiento... Hasta que se había dado cuenta de lo que estaba haciendo, claro. Y entonces ella se había ruborizado y tartamudeado y había intentado alejarse. A él le había sorprendido ese atisbo de inocencia. Y se había sentido más que un poco culpable por algunas de las cosas que le había dicho antes ese mismo día. Se habían basado en suposiciones que no eran ciertas.

Empujó la puerta de la cocina y sintió cómo le envolvía una ola de aire cálido. En ella se percibía el delicioso aroma de las galletas recién horneadas. Miró hacia la mesa central, medio esperando ver allí a Ruth. Pero no era Ruth, sino Mary Louise O'Neill. Junto a ella estaba Christine. Ella levantó la vista y le sonrió. Mechones de pelo dorado se habían escapado de sus horquillas para enmarcar suavemente su rostro, y harina espolvoreaba ligeramente el extremo de su nariz y ambas mejillas. Y aunque se había puesto un delantal para proteger lo que quedaba de su vestido, se había quitado el bufón que le había añadido centímetros al corpiño. Él había considerado que sus atributos eran escasos aquella tarde. Como otras suposiciones que había hecho, ésa también estaba equivocada. Una deliciosa pizca de realidad había quedado oculta por aquella tira de tela modesta.

Carter oyó vagamente el gruñido de su estómago, pero el sonido se perdió en una realización mayor. Christine Pearson era una mujer hermosa: una mujer intrigantemente inteligente, amable y sorprendentemente hermosa. Se había casado con ella, haciéndole el solemne juramento de que nunca la tocaría. Iba a lamentar haber hablado tan impetuosamente. Lo sabía en sus huesos. Otras partes de su persona estaban igual de seguras y ya le estaban haciendo pagar el precio.

—Buenas noches, señor Tremayne —le llamó la cocinera irlandesa, alzando una cesta y sonriendo ampliamente—. Y justo a tiempo para que pruebe una de mis primeras galletas aún calientes del horno. ¿Un poco de mantequilla y mermelada de fresa para acompañarlo?

Asintió con la cabeza, lamentando que los calzones le quedaran tan ajustados y sabiendo que la sabiduría residía en centrar su atención en cualquier cosa menos en su esposa.

—Huelen de maravilla —declaró, avanzando hacia la mesa mientras trataba de despreocuparse de la cola de su camisa.

—Y saben de maravilla también, señor. Hemos de confesar que probamos uno o dos antes de que entrara por la puerta. El aroma era más de lo que podíamos resistir. ¿Es así, Lady

Christine?

La sonrisa de Christine se ensanchó. Sus ojos centellearon.

—La tentación fue demasiado poderosa y...

Dios, él podía dar fe de la verdad de eso. Se sentó en una de las sillas y luego se medio levantó para sacarse un poco más la cola de la camisa.

Aceptó la galleta gruesa y ligera que le ofreció la cocinera y le dio un enorme mordisco. La mantequilla y la mermelada rezumaban por la parte de atrás, y rápidamente cambió de postura para lamerse los dedos. En el borde de su visión, vio que Christine se sobresaltaba, luego cogía la bandeja del horno y atacaba su superficie con un trapo húmedo.

—Están muy buenas —le ofreció a su cocinera mientras observaba el intenso esfuerzo de Christine por limpiar. La espolvoreada de harina no disimulaba en absoluto el color que inundaba sus mejillas—. ¿Me pones otra? —preguntó distraídamente.

—Por supuesto, señor.

Consiguió murmurar su agradecimiento, pero la mayor parte de su conciencia estaba fascinada por la facilidad con que parecían agitarse los sentidos de su esposa. Casi tan fácilmente como los suyos. O al menos eso parecía. ¿Era sólo una ilusión por su parte? Mientras Mary Louise untaba otra galleta con mantequilla y mermelada para él, él se arriesgó.

—Dime, Christine... ¿Todas las lecciones fueron tan bien como la de las galletas?

Ella levantó la vista para encontrarse con su mirada. Con una sonrisa tentativa respondió:

—Creo que sí. —Mary había sido mal informada sobre un punto crucial. Lo solucionamos, y volvió rápidamente a fregar la sartén.

Carter sonrió, preguntándose qué pensamientos estarían pasando por su bonita cabecita. Dado lo sonrojadas que tenía las mejillas, debían de rozar lo verdaderamente lascivo. No tan

lascivas como lo eran las suyas en ese momento, pero aun así...

—Y los fuegos están preparados para la noche, señor —oyó que le aseguraba la otra mujer —.No sé por qué nunca se me ocurrió que debían atenderse igual que los del piso de arriba. Aquí tiene, señor.

Apartando su atención de Christine, tomó la segunda galleta que le ofrecía la cocinera.

—Mary fue criada en Londres antes de ser contratada y... —Ahogó un bostezo antes de poder terminar—, ser llevada a las colonias.

Carter se puso en pie, con la galleta aún en la mano.

—¿Por fin está lo bastante cansada para retirarse?

—Sí —admitió con un suspiro, dejando a un lado la sartén y el trapo. Desatándose el delantal, se acercó al extremo de la mesa y dijo—: Volveré por la mañana, Mary, para ayudarte a preparar el jamón.

—Gracias, Lady Christine. Pero no se apresure a salir de su cama. No habrá nada aquí que necesite más cuidados que su apuesto marido.

La expresión de asombro en el rostro de Christine... Carter estuvo tentado de reírse hasta que vio el color inundando las turgencias de sus pechos y subiendo por la esbelta columna de su garganta. En una fracción de latido, su diversión fue golpeada hasta el olvido por otro tipo de tentación totalmente distinto. Dulce Jesús. Ninguna camisa con blusa sería suficiente para ocultar el hecho de que sus calzones se estaban volviendo intolerable, y vergonzosamente, apretados. Miró a su alrededor, preguntándose qué pretexto podría utilizar para arrancárselos por completo. Su mirada se posó en el bloque de tallado y optó al instante por una distracción oportuna.

—Sujétame esto un momento, ¿quieres? —dijo, acercando su galleta a una Christine sorprendentemente complaciente—. ¿Mary? —continuó, dando zancadas hacia el bloque y agarrando el mango de una fuerte cuchilla.

—¿Sí, señor?

La llevó de nuevo a la mesa central y enterró la punta en la madera.

—Si Lauren vuelve a hacer acto de presencia en tu cocina, tiene mi permiso para usar esto en cualquier parte de su anatomía que considere oportuno.

Mary sonrió y asintió lentamente.

—Lo pensaré, señor. Aunque me parece que lo más probable es que le dé un golpe a lo que se me ocurra primero.

—Pienso exactamente lo mismo —coincidió, dedicándole una sonrisa y un guiño—. Buenas noches, Mary. —Se dio la vuelta y, teniendo cuidado de mantenerse fuera del campo visual de Christine, le puso la mano en la parte baja de la espalda y la guió hacia la puerta.

Estaban fuera antes de que se diera cuenta de que se habían dejado la lámpara de vela. Pensó en volver a buscarla, pero enseguida vio la ventaja en la relativa oscuridad. Lo que Christine no pudiera ver con claridad no le preocuparía. Por desgracia, la falta de luz no le dio tregua ante la tentación. Al ser considerablemente más alto que ella, sólo tuvo que mirar hacia abajo para deleitarse con la plena turgencia de sus pechos. La galleta que llevaba para él no parecía ni de lejos tan deliciosa como ella. La galleta...

Carter sonrió cuando se le ocurrió una posibilidad lasciva. ¿Se atrevería a actuar en consecuencia? Mientras la acompañaba por los escalones traseros y entraba en la despensa del mayordomo, se dio cuenta de que todo dependía de cómo respondiera Christine. Si la asustaba, huiría corriendo y le sería difícil acercarse a ella en los próximos quince días. Si ella se encontraba con él a mitad de camino, sin embargo... dulce Jesús. Si ella no huía, él iba a sufrir un dolor agudo o iba a buscar la forma de renegociar su acuerdo conyugal. O, se recordó a sí mismo con severidad mientras subían las escaleras, podría ejercer un poco de auto disciplina y comportarse. Sería lo más inteligente y racional. Su vida ya era bastante complicada.

—No le hizo mucho daño a Lauren, ¿verdad? —preguntó suavemente cuando llegaron al pasillo de arriba.

—No tanto como quería.

—Parece que no piensa las cosas con mucho cuidado.

Carter resopló.

—Que piense o no está abierto al debate.

—Claro que piensa —rebatió ella cuando se detuvieron ante la puerta de su dormitorio. Volviéndose hacia él, añadió—: Sólo que de una manera muy diferente a la suya. Tiene que ser difícil para él existir a su sombra y no estar nunca a la altura de los estándares que usted establece. Tal vez usted…

—Quizá no debería entrometerse —sugirió él.

—Cómo me las arregle con Lauren no es asunto suyo. Le dejo a Mary, usted me deja a los demás, y nos irá bien.

—Hay veces —dijo ella con tranquilo desafío, con la cara inclinada hacia arriba para poder encontrar su mirada—, en las que creo sinceramente que se ve sentado a la derecha de Dios.

—En realidad —contraatacó él, sonriendo—, le sustituyo los martes, los jueves y los domingos alternos. —Ella no quería sonreír; él podía ver cómo se le crispaban las comisuras de los labios mientras luchaba contra el impulso. Y viéndola luchar, él perdió su propia batalla y su mente volvió a su fantasía carnal.

—Devuélveme mi galleta, si no le importa.

Ella parpadeó, pareció desconcertada durante un segundo y luego bajó la mirada hacia su mano como si hubiera olvidado que la sostenía. Sacudiendo la cabeza, suspiró divertida y se la entregó con una sonrisa.

Él cogió la galleta con una mano y con la otra atrapó suavemente la de ella antes de que pudiera retirarla.

—Espera —murmuró, mirándola a los ojos mientras se llevaba la punta de los dedos a los labios. La ha puesto pegajosa.

—Carter —susurró ella, con la voz ribeteada de recelo—. Preferiría que usted...

Lo que fuera que ella hubiera pretendido decir se perdió cuando él besó el extremo de su primer dedo. Vio parpadear el miedo durante un segundo en las oscuras profundidades de sus ojos y luego desapareció, sustituido por la brillante luz del regocijo. Envalentonado, con el corazón acelerado, arrastró lentamente la punta de la lengua por la longitud del esbelto dedo de ella, se lo metió entero en la boca y lo chupó suavemente.

Conocedor de las habilidades de la seducción, también reconoció los signos certeros de rendición. Tenía los labios entreabiertos, la respiración entrecortada y muy lenta. Sus ojos se cerraron y se inclinó suavemente hacia él, invitándole sin palabras a intimidades más profundas. Sería tan fácil; ella no se resistiría. No se podía negar que él quería llevarla a su cama.

Y si lo hacía, pasaría el resto de su vida atado a ella. Y ella a él y a su destino. El honor le exigía encontrar la fuerza para alejarse de todo lo que ella le ofrecía. No tenía nada de igual valor que darle a cambio.

Lentamente, soltó su reclamo al dedo de ella.

—Es usted peligrosamente deliciosa, señora —dijo en voz baja mientras le entregaba con pesar la posesión de su mano.

Ella tragó con fuerza y respiró hondo antes de forzar una sonrisa en su rostro y conseguir susurrar:

—Y usted, señor, es positivamente perverso.

—No lo discutiré. —Aún no era demasiado tarde. Si él la alcanzaba ahora, ella vendría a

él. El hechizo aún no se había roto. Y que Dios le ayudara, él la deseaba—. Creo que haríamos bien en mantener las distancias —dijo, esperando desesperadamente que ella discrepara o simplemente se echara a sus brazos.

—Una idea muy sabia. —Ella exhaló con un ligero estremecimiento, luego se dio la vuelta y abrió su puerta, añadiendo apresuradamente—: Ahora le deseo buenas noches, señor.

—Buenas noches, señora —respondió él, viéndola alejarse de él—. Que duerma bien.

Permaneció allí un largo rato, mirando la puerta, con el pulso retumbando salvajemente por sus venas, las entrañas doloridas. Y pensar que había acusado a Lauren de ser una cotorra descerebrada. Si no fuera por el sentido común y el autocontrol de Christine Pearson, él estaría, en este mismo momento, demostrando más allá de toda duda que no era ni un poco más disciplinado e inteligente que todos los machos Tremayne que le habían precedido. Había sido un maldito tonto al bailar con la tentación. Pero, se consoló mientras se dirigía hacia su propia habitación y su cama solitaria, había aprendido una valiosa y necesaria lección en su temeridad: Christine era más embriagadora que el mejor brandy, y tenía que mantenerse alejado de ella. Si no lo hacía, sería la ruina de ambos.



Christine yacía en su cama, mirando fijamente el dosel sobre su cabeza, incapaz de acallar el parloteo de sus pensamientos. ¿Cómo era posible resentir la arrogancia de un hombre al mismo tiempo que se sentía irresistible y físicamente atraída por él? Que el cielo la ayudara. Si no mantenía una buena distancia con él, haría el ridículo. Un error, un testigo de ello, sería todo lo que haría falta para unirlos para siempre. Y atada a Carter Tremayne, nunca volvería a ver la mansión Kingscote. Nunca más tendría la esperanza de ser libre.

Capítulo 10

Christine miró rápidamente por encima del hombro hacia la parte trasera de Kingscote. En algún lugar del interior, otra puerta se cerró de golpe. Y luego otra. Frunció los labios. ¿Había regresado por fin Lauren de dondequiera que hubiera ido? ¿Estaba Carter haciendo una rara aparición a la luz del día en la casa? ¿La estaba buscando?

Por supuesto que no, se aseguró a sí misma, volviendo a rastrillar un surco en el invernadero del jardín de hiervas. Él había dicho que debían mantener las distancias y, desde luego, había cumplido su parte. Si tan sólo pudiera dejar de recordar la forma pícara en que se había apoyado en el marco de su puerta aquella primera noche y le había dedicado aquella media sonrisa pícara. Y sería especialmente agradable si pudiera evitar que su corazón se agitara ridículamente cada vez que pensaba que él podría estar cerca. Nunca había actuado así en su vida. Era vergonzoso.

Mary levantó la vista de su trabajo al otro lado del surco de siembra y preguntó con cautela:

—¿Le gustaría preguntarme algo, Lady Christine?

—¿Sobre qué? —preguntó ella distraídamente, agachándose para arrancar una ramita seca de lavanda e inhalando su aroma terroso y dulce.

—Sobre lo que sea que le ha tenido mirando por encima del hombro al menor ruido durante la última semana.

Christine se acomodó la ramita de lavanda detrás de la oreja.

—Estoy bien. De verdad.

—Bueno, con todo el respeto, no estoy de acuerdo con usted —rebatió Mary, con las manos empuñadas sobre las caderas—. No está bien y yo diría que tiene algo que ver con el señor Carter.

Le tembló el pulso e, irritada consigo misma, Christine arrancó del suelo una planta de perejil muerta con mucho más vigor del necesario. Llovió suciedad y ella dio un paso atrás, sacudiéndosela de su falda mientras invocaba sus maneras más alegres y preguntaba:

—¿Por qué pensarías algo así, Mary?

—Porque no os he visto a los dos juntos desde la primera noche que estuvisteis aquí en mi cocina.

Sí, los criados se daban cuenta de todo. Aunque la mayoría entendía que no debían compartir sus observaciones. Pero Mary no era la típica sirvienta.

—Ha estado muy ocupado con la finca desde que se derritió la nieve —dijo Christine, arrojando la planta muerta al montón y negándose estudiadamente a encontrarse con la mirada de ojos marrones de Mary—. Y yo he estado ocupada con asuntos relacionados con la casa.

—Se ha estado escondiendo en la cocina, pura y simplemente, Lady Christine. Muchas veces me he preguntado si no deberíamos buscarle una cama para ponerla en la otra esquina. Y ya que estamos hablando de camas… ¿hay algo que os gustaría saber sobre cómo actuar en la cama de un hombre?

El calor inundó las mejillas de Christine.

—No. Pero gracias por ofrecérmelo —se apresuró a contestar—. Si alguna vez me veo en la situación, yo...

—¿Si alguna vez?

Christine suspiró, dándose cuenta de que no podía dejar que Mary hiciera suposiciones y de que debería haber abordado el asunto mucho antes de llegar a este punto. Si ella y Carter iban a anular el matrimonio con éxito, todo el mundo debía saber que no iban a compartir la cama. Feliz o infelizmente. Había evitado hablar del asunto con Mary simplemente porque nunca había sido el momento más adecuado que pudiera encontrar. Pero ahora había llegado el momento y, fueran o no las palabras adecuadas, tenía que decir algo.

—La nuestra es una situación poco habitual —empezó Christine, encontrándose por fin con la mirada de la otra mujer. Los ojos de Mary eran enormes, sus profundidades llenas de perplejidad—. A Carter y a mí nos obligaron a casarnos. Las circunstancias son bastante complicadas. Baste decir que como ninguna de los dos quiere estar casado, especialmente no el uno con el otro, hemos acordado que el matrimonio sea sólo de nombre para que pueda ser anulado dentro de unos meses.

—Santa María. ¿Me estáis diciendo que cuando los dos salisteis de aquí aquella primera noche, os disteis la mano en la puerta y os fuisteis solos a vuestras camas?

—Supongo que fue algo así.

—Bueno —dijo Mary con un resoplido—, no era lo que él quería hacer, se lo aseguro. El hombre estuvo retorciéndose todo el tiempo que estuvo en la cocina. No podía apartar los ojos de usted. Me sorprende saber que no os violó en las losas en cuanto se cerró la puerta tras vosotros.

—Sí, me besó el dedo —ofreció Christine con una débil sonrisa, preguntándose por qué era un alivio compartir lo que le había sucedido.

Mary parpadeó rápidamente, sacudió ligeramente la cabeza y luego dijo:

—¿Él qué?

—Llevaba su galleta, ¿recuerdas? Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, me pidió

que se la devolviera. Había olvidado que la tenía. Y cuando se la di, me cogió la mano y me besó el dedo. Dijo que estaba pegajoso por la mermelada. Pero en realidad no lo estaba. Era sólo una excusa.

—¿Simplemente le besó el dedo? —insistió Mary, incrédula.

—Bueno, en realidad, no —admitió Christine, por alguna razón insondable satisfecha por su capacidad de dejar pasmada tan fácilmente a la irlandesa—. Lo besó. Y luego lo lamió.

Los ojos de Mary se iluminaron y se apretó el corazón con la mano mientras volvía la cara hacia el cielo y susurraba:

—Oh, Señor.

—Y luego lo chupó.

La mirada de Mary volvió a la suya con un chasquido casi audible.

—¿Y no estuvo un poquito tentada de tirarlo a la espalda y salirle con la suya?

Christine sonrió y le ofreció a Mary un encogimiento de hombros y la verdad.

—No sabría cómo salirme con la mía con un hombre. La única experiencia real que tengo con ellos es defendiéndome de ellos.

Con una suave carcajada, Mary preguntó:

—Pero apuesto a que se arrepintió, ¿verdad?

—En realidad, pensé por un minuto o dos que podría tomar el asunto en mis propias manos. Por así decirlo.

—Pero no lo hizo —terminó Mary con tristeza.

—Gracias a Dios —contraatacó rápidamente Christine—. Si lo hubiera hecho, mi destino habría quedado sellado. Me hizo falta toda la fuerza que tenía sólo para quedarme allí de pie. No me habría quedado ninguna con la que luchar contra su avance. Pero, misericordiosamente, me

soltó y sugirió que la sabiduría residía en tratar de evitarnos lo más posible. Estuve de acuerdo en que tenía razón. Desde hace una semana sólo nos vemos de lejos. Está funcionando bastante bien.

Mary consideró a Christine con los ojos entrecerrados.

—Sin duda —dijo lentamente—, es lo que hay que hacer si vuestros corazones están decididos a seguir caminos diferentes.

—No veo que tengamos otro camino. No estamos hechos el uno para el otro.

Mary abrió la boca para hablar, pero fue la voz de la señora Tremayne la que llenó el silencio.

—Oh, Lady Christine, la he encontrado —declaró la mujer mayor sin aliento mientras tanteaba el pestillo de la puerta del jardín. Incapaz de accionarlo, cesó en su empeño y, aferrando la parte superior de un piquete en cada mano, dijo con un pesado suspiro—: Gracias a Dios.

Alarmada por la agitación de la mujer, Christine dejó caer el rastrillo y se quitó los guantes mientras preguntaba:

—¿Ha ocurrido algo? ¿Hay alguien herido?

—Ha llegado una nota de Lauren —respondió emocionada su madre—. Vuelve a casa dentro de dos días. Y va a traer a los hermanos Lee con él.

—Invitados —repitió Christine, sintiéndose un poco tonta por haberse asustado tan fácilmente.

—¡No cualquier invitado! —contraatacó Millicent—. ¡Los hermanos Lee! Santo cielo, espero que Carter pueda entender la importancia de esto. Tiene que encontrarlo en los campos y darle la noticia de inmediato. Debe prepararse.

Prepararse. A Christine se le aceleró el pulso al darse cuenta de todo. Los invitados significaban tener la casa limpia de arriba abajo, las habitaciones abiertas, las sábanas cambiadas. Y luego estaba la comida y el…

—Oh, vaya —jadeó la señora Tremayne, entrometiéndose en el tranquilo pánico de Christine—. ¿Qué voy a ponerme para su llegada? ¿La seda rosa? ¿O quizás el brocado verde?

Con todo lo que había que hacer, ¿Millicent estaba preocupada por los vestidos? Y le había pedido ayuda con la decisión a la persona absolutamente equivocada.

—Creo que debería consultar a Carrie sobre el vestuario adecuado para la ocasión.

—Sí, sí —asintió la otra mujer, con una sonrisa radiante—. Eso es lo que hay que hacer. Buscarás a Carter y le darás la maravillosa noticia, ¿verdad?

—Inmediatamente.

La promesa pareció suficiente. Millicent Tremayne, aún sonriente, recogió sus faldas con la mano, se dio la vuelta y casi corrió de vuelta a la casa. Christine la vio marchar, preguntándose cómo sería ir por la vida tan felizmente despreocupada de cualquier cosa más apremiante que qué vestido ponerse. Tenía que ser agradable, decidió. Siempre y cuando hubiera alguien cerca que asumiera feliz y competentemente las responsabilidades que no veía. Millicent era muy afortunada de tener un hijo como Carter.

Volviéndose hacia Mary, se sacó la ramita de lavanda de detrás de la oreja y la tiró, diciendo:

—Me voy a los campos a compartir las alegres nuevas. —Con una débil sonrisa, añadió—: Por supuesto, no tengo ni idea de por qué son tan alegres. ¿Y por casualidad tienes idea de dónde están los campos?

Mary señaló distraídamente hacia el este, con la mirada fija en la puerta trasera de la casa.

—Tenemos muchos problemas, Lady Christine. Hay demasiado que hacer y no hay tiempo

suficiente para hacerlo.

—Nos las arreglaremos —prometió Christine, saliendo por la puerta del jardín—. Si preparas un almuerzo frío mientras estoy fuera, te lo agradecería mucho. Y pon también algo a cocer a fuego lento para la cena. Va a ser una tarde larga y no vamos a tener tiempo de preparar nada demasiado complicado.

—Esa Carrie...

—No te preocupes por ella, Mary. —Recogiéndose la falda entre las manos, lanzó una rápida mirada a la casa principal—. Estará demasiado ocupada quejándose de otras cosas como para fijarse en la comida.

Mary le aseguró algo y abandonó el jardín para dirigirse a la cocina. Christine emprendió el amplio camino que iba desde la parte trasera de la casa hacia las colinas suavemente onduladas y boscosas del este, recorriendo mentalmente todas y cada una de las habitaciones de Kingscote y anotando todas las tareas que había que hacer en cada una de ellas. La lista era larga y desalentadora. Si encontraba algún momento para dormir de aquí a la llegada de los hermanos Lee, sería un milagro. Había tanto que hacer, tanto que no debería haberse permitido que llegara al estado de decadencia en que se encontraba.

De repente comprendió el comentario que Carter había hecho aquel primer día: que se alegraría si alguien pudiera cumplir la menor de sus expectativas en cuanto al cuidado y mantenimiento de la mansión Kingscote. Aminoró la marcha y luego se detuvo, con la mirada perdida en el camino de tierra, y se preguntó por qué era que sentía una necesidad tan aguda y personal de satisfacer sus expectativas.

Las razones, tal como Carter se las había explicado, para tener una casa espléndida y ofrecer una hospitalidad fastuosa eran tontas en el mejor de los casos y, en el peor, financieramente indefendibles. Y ella no era la verdadera dueña de Kingscote; lo era Millicent. Velar por que Kingscote cumpliera las normas de los forasteros era propiamente la obligación de

la madre de Carter. Sin embargo, la incapacidad de Millicent para ocuparse de la tarea significaba que otra persona iba a tener que asumir la responsabilidad o Carter iba a pasar una gran vergüenza delante de sus compañeros.

Christine frunció el ceño. ¿Por qué estaba dispuesta tan rápidamente a aceptar esa obligación con Carter? ¿Por qué le importaba lo que los hermanos Lee pensaran de su casa o de él? No estaba atada a él ni a este lugar para siempre.

Y sin embargo, a pesar de todos los argumentos racionales que la apoyaban para dar un paso atrás en la increíble cantidad de trabajo que había que hacer, no estaba dispuesta a hacerlo. La alta burguesía de Herefordshire había dicho públicamente que era demasiado joven para ser una señora adecuada para la mansión de Kingscote. Habían dicho que su padre debería contratar a un administrador para la granja y a un ama de llaves. Ella había demostrado que estaban equivocados. Y finalmente no sólo habían tenido que admitir públicamente su error, sino también que nadie podría haberlo hecho mejor. Se había ganado su admiración y, lo que era mucho más importante, su respeto.

Con una sonrisa, Christine levantó la vista del camino. Los árboles que se arqueaban sobre ella estaban deshojados, los colores del verde salvajemente variados y refrescantes. Respiró hondo, disfrutando del aroma del aire primaveral, de la promesa de que el mundo volvía a ser nuevo.



Carter levantó la mirada desde el goteo de las semillas para situar su línea de arado sobre el lomo de la mula. Más adelante, en el extremo del campo y perfectamente enmarcado entre las orejas del animal, se veía el inconfundible aleteo de unas faldas color de rosa. Christine. Tenía que ser ella. Su madre y su tía Carrie no tenían ni idea de dónde estaban los campos, y no había razón

para que hubieran desarrollado una repentina curiosidad por tales asuntos a estas alturas de sus vidas. Y la mujer que le observaba, con la mano tapándose los ojos, no era pelirroja. Sí, sin duda era Christine.

Apartó su atención de ella y la volvió a fijar resueltamente en las semillas que caían una a una del barril giratorio y caían en el surco recién cavado. Detrás de él oyó el raspado del metal contra la tierra mientras los pocos esclavos que le quedaban cubrían las semillas que iba dejando a su paso.

¿Por qué estaba ella aquí? ¿Había ocurrido algo en la casa? Volvió a levantar la vista y decidió que su actitud era demasiado paciente para que hubiera ocurrido alguna gran calamidad. Entonces, ¿qué la había traído hasta aquí? se preguntó. Habían acordado evitarse el uno al otro lo mejor que pudieran. Habían podido hacerlo bastante bien durante la última semana.

No es que ella hubiera estado tan alejada de sus pensamientos, admitió Carter en silencio.

Pero que ella viniera a los campos era una clara violación del mismo. Lo que, dado su cumplimiento hasta ese momento, significaba que tenía que haber una muy buena razón para que ella hubiera hecho el esfuerzo de encontrarle. Y, concedió con un suspiro, lo único civilizado que podía hacer era girar la mula al final del campo, detenerse y tomarse el tiempo de hablar con ella.

Se las arregló para asentir superficialmente con la cabeza cuando se acercó lo suficiente para encontrarse con su mirada, y luego apartó deliberadamente la vista mientras hacía girar la mula y la detenía. Tardó un momento en desengancharse del arnés y volverse hacia ella.

Se aclaró la garganta y buscó frenéticamente en su cerebro mientras avanzaba hacia ella a través de los surcos recién plantados. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para hablar sin gritar, se detuvo, hizo una breve reverencia y preguntó:

—¿Ha bajado aquí sola?

—Es pleno día y el camino está lo suficientemente despejado y ancho como para que

ningún asaltante pudiera atacarme por sorpresa aunque tuviera intención de hacerlo. Ella no le dio la oportunidad de rebatir su afirmación. Tampoco, para alivio de él, señaló lo grosera que era la pregunta. En lugar de eso, se inclinó a su alrededor para mirar en dirección a la mula y observar—: Si estuviera en Inglaterra, pensaría que está plantando trigo. ¿No es ésa una de las primeras sembradoras del señor Jethro Tull?

—Lo es —dijo él, preguntándose cómo demonios había reconocido ella el implemento—. Mi abuelo la compró por capricho. Resulta que su capricho puede ser mi salvación.

Ella desvió su atención hacia el surco que él acababa de plantar.

—¿Lo utiliza para sembrar semillas de tabaco?

Carter sonrió. Puede que conociera a un sembrador, pero no sabía lo más mínimo sobre el cultivo de la planta sagrada de Virginia. Él sacudió la cabeza en respuesta a su pregunta y luego explicó:

—El tabaco es un cultivo para ricos. Cultivarlo y procesarlo requiere cantidades increíbles de mano de obra, que gracias a los hábitos de gasto de mi padre, no tengo a mi disposición. Además, las propias plantas consumen la fertilidad del suelo y no devuelven nada. Un hombre que cultiva tabaco tiene que ampliar sus explotaciones para que siempre haya tierra virgen en la que plantarlo. Como no puedo permitírmelo, me he visto obligado a buscar otro cultivo para mantener a Kingscote. Trigo, avena, maíz y centeno son mis experimentos para este año.

—Muy sabios —respondió ella, sonriéndole—. Me han dado a entender que muy pocos virginianos cultivan los productos básicos, favoreciendo el tabaco. Pensaría que podría obtener precios superiores por su grano en los mercados locales.

—¿Oh? —¿Conocía la filosofía, las máquinas de plantar y el comercio de materias primas?

—Todo el mundo necesita harinas —dijo ella, asintiendo con la cabeza, su expresión solemne y de lo más empresarial mientras observaba su campo a medio plantar—. Y se puede

tener un suministro producido localmente de forma más fiable que uno importado de otra colonia. La gente suele inclinarse a pagar un poco más por lo que puede tener a mano en el momento que por ahorrarse unos chelines esperando a comprar lo que quizá no llegue nunca.

Su razonamiento era paralelo al suyo. Su curiosidad se despertó y le preguntó:

—¿Y cómo es que sabe algo del comercio de productos básicos?

—Cultivé trigo y avena en Kingscote. La diferencia entre vender bien una cosecha y venderla mal era la diferencia entre comer o no. —Se agachó y recogió un puñado de tierra. Enderezándose para evaluar su calidad, añadió—: Mi habilidad en el comercio de grano fue una de las primeras que mi tío trató de utilizar en su beneficio. El ejército de Su Majestad consume grandes cantidades de grano, y un comerciante que sepa comprar barato y vender caro puede obtener beneficios obscenos en la transacción. Y comprenda, —añadió con el ceño fruncido—, que el querido tío Mason no tiene ningún reparo en llenarse los bolsillos con monedas despojadas de las del Rey.

—¿No aprueba el lucro?

—No de la forma en que a menudo lo hace —respondió ella, dejando caer lo último de la tierra entre sus dedos y cepillándose luego las manos—. No está por encima de hacer que sus asalariados quemen los campos y almacenes de sus competidores para crear escasez y hacer subir los precios. Y se sabe que sustituye los granos de mala calidad por los que le han contratado y luego paga a los intendentes para que hagan la vista gorda.

—Esas son acusaciones serias —señaló Carter—. ¿Cómo sabe que son un hecho?

Ella le miró fijamente.

—No era raro que yo negociara el contrato original y luego me enviaran a atender el soborno de los intendentes. Me molestaba profundamente ser partícipe de semejante perfidia.

Podía entender sus sentimientos al respecto.

Él también lo habría odiado. No es que hubiera llegado a involucrarse una vez que hubiera comprendido la naturaleza de las transacciones. Pero entonces él no era una mujer ni dependía de nadie para su pan de cada día y la camisa que llevaba puesta.

—¿Puedo suponer que sus protestas a verse involucrado en tales asuntos son las que le llevaron a ofrecerse por las deudas de Lauren?

Se rió suavemente, con tristeza.

—La gente que se opone a Mason Everleigh es gente que suele encontrarse flotando boca abajo en el Támesis. No, no protesté. —Hizo acopio de una débil sonrisa y añadió—: Pero sí hice esfuerzos concertados para dejar varios documentos de la autoría de mi tío al cuidado de personas de mi confianza, de modo que si alguna vez me llevaban al banquillo de los acusados por fraude, al menos pudiera ofrecer una defensa.

Honesta, inteligente y previsora. Que probablemente eran características que su tío no percibía como del todo ventajosas para él. Si es que las conocía. Había una clara posibilidad de que no lo supiera, por supuesto. Si Christine había guardado la correspondencia de su tío como defensa, probablemente había hecho todo lo posible para que no la descubriera.

—Un sano sentido de la autopreservación es algo bueno —admitió Carter—. Así que dígame... ¿por qué quería su tío deshacerse de usted?

Ella lo consideró durante un largo momento, sus ojos violetas oscureciéndose, antes de responder en voz baja:

—Para castigarme por tener la audacia de rechazar sus insinuaciones. Y por haber sido lo suficientemente estridente en mi negativa como para ponerle en la incómoda situación de tener que explicar a su mujer y a sus amigos el tajo de quince centímetros que tenía en la frente.

Estaba tan seria, tan decididamente correcta sobre todo el asunto. Y por alguna razón a él le parecía todo deliciosamente divertido. Le costó un esfuerzo monumental contener la sonrisa y

fingir un decoro igual al de ella cuando preguntó:

—¿Con qué le golpeó?

—Con un atizador de chimenea.

Dios, quería reírse.

—Es una maravilla que no le matara.

Las comisuras de sus labios se crisparon y sus ojos brillaron con diablura.

—Más bien una lástima, en realidad, porque eso es lo que intentaba hacer. —Su contención se desvaneció y sonrió ampliamente mientras añadía—: Si alguna vez tengo la oportunidad de volver a intentarlo, recordaré golpear con más fuerza.

Él sonrió y Christine abandonó la lucha por ser digna. Señor, era un hombre apuesto en cualquier momento, pero nunca tanto como cuando reía. Parecía joven cuando reía. Y tan accesible, tan tocable. ¿No sería grandioso estar envuelta en sus brazos, riendo con él?

La imagen mental le robó el poco aire que había en sus pulmones. Dio medio paso atrás, con las rodillas débiles y la mente tambaleándose ante el inesperado y peligroso camino que habían tomado sus pensamientos. Dios mío, ¿qué le pasaba? ¿Por qué no podía mantener la cabeza sobre los hombros cuando estaba cerca de él? ¿Por qué se sentía tan atraída por él?

¿Sería tan horrible? preguntó una suave voz interior. ¿Ser su esposa, su amante, sería realmente tan horrible?

Algo se calentó y se hinchó, llenándola y haciendo que su pulso temblara de anticipación. Luchó por respirar, por mantener los pies firmemente bajo ella. Cerró los ojos y trató desesperadamente de evocar el recuerdo de las doradas piedras bañadas por el sol de la mansión Kingscote. Todo lo que pudo ver fueron los ladrillos rosados de Kingscote. Las lágrimas le subieron a la garganta y luchó por tragárselas, por mantener la compostura.

Se aclaró la garganta.

Abrió los ojos y miró hacia arriba para ver que el hombre joven y despreocupado había desaparecido sin dejar rastro. El alivio la recorrió lentamente y aunque alivió los frenéticos latidos de su corazón, no hizo nada por calmar el pesar que sentía por la pérdida de su risa. Que Carter hubiera recuperado su compostura normal era lo mejor, se aseguró a sí misma.

Él volvió a aclararse suavemente la garganta y luego, dando él mismo un paso atrás, preguntó con firmeza:

—¿Hay alguna razón en particular por la que haya bajado a los campos?

—Sí, la verdad es que la hay —se apresuró a contestar ella, concentrando resueltamente sus pensamientos en asuntos inocuos. Tomó aire y continuó, explicándose—: Su madre me lo pidió. Con bastante entusiasmo, debo añadir. Ha llegado un mensaje de Lauren. Volverá a casa dentro de dos días y traerá consigo a los hermanos Lee. Por la reacción de su madre ante la noticia, deduje que estos hermanos Lee son de gran importancia.

Resopló y le dedicó una media sonrisa apenada.

—No puede balancear un gato muerto en Virginia sin golpear a un Lee. Y todos ellos son de gran importancia. Especialmente los hermanos Lee-Nathaniel y Michael.

Su pulso se había acelerado de nuevo y deslizó la mirada hacia el campo para no verle en absoluto. ¿Cómo podía una pequeña y cínica sonrisa tener un efecto tan poderoso?

—Su madre me dio la impresión de que la venida de los hermanos Lee a Kingscote era muy importante para usted en un sentido personal.

—Michael es un miembro veterano de la Cámara de los Burgueses. Si un hombre más joven tiene ambiciones de ascenso político, tiene que contar con su aprobación y apoyo.

—Ah, y usted tiene ambiciones —adivinó ella.

—No, no las tengo —corrigió él con una suave risita irónica—. Pero mi madre tiene ilusiones suficientes para los dos. Estoy dispuesto a cumplir con las obligaciones básicas de liderazgo que conlleva ser terrateniente, pero no estoy dispuesto a entregar la totalidad de mi vida al servicio público. Si lo hiciera, no tendría ninguna posibilidad de salvar a Kingscote del bloque de subastas.

—Quizá algún día sus finanzas no sean tan precarias —ofreció ella, lanzándole una rápida mirada.

Él se encogió de hombros e hizo un gesto a uno de los peones mientras decía:

—Entonces tendré que buscar otra excusa. La verdad es que no me interesa mucho la política tal y como es en la actualidad. Implica una gran cantidad de palabrería que rara vez desemboca en algún tipo de acción definitiva. Es patético y enloquecedor y convierte todo el tedioso proceso en una pérdida de mi tiempo y esfuerzo. Prefiero pasar a la acción.

—¿Y los hermanos Lee son conscientes de sus sentimientos sobre estos asuntos?

—Tendrían que ser sordos, mudos y ciegos para no haberse dado cuenta de mi falta de participación animosa en las reuniones pasadas. —Ladeó una ceja oscura y empezó a desenrollarse las mangas de la camisa—. Y le aseguro que no son sordos, mudos ni ciegos.

Ella tampoco lo era, y la visión de sus ágiles dedos y los acordonados músculos de sus antebrazos le resultó extraña y profundamente conmovedora.

—Pero acogerá amablemente a los Lee —dijo ella, tratando de aterrizar de nuevo sus pensamientos.

—Me debo a la hospitalidad Virginiana. Aunque no sé cómo vamos a ocultar el estado de nuestras finanzas.

—¿Hay alguna posibilidad de que la señora Granger le preste a Ruth durante unos días? Así habilidades de Mary se aprovecharían mejor en la casa.

Asintió.

—Puedo pedírselo. Lo peor que podría pasar es que la señora Granger dijera que no.

—Se lo agradecería mucho. Voy a necesitar todas las manos que pueda poner a trabajar. Los próximos dos días van a ser largos para todos.

Ambas cejas se arquearon lentamente hacia arriba.

—¿No estará pensando en pedirle a mi madre y a tía Carrie que le echen una mano, verdad?

—Sí —respondió Christine, levantando la barbilla—, de hecho, lo estoy pensando.

—¿Qué ha pensado?

Negándose a dejarse intimidar por su incredulidad, contestó:

—Pulir, quitar el polvo, encerar, lavar, cocinar. La lista de tareas es positivamente interminable.

—Zeke —llamó a uno de los esclavos para después entregarle las riendas de su caballo—. Ocúpate de esto mientras estoy fuera, ¿quieres? Volveré en cuanto pueda.

Zeke miró la sembradora como si fuera el Santo Grial. Y la forma en que dijo:

—Sí, señor —no dejó ninguna duda en la mente de Christine de que, por la razón que fuera, Zeke se sentía increíblemente honrado de que le hubieran encomendado la tarea de sembrar el trigo.

—Haré lo que pueda para forzar su alistamiento —dijo Carter, llamando de nuevo su atención—, pero debe saber que ni mi madre ni tía Carrie trabajarán de buena gana. Mantenerlas en sus tareas le supondrá más tiempo y esfuerzo que si se limitara a hacerlas usted misma. Es uno de los principales inconvenientes del trabajo forzado.

—No tengo otra opción —admitió ella, observando cómo él se balanceaba suavemente

sobre la silla de montar—. No si queremos que la casa esté lista a tiempo.

Sacó el pie del estribo y se inclinó, con la mano extendida.

—Su mano, señora.

Ella comprendió su intención. También pudo ver con demasiada claridad las consecuencias.

—Gracias, pero volveré andando a la casa.

Él retrocedió un poco, con las cejas fruncidas mientras la consideraba.

—¿Le dan miedo los caballos?

—En absoluto —admitió ella antes de poder pensar mejor su mentira.

Él volvió a tenderle la mano.

—Entonces dame la mano para que pueda subirla.

—Prefiero caminar, gracias. —Ella dio un paso para alejarse de él, de modo que quedó fuera de su alcance inmediato—. Me vendrá bien. Necesito tiempo para pensar y ordenar mis planes domésticos.

—Piensa mientras cabalga —contraatacó él con firmeza—. A una dama de Tidewater nunca se la ve paseando por su finca.

Él y sus tontas reglas y expectativas de Tidewater. Christine recogió sus faldas con la mano y se volvió hacia el camino que llevaba de vuelta a la casa, replicando:

—Me imagino que a un caballero de Tidewater tampoco se le ve nunca manejando su propia máquina de sembrar. Si las reglas se pueden torcer para usted, también se pueden torcer para mí. Caminaré si me place hacerlo.

—Es usted una mujer de lo más testaruda, Christine Pearson —la llamó—. ¿Alguien ha mencionado alguna vez ese defecto?

Ella no se molestó en mirar hacia atrás.

—Más de una vez.

Carter volvió a meter el pie en el estribo y aligeró el paso de su caballo, sonriendo al verla marchar por el camino. Tan decidida. Tan decidida a hacer las cosas a su manera. Incluso cuando no tenía ningún sentido más allá de desafiarle por el mero hecho de desafiarle. Sin embargo, tenía que reconocerle todo el mérito por su coraje y su firmeza. Por desgracia para ella, él tenía tanto como ella. Y ninguna paciencia con las tonterías. Empujando a su caballo a un trote rápido, cabalgó a su lado y, antes de que ella pudiera reaccionar, deslizó limpiamente su brazo alrededor de su cintura. Ella chilló sorprendida y se agarró con fuerza a su brazo mientras él la levantaba y la depositaba firmemente en su regazo.

—Ha encontrado su pareja para la terquedad —le dijo en voz baja en su bonita orejita.

Ella se sobresaltó y luego apretó el brazo que le rodeaba.

—¡Bájeme! —Ella se retorció en su abrazo.

Era una fricción magnífica e inspiradora. Carter aspiró profundamente, intentando decidir si quería o no que ella se diera cuenta de lo que le estaba haciendo.

—Oh, quédese quieta y disfrute de la cabalgada —gruñó, intentando sutilmente cambiar a una posición más cómoda debajo de ella—. No se matará.

Ella no se detuvo, por supuesto, y él apretó el brazo alrededor de ella.

—Deja de forcejear, Christine —le gruñó al oído—. Se va a caer y a romper el cuello.

—Y entonces su preciosa casa no estaría limpia para los hermanos Lee.

Le irritaba que ella pensara que eso era lo que a él le importaba.

—Exacto —espetó él, tirando con fuerza de ella contra su regazo y poniendo su caballo al galope. Con cada zancada del animal bajo ellos, él se levantaba contra ella, presionando con

fuerza en los pliegues de su falda. Ella se quedó inmóvil y dondequiera que sus cuerpos se tocaban él podía sentir los temblores que la recorrían. El color inundó la hinchazón de sus pechos y se extendió hacia arriba, oscureciendo sus mejillas. El aroma a lavanda caliente lo bañó, invitándolo a inclinarse cerca, a presionar sus labios contra la nuca de ella y llenar su alma con el sabor dulce y embriagador de ella.

Carter apretó los dientes y se inclinó deliberadamente hacia atrás, sabiendo que si sucumbía a la más mínima tentación, sería incapaz de resistirse a las más grandes. Y, en ese momento, la más estridente de todas ellas le estaba sugiriendo que buscara un trozo apartado de hierba moteada, se tumbara sobre Christine Pearson y admitiera que tener una esposa no era el peor destino que un hombre podía soportar.

Quizá no lo fuera, pero convertir a una mujer en su esposa sólo porque él no tenía la fuerza de carácter para contener sus necesidades sería sin duda la mayor locura que jamás hubiera cometido. Era mucho más sensato sufrir unos minutos de aguda incomodidad que pasarse toda la eternidad pagando por el placer que se encontraba en la liberación.

Capítulo 11

Era difícil fingir exteriormente que no estaba afectada. Tendría que haber estado muerta para no darse cuenta de la prueba de la estimulación física de Carter. Con cada paso que daba el caballo, presionaba con fuerza contra su muslo, acariciándolo hacia arriba y luego alejándose brevemente antes de volver a burlarse de ella y marcarla de nuevo. Ninguna falda o enagua en la tierra era lo suficientemente gruesa como para acolcharla hasta el punto de no saber lo que era. Y, Dios del cielo, ella sabía precisamente lo que significaba. Los hombres, cuando estaban en su propia compañía, a menudo se convertían en sátiros que se sentían obligados a compartir con cualquier otro hombre —o mujer que se hiciera pasar por hombre— sus repertorios gráficos de pantomima sexual de mal gusto.

Pero a pesar de todo lo que había visto y oído, nunca se le había ocurrido que compartir un caballo al galope con un hombre pudiera acercarse tan peligrosamente al acto de hacer el amor. Era aterrador saber lo cerca que estaba.

Y también era estimulante. Salvajemente, sin aliento, deliciosamente estimulante. No se podía negar. Cada fibra de su ser estaba viva de una forma deliciosamente nueva. Era como si sus sentidos hubieran despertado de repente de un letargo de toda la vida, emergiendo de la hibernación hambrientos y exigiendo que se saciara su hambre. Se deleitaron con las oleadas y capas de sensaciones que había al sentirse abrazada por Carter. Los olores del sol y de la tierra, del hombre y del cuero, la envolvían, manteniéndola cautiva con más eficacia que la fuerza acerada de su brazo. La fácil seguridad de su mano cuando sujetaba las riendas, el bronce de su

piel en tan deslumbrante contraste con el blanco de su camisa de lino, la caricia de su voz cuando hablaba contra su oído, el sólido calor de su cuerpo, el vigor de su excitación... si tan sólo pudiera saborearlo, sus sentidos estarían llenos; estaría completa.

Y se arriesgaría a perderse a sí misma. ¿Por qué se sentía atraída por ese hombre? ¿Cómo podía él dispersar tan fácilmente su determinación y hacer seductor lo que siempre había sido una rendición impensable? De todos los hombres del mundo, ¿por qué su tío había elegido a Carter Tremayne? ¿Por qué un hombre colonial empobrecido y autocrático que había jurado deshacerse de ella en cuanto pudiera?

Estaba claro que era una tonta. Peor aún, aparentemente también era, en el fondo, una desvergonzada libertina sin consideración por el orgullo o las consecuencias. Ahora estaba tan descaradamente embelesada como en el momento en que él le había chupado el dedo tan seductoramente. Si él presionaba, ella probablemente se rendiría.

No había nada en Kingscote para ella salvo servidumbre y pobreza. Aunque la vida en Kingscote nunca había ido más allá de una existencia marginal, al menos había sido su propia dueña, libre de hacer lo que mejor le pareciera, de actuar en su propio interés. Se había visto obligada a renunciar a esa libertad ante Mason Everleigh, y el yugo de la sumisión la había rozado cada día durante cuatro largos años. Pasar la eternidad llevándolo era una perspectiva aterradora. Y elegir deliberadamente aceptarlo era imposible. No podía permitirse ser débil, dejarse tentar por el apuesto rostro y las seductoras maneras de Carter Tremayne. Sencillamente, no podía.

Doblaron una curva del camino y, de repente, la cara trasera de Kingscote apareció a la vista. Christine exhaló un pequeño suspiro de alivio. Una vez que la alcanzaran, su calvario actual habría terminado. Desmontarían y se separarían y la tentación llegaría a su fin. Ella fingiría que nunca había ocurrido. Le daría las gracias cortésmente por traerla de vuelta a la casa y luego se lanzaría al trabajo que había que hacer. No tendría que estar cerca de él durante los

dos días siguientes. Y entonces la casa tendría invitados entre sus muros, y los requisitos de la hospitalidad gentil mantendrían una distancia digna entre ellos.

Después de eso... Christine frunció los labios. Después de eso, tendría que encontrar alguna otra tarea que requiriera su atención y ofreciera pocas posibilidades de encontrarse con Carter. Era la única estrategia racional que podía seguir. No estaba tan fascinada con él como para haber perdido el sentido común. Con autodisciplina, podría evitar cometer un error horrible.

—No intente saltar de este caballo, señora.

Sintió que cada palabra pronunciada suavemente resonaba en todo su cuerpo, desde el lóbulo de su oreja hasta donde su pecho rozaba sus hombros, pasando por sus muslos y llegando hasta la punta de los dedos de sus pies. Era una sensación decididamente agradable y cálida. Christine apretó los dientes e hizo acopio de cierta indignación por su presunción de dar una orden. ¿Acaso pensaba que ella no tenía suficiente sentido común para conocer los riesgos de arrojarse del animal?

Reprimió al caballo hasta que se detuvo gradualmente en la parte trasera de la casa y luego echó el cuerpo hacia atrás, atrayéndola completamente hacia la curva de la silla mientras él se movía fuera de ella y sobre la grupa.

—Mantenga el equilibrio —dijo, soltando el brazo que la rodeaba—. Voy a soltarla.

Había un alivio absoluto envuelto en todas y cada una de sus palabras. Sin duda podía entender cómo se sentía; ahora que había puesto un poco de distancia entre ellos, ella podía respirar plenamente. Se dejó caer al suelo detrás de su montura y luego se hizo rápidamente a un lado, levantó los brazos y deslizó las manos alrededor de su cintura. Ella le miró, notando su tensión en la dureza granítica de su mandíbula y la tirantez de sus labios. Ella también podía entenderlo; se sentía como si alguien hubiera encontrado un resorte en su interior y lo hubiera tensado hasta el punto de romperse.

Colocando sus manos ligeramente sobre los hombros de él, permitió que la levantara de la

silla. En el instante en que sus pies estuvieron firmemente plantados debajo de ella, se hizo a un lado, llevando rápidamente los brazos a los lados. Él dio un paso atrás, retirando también sus propias manos.

Antes de que el silencio pudiera volverse incómodo, ella logró esbozar una sonrisa y dijo:

—Gracias por acompañarme de vuelta a casa. Como estoy segura de que quiere irse a Jamestown lo antes posible, no te retrasaré. —Cumplidos los requisitos de cortesía, se dio la vuelta, recogió sus faldas y se encaminó hacia la escalinata. La tensión en su interior se alivió a medida que se alejaba de él, y no pudo reprimir la sensación de haberse ganado un respiro al pasar a las frescas sombras de la despensa del mayordomo.

Carter la consideró y sopesó los méritos de sus opciones. Por un lado, quería poner la mayor distancia posible entre él y la tentación esquivada. Por otro, sabía lo que ella pretendía hacer una vez que entrara, y no pudo evitar encogerse ante el resultado seguro. Con un suspiro, tiró rápidamente de las riendas sobre la cabeza de su caballo y, abandonando al animal, fue tras Christine.

Al alcanzarla en el vestíbulo, se colocó a su lado, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Si va a solicitar la ayuda de mi madre y de tía Carrie, será mejor que te acompañe —le dijo cuando ella le lanzó una mirada—. No es —se apresuró a añadir mientras subían juntos las escaleras—, que crea que sea incapaz de exponer sus necesidades y peticiones. Se trata más bien de que yo esté dispuesto a intimidarlas para que se cumplan. Es más buena persona que yo.

Ella no dijo nada, pero le lanzó otra rápida mirada mientras avanzaban por el pasillo en dirección a las habitaciones de su madre y Carrie. Oyó su excitada charla mucho antes de que llegaran a la puerta, y pudo captar un número suficiente de palabras para darse cuenta de que estaban tramando su ascenso político en Virginia. Armándose de valor, se echó hacia atrás para permitir que Christine le procediera a través de la puerta abierta. Ella se detuvo, sin embargo, para llamar a la puerta y anunciar educadamente su presencia. Pudo decirle que aquello era un

error. Carrie levantó la vista e instantáneamente tomó la iniciativa.

—Bien, ha vuelto —declaró la mujer, recogiendo un brazo lleno de vestidos colgadas sobre el respaldo de una silla y avanzando hacia Christine con ellas—. La estábamos esperando. —Se las empujó, diciendo—: Hay que lavarlas y plancharlas —y dejando a Christine la elección entre cogerlas o dejarlas caer al suelo—. Y dile a Mary Louise que nos servirán el almuerzo aquí en nuestras habitaciones —añadió Carrie mientras se alejaba—. Estamos demasiado ocupadas para bajar hoy.

Christine se quedó allí de pie, sujetando los vestidos y considerando a su madre y a su acompañante durante unos largos instantes. Carter la observó, juzgando por la colocación de su mandíbula que se estaba gestando una confrontación. Esperó, inexplicablemente excitado por la perspectiva. Finalmente, con voz fría y firme, dijo:

—El almuerzo, hoy y mañana, será frío y se servirá en el comedor, como siempre. Si tiene hambre y desea participar, puede servirse usted misma. Mary estará demasiado ocupada para atenderla. En cuanto a su colada... —Dejó la ropa en el suelo y dedicó una pequeña sonrisa a las dos sorprendidas mujeres—. Se hará cuando se haga. Y ya que existe una clara posibilidad de que no se haga, quizá quiera elegir algo que ponerse para los hermanos Lee que ya esté limpio.

—No me gusta el tono de su voz —espetó Carrie, con los brazos en alto y la mirada recorriendo a Christine desde el pelo hasta el dobladillo—. Y me importa aún menos su actitud. Está claro que no entiende los requisitos de la hospitalidad.

Christine permaneció imperturbable.

—Yo supondría que los huéspedes esperarían sábanas limpias, habitaciones cómodas y comida decente, que agradecerían poder ver por los cristales de las ventanas y respirar hondo sin ahogarse con el polvo levantado al pasar de una habitación a otra.

Carrie se encogió de hombros.

—Esas son las preocupaciones del personal de la casa.

—En el caso de que se le haya escapado —contraatacó Christine, con una pizca de sarcasmo dorando sus palabras—, no tenemos personal de la casa.

Su madre pareció perpleja y luego se animó de repente.

—Que Mary Louise se ocupe de la limpieza.

En su eterno honor, Christine respondió amablemente:

—Me temo que se han descuidado demasiadas cosas durante demasiado tiempo como para que una sola persona prepare esta casa para el entretenimiento. Tendremos que arremangarnos y aplicarnos todos si queremos recibir adecuadamente a los hermanos Lee.

Carrie espetó:

—Seguro que no está sugiriendo...

—No está sugiriendo nada, tía Carrie —interrumpió Carter, viendo que se avecinaba el fin de la civilidad—. Te está diciendo que tú y mamá van a ayudar a preparar la casa para los invitados.

—¡Pues yo nunca!

—Sí, lo sé —respondió con una sonrisa socarrona—. Pero eso va a cambiar. Christine te va a asignar una tarea, y la vas a hacer bien y sin quejarte. ¿Está claro?

Su madre se quedó parpadeando como si intentara traducir sus palabras del griego. Su hermana endureció la espalda y le miró con el ceño fruncido.

—O ayudas a que se haga el trabajo —dijo con firmeza, adelantándose a su tía—, o tu contribución puede ser hacer las maletas y marcharte. Voy al pueblo a ver si la señora Granger nos presta a Ruth para los próximos días. Si tu decisión es marcharte, estaré encantado de acompañarte a Jamestown.

—¿Ruth? —jadeó su madre, llevándose la mano a la base de la garganta—. ¿Te arriesgarías a envenenar a los hermanos Lee? ¿Has perdido la cabeza?

—Madre —empezó él con toda la paciencia que pudo reunir—, Ruth es una mujer buena y honorable. Nunca se le ha pasado por la cabeza la idea de envenenarnos. Si la señora Granger está de acuerdo, Ruth volverá aquí y nos servirá tan hábilmente como siempre. Y comeréis lo que ella prepare sin quejarse. ¿Está entendido?

Su madre parpadeó un poco más. Carrie resopló y le miró por debajo de la nariz para espetarle:

—Estás cometiendo un error que bien podría costarnos no sólo nuestra reputación, sino nuestras vidas.

—Déjalo estar, tía Carrie —le advirtió—, o te envenenaré yo mismo. Ningún jurado me condenaría.

Carrie jadeó y dio medio paso atrás. Su madre parecía afectada y pálida. La tensión inundó la habitación y él no estaba inclinado a hacer nada para disiparla. Christine, al parecer, opinaba lo contrario.

—Dejando a un lado la cuestión de quién va a preparar la comida, señora Tremayne —dijo suavemente, rompiendo el tenso silencio—, hay otras tareas que deben realizarse. Si se puede traer a Ruth para que se ocupe de la cocina, asignaré a Mary la tarea de preparar las habitaciones de invitados. Ella tiene experiencia en esto. Lo que nos deja la planta principal. Isaac puede quitar las cortinas y sacar las alfombras para batirlas. Yo me encargaré de lavar, quitar el polvo en general y encerar los suelos. Eso deja las ventanas por limpiar y el latón y la plata por pulir. ¿Qué prefiere hacer?

Carter tuvo que admirar la forma en que lo planteó todo, cómo parecía dar a elegir a su madre y a Carrie pero, en realidad, no lo hizo.

Su madre, sin margen para escapar de la situación, respondió vacilante:

—Supongo que podría limpiar un poco el cristal. Carrie puede pulir el latón y el cobre.

Fue el turno de Carrie de parpadear. Giró lentamente la cabeza para mirar a su madre con estupefacta incredulidad.

—Gracias, señora Tremayne —continuó Christine, sonriendo e ignorando la reacción de Carrie—. Os veré a las dos abajo en breve. Veré que tengan delantales para proteger sus vestidos. —Con eso, les hizo una breve reverencia, se dio la vuelta y pasó a su lado.

Carter lanzó a su madre y a su tía Carrie una rápida mirada destinada a asegurarles que si no bajaban, se arrepentirían, y luego las dejó. Uniéndose a Christine mientras marchaba por el pasillo, se sintió obligado a observar:

—No van a ser de mucha ayuda, ¿sabe?

—Sospecho que tiene razón. Pero gracias por intervenir en mi nombre. Y por prever su necesidad.

Carter se encogió de hombros mientras bajaban al nivel principal de la casa.

—Sé lo atribulada que pueden hacer sentir a una persona. Aparte de Ruth, ¿hay algo que le gustaría que trajera de Jamestown?

Una carta de su tío, una carta que decía que la deuda de Lauren había sido condonada y que él cedería gustosamente el título de propiedad de la mansión Kingscote. Pero era una petición poco razonable y ella lo sabía. Mason Everleigh aún no había recibido sus papeles. Pasaría al menos un mes antes de que él lo hiciera y otro mes después de eso antes de que ella pudiera esperar de forma realista oír algo en respuesta. Hasta entonces, estaba atrapada aquí, atrapada en un mundo donde las pasiones recién descubiertas estaban en guerra constante con su sentido común y su orgullo.

—No —respondió—. No se me ocurre nada. Pero ha sido muy amable al ofrecerse.

Señaló hacia el pasillo que salía del otro lado del vestíbulo y se adentraba en el ala este de la casa, diciendo:

—Mi estudio está por aquí. ¿Puedes acompañarme?

Ambos comenzaron a caminar y se dirigieron a la puerta que permanecía abierta. Tras entrar Carter comenzó a hablar.

—Isaac, espero que estés aburrido con la contabilidad y la correspondencia.

—He estado adelantando trabajo —respondió Isaac, sonriendo y levantándose de su asiento mientras asentía con la cabeza en reconocimiento de su presencia. Rodeó el gran escritorio de caoba y se acercó a ellos, añadiendo—: Me he ocupado de los asuntos más importantes. Lo que queda por hacer aquí puede esperar.

—Parece que he adquirido una esposa con capacidad para hacerse con el mando —explicó Carter—. Me envía a Jamestown para ver si puedo recuperar a su madre durante unos días. Mientras estoy fuera, te agradecería que te ocuparas de las tareas más arduas que Christine necesita. —Isaac apenas había asentido con la cabeza cuando Carter añadió con una sonrisa socarrona—: Te compensaré. Iremos a pescar mañana por la mañana. Sabes que tu madre querrá pescado.

—Un trato aceptable, señor —respondió el esclavo, su sonrisa era un extraño espejo de la de su dueño. Se volvió hacia ella y añadió—: Estoy a su disposición, Lady Christine. ¿De qué tarea quiere que me ocupe primero?

Sus ojos eran del mismo verde esmeralda intenso que los de Carter. Christine reunió su distraído ingenio y convocó una sonrisa.

—Gracias, Isaac. Hay que sacar y golpear todas las alfombras. Elija cualquier habitación por la que quiera empezar.

Hizo una reverencia y cuando Carter se apartó, pasó junto a ella. Los dos hombres entraron

juntos y caminaron por el pasillo, conversando amistosamente. Ella les siguió lentamente, observándoles en un silencio atónito, notando las sorprendentes similitudes en sus estaturas y complexiones, en la forma en que se movían y se portaban. De espaldas, Isaac se parecía más a Carter que Lauren. Los pasos de Christine vacilaron cuando otras asombrosas realizaciones la invadieron. Millicent era la madre de Carter, Ruth la de Isaac. Pero su padre era sin duda el mismo hombre. Lo que significaba que Isaac no sólo era un esclavo, sino también hermanastro de Carter.

Qué mundo tan extraño era éste. Y pensar que ella siempre había considerado que su relación con los Everleighs era horriblemente pegajosa y enrevesada. Las dificultades de esas relaciones palidecían en comparación con la complicada y enmarañada red que unía las vidas de los que estaban en Kingscote. Podía entender por qué Millicent rara vez centraba su atención en las realidades de su vida. Saber que su marido estaba engendrando hijos con otras mujeres, con sus esclavas...

Sí, podía comprender lo doloroso que debía de ser para Millicent ver lo que ocurría a su alrededor, reconocer la traición de la fidelidad y la confianza. Por eso se había apartado de ello y se había negado estudiadamente a ver nada más allá de la suave fachada de gentilidad y perfección. Era la única forma que tenía de evitar ser consumida por la indignidad y la desesperación.

Christine se detuvo en el vestíbulo para mirar hacia arriba. Se sintió profundamente apenada por la madre de Carter. Estaba igual de profundamente agradecida por no tener que enfrentarse a las mismas decisiones en su propia vida. Millicent no había tenido forma de escapar; ella sí.

Capítulo 12

Christine se detuvo en el interior y echó un vistazo a la habitación de invitados, bastante pobre. Era sofocante, pero no se atrevió a abrir las ventanas para dejar entrar la brisa fresca. No hasta que hubieran limpiado el polvo de las pocas superficies de madera que había, sacado la ropa de cama y las cortinas, y paladeado el montón de ceniza del hogar. Mary se apartó de su lado sin mediar palabra, puso la cesta de artículos de limpieza sobre la buró, se dirigió a la cama y se dispuso a desvestirla con competencia.

Había una única silla de madera en la habitación, y Christine la cogió y la llevó hasta una de las ventanas. Observando el soporte en el que estaba suspendido el poste de la cortina, se levantó distraídamente las faldas y se subió al asiento. Intentando erguirse y alcanzarlo, se lanzó hacia delante, dándose cuenta demasiado tarde de que se había enganchado el dobladillo entre el pie y el asiento de la silla. Agarrándose desesperadamente al alféizar, consiguió evitar una caída totalmente desgraciada al suelo, pero no antes de que el borde delantero de la silla de arce le hubiera raspado toda la espinilla. El dolor la recorrió con fuerza, haciendo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Se encuentra bien, Lady Christine?

—Sí —murmuró ella, volviendo a apoyar cuidadosamente su peso sobre ambos pies—. Malditas faldas. Siempre estorbando y requiriendo una mano para manejarlas cuando necesitas dos para completar adecuadamente una tarea.

—Bueno, como la única otra opción que tiene es ir desnuda —le amonestó Mary con ligereza—, creo que será mejor que acepte la molestia que le causan.

Christine consideró la silla, su ira y frustración en aumento. Mary se equivocaba; las faldas y la desnudez no eran las únicas opciones. Y era ridículo incapacitarse cuando no era necesario.

—Aunque sería la primera en admitir que algunas situaciones requieren aceptación —dijo con firmeza, dirigiéndose hacia la puerta—, soy de la opinión de que otras se manejan mejor con una adaptación bien meditada. Volveré en unos minutos. Déjame las cortinas.

—No iréis a cortaros las faldas, ¿verdad?

—¿Y arruinar un vestido y unas enaguas en perfecto estado? —respondió Christine sin mirar atrás—. Difícilmente.

—Difícilmente es una buena falda —replicó Mary, riendo—. Con la gran quemadura que tiene en la parte de atrás.

Cierto, concedió Christine en silencio mientras entraba en su propia habitación. Pero seguía siendo el único vestido que realmente tenía. A petición de Carter, su madre y Carrie habían cedido algunos de sus vestidos para que ella los usara —Millicent bastante contenta y Carrie de muy mala gana—, pero incluso el más sencillo de ellos era de una tela excepcionalmente fina, tenía escotes excesivamente bajos y requería unas enormes alforzas para evitar que los dobladillos se encharcaran alrededor de sus pies. Trabajar con ellos habría sido absolutamente imposible, por lo que los había colgado en el armario hasta que encontrara el tiempo y la paciencia necesarios para alterarlos a un estilo más modesto y servicial. Lo que desde luego no iba a ser hoy, ella lo sabía. Mañana tampoco prometía mucho.

Despojándose del vestido, Christine sonrió con pesar. Dadas las circunstancias, probablemente iba a tener que reunirse con los hermanos Lee llevando uno de los vestidos prestados tal y como estaba. El único consuelo ante esa perspectiva era el hecho de que ni Millicent ni Carrie le habían ofrecido una de sus pelucas para completar el escandaloso conjunto.

Arrojó el vestido al extremo de la cama, cruzó hasta el armario y sacó del cajón inferior los calzones, una sencilla camisa de lino y las botas de montar. Consideró la posibilidad de atarse, pero rápidamente decidió no hacerlo. No había ninguna razón para aplanar sus pechos. Hoy no intentaba pasar por un hombre; sólo intentaba moverse con la misma seguridad y eficacia que los varones.

Y le sentaba bien, admitió mientras terminaba de vestirse y se calzaba las botas. La ropa de hombre era mucho más ligera que la de mujer. Y no apretaba en absoluto. Y con las botas no tenías que preocuparte por torcerte el tobillo o caerte de los tacones. Era fácil entender por qué las mujeres se tambaleaban y los hombres daban zancadas.

Christine sonrió mientras avanzaba por el pasillo hacia las habitaciones destinadas a los invitados. Era asombroso, pensó no por primera vez, lo que un buen par de calzones podía hacer por la confianza y el optimismo de una persona.

—Oh, dulces José y María.

Christine se detuvo justo dentro de la habitación y giró en un lento círculo para permitir que Mary apreciara plenamente su atuendo.

—Sencillo y práctico —ofreció—. Y mira esto —añadió emocionada mientras se acercaba a la silla. Se subió de un salto al asiento, saltó al suelo y volvió a subir de un brinco. Sonrió a la todavía aturdida irlandesa—. Impresionante, ¿verdad?

—¿Y si alguien le ve vestida así? —Susurró Mary, mirando hacia la puerta—. No es natural, Lady Christine.

—¿Y ser incapaz de moverse sin miedo a tropezar, caerse y hacerse daño sí lo es? —preguntó Christine, con las manos empuñadas sobre las caderas—. ¿Por qué se nos debe negar la libertad que se permite a los hombres para moverse?

—¿De dónde las habéis sacado? ¿Son del señor Carter?

—Son mías —respondió ella, girando sobre la silla y disponiéndose a descorrer las cortinas —. Viajé por asuntos de mi tío. Y él no consideró oportuno proporcionarme una compañera o una chaperona para hacerlo. En la primera estancia en su nombre, aprendí los peligros de una mujer que recorre el mundo sola. Antes de salir de Londres la siguiente vez, fui a ver a una costurera comprensiva.

—¿Y sabe el señor Carter lo de sus calzones?

Arrojó las cortinas sobre la ropa blanca que Mary había amontonado en el suelo y luego bajó de un salto de la silla, diciendo:

—De hecho, sí, lo sabe.

—¿Y no le molesta que las lleve?

—La verdad es que le molesta mucho —admitió mientras llevaba la silla a la otra ventana. Subida en ella, continuó—: Pero me niego a renunciar al sentido común y a la movilidad simplemente por su sentido del decoro.

—¿No se enfadará si vuelve y le encuentra corriendo por la casa vestida como está?

—Es más que probable —concedió ella, descorriendo las cortinas de las varillas de madera —. Pero me parece que su preocupación más acuciante debería ser si su casa está lista o no para recibir invitados. No lo que se ponga su mujer mientras hace el trabajo necesario. Pienso señalárselo si se atreve a fanfarronear.

Mary la miró dubitativa. Christine saltó de la silla con una sonrisa en la cara y las cortinas en los brazos.

—Lady Christ…

Al reconocer la voz, Christine se encogió y se volvió hacia la puerta. En efecto, era la señora Tremayne que estaba allí de pie, con la mirada fija en las piernas de Christine, los ojos muy abiertos y la boca abierta.

—Los santos misericordiosos nos protejan —susurró Mary.

—Oh —jadeó Millicent. Se abanicó débilmente las manos en las proximidades de la cara y el cuello—. Oh, oh.

Christine ignoró la mirada de «estoy avisada» que Mary le lanzó y dijo:

—Cierre los ojos, señora Tremayne. Respire despacio.

—Oh, vaya. —Se balanceó sobre sus pies mientras el color se drenaba de su rostro. Entonces, en una advertencia que Christine ya había llegado a reconocer, se apretó el dorso de la mano contra la frente y se balanceó.

—Coge esto —le ordenó Christine, empujando las cortinas hacia las manos de Mary. Atravesó la habitación y, libre de faldas, consiguió coger a la desmayada mujer con mucha más destreza que la primera noche en la casa. Sujetando firmemente a la forma inerte de la señora Tremayne por debajo de los brazos, Christine suspiró y dedicó a Mary una débil sonrisa—. Esto se está convirtiendo en una especie de hábito. Si le aflojamos los cordones, se pondrá bien.

Mary asintió, pero no se movió para ayudar. Pensando que un intento de llevar a cabo la tarea sobre el suelo de madera de la habitación sería demasiado duro para la pobre mujer, Christine salió de espaldas de la puerta y entró en el vestíbulo enmoquetado, arrastrando a la señora Tremayne con sólo los tacones de sus zapatos tocando el suelo. Resbalaron sobre la moqueta, levantando al instante nubes de polvo y abriendo un conjunto de huellas estrechas y onduladas en el montón.

La elaborada peluca empezó a deslizarse hacia un lado, y Christine torció la cadera en un esfuerzo por mantenerla en su sitio, por preservar lo que pudo de la dignidad de la pobre mujer. A pesar del esfuerzo, el arreglo se desprendió, golpeando la alfombra en medio de una nube de polvo de pelo y polvo doméstico. La señora Tremayne se agitó ante su pérdida, llevando ambas manos hacia arriba para cubrir los aplastados mechones plateados de su cabello natural. El movimiento comprometió al instante el agarre de Christine sobre ella.

Temerosa de dejar caer a la anciana, Christine intentó desesperadamente cambiar su agarre.

—Por favor, no... —fue todo lo que consiguió decir antes de que un bramido reverberara en los confines de la sala. Christine se sobresaltó y la señora Tremayne deslizó otro grado en sus manos mientras Carrie subía furiosa la última de las escaleras como un oscuro ángel vengador.

—¿Pantalones? ¿Lleva calzones de hombre?

—Anteponga la compasión al ultraje —replicó, sintiendo que Millicent se le escapaba más de las manos—. Y ayúdeme antes de que la deje caer.

Carrie se detuvo en seco y frunció el ceño. Millicent se agitó de nuevo, haciendo un débil esfuerzo por ponerse en pie. Con su precaria palanca sobre la mujer, Christine no pudo ayudarla más allá de sujetarse y ofrecerle suaves palabras de aliento.

—Aguante, Lady Christine. Ya voy.

—Bendita seas, Mary —susurró cuando la mujer llegó a su lado y deslizó ambos brazos bajo la espalda de Millicent. Juntas, inclinaron a la mujer mayor hacia arriba y sobre sus pies. Se balanceó un poco y luego encontró su propio equilibrio. Aún preocupada por ella, Christine rodeó ligeramente con su brazo la cintura de la mujer mientras Mary se alejaba y se dirigía a recuperar la peluca.

—¡Nunca en mi vida había visto algo tan escandaloso! —declaró Carrie con un resoplido ofendido—. ¡Una mujer casi desnudando las piernas para que cualquiera la vea! Escandaloso. ¡Absolutamente escandaloso!

—Vamos a llevarla a su habitación, señora Tremayne —dijo Christine con suavidad, dando la vuelta a la mujer y orientándola en esa dirección—. Le aflojaremos los cordones y luego podrá tumbarse y descansar un poco.

—Me disculpo por tardar tanto en ayudaros, Lady Christine —dijo Mary suavemente mientras se colocaba al otro lado de la madre de Carter—. Mis sesos no funcionaron bien durante

uno o dos tristes minutos.

—No pasa nada, Mary. Te recuperaste justo a tiempo. Gracias.

Carrie avanzó otro paso, con las manos apretadas en su cintura ceñida y abrochada.

—¿Y cómo sería el mundo si todos llevaran la ropa del otro sexo, le pregunto? ¿Y si los hombres salieran a la calle con vestidos?

—Es seguro que no marcharían a las guerras tan a menudo y tan audazmente como lo hacen —murmuró Mary en voz baja—. Sería casi imposible estar blandiendo una espada mientras sostienes tus dobladillos.

Christine sonrió ante la imagen que Mary había pintado mientras juntas guiaban a Millicent a través de la puerta abierta de su habitación y hacia su cama. Apenas habían conseguido que se sentara en el borde cuando Carrie entró pisando fuerte en la habitación, con la cara enrojecida y los ojos de ébano brillantes.

—Usted... usted...

Confiando en que Mary mantuviera una mano firme sobre el hombro de Millicent, Christine se volvió para mirar a la otra mujer, arqueando una ceja y esperando a que terminara su diatriba. Carrie cerró la boca con un chasquido audible.

—¿Estaría usted —preguntó Christine con frialdad, rompiendo el tenso silencio—, por casualidad, por remota que sea, a punto de hacer una contribución positiva a la situación? ¿O preferiría quedarse ahí mirándome mientras aflojo los cordones de su hermana y la pongo cómoda?

—Eres una abominación —declaró Carrie, su mirada recorrió a Christine de pies a cabeza —. Una vergüenza para toda la humanidad femenina. Una afrenta a las ideas mismas de feminidad, gentilidad y gracia.

—Sin duda —admitió Christine con ironía—. Pero no me desmayo cuando respiro hondo.

Y puedo trabajar a un ritmo que no requiere clavar estacas para determinar el avance.

La barbilla de Carrie subió tan rápido que su peluca se tambaleó. La enderezó con ambas manos y de un fuerte tirón, marchó hacia la cama, haciendo a Mary a un lado y soltando:

—Voy a contarle esto a Carter en cuanto vuelva.

—Había supuesto que lo haría —replicó secamente Christine, dirigiéndose hacia la puerta —. Ahora, si nos disculpa a Mary y a mí, tenemos trabajo que hacer.

Mary salió al vestíbulo prácticamente pisándole los talones.

—Quizá deberíais ir y volver a poneros las faldas —sugirió en un susurro temeroso—. No querrá hacer enfadar al señor Carter. O matar a su madre.

—Mary, mira a tu alrededor —dijo Christine, extendiendo los brazos en un gesto que abarcaba toda la casa—. Mira todo lo que hay que hacer antes de que lleguen Lauren y los hermanos Lee. Puedo inclinarme ante el decoro, ponerme las faldas y ponerme trabas mientras me apresuro a preparar esta casa para los invitados. O puedo ser práctica y sensata, ponerme los calzones, y darme una ligera ventaja en la contienda que estamos librando contra el tiempo y la expectación.

—Es usted una mujer valiente, Lady Christine. Mucho más valiente que yo.

—Y no es un triste comentario sobre el estado del mundo —Christine contraatacó, retrocediendo hacia la habitación de invitados—, que una mujer sea considerada valiente por elegir lo práctico sobre lo convencional. Bajaré las cosas para lavarlas si te ocupas de limpiar los cristales de las ventanas.

Había sido un maldito tonto al vender a Ruth, pensó mientras la veía salir por la puerta trasera del King's Arms, con un pequeño fardo de viaje en la mano. Debería haber dejado que su madre y su tía Carrie murieran de hambre antes que venderla.

Ruth nunca cambiaba, se dio cuenta mientras se acercaba a él con una brillante sonrisa. Había sido canosa desde que él podía recordar. Sus ojos siempre habían sido rápidos y brillantes, su espalda tan recta y sus hombros tan cuadrados que nadie parecía darse cuenta de que era una mujer diminuta. Una mujer diminuta con mal genio y dispuesta a decir lo que pensaba con palabras claras y rotundas. La decencia y el honor que poseía se los debía a la determinación de Ruth de darle la orientación que sus padres no le habían dado. ¿Cuánto le costaría, se preguntó, comprársela de nuevo a la señora Granger?

Más de lo que tenía, lo sabía. Y más de lo que iba a tener durante algún tiempo. El dinero que había reunido al venderla hacía tiempo que se había esfumado: para impuestos, para semillas, para pagar sólo las deudas más acuciantes de su padre. Y aún quedaban más de esas cuentas por pagar, los acreedores se volvían menos pacientes cada día que pasaba. El único consuelo que le quedaba era que los acreedores restantes estaban en Inglaterra y que no le debía a ninguno de ellos lo suficiente como para que el viaje a través del Atlántico mereciera la pena por la cantidad que cobrarían en este extremo del mismo. Si la guerra llegaba pronto...

—La señora Granger me ha dicho que está en una situación desesperada en Kingscote, señor Carter.

Había muchos niveles en su desesperación, pero Ruth sólo conocía uno, y él no quería molestarla con el resto. Sonrió y le tendió la mano para ayudarla a subir al asiento delantero del faetón mientras respondía:

—Lauren regresa de sólo Dios sabe dónde y trae consigo a los hermanos Lee. Te agradezco de verdad que estés dispuesta a volver unos días, Ruth. Te he echado de menos. ¿Cómo te va? ¿Eres feliz con la señora Granger? ¿Con Moses?

Ella esperó hasta que él hubo rodeado la parte delantera del carruaje y estaba subiendo al asiento del conductor antes de responder:

—Estoy bien y Moisés también. Es un hombre bueno y cristiano. La señora Granger es una mujer con la que es fácil trabajar, muy sensata y generosa. —Hizo una pausa para estudiarle, su boca se hacía más pequeña a cada segundo que pasaba. Carter se preparó; conocía los signos de una inquisición pendiente. Había soportado tantas de Ruth a lo largo de los años que había perdido la cuenta. Había algo extrañamente reconfortante en la perspectiva de otra más. Sonrió y esperó, sabiendo que ella llegaría a su destino a su debido tiempo. Ruth siempre hacía las cosas a su manera.

—Parece más delgado de lo que recordaba, señor Carter 1le dijo mientras él cogía las riendas—. ¿Aún no ha comprado una nueva cocinera?

—Lauren lo hizo —respondió él, poniendo el caballo en movimiento—. Una mujer contratada. Hace un mes.

—Oh, señor. No se puede confiar en que ese chico elija su propia ropa y lo haga bien.

—Se llama Mary —suministró, sonriendo—. Y está aprendiendo. Bastante rápido ahora que Christine está allí para enseñarle.

—Esa sería la nueva señora de la que he oído hablar.

Y conociendo a Ruth, él también iba a oír algo al respecto.

—¿Qué has oído exactamente sobre mi esposa, Ruth?

—Que llegó sola a Jamestown una tarde y a la siguiente ya estaba casada con usted —contestó ella secamente—. Una historia dice que está con el hijo del señor Lauren y que usted se apiadó de ella. Otra dice que el bebé es suyo. Otra es que su familia quería deshacerse de ella y estaba dispuesta a cancelar una deuda que el señor Lauren tenía con ellos si usted se la llevaba.

—Es esto último. —Se encogió de hombros—. Con el añadido de algunos detalles que

realmente no importan en el esquema general de las cosas.

Ruth asintió y fijó su mirada en la carretera que tenía por delante. Carter esperó, contento con el ritmo cómodo y familiar de la conversación con ella.

—Todo el mundo dice que es muy guapa.

—Lo es. Un poco peculiar a veces y decididamente testaruda, pero definitivamente guapa.

—¿Será una buena ama para Kingscote?

—La comida ha sido comestible desde que ella llegó —concedió—. Y las piezas de plata para servir se han pulido. El jardín está siendo plantado. La tía Carrie la detesta y mamá parpadea mucho.

—Entonces lo está haciendo bien —pronunció Ruth, claramente complacida con la lista de logros de Christine—. ¿Será una buena esposa?

Carter volvió a encogerse de hombros.

—En cuanto tengamos los documentos que cancelan la deuda de Lauren, anularemos el matrimonio.

—Hmmm.

—Hmmm, ¿qué? —presionó él, sabiendo que no le iba a gustar lo que fuera que Ruth estuviera pensando, pero sabiendo también por experiencia que la sabiduría residía en sacar el tema a la luz cuanto antes. Darle tiempo a Ruth para que reflexionara sólo hacía que sus palabras escocieran mucho más.

—Creía —dijo tras una pausa excepcionalmente larga—, que había terminado con esa mujer Wilson.

Esa mujer Wilson. Carter sonrió. Nunca había sabido que a Ruth le cayera tan mal alguien como la joven viuda de Ethan Wilson. Pero, ¿qué tenía que ver Larissa con que quisiera o no a

Christine por esposa? Sacudió la cabeza.

—Te dije en su momento que lo de Larissa fue un flirteo pasajero y nada más. Lo dije en serio. Larissa y yo hemos terminado.

Ruth resopló.

—Tuvo algo más que un flirteo con ella, señor Carter, y toda Virginia lo sabe. No tiene sentido que intente ponerle otra cara.

—De acuerdo —admitió, sabiendo que no tenía sentido intentar alegar buena virtud. Ruth sabía la verdad. Lo que no había visto por sí misma, él se lo había dicho—. Había algo más con Larissa. Pero eso no altera la realidad actual. Ya no tenemos una relación más allá de la de ser vecinos. No he vuelto a verla desde la semana antes de que fueras a casa de la señora Granger.

Ella le dirigió esa mirada suya, la que, de niño, siempre le había hecho mirar hacia abajo para ver si tenía delatoras migas de tarta o galleta en la parte delantera de la camisa.

—Sinceramente, Ruth. No la he visto.

—Entonces, ¿por qué planea anular su matrimonio? —preguntó ella, mirando al frente—. ¿Hay alguien más aparte de esa mujer, la viuda Wilson?

—No hay nadie más, Ruth —le aseguró él.

—Entonces, ¿por qué está dispuesto a deshacerse de una esposa perfectamente buena? No puede ser arpía o ella y Carrie serían las mejores amigas. ¿Es vieja?

—No, sólo es unos años más joven que yo.

—¿Es una libertina?

Recordó la mirada de Christine cuando le había chupado el dedo en el oscuro vestíbulo aquella noche. Se había sorprendido y, por un momento, asustado. Pero entonces... Ella habría sido una libertina si él se lo hubiera pedido. Y no le cabía la menor duda de que, a la mañana

siguiente, se habría sentido mortificada por la voluntad de su entrega.

—No he visto nada en su comportamiento que sugiera laxitud moral —respondió Carter con firmeza.

Ruth le lanzó una rápida mirada y luego volvió a observar su avance por el campo. Tras otra larga pausa en la conversación, musitó en voz alta:

—Dijo que era guapa, y no puede ser una cabeza hueca si está llevando hábilmente la casa y enseñando a cocinar a esta Mary. ¿Qué le pasa?

Christine hablaba claro, era muy obstinada y le importaban un bledo las convenciones y las expectativas sociales. Era, se dio cuenta con un sobresalto, igual que Ruth.

—A Christine no le pasa nada —admitió en voz baja.

Ruth asintió y siguió estudiando la carretera. Carter esperó en el silencio de la conversación, con el pecho extrañamente apretado y el estómago revuelto. Era una sensación parecida a la que tenía cuando examinaba los libros de contabilidad: una sensación de sentirse abrumado y de temor ante las grises incógnitas del futuro. Pero también era diferente. Debajo de este sentimiento había una vaga sensación de esperanza, de que había un pequeño rayo de sol que podría ver si lograba abrirse paso a través de las lúgubres nubes que le rodeaban.

—Entonces el problema tiene que estar en usted —dijo Ruth, entrometiéndose en sus pensamientos—. ¿Qué le pasa? ¿Esa viuda Wilson le ha contagiado alguna enfermedad?

—¡No! —Él la miró, horrorizado de que siquiera pensara en esa posibilidad—. Por el amor de Dios, Ruth. Sé lo suficiente para protegerme de gente como Larissa Wilson. No soy estúpido.

Ella le miró sin inmutarse y volvió a resoplar.

—Lo es si no está dispuesto a tomar por esposa a una buena mujer cuando aparece una.

—Ruth —contraatacó él, volviendo a centrar su atención en la conducción—, ¿qué tengo

yo que ofrecer a ninguna mujer aparte de la probabilidad de la bancarrota y la deshonra pública? Además —añadió, encogiéndose de hombros—, una esposa no es más que otra boca que alimentar, otro cuerpo que vestir y otra serie de expectativas que puedo no cumplir.

Un asentimiento. Otra rápida mirada hacia él.

—Entonces ha sido mimada como su madre y Carrie.

—No —permitió él, sacudiendo la cabeza, recordando lo que ella había contado a su familia de su infancia, lo que él sabía de su vida desde que ser entregada a la custodia de su tío —. Christine es práctica y sensata. Sabe trabajar y está dispuesta a hacerlo. Y aún no me ha pedido ni una sola cosa en cuanto a comodidades materiales. En algunos aspectos, es una mujer muy sencilla, sin complicaciones.

—¿Se está escuchando? —preguntó Ruth, girándose en el asiento para clavarle una mirada brillante de vejación. Él aún estaba tomando aire cuando ella le soltó—. Le conozco desde que era un bebito, señor Carter. Le di su primer baño y le conozco a usted y su forma de pensar. Casarse con esta mujer no fue idea suya y le erizó el vello, ¿verdad? Y antes de que pudiera pensar las cosas, juró ante Dios que no toleraría estar atado ni un día más de lo necesario, ¿no es así?

—Más o menos —murmuró él, preguntándose si Ruth había estado observándolo todo a través de la ventana de David Miller—. Usted y su orgullo, señor Carter.

—El orgullo ciega a un hombre —refunfuñó, nada contento con el giro que había tomado la conversación. Y había sido un tonto ciego al pensar que Ruth entendería lo de mandar a Christine a paseo cuando llegara el momento. Ruth llevaba años dándole la lata para que se casara. Mientras la esposa no fuera Larissa Wilson, Ruth aprobaría a cualquier mujer, a la vista está.

—Sólo porque pueda citarme a mí misma —contraatacó Ruth regiamente—, no significa que haya aprendido la lección.

Una salida brilló en su conciencia y, desesperado, la aprovechó.

—No se trata en absoluto de mi orgullo. Christine tiene un hogar en Inglaterra. Quiere volver allí.

Hubo la pausa habitual mientras Ruth meditaba sus palabras, y en la cómoda familiaridad de la misma, Carter empezó a relajarse.

—¿Tiene un hombre esperándola en casa?

La idea era sorprendente. Y, de algún modo, también un poco inquietante.

—No tengo ni idea. Ella no ha mencionado a ninguno y no se me ha ocurrido preguntar.

—Si ella no le ha dicho que su corazón pertenece a otro, entonces es libre de reclamarlo —declaró Ruth. Se volvió para mirarle mientras añadía—: Y por si nadie se lo ha dicho, ningún pedazo de tierra es más importante para una mujer que el hombre que está sobre ella. Si se tragara su orgullo, ella estaría dispuesta a quedarse en Kingscote.

Fue su turno de resoplar.

—No conoces a Christine.

—Contésteme a esta pregunta, señor Carter —respondió Ruth—. ¿Le dijo que quería ir a esa casa de Inglaterra antes o después de que usted jurara librarse de ella en cuanto pudiera?

Hizo memoria, recordando las conversaciones que habían mantenido aquel primer día. ¿Había pasado sólo una semana? Parecía toda una vida.

—Después.

—Entonces su esposa tiene un poco de orgullo propio. Y no poca espina dorsal y agallas, también. —Ruth sonrió a la carretera—. Bien por ella.

Apartó el carruaje de la carretera principal y subió por el camino de Kingscote.

— No veo qué tiene que ver el orgullo con su regreso a Inglaterra.

Ruth inclinó la cara hacia el cielo de la forma en que siempre lo hacía cuando le pedía a Dios que le prestara la paciencia de un santo. Después de un momento, suspiró y preguntó:

—¿Qué opción tenía ella cuando usted se ensañaba con ella como sólo usted puede hacerlo, señor Carter? ¿Tenía que caer rendida a sus pies y rogarle que no fuera cruel con ella?

¿Suplicar? ¿A sus pies? Se rió entre dientes.

—Christine nunca lo haría.

—Ninguna mujer que se precie lo haría. No, su única opción era mantener la cabeza alta y decir que ella haría su propio camino y lo haría bien sin usted. Que ella crea o no que es posible no importa. Es mejor morir de hambre que lanzarse a merced de un hombre que no la quiere.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Estos ojos han visto mucho en sus sesenta años —respondió suavemente—. Estos oídos han oído muchos cuentos, y estas manos han secado un río de lágrimas. Puede que sea vieja, señor Carter, pero soy una mujer. Es como siempre he dicho: No importa el color de tu piel…

—…En el fondo todos somos iguales —terminó él por ella.

Ella sonrió y asintió.

—Y por eso sé lo que sé. Si retrocediera un poco, ella también lo haría, y los dos podríais ser felices juntos.

Kingscote se acercaba cada vez más y con su cercanía llegó un torrente de recuerdos.

—Mi madre y mi padre eran extraños cuando se casaron —dijo en voz baja, conduciendo el faetón hasta la parte trasera de la casa—. No se eligieron el uno al otro; otros eligieron por ellos. Las circunstancias son muy parecidas para Christine y para mí. No quiero un matrimonio como el que tuvieron mis padres. —Enroscó el caballo y se detuvo frente a la cocina.

—Bueno, dado que no se parece en nada a su padre y que esta Christine no se parece en

nada a su madre —observó Ruth alegremente mientras esperaba a que diera la vuelta al carruaje —, no creo que sea algo por lo que deba preocuparse. ¿Ha pensado en retomar lo de esa mujer, la viuda Wilson, desde que se casó?

Se quedó helado, mirándola, absolutamente desconcertado por la dirección que había tomado de repente su interrogatorio.

—¿Qué tiene que ver Larissa con...?

—Sólo responda a la pregunta, señor Carter. ¿Ha pensado en cabalgar hasta allí?

Contuvo su frustración y le tendió la mano para ayudarla a bajar.

—No seriamente.

—Pero se le ha pasado por la cabeza. —Suspiró.

—Sí.

—Eso está bien —declaró ella, sonriéndole, con los ojos brillantes y risueños—. Muy bien.

—¡Ruth! —refunfuñó él, no menos confuso por su respuesta de lo que lo había estado por su pregunta.

Clavándole la punta de un dedo en el centro del pecho, ella replicó:

—Cuando son los olores de su propia cocina los que te hacen rugir el estómago, ir a comer a otro sitio no saciará su hambre. Recuérdalo.

Dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la cocina, añadió:

—Estoy deseando conocer a su Christine. Me ocuparé de la cocina habitual, pero espere a que ella y yo podamos hablar antes de planear algo especial para las comidas de los invitados.

No entendió del todo qué era lo que ella decía sobre tener hambre, pero entonces rara vez captaba toda la lección en su presentación. Siempre había sido así. Ruth plantaba la semilla; él la meditaba y al final se daba cuenta de lo que ella quería decir y de lo sabia que era.

—¿Ruth? —la llamó sonriendo. Esperó hasta que ella se detuvo y le devolvió la mirada—. Es bueno tenerte en casa.

Sus ojos eran suaves y cálidos y estaban llenos de amor. Como siempre.

—No ha tenido a nadie que le tire de las orejas desde que me fui, ¿verdad?

Pensó en Christine.

—Bueno —empezó, riéndose entre dientes. La dura mirada que apareció en el rostro de Ruth apagó al instante su diversión. Siguió la línea de su mirada, volviéndose para ver a Carrie bajando por las escaleras traseras, con las faldas entre las manos y sujetas por encima de los tobillos, la mandíbula desencajada y los ojos llameantes.

—¡Carter! —le espetó, dirigiéndose furiosa hacia él—. ¡Voy a tener unas palabras contigo en este mismo instante! Esto es una escandalosa afrenta a la decencia, ¡y tu madre y yo exigimos que hagas algo al respecto!

Carter miró por encima del hombro y dedicó a Ruth una débil sonrisa.

—Normalmente por alguien sin un ápice de cerebro y siempre sobre lo trivial. Traeré a Christine para que se reúna contigo en cuanto pueda.

Capítulo 13

Christine se puso en lo alto de la escalera de los criados y observo el ático escasamente iluminado. Incluso con la escasa luz pudo ver que estaba lleno hasta los topes de un laberinto desordenado de muebles desechados, cuadros, alfombras enrolladas y pilas y pilas de cajas y barriles que contenían sólo Dios sabía qué. A juzgar sólo por el mero volumen de todo ello, parecía como si se hubiera desechado lo suficiente a lo largo de los años para amueblar por completo otra casa del tamaño de Kingscote.

Poner cosas fuera de uso simplemente porque se había conseguido algo más nuevo y a la moda... era un testimonio de un grado de riqueza que ella ni siquiera podía empezar a comprender. Sólo había cuatro pequeños baúles en el desván de la mansión Kingscote: uno que había sido de su madre, uno para cada uno de sus hermanos y uno que había sido de su padre. Cada uno contenía la prueba física de que una vez habían existido, cada objeto en ellos un ancla que evitaba que sus recuerdos se alejaran con el tiempo.

Sonrió irónicamente mientras se adentraba en el laberinto. ¿Sabían siquiera los Tremayne lo que había aquí arriba? ¿Tenía algo de recuerdos para ellos? Habían pasado cuatro años desde que se había visto obligada a abandonar Kingscote y, sin embargo, en las noches oscuras, podía cerrar los ojos y en su mente vagar por cada una de sus habitaciones y verlo todo, recordarlo todo.

Christine sacudió la cabeza para disipar su sombrío estado de ánimo. A pesar del pequeño

anillo blanco en su parte superior, la cómoda haría juego con las demás piezas de la segunda habitación de invitados y ayudaría a llenar su vacío resonante. Pensando en hacer la pieza más ligera y fácil de mover, se agachó para quitar los cajones. El más bajo de los tres estaba lleno de colchas y sábanas pulcramente dobladas. Retiró cada artículo con cuidado, respirando profundamente el aroma a lavanda y maravillándose ante la riqueza de las telas mientras las dejaba a un lado. Terciopelos y damascos y satenes, las lanas más suaves y los linos más lisos. Una prueba no sólo de una gran riqueza, sino también de un gusto exquisito y de un aprecio por la comodidad. Al abrir los otros cajones, encontró más de lo mismo y los añadió al suave montículo que estaba construyendo a un lado.

Los cajones salieron de la cómoda sólo con chirriantes protestas, y mientras los apilaba al otro lado, no pudo evitar maravillarse de la artesanía que se había empleado en la construcción de toda la pieza. El tiempo no había debilitado ni un ápice las juntas, no había aflojado el perfecto ajuste de sus componentes. Echó un vistazo a las sábanas guardadas que había retirado, dándose cuenta de que, a diferencia de todo lo que había en los niveles inferiores de la casa, estaban limpias. No se había levantado polvo al manipularlas. Sólo el ligero y encantador aroma de la lavanda.

Sería mucho más sencillo, por no decir más rápido, arreglar las habitaciones de invitados con estos artículos en lugar de lavar, secar y planchar lo que ella y Mary habían retirado. Había tanto otro trabajo que hacer, y el tiempo apremiaba. Se arrodilló frente a la pila y consideró detenidamente lo que había allí, luego empezó a ordenar los artículos de forma que le agradara a la vista. Sólo le faltaban las faldas de las camas y los doseles. Christine miró a su alrededor, sabiendo que tenían que estar ahí en alguna parte y tratando de adivinar en qué arcón, buró, caja o barril sería más probable encontrarlos. Buscar sería tiempo bien empleado, decidió, poniéndose en pie. Sonrió. Sería una búsqueda del tesoro en nombre de la practicidad.



Carter asomó tranquilamente la cabeza por la puerta del dormitorio y sólo vio a Mary. La dejó con su limpieza de ventanas y siguió adelante, comprobando cada habitación a medida que avanzaba por el pasillo. Señor todopoderoso, había sido una mañana ajetreada en el piso de arriba de la mansión Kingscote. No recordaba la última vez que lo había visto todo tan revuelto. Todas las camas habían sido despojadas hasta las cuerdas. Las ventanas y los suelos estaban igual de desnudos. Y precisamente dónde habían ido a parar la ropa de cama, las cortinas y las alfombras era para él un misterio tan grande como dónde se había escondido Christine.

No, corrigió al detenerse al final del pasillo y mirar hacia atrás a lo largo del mismo; sabía dónde estaban las alfombras. El pobre Isaac las tenía colgadas sobre una barra metálica a un lado de la casa de carruajes y las estaba golpeando hasta la extenuación, tanto a ellas como a sí mismo. La nube de polvo había sido tan espesa que Isaac se había puesto no sólo casi blanco por ella, sino decididamente huraño. Un descanso había ayudado un poco a su actitud, pero no tanto como los tragos de bourbon que habían compartido con «fines medicinales y fortificantes».

Había prometido venir a ayudar a Isaac con las alfombras en cuanto consiguiera que Christine volviera a ponerse una falda y que su madre y su tía Carrie se aplacaran, pero sólo le respondió con ojos en blanco y un bufido despectivo. Carter no estaba seguro de qué parte consideraba Isaac una imposibilidad, y no había preguntado. Ya entonces había tenido la sensación de que ambas iban a acabar siendo duras pruebas para su paciencia.

Un ruido procedente de algún lugar en lo alto interrumpió sus sombríos pensamientos, y dio un paso atrás para mirar hacia las escaleras que conducían al desván. El ruido llegó de nuevo: madera raspando contra madera. Teniendo en cuenta el paradero de todos los demás en la casa, sólo podía ser Christine. Murmuró una maldición, respiró hondo y subió los escalones.

Se detuvo en la parte superior, observando al instante la cómoda desmontada y los

montones de ropa de cama que se habían esparcido a su alrededor. Christine no estaba a la vista, pero él sabía que tenía que estar en algún lugar entre las reliquias de la historia de su familia. Lo miró todo con cierta consternación: hacía años que no subía al desván. En algún lugar del montón estaba la cuna de roble que había albergado a las últimas cuatro generaciones de bebés Tremayne. Pero sólo los Tremayne legítimos, se corrigió con pesar. Dadas las proclividades de su abuelo, de su padre y de Lauren, sin duda había montones de tías, tíos, primos, sobrinas y sobrinos de los que no sabía nada. Y probablemente también había hermanos aparte de Isaac y Lauren. Quizá incluso una hermana o dos.

Sonrió con desgana. O tres o cuatro o más. Los hombres Tremayne nunca habían sido conocidos ni por su autocontrol ni por aceptar la responsabilidad de las consecuencias de sus actos.

Siempre había pensado que tenía que ser algo hereditario, algún rasgo que, como el color de los ojos y el pelo, se transmitía de padres a hijos y llevaba a los hombres Tremayne a echar por tierra el buen juicio ante la mera visión de unas caderas curvilíneas, unas piernas largas y un rostro atractivo. Se había pasado veintiséis años convencido con suficiencia de que había escapado a esa parte de la fea herencia.

Pero no lo había hecho, admitió en silencio mientras Christine salía de entre dos grandes muebles, con los brazos cargados. Dulce Dios todopoderoso, no había escapado en absoluto. ¿Qué había en sus curvas, en sus piernas, en su rostro, que causaba en él un impacto que ninguna otra mujer había podido lograr jamás? ¿Qué había en ella que despertaba al Tremayne que había en él tan malditamente profundamente?

Dios, tenía que acabar de una vez con este enfrentamiento para poder alejarse de ella a una distancia segura. Sólo mirarla le calentaba la sangre, le hacía palpitar el corazón y le convertía el cerebro en pudín.

—Christine.

Ella levantó la vista para encontrarse con su mirada, sus ojos se abrieron de par en par y su paso vaciló por un segundo.

—Oh, hola —saludó ella, recuperándose lo suficiente como para darse la vuelta y colocar el brazo cargado de lo que parecían redes encima de la cómoda—. ¿Pudo traer a Ruth con usted?

—Sí, la señora Granger fue muy comprensiva —proporcionó él, acercándose a ella para que pudieran hablar en voz lo suficientemente baja como para mantener su intercambio en privado—. Ruth ya está bullendo en la cocina. Le llevaré a conocerla cuando tenga un momento. Quiere discutir con usted sus ideas para los menús.

—Alguien que no necesita que piense por ella —dijo con una risita seca—. Podría llorar de gratitud. No es que Mary no sea juiciosa —se apresuró a añadir, mirándole por encima del hombro—. Es sólo que ella no sabe dónde están las cosas más que yo. O, para el caso, que su madre y la tía Carrie.

—Hablando de ellas —empezó él, recordando por qué había subido aquí en primer lugar.

—¿Se han recuperado ya de sus vapores? —preguntó ella, volviéndose para mirarle directamente.

—No creo que lo hagan nunca.

—Siento haber ofendido tanto sus sensibilidades —ofreció ella, apoyándose de nuevo en el buró y cruzando los brazos sobre el vientre—. Pero hay tanto trabajo por hacer, y sabiendo lo prácticos que son mis calzones para moverse con rapidez... —Se encogió de hombros—. Bueno, decidí que la sensatez era la virtud más importante hoy.

El lino de su camisa era ligero y a través de él pudo ver que no se había atado los pechos. Redondos, llenos y firmes... Tal y como mostraba sus virtudes, su visión le estaba dando una paliza. Carter se obligó a tragar saliva, a pensar en otra cosa que no fuera la tentación tan despreocupada, tan inocentemente que tenía delante.

—Puedo apreciar el hecho de poder moverse libremente —concedió—. Pero, ¿y si los hermanos Lee entran por la puerta antes de lo previsto?

—Estarían exhibiendo muy malos modales —contraatacó ella al instante—. Los invitados nunca llegan antes de la hora a la que los espera la anfitriona. Jamás. Simplemente no se hace.

—Christine, no puede ir por ahí en calzones —declaró él, tan exasperado consigo mismo como con ella—. Sí, estoy de acuerdo en que probablemente sean mucho más prácticos que las faldas, pero las mujeres sencillamente no llevan ropa de hombre. Hacerlo es absolutamente escandaloso. No puedo ni quiero permitirlo.

Ella estudió el suelo a sus pies, con los labios fruncidos y el ceño fruncido. Carter la observaba, esperando. La última vez que habían tratado el tema de su ropa masculina, ella se había mostrado vehemente sobre su derecho a llevarla. Esa calma ahora no presagiaba nada bueno.

—¿Cómo siente la mano? —preguntó en voz baja y sin levantar la vista.

La flexionó, sintiendo sólo una leve tirantez en la piel en curación.

—Mucho mejor, gracias.

Su mirada se elevó lentamente para encontrarse con la de él. Con calma, con facilidad, preguntó:

—¿Está lo bastante bien para la batalla?

Que Dios les ayudara a ambos si tenía que luchar con ella hasta tirarla al suelo.

—Perdería, Christine —advirtió él, con el pulso acelerado.

—Eso te gustaría pensar —replicó ella con una sonrisa confiada. Desplegando los brazos, se apartó del buró para erguirse sobre sus pies y añadir—: Uno de los aspectos más interesantes de ser hombre es la noción de que todos ustedes deben ser capaces de defenderse. Viajar puede

ser una empresa de lo más aburrida a veces, e intercambiar técnicas pugilísticas parece ser una forma bastante habitual de que los hombres pasen el tiempo.

Carter observó asombrado cómo ella ampliaba cuidadosamente su postura, levantaba los brazos y se llevaba las manos a la cara. No sabía quién le había enseñado que ése era un medio eficaz de luchar, pero estaba claro que era alguien que nunca había tenido que hacerlo. Su equilibrio era correcto, pero estaba demasiado rígida, su postura demasiado comprometida con la protección de su cara; dejaba el resto de su cuerpo vulnerable a un golpe bien dirigido. Y a un hombre no tan ligado al juego formal y limpio como ella.

—Estoy lista cuando usted lo esté, señor.

—No puede hablar en serio —la engatusó él, poniéndose a su derecha.

—Lo estoy —respondió ella con severidad mientras, como era de esperar, ajustaba su posición para permanecer cuadrada a él.

Era tan pequeña, tan ingenuamente feroz, tan deliciosamente curvada. Levantó las manos, con las palmas hacia fuera.

—No quiero hacerle daño, Christine.

—Entonces cede ante mi vestimenta.

—No puedo hacer eso.

Su barbilla subió un punto y la resolución iluminó sus hermosos ojos.

—En ese caso, no le queda más remedio que defenderlo, señor.

—Christine... —Vio venir el golpe desde una milla de distancia. Sonrió, reconociéndole en silencio el mérito de la valentía, incluso cuando atrapó fácilmente su puño con la mano. Como él esperaba, ella cambió instantáneamente de postura e intentó liberarse de su agarre. Él la acompañó en su esfuerzo, dando un paso adelante para rodearle la cintura con el brazo mientras

le sacaba limpiamente los pies de debajo y la hacía retroceder y caer.

Chillando de sorpresa, ella aterrizó justo donde y como él había pretendido: encima de los montones de ropa de cama y debajo de él. Soportando su peso sobre los antebrazos, miró hacia abajo a los ojos abiertos, sintió el salvaje retumbar de los latidos de su corazón a lo largo de todo su cuerpo.

—Así no es como los hombres luchan entre sí —anunció ella, demasiado jadeante para indignarse del todo.

—No, así es como los hombres vencen a las mujeres —esbozó él suavemente, sonriendo —. Admite la derrota y le dejaré subir.

La ira relampagueó en el fondo de sus ojos.

—¿Para que pueda ir a mi habitación, quitarme los calzones y entregárselos a usted?

—¿Preferiría que se los quitara aquí y ahora? —se burló él mientras su propio pulso se aceleraba para igualar la cadencia del de ella.

—No sería tan fácil de conseguir como a usted le gustaría pensar, señor —replicó ella, sacando bruscamente las manos de entre ellos, poniéndoselas a él sobre los hombros, y luego intentando arquearse y despistarle. Era una fricción magníficamente seductora y sus entrañas se endurecieron al instante en agradecimiento a su esfuerzo. Alivió su peso sobre ella lo suficiente para calmar su movimiento, lo suficiente para advertirle del problema que estaba cortejando.

Con la respiración agitada y rápida, se tocó el labio inferior con la punta de la lengua y se encontró con su mirada para susurrarle:

—No es el primer hombre que piensa que puede...

—Estoy cansado de pensar —le susurró él, inclinándose para rozar ligeramente sus labios sobre los de ella—. No puedo cuando estoy cerca de ti.

Su admisión rasgueó sobre sus sentidos, bañándola en un alivio maravilloso. No era la única que luchaba contra la tentación, no era la única cuyo control se tambaleaba ante la poderosa embestida. Había un consuelo profundo en saberlo, una trampa eterna en rendirse a ella. Luchó por aferrarse a los trozos desmoronados de su razón, por salvarlos a ambos de la locura.

—Carter... —Su súplica se perdió en la lenta demanda de su beso, en el círculo suavemente apretado de sus brazos, la ternura de su posesión. Capa tras capa de sensaciones embriagadoras la envolvían; la dureza musculosa y la calidez del cuerpo apretado contra el suyo, el hambre silenciosa de aliento, el suave murmullo del descubrimiento, el aroma cálido del sol de la vida, el sabor embriagador de las cosas salvajes y prohibidas y peligrosas.

Algo en su interior floreció y creció. No tenía forma, ni color, ni sabor. Y aunque no emitía sonido alguno, sintió que le hacía señas en un bajo susurro a través de su alma. La atrajo hacia delante, hacia dentro y hacia fuera, hacia una oscuridad ondulante, hacia un lugar donde la única realidad era el tacto de ese hombre y el hambre carcomida que creaba y alimentaba. Impotente para resistirse a su canto de sirena, se abandonó a él, al provocativo deleite de explorar, de tocar, de saborear.

Carter sabía que estaba en apuros. Pero la parte de él que se preocupaba no tenía el control. Por Dios. Le dolía conocer la medida completa de esta mujer, su tentadora esposa. Ella cedió ante él, satisfizo sus exigencias y se acercó a él, lo tocó, lo atrajo hacia ella con una suave intensidad que era más de lo que su carne y su sangre podían resistir.

Se apartó para besar un rastro ardiente por la esbelta columna de su garganta, su mano deslizándose bajo el lino para saborear el ardiente calor de su piel, para ahuecar la plenitud de su pecho. Ella gimió suavemente, arqueándose en su abrazo, en su caricia, enredando los dedos en su pelo, guiando sus labios por su oleaje satinado y hacia el pico endurecido.

—¿Lady Christine? ¿Está ahí arriba?

Christine retrocediendo instintivamente para fijar la ubicación de la voz. A mitad de la escalera, se dio cuenta con otro sobresalto que sacudió su ya acelerado corazón.

—Sí, Mary —gritó Christine, con la voz temblorosa y sin aliento—. Bajaré en un momento. Espérame allí, por favor.

Bajó la mirada hacia unos ojos azules, profundos y ansiosos. Dios, no podía respirar. El hambre, cruda e insistente, le dolía en cada fibra de su ser. Dile a Mary que se vaya. Hazme el amor, Christine. Hazme el amor.

Inspiró, todo su cuerpo se estremeció por el esfuerzo. Con un trago irregular, retiró los dedos de su pelo y dejó caer las manos sin fuerza sobre la ropa de cama.

—Tengo trabajo que hacer, Carter —susurró ella, el sonido tan suave que apenas llegó a sus oídos.

Sin embargo, se clavó en su razón, atravesando la niebla del deseo desatento. Su corazón patinó y el hielo surgió en el calor de sus venas. Jesús. Dulce Jesús. Qué cerca habían estado de cometer una locura, qué descerebrado y feliz se habría precipitado por el precipicio con ella en brazos.

—Por supuesto —dijo, rodando fuera de ella y sobre sus pies. Pensó en ofrecerle la mano para ayudarla a levantarse, pero antes de que pudiera siquiera extenderla, ella se puso en pie de un salto y cogió el brazo cargado con la red. Durante un largo momento permaneció allí, mirándole a los ojos, con los pechos subiendo y bajando mientras luchaba por respirar. Él podía sentir la tensión en ella, podía sentir que ella quería explicarse, disculparse, prometer que nunca volvería a ocurrir. Pero en el fondo de sus ojos vio la misma confusión que ataba sus propias palabras a un silencio que desgarraba el alma.

—¿Lady Christine? ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien, Mary —respondió ella, dando un paso atrás. Sacudió la cabeza, con los ojos

brillantes de arrepentimiento, y luego se volvió hacia las escaleras, añadiendo—: Ya bajo.

No te vayas, le gritó la tonta que llevaba dentro. Quédate conmigo.

Carter apretó los dientes y la vio alejarse. Ella estaba en lo alto de las escaleras antes de que él pudiera hacer funcionar su voz.

—¿Christine? —Ella se detuvo, pero no miró hacia atrás—. No soy un santo. En calzones, tus curvas son demasiado tentadoras —dijo con todo el control que pudo reunir—. Si no quieres que mis manos vuelvan a tocarlas, escóndelas bajo un vestido. Preferiblemente uno muy suelto con un corpiño que te llegue hasta la barbilla.

Se apretó el labio inferior entre los dientes y mantuvo la mirada fija delante de ella. Pasó un largo momento antes de que contestara:

—Si tú y Isaac fuerais tan amables de bajar la cómoda en algún momento de hoy, os lo agradecería. Si no es conveniente, Mary y yo nos las arreglaremos.

Y entonces se fue, bajando las escaleras a saltos como si los sabuesos del infierno le estuvieran pisando los talones. ¿Qué iba a hacer con Christine? ¿Acerca del deseo ardiente y sin sentido que ella despertaba en él tan fácilmente? No podía echarla. No tenía tenía dinero para alojarla en una posada de Jamestown o de cualquier otro lugar. E incluso si lo tuviera, sospechaba que la distancia no sería lo suficientemente grande como para evitarle la estupidez. Puede que Inglaterra estuviera lo bastante lejos, pero desde luego no tenía dinero para enviarla allí. Y él mismo no podía marcharse. Había cosechas que sembrar, campos que atender.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Carter miró distraídamente la pared más alejada del ático. Ninguno de los dos podía marcharse; estaban atrapados juntos, simple y llanamente. E igual de obvio era el hecho de que Christine no era más capaz de resistir la tentación que él. Las probabilidades no eran buenas para que pudieran presentarse ante un juez y alegar sinceramente la no consumación como motivo de anulación de su matrimonio.

¿Tan malo sería tener a Christine como esposa, en todos los sentidos y para siempre? ¿Existía la posibilidad de que pudieran encontrar un terreno común una vez apagadas las llamas de la pasión? ¿O pasarían la eternidad aborreciéndose como lo habían hecho sus padres y lamentando no haberse resistido a una fugaz curiosidad?

Con un bufido, Carter se puso en pie. Quizá lo que tenía que hacer antes de tomar ninguna decisión para toda la vida era cabalgar hasta Wilson Hall. Definitivamente, la necesidad física estaba nublando su juicio y, aunque Larissa era muchas cosas, siempre había sido bastante buena poniéndole los pies en la tierra en ese sentido. Sí, eso era lo que tenía que hacer. No habría tiempo antes de que llegaran los hermanos Lee, pero después de que se fueran...

Carter frunció el ceño ante el retorcijón de su conciencia. Christine era su esposa sólo de nombre. No le había prometido fidelidad. Le había prometido una eventual huida. Al meterse en la cama de Larissa, le estaría ahorrando a Christine la posibilidad de estar encadenada a él para siempre. Visto así, lanzarse sobre Larissa sería un noble acto de abnegación.

No lo sentía así, admitió, recogiendo los cajones vacíos de la cómoda, pero con el tiempo acabaría aceptando que era lo correcto. Y Christine, el día que pudiera dejar Kingscote y volver a casa, le agradecería mucho lo que había hecho por ellos.

Sí, en un par de días iría a ver a Larissa y todo se arreglaría. Su conciencia volvió a retorcerse y mientras bajaba las escaleras decidió que tal vez sería mejor que Christine nunca supiera nada de Larissa Wilson. No quería herir a Christine más de lo que la quería atada para siempre a la pobreza y la ruina. Era una buena persona que merecía algo mejor, que merecía ser feliz.



Con sus sentidos todavía revueltos, Christine controló su compostura mientras se reunía con Mary en la habitación azul de invitados.

—He encontrado algunos doseles y ropa de cama en el desván —anunció con despreocupación mientras los dejaba encima de la cómoda—. Si los utilizamos, no tendremos que preocuparnos de lavar y planchar los demás a tiempo.

Mary, con un paño para el polvo en la mano, ladeó la cabeza y la miró rápidamente de arriba abajo.

—Creía que iba a subir a buscar una o dos piezas para llenar esta habitación.

—Y encontré una hermosa cómoda —respondió Christine, decidida a que Mary nunca adivinara lo que había pasado en el suelo del desván—. Hará juego perfectamente con las otras piezas.

—¿Se encuentra bien, Lady Christine? ¿No os encontráis bien? Tiene la cara enrojecida.

—Estoy bien —afirmó ella, con el pulso acelerado, su frágil fachada desmoronándose bajo el esfuerzo de fingir. Tenía que escapar, estar sola, aunque sólo fuera un rato para poder calmar sus nervios agitados—. Pero necesito dejarte con las camas mientras bajo a la cocina a hablar con Ruth sobre las comidas.

La mirada de Mary se desvió en dirección a las escaleras del ático y luego volvió a encontrarse con la de Christine.

—¿Ha vuelto el señor Carter?

De algún modo Mary lo sospechaba; Christine podía sentir las preguntas tácitas vibrando en el aire entre ellas. Y Mary lo sabría con certeza si Carter bajaba aquellas escaleras mientras ella seguía allí de pie.

—Sí, lo está —admitió Christine, dándose la vuelta rápidamente y alejándose—. Si le vieras antes que yo, ¿podrías mostrarle por favor dónde queremos que coloque la cómoda? —No

esperó a que Mary respondiera—. Volveré enseguida.

Añadió la cobardía a la lista de sus otros defectos mientras bajaba corriendo las escaleras, atravesaba el vestíbulo, el comedor y la despensa del mayordomo. Sólo cuando llegó a los escalones traseros se detuvo para respirar y enfrentarse a la plenitud de lo que había sucedido. Hundiéndose en el último escalón, enterró la cara entre las manos y gimió en silencio. Había visto las probables consecuencias de quedar inmovilizada entre la ropa de cama y el cuerpo de Carter, y la única protesta que había sido capaz de reunir fue susurrar su nombre en lo que había equivalido a una invitación. Después de eso...

Levantó la cara, inclinándola hacia la luz del sol de la tarde e intentando sacar fuerzas y determinación de su calor. No podía negar que se sentía atraída por Carter, que disfrutaba descaradamente de su tacto. Y si las palabras de Carter podían considerarse ciertas, él sufría las mismas tentaciones en lo que a ella se refería.

Christine cerró los ojos. En dos meses podría ser libre de hacer con su vida lo que quisiera, libre de las exigencias de su tío, libre del control de cualquiera. Y quería cambiarlo todo por la fugaz esperanza del amor.

—Amor —susurró cáusticamente Christine, sacudiendo la cabeza—. Eres una tonta, por no saber que el amor no soporta ataduras.

—No hay miedo en el amor.

Sobresaltada por la voz desconocida e inesperada, Christine abrió los ojos al instante y se puso derecha. Una pequeña mujer africana estaba de pie en el paseo a sólo unos metros de distancia, un atisbo de pelo gris visible bajo el borde de su níveo gorro blanco. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Pero el amor perfecto echa fuera el temor —prosiguió la mujer—. La Primera Epístola de Juan. Capítulo cuatro, versículo dieciocho. —Una sonrisa tocó las comisuras de su boca y sus ojos oscuros brillaron—. Usted debe ser la señorita Christine.

—Lo soy —respondió Christine, levantándose y devolviendo la sonrisa de la mujer—. Y tú debes de ser Ruth.

La mujer mayor asintió y se detuvo un momento antes de decir:

—El señor Carter me dijo que a veces era un poco peculiar. No mencionó que llevaba calzones.

¿Peculiar? Se había sentido caritativo.

—Sólo en ocasiones. No te vas a desmayar como hizo la señora Tremayne, ¿verdad?

Ruth se rió entre dientes.

—Nunca me he desmayado en mi vida.

—Yo tampoco. —Christine sonrió, ya le caía bien la mujer—. ¿Vas a sermonearme sobre el decoro?

—¿Cómo Carrie? —Ella sacudió la cabeza—. Hay mucha gente en este mundo que piensa que ser correcta es suficiente para compensar sus pecados y sus fríos corazones. Prefiero a la gente buena y honesta.

—Intentaré no decepcionarte.

—Simplemente no decepcione al señor Carter y estaré contenta.

El asunto de las expectativas de Carter le resultaba sumamente incómodo. Christine cambió deliberadamente el curso de su conversación.

—Carter me dijo que querías hablar de los menús conmigo.

Durante un largo momento, Ruth estudió su rostro y no dijo nada.

—Creo —aventuró por fin lentamente—, que su mayor problema no es qué van a comer los hermanos Lee. Y me inclino a pensar que el señor Carter es la causa de las sombras que vi pasar por su mente cuando no sabía que yo estaba aquí.

No se podía negar. Ruth había visto lo que había visto.

—No es tanto Carter como... —Titubeó, sorprendida por su incapacidad para encontrar las palabras adecuadas.

—¿Cómo qué, niña?

Las palabras estaban ahí; también los sentimientos. Pero estaban todos revueltos y enredados, ninguno claramente distinguible de los otros. Era tan confuso, la tarea de ordenarlo todo tan desalentadora.

—Como no estar segura de mi camino, supongo —terminó con un suspiro.

—La vida le mostrará el camino correcto a seguir —le aseguró la otra mujer, acariciándole suavemente el brazo—. Siempre lo hace. Lo sabrá cuando lo vea.

Christine no estaba tan segura.

—Eso espero —ofreció no comprometida, esbozando una sonrisa—. Así que dime, Ruth... ¿Qué sugerirías como comida apropiada para los distinguidos invitados que están a punto de descender sobre nosotros?

La ceja arqueada de Ruth dijo que reconocía un esfuerzo de evasión cuando lo veía.

—Ha pasado bastante tiempo desde que los hermanos Lee estuvieron aquí —dijo, accediendo amablemente—. Pero creo recordar que al señor Michael le gustan los salsifíes fritos.

Christine no tenía ni la más remota idea de lo que era el salsifí, y mucho menos de los diversos modos de prepararlo. Pero Ruth estaba claro que sí y había un consuelo inconmensurable en poder confiar en la sabiduría y la experiencia de otra persona. Hacía mucho tiempo que no tenía un hombro en el que apoyarse.

Capítulo 14

Carter levantó la mirada de la columna que acababa de totalizar y suspiró.

—Bueno, supongo que hay algo que decir sobre el hecho de que los balances hayan sido peores.

Sin hacer una pausa en su anotación, Isaac murmuró a su libro mayor.

—Eso no es decir mucho, señor.

No, no lo era, pero por alguna razón la realidad de la pobreza, los impuestos impagados y la quiebra inminente no le deprimían esta mañana como solían hacerlo.

—Intento encontrar un resquicio de esperanza en la nube de desesperación, Isaac. Ya hemos pasado por esto mil veces. Yo digo que ha sido peor. Tú estás de acuerdo conmigo y luego me aseguras que Kingscote estará libre de deudas al final del verano.

—Sí, lo sé —admitió su hermanastro, dejando a un lado su pluma y levantando la vista para encontrarse con la mirada de Carter. Enarcando una ceja oscura, preguntó—: ¿Pero para qué verano? Desde luego no fue ninguno de los dos últimos. Y mirando las cifras, ambos podemos ver que no va a ser éste. Ni el próximo. —Tras una breve pausa, añadió perfunctoriamente—: Señor.

Carter sonrió.

—Estoy abierto a cualquier sugerencia que tenga sobre cómo ganar más dinero.

Fue el turno de Isaac de suspirar.

—No veo ninguna. Si todo lo demás falla, podría hacer lo que hizo Thompkins. Venderlo todo y hacer un gran espectáculo de regreso al seno civilizado de nuestra querida Madre Inglaterra. Si recuerda, su padre hablaba a menudo de dejar Virginia y volver a casa.

La sonrisa de Carter se desvaneció. Su padre. No nuestro. Nunca fue nuestro padre. Porque su padre se había adherido ciegamente a la cobarde tradición de Tidewater y se había negado a reconocer formalmente que Isaac era su hijo. Pero no se había salido con la suya para siempre. Carter había provocado un escándalo social cuando, a los doce años, había decidido que lo correcto era lo correcto y que lo único honorable era admitir públicamente lo que todo el mundo ya sabía: que Isaac era su hermano. Su madre no se había levantado de la cama desde hacía más de un mes. Su padre se había ido a Charleston durante ese mes y los dos siguientes. Y en ausencia de sus padres, se había enfrentado a su muy correcto tutor de inglés y había instalado firmemente a Isaac en el aula. Había sido lo más sabio que había hecho nunca.

—Nuestro padre era inglés —señaló Carter—. Yo no lo soy. Soy virginiano, americano. Inglaterra no es mi hogar. Kingscote lo es y no pienso venderlo a menos que me obliguen los acreedores de nuestro padre. Sólo podemos esperar buen tiempo, buenas cosechas y precios sobresalientes.

—Eso —estuvo de acuerdo Isaac—, y que los hermanos Lee no nos arruinen aún más mientras estén aquí y hagan que todo el esfuerzo sea irrelevante.

Sí, y eso también. Carter miró por la puerta del estudio y hacia el vestíbulo, sintiendo al instante de nuevo la sensación de asombro que le había envuelto aquella mañana cuando había bajado a desayunar. El olor de la comida había sido glorioso, hecho aún más poderoso por la frescura poco común de la propia casa. De hecho, sus pies habían dejado huellas en las alfombras, y la luz del sol que entraba por los cristales de las ventanas casi le había cegado. La plata brillaba, el cobre resplandecía y el latón realmente relucía. Los muebles se habían pulido

hasta que las superficies podían utilizarse como espejos, y todo se había movido y recolocado de forma que, de algún modo, las habitaciones parecían más grandes y acogedoras. Había una sensación de acierto, de plenitud en todo ello que nunca antes había sentido. Kingscote era una casa nueva, la casa que siempre debería haber sido.

Se giró en su silla para ver que Isaac había vuelto a introducir cuidadosamente los números en las diversas columnas del libro mayor de la finca.

—¿Cuándo —dijo Carter—, fue la última vez que esta casa lució tan bien como hoy?

Isaac abandonó de nuevo sus anotaciones y entrecerró los ojos en un evidente esfuerzo por ver el pasado. Tras un momento, sacudió la cabeza y volvió al trabajo, diciendo:

—Tendrá que preguntárselo a mi madre. Su memoria se remonta más atrás que la mía.

Al menos no era sólo él quien no recordaba que Kingscote hubiera sido atendida tan amorosamente como lo había sido durante los dos últimos días. Pensó en el pasado, recordando retazos de su infancia, tratando de encontrar un retazo de memoria en el que su madre hubiera comandado una brigada de bulliciosos esclavos y sirvientes. Todo lo que pudo encontrar, sin embargo, fueron retazos de su padre entrando triunfante por la puerta con carreteros a su paso, con las espaldas tensas bajo el peso del nuevo mobiliario. Lo viejo había sido subido al desván y suplantado por lo nuevo.

Nunca se había limpiado ni renovado nada, se dio cuenta. Siempre había sido sustituido al primer signo de desgaste o suciedad. Nada tenía valor sentimental; nada era lo bastante importante como para conservarlo o esforzarse en mantenerlo.

Pero Christine lo había enfocado de otra manera. Se había arremangado y había puesto todo su corazón en ello. Había hecho de Kingscote algo más que ladrillos y mortero, paredes de yeso, muebles y alfombras. Ella lo había hecho sentir como un hogar.

—Christine es increíble, ¿verdad? —reflexionó en voz alta.

—Sí, lo es —convino Isaac—. A pesar de sus calzones.

Sus calzones. Dios, hoy no había pensado en ellos. Ni ayer tampoco. En realidad se había acostumbrado a verla correr por las habitaciones y subir y bajar escaleras con sus calzones color leonado. Pero hoy iban a llegar los hermanos Lee, y no podía permitirse seguir tolerando la excentricidad de su esposa.

—¿La has visto esta mañana, Isaac? —preguntó, poniéndose en pie.

—La vislumbré cuando pasó corriendo a mi lado en el comedor esta mañana temprano. Supuse que había salido a la cocina para discutir algo de gran importancia con Madre. Creo que en ese momento se dirigía arriba para hablar con Mary.

—¿Llevaba calzones? —preguntó, esperando un indulto.

—Mary aprecia la libertad que le proporcionan —contestó Isaac distraídamente mientras consideraba un estado de cuentas—, pero dice que es demasiado tradicional para ser tan atrevida. Dice que permitirá que Lady Christine abra caminos para toda la humanidad femenina.

—Me refería a Christine —explicó Carter, frustrado e intuyendo que las Parcas no iban a ser benévolas con él—. ¿Todavía llevaba Christine sus calzones cuando la viste?

Isaac dejó el papel a un lado y se encontró con su mirada con una ceja ladeada y una media sonrisa.

—¿De verdad cree que va a ganar esa batalla?

Tenía sus dudas, pero no estaba dispuesto a admitirlas. Dirigiéndose hacia la puerta, murmuró:

—Será mejor que vaya a buscarla y me asegure de que lleva puesto un vestido antes de que lleguen los Lee.

—Buena suerte, señor.

Oyó la diversión reprimida en la voz de Isaac y se volvió en el umbral.

—Al menos podrías fingir que estás de mi parte.

El otro rió en voz baja y luego confesó:

—Es bastante agradable ver que alguien le desafía tan abiertamente.

—Todos en esta casa me desafían. ¿No te has dado cuenta?

—Sí. —Isaac sonrió—. Pero Lady Christine es la única que realmente puede erizarle con ello. Ha sido de lo más entretenido ver cómo despotricaba y chisporroteaba y luego se largaba prometiendo hacer algo la próxima vez que la viera.

—Llevará un vestido adecuado cuando lleguen los hermanos Lee —prometió Carter, agitándole un dedo—. Puedes anotar mis palabras, Isaac.

—Tomo nota, señor.

Debidamente anotado, se quejó Carter en silencio mientras caminaba por el pasillo y se dirigía a las escaleras. Sólo Dios sabía lo que iba a hacer si ella se negaba a cambiarse los calzones por un vestido. Sospechaba que iba a tener que elegir entre rogarle a gritos que se apiadara de su reputación social o forcejear con ella para tirarla al suelo de su habitación y arrancárselos del cuerpo por la fuerza. Si tenía que hacer esto último, ambos iban a lamentar su obstinación durante el resto de sus vidas y hasta bien entrada la eternidad. Por supuesto, tenía que encontrarla antes de poder decidir hasta qué punto quería imponer su voluntad y las convenciones sociales. Decidió que empezaría por su habitación por si acaso ella estaba haciendo lo correcto por su cuenta, recorrió el pasillo y se detuvo frente a su puerta cerrada.

Respirando hondo para sostenerse, golpeó con los nudillos el panel y llamó:

—¿Christine? ¿Estás ahí? —Se oyó un débil sonido desde el otro lado. Con el corazón acelerado, giró el pomo de la puerta y la empujó lentamente para abrirla, diciendo en voz baja mientras lo hacía—: ¿Christine?

El sonido llegó de nuevo y esta vez lo oyó claramente. Christine estaba de pie a los pies de su cama, vistiendo sólo una camisa interior transparente y un holgado juego de medias. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, abriendo la puerta de par en par y acercándose a ella—. ¿Estás herida?

—No puedo atarme los cordones —sollozó ella, tratando de alcanzar su espalda y agarrar las cintas—. Mary está ocupada. Lo he intentado e intentado y... —Se atragantó con otro sollozo y a él se le derritió el corazón.

—Date la vuelta —le ordenó, cogiéndola suavemente por los hombros y ayudándola a obedecer. Estaba demasiado agotada para resistirse, demasiado cansada para hacer algo más que estar de pie frente a él, llorar y dejar que le colocara los cordones.

—La casa está preciosa, Christine —le dijo suavemente, encantado de poder tutearla y de que ella estuviera tan cansada estos días que también lo hiciera—. Ni Isaac ni yo recordamos haberla visto nunca tan limpia, tan perfectamente arreglada. Has hecho un trabajo magnífico.

Ella se restregó las lágrimas con las palmas de las manos. Su control seguía siendo desigual cuando contestó:

—El agradecimiento es para Ruth, Isaac y Mary. Y también para ti. Os he hecho trabajar a todos hasta la muerte.

—No le has pedido nada a nadie que no hayas estado dispuesta a hacer tú misma —contraatacó él, atándole los cordones. Con suavidad, la giró para que le mirara. Observando los ojos enrojecidos por las lágrimas, luchó contra el impulso de estrecharla entre sus brazos—. ¿Por qué haces todo esto por mí, Christine?

Ella lloriqueó, pero su sonrisa era suave, amable y segura.

—Porque puedo.

Y porque nadie más en su mundo lo haría. Su corazón se hinchó.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —preguntó él, su voz un susurro.

—Anoche.

Si lo había hecho, había sido en algún rincón de la casa donde había estado trabajando.

—Quería decir en tu cama, Christine. ¿Cuándo fue la última vez que te tumbaste en tu cama y dormiste como es debido?

Ella respiró hondo, estremecida, y apartó la mirada.

—No me acuerdo.

—¿Por qué no te tumbas y te echas una siesta hasta que lleguen los Lee?

—Estoy demasiado cansada para dormir la siesta —admitió ella, dando un paso a su alrededor y recogiéndose el vestido—. Si cierro los ojos, estaré perdida para el mundo durante una semana.

Si no se tumbaba aunque sólo fuera un rato, se iba a quedar dormida de pie. Él alargó la mano y le cogió suavemente la muñeca. Ella se aquietó y miró su mano durante un largo momento antes de llevar su mirada lentamente al encuentro de la de él.

Cogiéndole el vestido, lo dejó caer de nuevo a los pies de la cama, diciendo:

—Te agradezco profundamente todo lo que has hecho para que Kingscote, y yo, luzcamos lo mejor posible. Gracias, Christine.

Ella parpadeó y se balanceó ligeramente sobre sus pies.

—De nada —susurró, apartando la mirada y volviendo a coger su vestido.

Él se acercó y, con un movimiento suave y sin esfuerzo, la alzó en la cuna de sus brazos. Ella era ligera y encajaba contra él como si hubiera sido moldeada para ese único propósito.

Sus propios brazos se deslizaron hacia arriba para rodear holgadamente su cuello mientras preguntaba débilmente:

—¿Qué estás haciendo, Carter?

—Te estoy acostando —declaró él, llevándola a un lado y depositándola con ternura sobre el edredón de plumón—. Cierra los ojos y descansa. No te dejaré dormir demasiado. Te lo prometo.

Ella ahogó un bostezo con el dorso de la mano.

—Hay trabajo...

—Siempre hay trabajo, cariño. Pero lo que queda por hacer puede esperar. —Tiró del otro lado de la funda y la metió con cuidado debajo de ella, aflojándole las sujeciones mientras lo hacía—. Cierra los ojos.

Sus párpados bajaron mientras murmuraba:

—Tengo que peinarme todavía.

—Tu pelo está perfecto tal y como está —le aseguró él, alisándole un rizo errante de la mejilla—. Me encantaría que lo dejaras caer libre.

—Es indecoroso.

—Tal vez. Pero me gusta. El mundo tendrá que adaptarse para nosotros.

Una pequeña sonrisa tocó las comisuras de su boca mientras se adentraba en el reino del sueño. Él se quedó allí, observándola, incapaz de hacer que sus pies le llevaran lejos. Era hermosa, a la vez inocencia y tentación encarnadas. No había hombre en la tierra que no se sintiera atraído por ella. Pero, ¿cuántos de ellos verían más allá de su piel clara y sus curvas exuberantes, más allá de los labios carnosos del color de cerezas oscuras y dulces? ¿Cuántos verían a la mujer que realmente era?

Se le hizo un nudo en la garganta cuando, en lo más profundo de su interior, el pozo de sus emociones se elevó, cuando una necesidad más profunda de lo que jamás había conocido tomó posesión tranquila y segura de su corazón y de su alma. Quería acostarse con ella, tomarla en sus brazos y abrazarla mientras dormía. Quería acunar su cabeza contra su hombro y hundir su mejilla en las sedosas hebras de su cabello dorado. Sí, abrazarla y verter su fuerza en ella y hacerla plena, hacerla feliz.

Y que Dios le ayudara, quería que ella se removiera en sus brazos, que le sonriera soñadoramente y le atrajera más cerca, que le invitara a amarla. No sólo su cuerpo, sino toda ella.

Carter cerró los ojos, balanceándose sobre sus pies, con la respiración agitada y el corazón acelerado por un miedo repentino e implacable. Estaba al borde de un abismo. Podía sentirlo, una oscuridad atrayente de la que sabía que nunca podría regresar. Si daba un paso hacia Christine, si la tomaba en sus brazos, el oleaje estrangulador de sus sentimientos le acompañaría para siempre. Sería prisionero de ellos, su mente y su razón siempre sujetas a las mareas de la emoción.

No, no podía hacerlo. Tenía que haber una forma de volver del precipicio, se dijo a sí mismo. Tenía que haber una forma de escapar, de hacer desaparecer la plenitud que amenazaba con ahogarle; una forma de hacerle olvidar que alguna vez le había amenazado.

Larissa. Volcaría su atención en Larissa. Sí, eso es lo que haría. Se había olvidado por completo de ella en los últimos días. Había tanto que hacer. Pero, sí, Larissa era su salvación. Aplastaría la debilidad que Christine despertaba en él. Entonces ella se marcharía y él no tendría que volver a estar al límite. Estaría a salvo y entero. Y los únicos miedos a los que tendría que enfrentarse serían los de la pobreza y la ruina social. Siempre habían estado con él; los conocía como a viejos amigos.

Carter se dio la vuelta y se alejó. Sí, Larissa. Se dejaría llevar por ella hasta olvidar que alguna vez había conocido a una mujer llamada Christine Pearson.



Mary se deslizó quietamente por la puerta, dejando a Christine sola ante el espejo cheval, estudiando su reflejo y frunciendo el ceño. Dejando a un lado las seguridades de Mary, el corpiño del vestido de damasco bígaro oscuro era tan peligrosamente escaso y ceñido que las exigencias del pudor impedían agacharse, levantar la mano o respirar hondo. Y sus caderas... Christine cerró los ojos unos segundos y volvió a abrirlos, esperando ver un cambio milagroso. No lo vio; los aros drásticamente modificados que le rodeaban la cintura seguían siendo demasiado voluminosos para ser estilosos, y el hecho de que las telas de la falda se hubieran recogido en los laterales y fijado con lazos se vería como lo que era un intento evidente de acortar rápidamente la longitud.

Sabía que podía esperar razonablemente que los hermanos Lee fingieran no haberse dado cuenta de su aspecto decididamente pasado de moda. Pero lo notarían; tendrían que estar ciegos para no hacerlo. Millicent y Carrie también se darían cuenta. Sin embargo, no se podía contar con su amable falta de comentarios con tanta seguridad como la de los Lee. Era probable que Millicent cometiera inocentemente un comentario embarazoso. Carrie, en cambio, probablemente ofrecería una observación por pura malicia. Lo que haría que Carter entrara de lleno en la refriega.

Si al menos hubiera alguna forma de evitar bajar las escaleras. Pero no la había y ella lo sabía. Lauren y los Lee llegarían en cualquier momento, y que la esposa del amo se negara a recibir a los invitados sería un pecado social mucho más grave que el de llevar un vestido peculiar. Christine suspiró y, decidida a soportar la prueba con toda la dignidad de que era capaz, se dio la vuelta y abandonó el refugio seguro de su habitación.

Apenas había empezado a bajar las escaleras principales cuando la señora Tremayne —

vestida para un baile en el palacio de Buckingham— entró en el vestíbulo exclamando:

—¡Están aquí! ¡Ya están aquí! —Carrie se escabulló a su paso, con una mano sujetando sus voluminosas faldas por encima de los tobillos y la otra manteniendo en su sitio su imponente peluca.

Christine continuó bajando lentamente, con el estómago pesado y tenso. Llegó al vestíbulo justo en el momento en que las otras dos mujeres se detenían en la puerta de entrada con sus faldas alborotadas y se deslizaban deliberadamente en una máscara de calma imperturbable y gentil. Luego se quedaron allí, quietas como estatuas, mientras Isaac llegaba suave y sedosamente desde la dirección del estudio, tirándose de los puños y cepillándose las mangas del abrigo con las manos enguantadas de blanco. Carter le seguía a su estela, con aspecto gallardo y como si le condujeran a su propia ejecución.

Con una respiración tan profunda como se lo permitieron sus estancias y su corpiño, Christine avanzó para unirse a la procesión que se dirigía a la puerta. La atención de Carter se fijó instantáneamente en ella y su paso vaciló. Ella se detuvo, viendo cómo su lúgubre conducta se desvanecía mientras su mirada se deslizaba arriba y abajo a lo largo de ella, acariciaba la turgencia de sus pechos y luego se alzaba lentamente para encontrarse con la suya. Una sonrisa levantó las comisuras de sus labios mientras cruzaba el vestíbulo hacia ella.

—Estás preciosa, Christine —le dijo en voz baja mientras le ofrecía el brazo—. No hay flor más bella en toda Virginia.

Un rubor se extendió por sus mejillas, ella miró al suelo y buscó a tientas las palabras.

—¡Lauren! ¿Qué te ha pasado?

La preocupación de Millicent llamó al instante la atención de Christine hacia la puerta. Isaac estaba de pie a un lado, con el picaporte de latón brillante en la mano, la mirada fija sin ver en la pared opuesta. Lauren estaba de pie en el umbral de la puerta, con el brazo izquierdo en un enorme cabestrillo y su peso soportado en gran parte por un bastón que sostenía con la mano

derecha. Su rostro, hinchado y deforme, era un alarmante remolino de rojo violáceo y amarillo verdoso.

—Le han molido a palos, señora —dijo un hombre alto y sobrio que salió de detrás de Lauren para ponerle una mano en el hombro.

Otro hombre, ligeramente más alto que el otro y con más carne en los huesos, se puso al otro lado de Lauren para añadir:

—Lo encontramos tirado en una calle de James City y nos sentimos obligados a curar al pobre canalla lo mejor que pudimos. Tuvo la amabilidad de invitarnos a visitarle en recompensa por haber sido tan buenos y nobles samaritanos.

Lauren intentó sonreír, pero el esfuerzo pareció alterar su precario equilibrio y empezó a tambalearse sobre sus pies.

—Pobrecito —canturreó Millicent, adelantándose rápidamente para rodear con el brazo la cintura de su hijo menor. Atrayéndole cautelosamente a través del umbral, añadió—: Debes retirarte a tu habitación y no hacer nada más que permitirte sanar. Haré que Mary te traiga algo de comer y beber. Debes recuperar tus fuerzas.

Christine, recordando que la última vez que había visto a Lauren había sido la noche en que Carter lo había expulsado por la fuerza de la cocina, miró al hombre que estaba a su lado.

—Le golpeé dos veces, eso fue todo —aseguró Carter en voz baja, pareciendo leer su mente sin siquiera mirarla—. No tenía ese aspecto cuando salió de aquí. Puedes dejar de mirarme como si fuera un criminal sin corazón. Alguien más que yo perdió la paciencia con él esta vez.

—Si me disculpan, caballeros —ofreció Millicent, mirando por encima del hombro a los dos hombres que quedaban de pie al otro lado del umbral—. Necesito cuidar de mi hijo. Estaré siempre en deuda con ustedes por haberle devuelto al seno de su familia para que le cuiden.

Ambos hombres se inclinaron y Millicent condujo a Lauren por el vestíbulo hacia las

escaleras, diciendo:

—Carrie, por favor, acompáñame y ayúdame.

Estaba claro que Carrie no quería abandonar la compañía de los invitados recién llegados, pero consiguió hacer una reverencia y darles la espalda antes de que su sonrisa se convirtiera en un mohín de enfado. Levantándose las faldas, marchó hacia el lado izquierdo de Lauren. Él hizo una mueca de dolor y jadeó cuando ella le cogió bruscamente el brazo herido con la mano. Christine se encogió de empatía y luego miró a Carter, pensando en sugerirle que se ofreciera a llevar a su hermano escaleras arriba y evitarle al pobre herido el dolor del resentimiento de Carrie y la amabilidad de su madre.

—Se las arreglará —dijo en voz baja, atrayéndola hacia delante—. No es la primera vez que vuelve a casa maltrecho y magullado.

Y luego levantó un poco la barbilla y elevó la voz a un volumen público para decir:

—Michael, han pasado años. Bienvenido a Kingscote. —Se detuvo, estrechó la mano del primero y se volvió hacia el otro mientras añadía—: Nathaniel, también me alegro de verle. Bienvenido y gracias por escoltar al hijo pródigo.

Dio un paso atrás, se giró ligeramente y tendió la mano a Christine, diciendo:

—Caballeros, les presento a mi esposa, Lady Christine Pearson Tremayne. —Mientras señalaba gentilmente al más bajo y delgado de los dos hombres, dijo—: Christine, el señor Michael Lee.

Ella le tendió la mano de forma femenina y él la cogió, haciendo una crujiente reverencia y diciendo:

—Estoy encantado, señora.

—Yo también, señor Lee.

Ella asintió y Carter la atrajo ligeramente hacia su izquierda, posicionándola para una presentación al otro hombre

—Y a su hermano, el señor Nathaniel Lee.

Inclinándose sobre su mano extendida. Se enderezó, pero mantuvo su cortés apretón mientras sonreía y añadía:

—Estoy encantado de conocer a una criatura tan hermosa. Siempre consideraré mi mayor desgracia que Carter le conociera antes que yo.

Ella rió suavemente.

—Es usted un adulador desvergonzado, señor.

Él sonrió, guiñó un ojo, le soltó la mano y le hizo una reverencia abreviada.

—Así me lo dice con frecuencia mi esposa, señora.

Ella soltó una carcajada y el pavor que sentía se disipó.

—Por favor, pasen y tomen asiento, caballeros —ofreció, zafándose del agarre de Carter para ponerse de pie por sí misma—. Hay refrescos preparados en la biblioteca. Dejaré que Carter les entretenga, si no les importa. Necesito hablar con Mary para atender las necesidades inmediatas de Lauren.

—Por supuesto, Lady Christine —respondió Nathaniel, poniendo deliberadamente una expresión lúgubre en su rostro—. Pero, por favor, no nos prive de su encantadora compañía durante demasiado tiempo. Lamentaremos cada segundo que esté ausente. Nuestros corazones estarán vacíos y…

—Es su cerebro el que está vacío —interpuso su hermano, poniendo los ojos en blanco.

Carter se rió.

—¿Lo llenamos de brandy y esperamos una mejoría?

—¡Una idea genial! —declaró Nathaniel, animándose al instante—. Estoy completamente reseco.

—Les deseo buenas tardes, caballeros —dijo Christine con una cortés reverencia—. Si necesitan algo antes de la cena, por favor, que Isaac transmita su petición. —Los tres hombres se inclinaron como exigía la convención, y ella se dio la vuelta, avanzando por el vestíbulo hacia la parte trasera de la casa y sintiendo que sus ojos seguían cada uno de sus pasos.

—Me dijeron que era guapa, Carter —oyó decir en voz baja a Michael—. Está claro que han cometido una injusticia con ella. Es tan bella y elegante como tú afortunado y sabio por haberla hecho tu esposa.

Se detuvo justo dentro del comedor, fuera de la vista y esforzándose descaradamente por oír la respuesta de Carter. Llegó como un rumor bajo, las palabras indistinguibles entre el estruendo de los latidos de su corazón. Christine se hundió, luchando contra una oleada de decepción sorprendentemente profunda.

Era agotamiento, se aseguró a sí misma mientras reanudaba distraídamente su curso. Simplemente había llevado su cerebro a tal estado de entumecimiento que no podía controlar eficazmente sus emociones extrañamente desbocadas. No importaba lo que Carter dijera a los extraños sobre ella, sobre su relación. Lo que dijera a los demás sería algo cortés y bien dentro de los límites de las expectativas sociales. Era absolutamente insensato pensar que podría confesar cómo la combinación de atracción física y un hogar que funcionaba bien le estaba haciendo cambiar de opinión sobre su esposa, que estaba considerando los méritos de hacer de su matrimonio algo muy real y permanente.

Era aún más insensato esperar que lo hiciera, se advirtió a sí misma mientras se escabullía por la puerta trasera.

Capítulo 15

Él estaba teniendo el más maldito de los problemas para mantener su conciencia concentrada en la conversación. Las imágenes de profundos ojos violetas, sonrisas de ensueño y sedosos oleajes seguían arrastrando su mente por caminos distintos al de ser un anfitrión atento. Carter parpadeó y obligó a su mente a volver a sus invitados. Nathaniel, con una copa de brandy vacía en la mano, estaba sentado en la silla junto a la ventana que daba al paseo. Él observaba a su hermano mayor, con las manos entrelazadas firmemente a la espalda, caminar de un lado a otro a lo ancho de la habitación.

—...establecer comités de correspondencia para compartir información y coordinar la resistencia colonial a las políticas de la Corona.

Ah, sí, pensó Carter, dando un sorbo a su propia copa de brandy casi llena. Michael nunca se alejaba mucho de su apasionado interés por la preservación de los derechos coloniales. Había sido el principal tema de conversación de Michael desde que las noticias del Motín del Té de Boston habían llegado a Virginia.

—Corre el rumor de que el Parlamento está debatiendo un proyecto de ley que castigaría severamente a Boston, de hecho a todo Massachusetts, por no haber pagado el té destruido el pasado diciembre.

Carter clavó los ojos en su vaso, tratando de parecer sorprendido y angustiado por la difícil situación de Boston. La verdad era, sin embargo, que no lo estaba. Y no iba a quedarse más

atónito cuando capitularan a la primera amenaza de fuerza. Había dejado de dejar que le molestara. Era una preocupación inútil.

—Si me permiten entrometerme en su conversación, caballeros...

Levantó la vista y encontró a Christine enmarcada en el umbral de la puerta. Sonriéndole suavemente, añadió:

—Con mis más sinceras disculpas por mi inadvertida intromisión.
—Se volvió hacia Michael—. El proyecto de ley del que habla sin duda ya ha pasado por el Parlamento.

El hombre se congeló en seco.

—¿Está usted seguro? ¿Cómo lo sabe?

—Mi tío es miembro de la Cámara de los Comunes —explicó Christine mientras entraba en la habitación—. Sus colegas diputados acuden con frecuencia a su casa para discutir la legislación pendiente y sus estrategias. Salí de Inglaterra a principios de marzo. La noche anterior al día en que zarpé, mi tío y sus amigos celebraron una cena en la que brindaron por la sabiduría y la firmeza de lord North y alabaron lo que esperaban que fuera una rápida aprobación del proyecto de ley sobre el puerto de Boston.

Como ni Michael ni Nathaniel parecían capaces de hacer algo más que mirarla mudamente, Carter preguntó:

—¿Sabe algo de las disposiciones específicas de esa ley?

Con un movimiento de cabeza, ella explicó:

—El puerto de Boston se cerrará a todo comercio hasta que los ciudadanos paguen por el té que destruyeron. Para ello, la Marina Real establecerá un bloqueo y el general Gage será trasladado desde Filadelfia para ocupar la ciudad.

—Otra vez soldados armados en las calles —murmuró Nathaniel—. Boston tiene feos recuerdos de la última vez que la Corona impuso la ocupación. El regreso del general Gage no saldrá bien.

Christine miró a los otros dos hombres, pero dirigió su respuesta a él.

—La sensación es que si los bolsillos de los mercaderes se resienten, retirarán rápidamente su apoyo a los elementos radicales y se pasarán al bando del Rey.

—En la mayoría de las circunstancias —añadió Michael—, y en la mayoría de los lugares, ésa sería una suposición lógica. Pero Boston es un mundo aparte de otros lugares, y sus circunstancias son únicas. No se doblegará.

Christine miró a Michael y luego de nuevo a Nathaniel. Carter vio no sólo vacilación en sus ojos, sino la chispa de un espíritu intelectual. Con el corazón extrañamente ligero, levantó su copa hacia ella en señal de saludo, diciendo:

—Por favor, habla libremente, Christine. Dinos lo que piensas.

Ella le dedicó una sonrisa de agradecimiento y luego se volvió para mirar a Michael Lee.

—Hay otros proyectos de ley pendientes en el Parlamento y, dadas las conversaciones que he oído sobre ellos, creo que es probable que se aprueben en las próximas semanas y meses. Todas ellas están diseñadas para quebrantar no sólo el espíritu de Boston, sino el de la agitación colonial en su conjunto. Massachusetts será el ejemplo del que se espera que todos ustedes aprendan una importante lección.

Michael la evaluó en silencio. Nathaniel no fue tan previsor.

—Continúe, Lady Christine. Tiene toda nuestra atención.

Desde luego que la tenía, reflexionó Carter en silencio, preguntándose por qué de repente la conversación le parecía más interesante.

—Hay un proyecto de ley —prosiguió ella, dirigiéndose aún al silencioso Michael—, que yo sepa aún sin título, relativo a la administración de la justicia colonial. Según el mismo, los altos cargos reales acusados de delitos capitales serían juzgados en Inglaterra, no en las colonias, como se permite actualmente.

—En Inglaterra —observó Carter—, es mucho más probable que sean absueltos de lo que lo serían si fueran juzgados entre aquellos de quienes han abusado.

—Precisamente esa es la intención —respondió ella, dedicándole otra sonrisa—. Hay otro proyecto de ley pendiente que permitiría al gobernador nombrar a los funcionarios coloniales que actualmente son elegidos por el propio pueblo. También otorgaría al gobernador la autoridad para limitar las reuniones de la legislatura colonial a una vez al año y le daría el poder exclusivo de fijar el orden del día de ese órgano.

Nathaniel dijo en voz baja:

—Eso derogaría la carta original sobre la que se estableció la colonia.

Michael se unió finalmente a la conversación golpeando con el puño la palma de su mano y bramando:

—¡Sería el fin del autogobierno colonial!

Christine hizo una mueca de dolor y con evidente pesar añadió:

—También...

—Dios mío —gimió Carter—. ¿Hay más?

—Sí —admitió ella—. Se ha propuesto una enmienda para la actual Ley de Acuartelamiento. Según las nuevas disposiciones, los ciudadanos de una colonia estarían obligados a alojar a los ejércitos de Su Majestad en edificios de propiedad privada y ocupados.

—En otras palabras, nuestras casas —murmuró Nathaniel—. Nuestros negocios.

—¡La ley nos obligaría a alojar a los espías entre nosotros! —rugió indignado el otro Lee —. ¡A alimentarlos en nuestras propias mesas y a nuestros propios gastos!

Carter suspiró y con un gesto de la mano llamó la atención de su esposa sobre el iracundo hombre que volvía a pasearse a lo ancho de la sala.

—¿Está segura de que estas medidas se están considerando seriamente en el Parlamento? —preguntó Michael, con la mirada clavada en la alfombra que pasaba bajo sus pies—. ¿Sabe que tienen una posibilidad razonable de ser aprobadas?

Una vez más vaciló, su mirada escudriñando la de Carter en busca de alguna señal de hasta dónde le permitían llegar las convenciones sociales de su mundo. Volvió a levantar su copa de brandy en señal de silenciosa seguridad. Su sonrisa era suave; la luz de la gratitud en sus ojos, cegadora.

—Antes de venir a las colonias —le dijo a Michael—, me ocupaba con frecuencia de la dirección de los asuntos comerciales de mi tío. Dada la naturaleza de los transportes y las comunicaciones, a menudo me encontraba con que las circunstancias habían cambiado entre mi partida de Inglaterra y mi llegada al lugar en que debía tramitar sus asuntos. Con el fin de hacer ajustes para esos cambios en beneficio de mi tío, era necesario que yo estuviera al tanto de la dirección general tanto de la política imperial como de sus repercusiones económicas. Con ese fin, siempre me instalaba en un rincón oscuro de su estudio para escuchar y aprender de su discurso con sus colegas parlamentarios.

Carter resopló y murmuró:

—Me imagino que nunca pudiste participar en dichas reuniones.

Ella asintió.

—En la casa Everleigh, a las mujeres rara vez se las ve y nunca se las oye.

A Carter se le ocurrió que su tío era extremadamente miope. Everleigh había tenido una

mente excelente a su disposición y o bien no reconocía el hecho o se negaba a utilizarla porque estaba dentro de una cabeza femenina.

—Sí, Michael, estoy segura de las disposiciones de la legislación pendiente, de los sentimientos que subyacen a su propuesta y consideración, y de la probabilidad de su eventual aprobación. Se hará sufrir a Boston por su insolencia. Y la intención es que todas las colonias se sometan a las mismas limitaciones y control que se están imponiendo en Massachusetts.

—No toleraremos que nos despojen de nuestras libertades, de los derechos de los ingleses —dijo Nathaniel enérgicamente—. No podemos.

—Si Inglaterra no corrige su rumbo —reflexionó el mayor de los Lee mientras paseaba—, no tendremos más remedio que tomar las armas en defensa de nuestras libertades.

—¿Comprenden los británicos que no tenemos ningún deseo real de ser totalmente independientes del dominio del Rey? —preguntó, sabiendo que sólo Christine podría darle una respuesta precisa—. ¿Saben que todo lo que queremos es la preservación de las libertades de las que hemos disfrutado desde que el primer inglés pisó esta orilla?

—Sinceramente, Carter —respondió ella con suavidad—, consideran que los colonos carecen del valor suficiente para romper de verdad los lazos que les atan a la madre patria. Creen que cuando os empujen al borde del precipicio, elegiréis someteros en lugar de saltar a vuestras muertes seguras.

—Ojalá pudiera decir que sé que están equivocados. Pero por cada corazón robusto, hay diez débiles.

Nathaniel carraspeó suavemente.

—¿Cuál es su postura sobre la cuestión de la resistencia colonial, Lady Christine?

—La libertad es algo muy preciado. En mi opinión, es más valiosa que el oro, las joyas y todo el dinero del mundo. Pero, ¿es más valiosa que la vida misma? Esa es una elección difícil.

—No has respondido a la pregunta, Christine —insistió Carter, por alguna inexplicable razón deseando desesperadamente oírla decir que se pondría los calzones y cogería las armas por la causa de la libertad—. ¿Cuál es tu postura?

—Aún no lo he decidido.

La admisión le dolió de un modo que no podía comprender. Su ánimo se hundió, envuelto en una abrumadora sensación de estar a la deriva y completamente solo.

Michael dejó de pasearse frenéticamente y desde el otro lado de la habitación le preguntó:

—¿Qué preocupaciones sigue meditando, Lady Christine?

Su barbilla subió un punto y ella tomó aire y se humedeció los labios antes de responder:

—Tengo muchas, señor. Por un lado, estoy de acuerdo en que a los colonos se les están negando los derechos básicos de los ingleses y tienen motivos para protestar en todos los frentes: económico, político y filosófico. Sus repetidas protestas y sus razonadas y sinceras súplicas de igualdad y justicia han caído en saco roto. Comprendo que se haya frustrado y desesperado lo suficiente como para recurrir a actos de protesta más violentos.

—Comprender no significa necesariamente que lo apruebe.

—Causa y consecuencia van de la mano, señor. A medida que aumenta su resistencia al gobierno de la Corona, ésta se muestra más decidida a doblegarle. La difícil situación de Boston es un buen ejemplo de ello. Si Boston no capitula…

—Y no lo hará —le aseguró Michael.

Christine se encogió ligeramente de hombros.

— Si Boston no capitula, la Corona tampoco lo hará y no habrá posibilidad de evitar el derramamiento de sangre. Morirán hombres. Padres, maridos, hijos, hermanos. Y las mujeres llorarán por ellos. Toda una generación llevará siempre las cicatrices de la pérdida en sus

corazones. ¿Y para qué?

—Libertad —respondió Michael, con sus ojos oscuros encendidos.

—El derecho de los hombres libres a gobernarse a sí mismos —ofreció Nathaniel con calma.

Carter resopló.

—Orgullo.

—Sí, Carter —contraatacó, encontrándose con su mirada sombría—. A fin de cuentas, es orgullo. Y tengo que preguntarme por qué se espera que las mujeres y los esclavos y los sirvientes contratados renuncien dócilmente a su orgullo y acepten un estatus que los hombres blancos libres y ricos consideran tan intolerable que vale la pena resistir hasta el coste de sus propias vidas. Esa, Michael —añadió volviéndose hacia él—, es la cuestión central que me impide declarar mi apoyo a su causa. Usted profesa una apasionada devoción por la libertad, pero pretende que esa libertad sólo la disfruten hombres como usted: ricos y blancos.

Carter contuvo la respiración, viendo cómo Michael vibraba de ira. Dios mío, ¿en qué había estado pensando al animar a Christine a decir libremente lo que pensaba? ¿Cómo había podido olvidar sus opiniones poco convencionales sobre la doctrina de los derechos naturales? Michael tenía fama de ser un polemista apasionado, capaz y sin pelos en la lengua. Christine había agitado un avispero.

—Le recordaré, Lady Christine —dijo con frialdad Michael—, que no podemos dar a los demás lo que no poseemos.

—Con el debido respeto, señor —replicó ella, con un tono frío que disimulaba la chispa de ira de sus ojos—, la libertad no es suya para concederla. Es el derecho de nacimiento de todo hombre y toda mujer. Al colocarse en la posición de permitir o negar la libertad a cualquier ser humano, está reclamando para sí el mismo derecho que se niega a que el Rey tenga sobre usted.

¿Cómo puedo, como mujer, apoyar su resistencia al despotismo? Al final, ¿no estaría simplemente cambiando un déspota por otro?

—Le recordaré —replicó Michael, cuadrando los hombros y endureciendo la espalda—, que no todos los hombres son tiranos, Lady Christine.

—Por la misma razón —observó Carter en voz baja—, no todos los hombres son benévolos. Puedo ver la solidez de tu lógica, Christine. Me duele, pero puedo verlo.

—Gracias —respondió ella, con una sonrisa pequeña pero que transmitía su agradecimiento por su alianza—. Seguiré examinando la causa colonial con una mente abierta y cierta simpatía. Pero debo ser sincera y decirle que es poco probable que me una a usted a menos que tenga buenas razones para creer que la libertad por la que todos lucharíamos es la libertad que todos disfrutaremos.

Antes de que Carter o los demás pudieran reunir una respuesta de algún tipo, ella los barrió amablemente a los tres con la mirada, sonrió con amabilidad e hizo una reverencia mientras decía:

—Y ahora les dejo, caballeros, con su brandy y su conversación. La cena estará servida en unos minutos, señores.

Carter la observó marcharse, una sonrisa dibujándose lentamente en su rostro. Maldita sea si no se había enfrentado a Michael Lee y se había mantenido firme. No había necesitado que él se metiera en la refriega para apoyar sus creencias e ideas. Pero ella le había apreciado por hacerlo, lo que resultaba cálido de la forma más extraña y embriagadora. O, se recordó a sí mismo, bajando la mirada, podría no ser más que un efecto del brandy.

—Tremayne —dijo Nathaniel—, es una mujer de lo más inusual.

—Sí que sabe lo que piensa.

—Y obviamente no tiene reparos en expresarlo —observó Nathaniel, riendo suavemente

—. Suena muy parecida a Tom Jefferson. Aunque su voz es mejor para hablar en público de lo que nunca será la de él. Tiene mucho espíritu, ¿verdad?

La sonrisa de Carter se ensanchó.

—Admito que la vida ha sido considerablemente más interesante desde que ella llegó a Kingscote.

—Tiene razón, ¿sabe? —declaró Michael, acercándose al escritorio para recuperar su copa de brandy—. Habrá guerra. No llegará mañana. Quizá ni siquiera este año o el siguiente. Pero llegará un día en que la Corona nos exigirá que elijamos entre nuestros principios y la paz. Ambos conocéis los corazones de nuestros compatriotas tan bien como yo. Sabéis que elegiremos coger nuestras armas y luchar por los principios.

—No, no lo sé, Michael —admitió Carter, evaporándose su buen humor—. Durante los últimos veinte años hemos soportado políticas y leyes que han sido directamente contrarias a nuestros mejores intereses en todos los aspecto. ¿Y qué hemos hecho al respecto? Dime por qué de repente nos levantaríamos.

—Hemos llegado al punto de no tener nada más que dar, el punto de no tener nada que perder y todo que ganar. La guerra llegará, Carter —le aseguró Michael.

Desde su lado, Nathaniel le preguntó:

—¿Qué harás, Carter, si tu esposa no se atreve a estar a tu lado cuando llegue la guerra?

—No lo sé —respondió, su mente luchando con la decisión de cuánto contar a los Lee sobre su relación con Christine. Una parte de él sabía que el testimonio de cualquier Lee en un proceso de anulación inclinaría la balanza a su favor. Y sin embargo, no quería hacerlo. Cada fibra de su ser le decía que el asunto era privado.

—¿Cree que ella regresaría a Inglaterra y pediría el divorcio a la Corona? —oyó vagamente preguntar a Nathaniel.

—Que probablemente obtendría —pronunció Michael—. Ser la esposa de un rebelde declarado le granjearía una gran simpatía desde el banquillo. Sin embargo, imagino que sería difícil verla marchar. Es una dama muy hermosa e inteligente.

—Lo es. Y lo sería —admitió Carter distraídamente, su mente tambaleándose a través de una miríada de asombrosas posibilidades que ni siquiera había imaginado antes de ese momento.



Nunca hizo de anfitriona en una cena, pero Christine pensó que estaba yendo bastante bien. Si los hermanos Lee se habían dado cuenta de que el mayordomo y el portero eran la misma persona, fueron lo bastante educados como para abstenerse de mencionarlo. Fueron igualmente decorosos, o ciegos, con la criada del piso de arriba que les estaba sirviendo la cena. Mary estaba haciendo un magnífico trabajo, y cada plato de la comida de Ruth había sido exclamado por sus invitados.

Carter se sentó en el extremo opuesto de la mesa, su madre a su derecha y Carrie a su izquierda. Los hermanos Lee se habían sentado en el extremo de Christine, con Nathaniel sentado frente a Carrie y Michael frente a la señora Tremayne. En conjunto, los asientos parecían permitir una conversación fácil. O lo habría hecho si alguien, salvo Carrie, hubiera podido articular palabra.

—Todos estaban allí, por supuesto —decía Carrie—. El señor Curtis, que en paz descanse, era un bailarín maravilloso. Hicimos una pareja maravillosa en la cuadrilla. A pesar de lo que diga todo el mundo, creo que era igual que el Señor Washington en cualquier salón de baile de Virginia. Lo que, por supuesto, explica por qué la señora Curtis, tras la muerte de su querido, querido marido, se sintió tan rápidamente atraída por el señor Washington. Un hombre que a la vez disfruta y destaca bailando es una criatura tan rara, ¿no le parece, señor Lee?

Nathaniel Lee, todo un caballero de Tidewater, sonrió, asintió y murmuró algo indistinguible pero indudablemente cortés.

Carrie sonrió y agitó las pestañas, y en la preciosa pausa del silencio, Michael Lee se volvió hacia Carter y cambió bruscamente el curso de la conversación de la cena.

—Tengo entendido que este año no vas a plantar tabaco, Carter. Que en su lugar estás experimentando con la agricultura.

—Estoy plantando una variedad de cultivos —respondió—, tratando de ver cuál podría ser el más adecuado para nuestro clima y nuestras oportunidades de mercado.

—¿Carter? —Carrie jadeó, con la mano apretada en la base de la garganta—. ¿Vas a convertirnos en agricultores?

—No hay de qué avergonzarse en la agricultura, señora Schroedon —le aseguró rápidamente Nathaniel—. La última vez que estuve en Mount Vernon, el coronel Washington y yo pasamos mucho tiempo discutiendo la próxima necesidad de diversificar los cultivos. Carter está simplemente por delante del resto de nosotros en aventurarse por el nuevo camino.

—Y yo, por mi parte —añadió Michael—, estoy ansioso por conocer los resultados de sus experimentos. Como estoy seguro que lo están los demás. Será mejor que esté preparado para dar cuenta de todo cuando la Cámara entre en sesión la próxima vez. Todos lo esperarán.

Carter se encogió de hombros y cogió su copa de vino.

—Dudo que tenga mucho que decir. Todavía estoy sembrando los campos. Hasta finales de otoño no sabré el verdadero valor del esfuerzo. Sin embargo, Christine cree que será bastante rentable. —Levantó su copa hacia ella y añadió—: Espero no decepcionarla.

Ella oyó sinceridad en su voz, vio la suave luz de la admiración y el respeto brillar en sus ojos. Saber que la opinión de ella le importaba a él la tranquilizaba de algún modo.

—Tengo plena fe en ti, Carter. Decepcionarme no es posible.

En el borde de su visión vio a Carrie fruncir el ceño.

—Creía que Lady Christine planeaba regresar a Inglaterra en agosto.

—Se ha hablado de esa posibilidad —admitió Carter con una sonrisa tranquilizadora hacia los sorprendidos hermanos Lee—. Pero las circunstancias requieren con frecuencia adaptaciones. ¿No es así, Christine?

—Sí, lo hacen —respondió ella, preguntándose qué había provocado el drástico cambio en su forma de ser. Si no lo hubiera sabido, habría pensado que estaba intentando cortejar su afecto de verdad—. El reto es ver las ventajas en la nueva situación y aceptar el cambio con gracia y dignidad.

—Me imagino —ofreció Carrie cáusticamente—, que eso le suele resultar excesivamente difícil, si no imposible, de hacer.

Nathaniel y Michael se retorcieron visiblemente, y luego trataron rápidamente de disimular su reacción centrando la atención en sus platos. Carter, con sus ojos oscuros centelleantes, bajó de golpe su copa de vino. Mientras lo hacía, su madre miró a Christine y le rogó en silencio que hiciera algo para evitar la inminente escena.

Sin tiempo para pensar, Christine se apresuró a bromear:

—No todo el mundo está dotado de imaginación, Carrie. —Ofreció lo que esperaba que pasara por una sonrisa comprensiva—. Por favor, no deje que su carencia le moleste. No es nada de lo que avergonzarse.

Carrie se irguió regiamente y la fulminó con la mirada, su rostro moteado de ira reprimida.

Carter sonrió y levantó de nuevo su copa de vino, diciendo:

—Un brindis, caballeros. —Esperó a que los Lees hubieran levantado sus copas antes de continuar—: Por Christine y la belleza y el espíritu que ha aportado a nuestra vida aquí en Kingscote.

—Por Lady Christine —dijeron a coro mientras levantaban sus copas en su dirección. La sonrisa de Nathaniel era amplia y pícara. Michael ladeó una ceja y guiñó un ojo en señal de felicitación sin palabras.

—Gracias a todos y cada uno —ofreció ella, con el calor inundando sus mejillas—. Pero no he hecho nada más allá de lo que haría cualquier esposa.

—Cualquier buena esposa, Lady Christine —corrigió Nathaniel—. Las buenas esposas son escasas. Carter es muy afortunado de haberla encontrado. Espero que esté planeando acompañarle a Jamestown cuando la Cámara entre en sesión. Es toda una ocasión social y me encantaría tener la oportunidad de presentarle a mi encantadora esposa.

—Y yo, a la mía —añadió su hermano.

No tenía el vestuario necesario para socializar con las mujeres más ricas de las colonias americanas.

—Estoy deseando conocerlas —ofreció diplomáticamente—. Espero que nuestros respectivos deberes permitan nuestro encuentro.

—Oh cielos —exclamó la señora Tremayne—. Tres semanas. Eso no nos deja mucho tiempo para adquirir un vestuario adecuado para ti, querida. Supongo que lo único que podemos hacer es viajar a Jamestown y lanzarnos a merced de una amable modista.

Sería cruel dejar que la mujer planeara y esperara algo que no sucedería, que no podría suceder.

—Hay demasiadas tareas que requieren mi atención en Kingscote como para que me vaya a Jamestown a por vestidos nuevos, señora Tremayne. Lo que ya tengo bastará.

Millicent parpadeó y frunció las cejas.

—Pero...

—Lady Christine, es usted una joya rara. —Declaró riendo Nathaniel, extendiendo la mano para tomar la de ella con las dos suyas—. Le ruego que imparta su filosofía a mi esposa cuando la conozca. Te estaría eternamente agradecido si pudiera evitarme el gasto de sus incursiones de compras dos veces al año.

—Haré lo que pueda, Nathaniel. Es todo lo que puedo prometer.

—Si alguna vez Carter demostrara ser un completo tonto y le dejara de lado... —Su sonrisa se ensanchó y se inclinó más cerca—. Tengo un hijo soltero que es todo lo apuesto que es su marido. —Christine se rió entre dientes.

No había otro hombre en la tierra igual a Carter Tremayne en ningún aspecto.

—Tendré en cuenta la opción, señor.

Desde el otro extremo de la mesa, Carter se rió.

—También podría tener en cuenta el hecho de que su hijo tiene sólo diez años.

—Once este julio —enmendó Nathaniel—. Y a la edad, debo añadir, en la que todavía es algo maleable.

Christine miró a Carter al otro lado de la mesa y sonrió.

—Maleable estaría bien.

Él la contempló con un brillo de sus ojos, sonrió y contestó:

—Aunque no en todos los asuntos.

Un calor inesperado se extendió por ella, profundizando la sensación de paz que se había instalado antes en su interior. Fuera cual fuera el motivo de los modales cortesanos de Carter, ella disfrutaba del efecto. Que él la apreciara y admirara abiertamente... Lo recordaría para siempre como la velada más singularmente maravillosa de su vida.

Capítulo 16

Carter dio las buenas noches a sus invitados a las puertas de sus aposentos y se encaminó hacia el oscuro vestíbulo. Había sido una noche de excesos y la había disfrutado inmensamente. De hecho, no recordaba cuándo había terminado un día con una sensación de satisfacción tan absoluta.

No podía evitar sonreír. Su casa brillaba, irradiando elegancia y cuidado de arriba abajo. Cada plato de la cena había sido una obra maestra culinaria. Sus invitados no sólo estaban cómodos, sino que agradecían abiertamente la genuina calidez de su hospitalidad. Y el maravilloso estado de su mente —de hecho, de su mundo— se lo debía todo a Christine. La hermosa, dulce, competente, encantadora, inteligente y elocuente Christine. La anfitriona perfecta, la esposa perfecta.

Su paso vaciló al darse cuenta. Fue el brandy, se dijo a sí mismo. Brandy combinado con el subidón embriagador de un animado debate y demasiado humo de tabaco. Su cerebro estaba nublado y sería un maldito tonto si tomara decisiones a largo plazo en su estado actual. Además, un hombre debería estar completamente sobrio cuando le pide a una mujer que sea su esposa en todos los sentidos de la palabra. Aunque sólo fuera para asegurarle que no estaba aceptando pasar toda la vida atada a un borracho. Y Christine ciertamente se merecía algo mejor que eso. Ella era lo mejor que le había pasado a él o a Kingscote.

La sonrisa volvió a su rostro. Gracias a la confabulación y la ingratitud de Mason

Everleigh, por no hablar de su propia desesperación, había recibido el golpe de suerte más brillante de su vida. ¿Quién lo habría pensado aquella terrible mañana en la oficina de David Miller? Desde luego, él no lo había hecho. Y Christine tampoco. ¿Habría cambiado en ella la forma en que se sentía respecto a su matrimonio? Teniendo en cuenta la tierna mirada en sus ojos aquella noche en la cena, lo fácilmente que se había reído...

Carter miró a lo largo del pasillo, decidiendo que si había luz derramándose por debajo del borde inferior de su puerta, colgaría la sensatez y la sobriedad. Lo peor que podía hacer era negarse a discutir nada con un hombre que, evidentemente, estaba como una cabra.

Había dos franjas de luz derramándose débilmente en la oscuridad, la de Christine cerca del final del pasillo en su propio lado y la de Lauren en la pared opuesta y a cierta distancia más cerca. Carter las consideró a ambas y su optimismo se desvaneció. Hablar con Christine tendría que esperar hasta más tarde. Necesitaba hablar con su hermano, averiguar qué había precipitado la paliza en James City y cuáles serían las probables repercusiones para Kingscote. Quizá, si Dios se sentía inusualmente bondadoso, esta vez no habría ninguna.

Acercándose a la puerta de su hermano, llamó, decidiendo que si había algo que lo pondría sobrio rápidamente, sería una conversación con Lauren. Hizo una mueca de dolor ante la llamada para que entrara, deseando que no hubiera llegado, pero con decisión giró el pomo y empujó la puerta, diciendo:

—He visto la luz que salía por debajo de la puerta y he pensado que podríamos hablar si te apetece.

Apoyado contra el cabecero, con la espalda acolchada por un mar de almohadas de plumas, su hermano bromeó:

—Por favor, Carter. Viste la luz bajo la puerta y decidiste que mientras yo estuviera despierto, no tenía sentido dejar para mañana el apaleamiento que podías hacer hoy.

—Parece que no soy el primero en la fila para ese privilegio —contraatacó Carter,

apoyando el hombro en la jamba y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Pero lo haces mucho mejor que nadie. —El rostro maltrecho e hinchado de Lauren y el cabestrillo en su brazo atestiguaban lo contrario. Señalar eso, sin embargo, no lograría ni resolvería nada.

Carter suspiró y miró sin ver el suelo de madera que había entre él y la cama de Lauren.

—¿Puedo preguntarte quién te golpeó en Jamestown y por qué?

—Nadie que conozcas y fue por una deuda.

—Una deuda de juego —suministró Carter, conociendo demasiado bien el patrón de la locura de su hermano.

Levantó la mirada para encontrarse con la de Lauren y le preguntó suavemente,

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que no eres muy buen jugador de cartas?

—Supongo que tú también eres mejor que yo en eso.

¿Cómo podía un hombre adulto soportar oírse lloriquear como un niño con pantalones cortos?

—Diablos, Lauren —respondió, de repente demasiado cansado para exasperarse o enfadarse—. Todo el mundo es mejor que tú. ¿Por qué persistes en el juego cuando nunca ganas? ¿Cuándo enormes deudas y un cuerpo maltrecho es todo lo que consigues?

—Lo disfruto.

—¿Disfrutas perdiendo? ¿Disfrutas ahogándote en deudas? ¿Disfrutas siendo golpeado físicamente?

—Tú no lo entiendes.

—En eso tienes razón. No lo entiendo. Y nunca lo haré —admitió Carter, aceptando, en su fuero interno, que Lauren nunca iba a poder cambiar. Todo lo que podía hacer era limitar el daño

—. ¿Cuál es la suma total de sus deudas actuales? ¿Tienes alguna idea?

—No.

Por supuesto que no. Pensar en ello requeriría enfrentarse a la realidad por un momento o dos.

—¿Cuánto le debe al hombre que le golpeó en Jamestown?

—Nada —espetó Lauren—. El asunto se ha resuelto a su satisfacción.

Con el vello de la nuca erizado, Carter observó:

—De alguna manera, no creo que la satisfacción de verte ensangrentado haya sido suficiente como pago, ni en parte ni en su totalidad. No se puede gastar la satisfacción en la taberna local.

Lauren replicó con altivez:

—Te sorprendería lo que algunas personas aceptarían agradecidas a cambio.

Jesús. Estaba cansado de recorrer este mismo viejo camino. Resuelto a que ésta iba a ser la última vez que lo hiciera, Carter preguntó:

—¿Y qué tienes de valor para comerciar, Lauren? No posees ni una maldita cosa.

—Como te gusta tanto recordarme constantemente.

—Eso es porque sigues olvidándolo.

—Tengo mi ingenio y mi inventiva —espetó Lauren, sentándose erguido en la cama, con sus ojos azul pálido brillando de resentimiento—. Sin duda te sorprenderá saber que algunas personas consideran que mis habilidades tienen un mérito considerable. De más mérito que los meros bienes materiales y posesiones.

—¿Y cómo —sonsacó Carter—, has utilizado tu vasto ingenio e inventiva en beneficio de esta persona de Jamestown?

Lauren volvió a acomodarse en las almohadas con una sonrisa sardónica.

—Eso, querido hermano, no es asunto tuyo.

El pavor, frío y plomizo, se instaló en la boca del estómago de Carter. Era asunto suyo; podía sentir que se avecinaba como una tormenta en el horizonte. Dios mío, no tenía los recursos ni la fuerza para capear otra. Sólo había una salida. Resuelto a hacer lo que debía, Carter dijo con tristeza:

—Me temo que tienes confundido, Lauren.

—Es la primera vez —replicó su hermano con ligereza—. Deberíamos anotarlo en la Biblia familiar.

—Eso se puede hacer si quieres —concedió Carter, pellizcándose el puente de la nariz para aliviar el dolor sordo que florecía en su cabeza—. Haré que Madre deslice el aviso entre las páginas para prensarlo.

Lauren parpadeó y pareció preocupado por primera vez desde que Carter había entrado en la habitación.

—¿Qué aviso?

Carter se encontró con la mirada de su hermano y le contestó con suavidad pero con firmeza:

—No me has dejado más remedio que anunciar públicamente que no soy responsable de tus deudas —pasadas, presentes o futuras—. Voy a hacer que se publique un aviso legal a tal efecto en todos los periódicos importantes de las colonias.

Lauren le estudió durante un largo momento, como si tratara de decidir si la amenaza era vacía.

Carter sacudió la cabeza.

—He terminado, Lauren. Mi tolerancia ha llegado a su fin. Enviaré los avisos mañana.

—Maldito bastardo.

—Sin duda —convino Carter con un encogimiento de hombros resignado—. Pero no tengo el ingenio y la inventiva que tú. Estoy cansado de intentar que entres en razón. Hemos llegado al punto en el que vas a plantarte como un hombre —te guste o no— y ser el único responsable de tus actos.

Lauren le miró con la mandíbula desencajada.

—En cuanto llegue mi cosecha de tabaco —anunció regiamente—, fijaré mi residencia en otro lugar.

Carter logró esbozar una media sonrisa.

—¿Qué cosecha de tabaco?

—La que está plantada.

—No sabía que habías estado plantando una. Es un trabajo muy duro para un solo hombre. ¿Cómo te las has arreglado sin los esclavos necesarios? Sólo nos queda un puñado de trabajadores del campo, y los he estado utilizando para plantar mis cosechas.

Su hermano le miró fijamente, con la boca entreabierta y los ojos pálidos dilatándose por el pánico.

—Pero —espetó Lauren—. Seguramente...

—No —le aseguró—. Nadie te ha plantado el tabaco como en el pasado. Te dije el invierno pasado que no iba a hacerlo, que si querías llamarte plantador, ibas a tener que serlo. ¿Recuerdas aquella conversación?

Lauren volvió a dejar caer la cabeza en las almohadas y se quedó mirando al techo.

—Ésta es tu idea de venganza, ¿no? —preguntó rotundamente—. Por haberte obligado a

casarte con Christine. Me estás castigando por ello, ¿verdad?

—Esto no tiene nada que ver con Christine —corrigió Carter, con la ira repentinamente encendida—. Tiene todo que ver con tu inmadurez e irresponsabilidad. Se remonta a mucho antes de que Christine pisara el suelo de Virginia. Ella es tan víctima tuya como yo.

Lauren, que seguía mirando al techo, suspiró.

—En cuanto reciba mis pagos por la cosecha del año pasado, abandonaré Kingscote.

Podría haber estado de acuerdo, podría haber animado a su hermano a imaginar que una huida así era posible, pero los problemas de Lauren provenían que quienes le rodeaban llevaban demasiado tiempo apoyando la facilidad de sus fantasías.

—No podrás permitirte huir —dijo Carter sin rodeos—. Si recuerdas, accediste a que embargara tus cosechas por el dinero que te presté para plantar y para pagar tus deudas de juego con Karl. No vas a sacar lo suficiente para comprarte una comida en el Raleigh, y mucho menos una sola noche de alojamiento. Será mejor que planees quedarte aquí, Lauren.

Las lágrimas ribetearon la voz de Lauren cuando preguntó:

—¿Y hacer qué?

—¿Madurar? —sugirió, deseando no sentir lástima por su hermano—. ¿Ser responsable? ¿Hacer una contribución positiva a la productividad de la finca?

—En otras palabras, ser tu lameculos. —Intentó reír, pero el sonido se estranguló entre lágrimas en lo más profundo de su garganta. Aclarándolo con considerable esfuerzo, finalmente consiguió decir con fuerza—: Gracias, pero no.

Con el corazón dolido por la miseria de su hermano, Carter decidió que el honor y la compasión le exigían intentar razonar una vez más.

—Lauren, el mundo de nuestro padre ha desaparecido para siempre. No podemos...

Oh, ahórratelo, Carter —gruñó su hermano, bajando la mirada del techo. En sus ojos brilló un fuego frío—. Ya lo he oído todo antes. Haciendo un gesto en la dirección de Carter, añadió:

—He traído un paquete de correo de Jamestown. Está sobre la cómoda. No descuides llevárselo cuando te vayas.

Carter miró hacia la cómoda y vio el paquete envuelto. Al recogerlo, Lauren apagó la luz. Con el paquete en la mano, Carter salió de la habitación, diciendo en voz baja en la oscuridad:

—Buenas noches, Lauren. Mañana será un día mejor.

—Vete al infierno.

Luchando contra una sensación de inutilidad y tristeza abrumadora, Carter cerró la puerta suavemente, se dio la vuelta y se encaminó hacia el oscuro pasillo. La luz seguía encendida en la habitación de Christine, y se detuvo frente a su puerta, queriendo llamar, queriendo... Quería que ella le abrazara, que le dejara llorar en su hombro. Quería derramar su dolor y su arrepentimiento y oírla prometer que haría que todo saliera bien para él. Quería que Christine le ayudara a llevar las cargas que soportaba por Lauren, por Kingscote.

Lentamente, se dirigió hacia su puerta. Era demasiado pedirle.



Christine inclinó el libro para captar mejor la luz de las velas, esperando que la mejora impidiera que su mente divagara. Unos minutos más tarde, tras haber leído el mismo párrafo no menos de tres veces y no ser capaz de recordar ni una sola palabra del mismo, se dio por vencida y arrojó el volumen a los pies de su cama. ¿Por qué no estaba cansada? se preguntó. Los últimos días habían sido físicamente agotadores. Debería haberse quedado profundamente dormida en cuanto su cabeza hubiera tocado la almohada. En lugar de eso, estaba completamente despierta e

inquieta, sintiendo como si hubiera algo importante que debiera estar haciendo.

Levantándose de la cama, cruzó hacia la ventana y miró hacia la cocina y sus jardines. Una pequeña brizna de humo salía de la chimenea y las ventanas estaban a oscuras. Suspiró, sabiendo que Ruth y Mary habían terminado su trabajo y se habían retirado a dormir. Diciéndose a sí misma que debía hacer lo mismo y simplemente dejarse llevar por el sueño, marchó resueltamente hacia su cama y se metió entre las sábanas.

Estaba ahuecando la mano alrededor de la llama de la vela antes de apagarla cuando se oyó un suave golpe en la puerta que separaba su habitación de la de Carter. Se le aceleró el corazón y se quedó mirando el panel de madera, con el pulso y la mente acelerados.

—¿Christine? —llamó en voz baja, tentativamente.

—Un momento, por favor —contestó, deshaciéndose de las mantas y cogiendo su bata. Metiendo los brazos en las mangas, se apresuró hacia la puerta, luego se detuvo el tiempo suficiente para ceñirse el cinturón alrededor de la cintura y tomar una sola respiración tranquilizadora.

A pesar del esfuerzo, su corazón aún latía con fuerza y su mano temblaba cuando abrió la puerta. Carter estaba al otro lado, con el smoking quitado y el faldón sacado de los calzones. Había abierto la parte delantera, dejándole entrever unos rizos oscuros y una piel tostada por el sol. Su respiración se entrecortó mientras su pulso se calentaba y bailaba. Tenía una figura elegante y desenvuelta con su traje formal, pero había algo en él en un estado de desaliño casual que agitaba sus sentidos de la forma más deliciosa.

—Siento molestarte a estas horas —dijo tendiéndole la mano—. Pero había una carta para ti en el paquete que Lauren trajo de Jamestown. Como lleva el sello del Rey, creo que no querrás aplazar su lectura.

¿El sello del Rey? La certeza la asaltó al instante. El día del juicio final había llegado como ella siempre había temido. Y ella no quería pensar en ello, no quería enfrentarse a ello.

Cogiendo el trozo de pergamino doblado y sellado con cera de Carter y desviando deliberadamente sus pensamientos en otra dirección, se preguntó en voz alta:

—¿Cómo iba a saber alguien que no fuera mi tío que tenía que enviármelo aquí? ¿Crees que le dijo al Rey, o a alguien que lo representa, dónde estoy?

—Muy buenas preguntas —permitió él, sonriendo—. Tal vez el escritor nos proporcione las respuestas.

Su miedo se derritió ante la calidez y la facilidad de aquella sonrisa. Bendito fuera Carter y la forma en que podía aliviar sus aprensiones tan fácilmente. Era mágico y ella le adoraba por ello.

—Por favor —dijo ella, resistiendo el impulso de abrazarle y dando resueltamente un paso atrás—, entra y toma asiento.

Él vaciló, con las cejas fruncidas mientras la consideraba.

—Por favor, Carter —insistió ella, señalando el asiento corrido ante la fría chimenea—. Entra y ponte cómodo. Es una tontería quedarse en la puerta y negarse la entrada a una habitación de tu propia casa. Prometo no violarte.

Él rió suavemente y ella retrocedió de nuevo, disimulando su huida al centrar su atención en abrir cuidadosamente la carta. Dejándose caer en el borde de la cama, inclinó el papel hacia la luz, plenamente consciente de que Carter se había detenido a los pies y apoyaba el hombro en el póster, observándola.

—Es del Tribunal de Equidad —dijo en voz alta mientras leía—. Se va a constituir un gran jurado para escuchar las pruebas contra mi tío con el fin de acusarle de fraude. Debo comparecer ante el tribunal como testigo material en el caso que se está construyendo contra él.

—¿Estás siendo investigada por algún delito?

Ella oyó la nota de genuina preocupación en su voz, y lo agradeció.

—No. Dice que un informante ha jurado mi inocencia en el asunto y que no tengo nada que temer al rendir cuentas completas y veraces.

—Ah, un informante —repitió en voz baja, girándose de modo que su espalda le apoyara contra el cartel ornamentado—. Si saben lo suficiente de los negocios de tu tío como para jurar tu inocencia en ellos, entonces estarían lo bastante cerca de él como para conocer sus planes para nuestro matrimonio. Eso explica cómo sabía el tribunal que podías encontrarte en Kingscote.

—Tendría que ser alguien en quien él confiara como amigo.

—No necesariamente —rebatió él, volviéndose para sonreírle—. También podría ser alguien invisible. Un empleado. Un secretario. Alguien a quien, como a ti, se le asignaron responsabilidades para tareas importantes y se esperaba que las cumpliera sin ser visto ni oído.

Christine recorrió mentalmente con la mirada la casa de su tío, sus oficinas.

—Hay varias decenas de personas así en la vida de mi tío. Podría ser cualquiera de ellos. No es un hombre simpático y no inspira lealtad a nada que no sea el mísero salario que paga.

Asintió, se empujó del poste que había al final de la cama y cruzó hasta el asiento del banco que ella le había indicado antes. Sentado en el borde con los codos apoyados en las rodillas, se miró las manos entrelazadas y preguntó:

—¿Puedes ofrecer su testimonio por escrito o tienes que comparecer físicamente ante el tribunal?

Christine volvió a leer la carta.

—Debo entregarme a la custodia protectora del general Gage en Boston, Massachusetts, durante la primera semana de junio. Me llevarán de vuelta a Inglaterra con escolta militar y me transferirán a la protección del tribunal para que esté disponible para testificar a partir de finales de julio o principios de agosto.

Habiendo llegado al final de la correspondencia, la dejó sobre su regazo y miró a Carter.

Seguía encorvado hacia delante, mirándose las manos. Sus labios eran una línea dura, su mandíbula granítica.

—Bueno —aventuró ella, tratando de aliviar su humor repentinamente sombrío—, esto resuelve la cuestión de decidir adónde iré y qué haré después de que se anule nuestro matrimonio, ¿verdad? —Se estremeció ante la tristeza que incluso ella podía oír en su voz.

—¿Y después de que hayas satisfecho al tribunal? —preguntó sin levantar la vista—. ¿Qué harás entonces? ¿Adónde irás?

Su amabilidad y preocupación sólo ahondaron la extraña melancolía que se apoderaba de ella. Recordándose a sí misma que sus problemas no eran los de Carter, se obligó a sonreír, a pensar en los mejores resultados posibles.

—Si mi tío es acusado y luego condenado, es probable que la Corona embargue las propiedades de los Everleigh para recuperar el dinero que se apropió indebidamente. Quizá pueda persuadir al tribunal para que me conceda la mansión Kingscote como recompensa por mi ayuda.

—¿Y si no están dispuestos a ser tan generosos?

—Al viajar por mi tío —replicó ella, tratando de ver otras vías—, he conocido a un número considerable de hombres buenos y decentes. Muchos de ellos tienen familia. Creo que varios de ellos podrían estar dispuestos a ofrecerme empleo como niñera o tutora.

—¿Y si no lo están? ¿Entonces qué?

—¿Siempre esperas lo peor, Carter?

—Esperar lo peor es un requisito para sobrevivir en Kingscote —contestó, poniéndose en pie. Enganchando los pulgares en la cinturilla de los calzones, clavó la mirada en el frío hogar—. Y es sorprendente con qué frecuencia lo peor que puedo imaginar palidece al lado de lo que ocurre en realidad. Así que responde a mi pregunta, Christine. ¿Qué vas a hacer si no encuentras

empleo como niñera o tutora?

Estaba segura de que lo haría; era educada y razonablemente gentil. Pero Carter estaba demasiado comprometido con las sombrías perspectivas como para aceptar su seguridad de que al final las cosas saldrían bien. Pensando que tal vez lo ridículo atravesaría su melancolía, ella se rió y dijo:

—No sé, Carter. ¿Tirarme al Támesis?

Lentamente, él se volvió hacia ella y, con la solemnidad de un hombre que sube los peldaños de la horca, dijo:

—Podrías volver a Kingscote.

Dios, qué no habría dado ella porque sus palabras hubieran estado envueltas en una de sus sonrisas. Habría marcado toda la diferencia del mundo.

—Gracias —respondió ella, ocultando su corazón magullado tras una sonrisa—. Eres muy amable. ¿Volvería como tu esposa, tu amante o tu ama de llaves?

Sus cejas se fruncieron.

—Tú eres mi esposa.

—Sólo de nombre. Y sólo por poco tiempo —señaló ella—. De hecho —reflexionó en voz alta, bajando la vista hacia la carta—, con mi tío pronto envuelto en defenderse de la justicia del Rey, estará demasiado ocupado para dedicarnos siquiera un pensamiento. No hay razón para que mantengamos nuestro falso matrimonio ni un día más. No es probable que esté en condiciones de hacer recaer las consecuencias sobre ninguno de los dos.

No dijo nada. En lugar de eso, se quedó pensativo, con la mirada clavada en ella, sus pensamientos obviamente en otra parte. Un preocupante otro lugar, decidió Christine.

—¿Carter?

Él parpadeó al oír su voz.

—Quizá deberíamos posponer la anulación hasta que hayas cumplido con tu deber ante el tribunal. Si te conceden Kingscote o si encuentras un empleo que te convenga, entonces podríamos proceder a partir de ahí. Pero si esas vías no resultan fructíferas, podrías regresar a Kingscote. —Respiró lenta y largamente antes de añadir—: Sabes que no tengo mucho que ofrecerte, pero...

—¿Pero es mucho más de lo que tendré? —terminó ella por él.

Él entrecerró los ojos, parecía haberse dado cuenta de repente de que ella no se lanzaba de cabeza a aceptar su magnánima oferta.

—Bueno, sí —respondió él con cautela.

—Se me ocurre, Carter, que preferiría abrirme camino sola antes que aceptar un matrimonio ofrecido por lástima.

—Compasión no es la palabra adecuada —protestó rápidamente—. Has hecho maravillas por Kingscote y…

—¿Sientes una obligación hacia mí?

De nuevo la consideró, dudando antes de decir:

—Algo así.

Christine sonrió finamente.

—Ya tienes suficientes deudas, Carter. Yo no seré otra apilada sobre las que ya te agobian.

—No eres una carga. Y tienes que saber que me pareces atractiva.

Dios sí, ella lo sabía. Y se sentía igual de atraída por él. Pero ¿qué les uniría cuando la novedad del descubrimiento físico se viera empañada por la realidad común del día a día?

—Piedad, obligación y lujuria —resumió ella—. ¿Consideras esas motivaciones una base

adecuada para una relación de por vida?

Él guardó silencio, pero la verdad brilló en sus ojos. Bajo ella yacía la misma pena que golpeaba su propio corazón.

—Yo tampoco, Carter —dijo ella suavemente, levantándose de la cama, con la carta en la mano—. Y creo que es mejor que no dejemos que tu caballerosidad o mi incertidumbre nublen nuestro juicio. El problema es mío y encontraré una solución. No tienes por qué sentirte en el deber de rescatarme de la situación. Llevo mucho tiempo cuidando de mí misma. Soy bastante capaz, ¿sabes?

—No deberías tener que cuidar de ti misma.

En un mundo perfecto, sería amada y querida y protegida. En un mundo perfecto, todas las personas que alguna vez le habían importado seguirían vivas. Se tragó el amago de lágrimas y levantó la barbilla.

—Las circunstancias a menudo requieren adaptaciones, Carter. ¿Recuerdas?

—Y el secreto está en aceptar los cambios con gracia —añadió él, asintiendo sombríamente mientras se colocaba frente a ella. Apoyando suavemente las manos en los hombros de ella, le dijo en voz baja, con firmeza—: Nuestras circunstancias han cambiado, Christine. Y sí, probablemente tengas razón al suponer que tu tío está demasiado preocupado como para preocuparse por la duración de nuestro matrimonio. Pero no firmaré con mi nombre una petición de anulación hasta que esté seguro de que tienes otro rumbo en el que puedes estar a salvo, segura y feliz. Hasta entonces, soy tu marido. No habrá anulación inmediata. No habrá anulación hasta que tu deber con la corte del Rey esté cumplido.

Atónita, ella replicó:

—No puedes hacer pronunciamientos así sumariamente.

—Sí que puedo. La ley me lo permite como un derecho. Acéptalo con gracia, Christine.

Ella le miró fijamente, con la mente en blanco.

—Lo prometiste —susurró—. Dijiste que...

—Las circunstancias, Christine —la interrumpió él, dándole una pequeña sacudida de impaciencia—. Las circunstancias han cambiado. Yo no quería casarme contigo más de lo que tú querías casarte conmigo. Pero no soy estúpido ni ciego. Kingscote nunca ha tenido una dueña mejor. Me parece que sí puedo tragarme lo suficiente de mi orgullo como para confesarte mi aprecio y mi necesidad, tú podrías hacer lo mismo y así podríamos llegar a un compromiso amistoso.

—¿Amistoso? —espetó ella, con la mente tambaleándose de nuevo—. ¿Quieres que seamos amigos?

—No, eso no es lo que quiero en absoluto —contraatacó él, dedicándole una sonrisa apenada. Levantando la mano derecha, le pasó las yemas de los dedos por la mejilla y le susurró —: En este momento, mi dulce Christine, no deseo nada más en el mundo que tumbarte en esta cama y perderme en ti. Una y otra vez. Lo deseo tanto que me duele.

No podía respirar y su sangre ardía salvaje y estremecedoramente. Su corazón le suplicaba que se rindiera. La razón le gritaba el precio.

—Pero si...

—Sí —dijo él, soltándola y dando un único y muy deliberado paso atrás. Cuadró los hombros y había un filo de control duramente ganado en su voz cuando continuó—: Es el camino sin retorno para los dos. Si lo recorremos, no puede haber anulación. Ese trozo de realidad es la atadura que me mantiene a raya. Te mantendré aquí y a salvo hasta que puedas elegir tu propio camino, sí. Pero no te retendré aquí contra tu voluntad para siempre. Y lo que es igual de importante, no dejaré que el deseo me ponga en la posición de ser un rebelde con una esposa leal en su cama.

Sintiéndose sola, vacía y golpeada por la tormenta, con las rodillas demasiado débiles para sostenerla, Christine se hundió en la cama.

—No mencionaste antes que mi adopción de tus creencias políticas era una condición para volver a Kingscote.

Suspiró y se encogió de hombros.

—Pensé en ver primero de qué lado soplaba el viento.

—No creo que sople en absoluto, Carter —confesó ella, mirando fijamente a la pared del fondo e intentando tragarse el nudo que se le hacía en la garganta—. No puedo vivir una mentira por ti. Y no viviré esperando el día en que te cuelguen por traición. —No podía soportar perder más mi corazón.

—Entonces parece que no tenemos nada más que hablar. Te deseo buenas noches, Christine.

Ella asintió, incapaz de hablar, consumida por el esfuerzo de ordenar sus dispersos pensamientos y emociones. Vagamente, oyó cerrarse la puerta y no pudo evitar hundirse de alivio. ¿Cómo se había complicado tanto la vida sin que ella se diera cuenta? ¿Cuándo se habían entrelazado tanto sus deseos y sentimientos con los de Carter?

No había respuestas fáciles que encontrar, así que Christine sacudió la cabeza para disipar los pensamientos perturbadores. Al hacerlo, su mirada se posó en su regazo y en la carta que aferraba distraídamente en la mano. Volvió a hojearla, fijándose en la fecha en que había sido escrita. El cuatro de marzo, sólo dos días después de haber salido de Inglaterra. Si tan sólo hubiera sabido entonces el conjunto de circunstancias que se desarrollaban tras ella. Para cuando había llegado a Jamestown... No tenía por qué haberse casado con Carter.

Excepto, admitió Christine en silencio, que no se sentía atrapada, como aquel día. Esa sensación había pasado, y ahora se sentía... Christine frunció el ceño, intentando una vez más

definir los diversos elementos de sus enmarañadas emociones.

Carter Tremayne era en realidad un hombre muy amable con un corazón generoso. ¿Cuántos hombres chantajeados para casarse renunciarían a su oportunidad de libertad para ofrecer a la esposa no deseada un refugio cuando no tenía otro?

Por supuesto, admitió Christine con pesar, Carter no quería nada más que una amante y un ama de llaves capaz. La primera podía encontrarla fácilmente. Un ama de llaves, sin embargo...le costaría dinero y por lo tanto estaba más allá de su alcance inmediato. Ahí residía su verdadero valor para él.

Podía ser una soñadora, pero no era tan tonta como para cambiar su futuro por un puñado de interludios sin aliento que, al final, no conducirían a nada más que a una vida de servidumbre doméstica. La lástima, la obligación y la lujuria de él y la desesperación de ella no bastaban para construir una vida juntos como marido y mujer. Y aunque ella y Carter podían haber llegado a un punto en el que podían concederse cierto grado de admiración y respeto mutuo, no había mucho más que eso entre ellos. Desde luego, no había amor.

Depositando la citación judicial sobre la mesilla de noche, apagó la luz y se deslizó bajo las sábanas. En la oscuridad, una verdad la invadió. Si tuviera riquezas, de buena gana le ofrecería hasta el último centavo a Carter a cambio de la esperanza de que tal vez, algún día, él pudiera llegar a amarla tanto como ella, tontamente, estaba llegando a amarlo.

Capítulo 17

Carter se inclinó en la silla y entregó el aviso legal a través del escritorio a su abogado, diciendo:

—Es suficiente. Gracias.

David asintió, lo dejó a un lado y cogió su taza de té.

—¿Es Lauren consciente de que se le ha cortado el grifo?

—Si estaba escuchando, lo está —respondió Carter, acomodándose con una débil sonrisa —. Uno nunca está del todo seguro con Lauren.

—Sabe que hay una clara posibilidad de que acabe en la prisión de deudores, ¿verdad?

Carter asintió.

—No veo que realmente tenga muchas opciones. Si voy a la cárcel por deudas, Kingscote y Madre quedarán a su cuidado. Se los jugaría a ambos en una semana.

—Si le llevara tanto tiempo —observó David con un triste movimiento de cabeza—. Haré copias del aviso y las enviaré en el primer despacho disponible. Deberían publicarse dentro de treinta días.

—Gracias. —Levantándose de la silla, Carter se llevó las manos a la espalda y empezó a pasear lentamente por el despacho—. Hay otro asunto del que también me gustaría que te ocuparas. Christine ha sido citada por el Tribunal de la Cancillería para testificar contra su tío.

—¿En persona? —preguntó rápidamente David—. ¿Ante el tribunal?

Carter asintió.

—Ante un gran jurado. Debe entregarse al general Gage en Boston la primera semana de junio, luego será transportada con escolta militar.

—¿Junio? —David frunció los labios y miró fijamente a lo lejos. Tras un momento, se relajó encogiéndose de hombros—. No es probable que para entonces tenga el papeleo necesario para anular el matrimonio.

—No importa. He decidido posponer el procedimiento por un tiempo.

David se sobresaltó visiblemente, luego enarcó una ceja y sonrió.

—Cuando esté listo para ampliar ese pronunciamiento bastante sorprendente, estoy más que dispuesto a escucharlo.

Carter siguió paseándose, su mente trazando cuidadosamente el laberinto de su plan.

—Tiene la intención de solicitar al tribunal la propiedad de su familia en Herefordshire. Me parece que tendría muchas más posibilidades de que se la concedieran si la petición la redactara un funcionario del tribunal. Me gustaría que le redactaras la petición para que la tenga en la mano cuando parta hacia Boston.

—Pero, si estoy entendiendo bien —replicó David—, ella estará en Inglaterra y seguirá siendo su esposa. ¿Pretende anular el matrimonio in absentia[1]?

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Si eso es lo que elige Christine.

—Usted preferiría que ella volviera, ¿verdad?

Las claras notas de diversión en la voz del otro hombre le irritaron.

—Kingscote nunca ha tenido una ama más capaz —replicó Carter secamente—. Por

supuesto que quiero que vuelva. Sólo un tonto renunciaría voluntariamente a una comida decente y a una casa limpia.

Acariciándose la barbilla, David dijo suavemente:

—Sólo por curiosidad, ¿tiene algún sentimiento personal hacia ella?

La pregunta, aunque planteada con ligereza, golpeó con fuerza, sacándole inexplicablemente el aire de los pulmones y enviándole el corazón a la garganta. Incapaz de desentrañar o definir el revoltijo de pensamientos y emociones que le abrumaban de repente, Carter recogió su sombrero de la clavija de la pared y dijo:

—Ha sido por poco tiempo. La gratitud es el único sentimiento que puede crecer en tan breve espacio de tiempo.

Acomodándose el sombrero en la cabeza, Carter sonrió a su abogado y se dispuso a zafarse de la gentil inquisición.

—Gracias por ocuparte del aviso legal, David. Y no hay prisa en la petición siempre que esté hecha para cuando tenga que zarpar hacia Boston.

David se levantó y le tendió la mano. Carter la estrechó cortésmente mientras pensaba que nada le gustaría más en ese momento que borrar la sonrisa burlona de la cara de David. Forzando una sonrisa condescendiente, Carter salió del despacho, con su ira hinchándose a cada paso que daba.

¿Sentimientos por Christine? ¿Cómo se atrevía David a plantear siquiera la pregunta? Era demasiado personal. Y responderla con sinceridad le habría dejado en muy mal lugar. Tirando de las riendas de su montura desde la argolla, Carter se subió a la silla de montar y puso rumbo a Kingscote, con los dientes apretados y la probable conversación sonando en su mente.

Pues sí, David. Christine me gusta en algunos aspectos. Tiene una cintura estrecha, unas caderas bellamente curvadas y unos pechos deliciosamente llenos. Simplemente mirándola se me

pone dura. Ah, ¿y he mencionado que ha limpiado Kingscote de arriba abajo y que los hermanos Lee piensan que es una anfitriona encantadora?

Oh, ¿estaba pensando que podría haberme enamorado de ella? Qué ridículo. Es pobre como un ratón de iglesia, franca, obstinada, demasiado independiente. Ciertamente estoy agradecida por el cambio que ha traído a Kingscote. Pero soy plenamente consciente de la diferencia entre lujuria y amor.

Con cada pensamiento Carter sentía como un nudo crecía en su estómago. ¿A quién quería engañar? La echaría de menos por muchas razones, pero no se atrevía a profundizar en todas ellas.



Christine dio un paso atrás para considerar el arreglo de tulipanes rojos y amarillos que había colocado en el centro de la mesa del comedor y sonrió, agradeciendo en silencio a cualquiera de los antepasados de Carter que se hubiera inclinado por plantar miles de bulbos holandeses. En el exterior, eran una manta bien planificada y ricamente coloreada que envolvía a Kingscote. Cortados y llevados al interior, eran brillantes y alegres y, de algún modo, hacían que el mundo pareciera nuevo y rebosante de promesas.

Satisfecha con el efecto que las flores habían conseguido en el comedor, Christine cogió el segundo jarrón. Las flores melocotón y rosa serían perfectas para el salón, la habitación más femenina de la casa.

Al entrar en dicha habitación, el silencio fue repentino y tenso, sacando a Christine de sus pensamientos y agudizando lo que sólo había sido una vaga conciencia de conversación. Se quedó inmóvil, sosteniendo el jarrón delante de ella, y examinó rápidamente la habitación. La

señora Tremayne y Carrie, demasiado arregladas y empolvadas como de costumbre, ocupaban extremos opuestos del sofá frente a la ventana. Al otro lado de la alfombra persa que las separaba, en el centro del sofá a juego, había otra mujer, con el cabello oscuro amontonado en un intrincado arreglo sobre la cabeza y los hombros al descubierto por el atrevido escote de su vestido.

La señora Tremayne se sobresaltó, mirando nerviosamente entre Christine y la desconocida. Carrie sonrió lentamente, haciendo que a Christine se le erizara el vello de la nuca.

—Siento importunarlas. No sabía que hubiera visita —ofreció Christine, llevando rápidamente el ramo al aparador—. Las dejaré aquí y le permitiré retomar su conversación. —Por el rabillo del ojo, vio a la madre Tremayne levantarse y sonreír a la invitada. Cuando la desconocida también se puso en pie, Christine miró hacia la puerta y reprimió el impulso de echar a correr.

—Christine —dijo Millicent con suavidad—, permítame presentarle a nuestra vecina, la señora Larissa Wilson. —Christine se volvió obedientemente mientras la señora Tremayne continuaba diciendo—: Acaba de regresar de Filadelfia y ha venido esta mañana para compartir con nosotras las últimas noticias. Larissa, ésta es Lady Christine, la esposa de Carter.

—¿Esposa? —repitió la mujer alta y voluptuosa, la frialdad de su voz desmentida por la repentina y dura chispa de sus ojos oscuros. Recorrió a Christine desde el pelo hasta el dobladillo, arqueando ligeramente la frente al hacerlo.

A pesar del palpitar de su corazón, Christine se obligó a relajarse, a sonreír; sabía qué clase de mujer era Larissa Wilson. Habían sido sus encuentros con las Larissas de Londres los que habían llevado a su tío a enviarla lejos por negocios.

—El matrimonio fue de lo más inesperado —añadió Carrie sardónicamente—. Al parecer, Lauren debía dinero a su tío y se la endilgaron a Carter en lugar del pago. Nos aseguran que el matrimonio será anulado en cuanto reciban noticias de que la deuda ha sido cancelada.

—Vaya —dijo Larissa con una risita seca—. Conociendo a Carter como lo conozco, sólo puedo imaginar que está siendo desagradable con todo el asunto.

—Sin embargo, creo que está entrando en razón —se apresuró a asegurarle nerviosamente la señora Tremayne—. Lady Christine ha sido nada menos que imprescindible a la hora de preparar Kingscote para recibir invitados. ¿Hemos mencionado que los hermanos Lee están aquí? Trajeron al pobre Lauren a casa desde Jamestown. Había tenido un encuentro desafortunado y tuvieron la amabilidad de rescatarlo. Está en cama, recuperándose, desde ayer.

El ceño de la mujer se había fruncido aún más ante la mención de la posible aceptación de la situación por parte de Carter, y Christine sabía que todo lo que la señora Tremayne había dicho después había caído en saco roto. Los depredadores eran al menos predecibles. Christine esperó el insulto apenas velado.

—Supongo que si uno ha de tener sólo talentos limitados —observó Larissa con una sonrisa insincera—, la limpieza de la casa sería al menos una habilidad útil. ¿Por casualidad estaría disponible para limpiar mi casa? Después de estar fuera durante dos meses... bueno, ciertamente le vendría bien una buena limpieza.

—Me temo que tendrá que confiar en sus propios recursos, señora Larissa —respondió con toda la dulzura que pudo reunir. Ensanchó su sonrisa antes de dar una bofetada de las suyas.

—Hacer un hogar confortable para Carter ocupa por completo y felizmente todo mi tiempo.

El brillo de sus ojos de ébano se endureció, Larissa prácticamente ronroneó mientras replicaba:

—¿No eres simplemente preciosa?

—¿Preciosa? ¡Ja! —resopló Carrie—. Lleva calzones y botas por la casa. Por lo que sabemos, probablemente también los lleva en público.

—De hecho, Carrie, lo he hecho. Con frecuencia. —Las tres mujeres jadearon y se quedaron mirándola, con la boca abierta. Complacida por haber conseguido socavar el aplomo que Larissa utilizaba para hacer que la gente se sintiera inferior, Christine sonrió y bromeó—: Preciosa y también escandalosa.

Antes de que pudieran ofrecer algún tipo de comentario, añadió:

—Si me disculpan, señoras. Voy a comprobar con Ruth cómo va la comida. ¿Se quedará a almorzar, señora Larissa? ¿O se apresura a volver a casa para intentar ser útil?

—Por supuesto que se quedará —espetó Carrie, sus ojos brillaban tan duros y oscuros como los de Larissa—. No sería apropiado hacer lo contrario, ¿verdad, Millicent?

La señora Tremayne lanzó una rápida mirada entre Christine y Larissa, abrió la boca para hablar y luego, al parecer, se pensó mejor lo que fuera que había estado a punto de decir. Frunció los labios, tragó saliva y esbozó una débil sonrisa.

—Sería de una desconsiderada mala educación no invitarla a quedarse.

Carrie miró fijamente a Millicent, y Larissa parpadeó furiosamente. Christine contuvo su sonrisa y luego hizo una rápida reverencia antes de darse la vuelta y salir de la habitación. Debería avergonzarse de sí misma, se amonestó Christine en silencio mientras se dirigía por el pasillo hacia el vestíbulo. No sólo había provocado deliberadamente a la mujer, sino que la había igualado insulto a insulto. Era un comportamiento mezquino e infantil. Su madre le había enseñado mejor. Claro que, rectificó Christine, su madre nunca se había visto arrinconada por una de las Larissa Wilson del mundo.

—Quiero hablar con usted en privado, Lady Christine.

Christine se detuvo en mitad del pasillo y se volvió, braceando mentalmente al ver avanzar a Larissa y reprendiéndose por no haber previsto la poca disposición de la mujer a permitir que alguien se marchara con ventaja.

—Si no tarda mucho, señora Larissa —contraatacó—. Tengo que avisar a Ruth de que tendremos un invitado para la comida del mediodía.

—Entonces, en aras de la brevedad, seré franca. Es una niña muy dulce y demasiado inocente para jugar contra alguien como yo. No hay placer para mí en ganar en tales circunstancias. Así que, por favor, ahórrenos a ambas una experiencia desagradable y abandona la mansión sin la pretensión de convertirlo en un concurso.

¿Esta era la idea que tenía la mujer de ser contundente? Al paso que iba, tardarían un mes en llegar al meollo del asunto que tenían entre manos.

—¿Estamos hablando de Carter?

—Carter es la única razón por la que visitaría este montón de escombros —dijo Larissa despectivamente—. ¿Es consciente de que él y yo somos amantes?

La declaración golpeó con fuerza a Christine, apretándole el estómago y expulsando el aire de sus pulmones. Una parte de su cerebro se negaba a creerlo. Otra parte sí, pero le advirtió que no podía permitir que Larissa supiera lo profundamente herida que se había sentido.

—No recuerdo que él haya mencionado nunca su nombre, señora Larissa —respondió con una despreocupación que no sentía—. Así que no, no estaba al tanto de ninguna relación entre ustedes. Habérmelo contado se le debió de olvidar.

Larissa rió suavemente.

—La gatería no le sienta bien. Y por favor, permítame desengañarla de cualquier idea que pueda tener sobre ser lo suficientemente buena como para atraer a Carter a su cama. Oh, puede que sea capaz de atraerlo allí alguna vez. Pero aunque la inocencia es ciertamente atractiva en su novedad, carece de toda profundidad. Puedo asegurarle que Carter es un hombre que requiere y aprecia mucho la profundidad de la experiencia.

Luchando por contener su creciente enfado, Christine observó secamente:

—Experiencia que usted tiene en abundancia, sin duda.

—No sólo me he acostado con más hombres de los que conocerá a lo largo de su vida, sino que también he enterrado a tres maridos, cada uno de los cuales estuvo sumamente agradecido por mis habilidades y me recompensó con creces por alegrarle los últimos días de su vida.

—Experiencia y riqueza.

—¿Puede ofrecerle a Carter alguna de esas cosas? Por supuesto que no puede. Y usted ha estado aquí el tiempo suficiente para saber lo importante que es el dinero para Carter. Tendrá que aceptar mi palabra sobre lo mucho que disfruta con una mujer con talento en su cama.

Estar allí de pie escuchando a otra mujer exponer las expectativas sexuales de Carter...no enfrió un ápice su temperamento.

—Ciertamente puedo ver por qué estaría motivado para llevarte al altar, señora Larissa. Lo que naturalmente lleva a la pregunta... ¿Por qué no lo ha hecho?

—Mi último marido lleva muerto menos de un año —explicó Larissa con frialdad—. Estoy de luto y no puedo casarme hasta dentro de dos meses. Carter está muy preocupado por las murmuraciones públicas, por eso me fui a Filadelfia. La gente empezaba a sospechar que estábamos juntos y eso le molestaba. Como es impotente para resistir la tentación, lo único amable y considerado que podía hacer era marcharme.

—Pero ahora ha vuelto y tiene toda la intención de continuar con Carter donde lo dejó.

Con una sonrisa, Larissa añadió:

—Y no toleraré ningún intento por su parte de interponerse en nuestro camino.

—Ni se me ocurriría —consiguió decir Christine con ligereza. Resuelta a escapar antes de hacerle daño corporal a la mujer, se obligó a encogerse de hombros y decir—: Bueno, en caso de que no tengamos otra oportunidad de visitarnos antes de que me vaya de Kingscote, permítame extenderle mis felicitaciones por sus inevitables nupcias y desearle a usted y a Carter la mayor

felicidad que puedan esperar alcanzar.

—Me alegro de que hayamos tenido esta oportunidad de aclarar las cosas —dijo Larissa mientras se daba la vuelta y se alejaba—. Estoy segura de que algún día encontrará a un hombre más acorde con su capacidad para mantener su interés. Millicent me ha dicho que Ruth ha vuelto. Dígale que quiero pechugas de faisán en salsa de Madeira para comer.

Christine la miró marcharse, deseando tener algo en la mano para arrojárselo. La mujer era positivamente viperina. Por no hablar de presuntuosa, maliciosa y avara. Simplemente onerosa. Carter y yo somos amantes... Un hombre más acorde... Con el corazón latiéndole con fuerza en las sienes, Christine giró sobre sí misma y salió dando pisotones hacia la cocina.

Ruth, que cortaba verduras en la mesa central, levantó la vista ante su tormentosa llegada. El cuchillo se quedó inmóvil y una ceja gris se arqueó.

—¿Qué ha pasado, niña?

—Tenemos una invitada para comer —gritó Christine, con las manos apretadas en las caderas—. Me ha dicho que te diga que quiere pechugas de faisán con salsa de Madeira.

Ruth hizo una mueca.

—La señora Larissa Wilson.

—La misma.

Mary metió una barra de pan en el horno y preguntó:

—¿Quién es la señora Larissa Wilson?

—La amante de Carter —replicó enfadada—. Oh, dulces santos misericordiosos, preservadnos.

La evidente conmoción y consternación de Mary ante la revelación fue, de algún modo, tanto un bálsamo como una dosis de sal en su orgullo herido. Christine miró a un lado y a otro

entre las dos mujeres, con la respiración agitada y el corazón aún martilleándole.

—Cálmese, Lady Christine —dijo Ruth suavemente—. Hay otra parte de la historia que la viuda Wilson no te ha contado.

—¿Ese sería el lado de Carter?

—Sí. Y cuando esté preparada para oírla, se la contaré. —Ruth cogió una cesta forrada de tela y se la entregó, diciendo—: Cómase una galleta.

—Nunca en mi vida he detestado tanto a otro ser humano como a ella —admitió Christine, cogiendo obediente pero distraídamente una galleta—. ¿Qué podría ver Carter en ella? ¿Por qué, aparte de su dinero, iba a plantearse casarse con ella?

—¿Eso es lo que le dijo? —preguntó Ruth, llevándose las manos a las caderas—. ¿Que iba a casarse con ella?

—Sí. Y que yo no tengo ni una pizca de ser lo suficientemente experimentada para... para...

—¿Seducirle? —suministró Mary mientras dejaba a un lado la paleta de pan y se acercaba al hogar abierto.

—Gracias. O mantener su interés si yo lo llevo a mi cama.

Con un profundo suspiro, Ruth alargó la mano para ponerla sobre el brazo de Christine.

—Métete esa galleta entera en la boca y mastica despacio.

Con la mente aún en blanco, Christine permaneció inmóvil. ¿Una galleta? No tenía el menor apetito. Probablemente no volvería a tener hambre mientras viviera.

—Ahora, Lady Christine. Todo.

Dios. ¿Qué más tenía que hacer? No había ninguna razón terrenal para fingir ser la señora de Kingscote. No cuando Larissa Wilson estaba esperando entre bastidores para reclamar el título para sí. Christine dio un enorme y furioso mordisco a la galleta.

—Escúcheme con atención —empezó Ruth, su tono severo, sus palabras obviamente bien meditadas—. Ha sido un invierno muy, muy largo. Y el señor Carter es un hombre, no un santo. Y, siendo un hombre, no siempre piensa las cosas con el cerebro. Y tenga en cuenta que no es el único hombre de esta parte de Virginia que ha aceptado la invitación de esa mujer. Pero él me jura que ha terminado con ella y que lo ha hecho desde hace tiempo. Yo le creo. Y debe saber aquí y ahora, Lady Christine, que incluso cuando su pensamiento estaba alterado, ni una sola vez se le pasó por la cabeza casarse con esa mujer. Ni una sola vez. Si le está diciendo que el señor Carter se dispone a llevarla al altar de la iglesia parroquial, le está mintiendo descaradamente.

Deseaba desesperadamente creer a Ruth. Christine se tragó el trozo de pan y dijo:

—Es una persona absolutamente horrible.

—Sí, lo es —asintió la cocinera—. Y Dios la juzgará duramente por sus muchos, muchos pecados.

—Pero llegar hasta Dios lleva demasiado tiempo —se quejó Mary, trayendo la tetera del hogar—. Y no tenemos la satisfacción de estar allí para observar y animar.

—Qué cierto —convino Christine. Moviéndose hacia los estantes en busca de tazas y platillos, añadió—: Y me fastidia saber que Larissa Wilson incluso piensa que... ha ganado.

Ruth esperó a que hubiera vuelto a la mesa con la vajilla antes de preguntar:

—¿Ganado qué, Lady Christine?

—A Carter —respondió ella mientras emparejaba las tazas con sus platillos con no demasiada delicadeza—. Cree que me ha ganado en un concurso por Carter.

Mientras Mary servía, Ruth ladeó la cabeza y consideró a Christine con los ojos ligeramente entrecerrados.

—Deja que le haga una pregunta —dijo lentamente—. Y piense bien antes de contestar. ¿Quiere al señor Carter porque esa tal Larissa Wilson lo desea? ¿O desea al señor Carter porque

usted lo desea?

La ira y la indignación que la habían consumido desaparecieron al instante, dejándola débil de rodillas. Agarrándose al borde de la mesa para estabilizarse, Christine comprendió de pronto por qué Larissa Wilson había podido irritarla con tanta facilidad. Los modales de la mujer eran sólo una pequeña parte de ello. La verdad más fundamental era que Larissa suponía una amenaza para una esperanza profundamente enterrada, una esperanza frágil e imposible que Christine no había sabido que albergaba. El miedo se coló para llenar el vacío dejado por su indignación.

—Porque le quiero —susurró.

—Le quiere, ¿verdad?

Su corazón se hinchó y se retorció.

—Que Dios me ayude, creo que sí.

Ruth le pasó una taza de té, diciendo con crudeza:

—El buen Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

—¿Entonces qué debo hacer? —preguntó, sintiéndose temblorosa y agudamente desesperada.

—Coja un cuchillo, por supuesto —respondió Mary enérgicamente, cogiendo su propia taza—. Se lo acerca a la garganta de esa mujer, hasta que vea lo acertado de dejar que se salga con la suya.

Christine no sabía si reír o llorar.

—Esto es imposible.

—No, manténgase firme, esa mujer se dará cuenta y se marchará. Luego él se rendirá ante la verdad de sus sentimientos. No debería llevar más de un segundo. Dos como mucho. Está enamorado de usted hasta la médula.

¿Enamorado? Christine negó con la cabeza.

Ruth tomó un sorbo de su té y luego presionó suavemente:

—¿Qué es imposible, Lady Christine?

—Todo —respondió ella, de repente tan frustrada que quería gritar—. Carter necesita dinero desesperadamente y yo no tengo nada. Si anulamos el matrimonio como hemos planeado, él sería libre de encontrar una mujer que pudiera salvar Kingscote para él.

—El dinero no es la salvación de nadie ni de nada. —Contraatacó Ruth—. El señor Carter necesita mucho más de lo que se puede comprar o vender por chelines y libras. Y no hay nada en Kingscote que no pueda arreglarse con cuidado y tiempo.

—Está dispuesto a ir a la guerra por los derechos coloniales —continuó Christine, con el pulso desbocado—. Podría ser asesinado o ahorcado como traidor.

—Es cierto —concedió Mary, asintiendo—. Y podría tropezar con sus propios pies y matarse. O caerse por las escaleras y fracturarse el cuello antes de golpear el suelo del vestíbulo. La vida está llena de riesgos, Lady Christine. No puede desechar lo bueno para evitar lo malo y tener una vida que valga la pena vivir.

—Tenemos importantes diferencias filosóficas. Sobre la esclavitud. Sobre los derechos de las mujeres. Sobre la necesidad de la rebelión armada.

—Oh, vaya —dijo Mary en voz baja, lanzando una mirada a Ruth.

La mujer mayor se encontró con la mirada de Christine. Tras un largo silencio, dijo con gran resolución:

—Para los hombres y mujeres de buen carácter y corazón bondadoso, no hay diferencia que no pueda salvarse con honestidad y una genuina voluntad de escuchar. La vida es cuestión de compromiso, Lady Christine. Se trata de saber lo que es importante y lo que no lo es. Si usted y el señor Carter no se han sentado y han tenido una buena charla sobre lo que ambos, en el

fondo de sus corazones, quieren de sus vidas, entonces ya es hora de que lo hagan.

Mary asintió con entusiasmo y Ruth prosiguió, añadiendo:

—Le sugeriría que empezaras esa conversación preguntándole al señor Carter por una ley que intentó que se aprobara hace dos años.

—¿Qué ley?

—Pregúntele al señor Carter. Y escuche su respuesta tanto con el corazón como con la mente.

—Es un buen hombre —ofreció Mary—. Amable y justo. Y si usted le tendiera la mano, estoy segura de que él estaría dispuesto a hacer lo mismo.

Mary tenía razón; Carter no sólo había estado dispuesto a escuchar sus opiniones, sino que la había animado a expresarlas. Pero suponiendo que pudieran encontrar un terreno común...

—Dejando a un lado esa cuestión —dijo Christine, armándose de valor—, por mucho que me repugne admitirlo, Larissa Wilson tiene razón. Soy una inocente. Sé cómo rechazar a los hombres. Tengo mucha experiencia haciéndolo. Pero no tengo ni la más remota idea de cómo seducir a un hombre. Mucho menos de cómo complacerlo realmente.

Con un bufido, Mary le aseguró:

—Los hombres no tienen que ser seducidos. Están perfectamente dispuestos a hacerlo por usted. Todo lo que tiene que hacer es acercarse y decir que se pregunta cómo sería acostarse con ellos. Una vez hecho eso, todo lo que queda por hacer es disfrutar del viaje.

—¿Y los hombres —preguntó Christine con escepticismo—, —obtienen placer simplemente proporcionando... el paseo?

Mary asintió con énfasis. Ruth dio un sorbo a su té.

—La señora Larissa me hizo creer que se requería una mujer con un talento artístico

considerable. No olvidemos tampoco la experiencia.

—Para esa mujer, la viuda Wilson, lo más probable es que así sea —dijo Ruth en voz baja, volviendo a colocar suavemente su taza en el platillo—. Ella no tiene corazón para ponerlo en el amor. Dar su cuerpo no significa nada si retiene su corazón y su alma, Lady Christine. Ésa es la diferencia entre las esposas y las putas. Las esposas dan todo lo que tienen. Libremente y sin pensar. De ahí viene el placer. Para los dos.

Dando voz a sus mayores temores, Christine se preguntó en voz alta:

—¿Y si Carter no puede decidirse a amarme con alma y corazón? ¿Y si no podemos encontrar un terreno filosófico común?

—Entonces renuncie a él y considérese bendecida por librarse de un hombre demasiado estúpido para merecer la pena.

—Mary tiene razón —dijo Ruth—. Si no puede amarla ni doblegarse por usted, entonces deje que esa mujer Wilson se quede con él. Y con mucho gusto. Se merecerían el uno al otro.

Pero, ¿se merecía ella más a Carter? ¿Era ella lo que él necesitaba?

—Tengo mucho que pensar y decidir, ¿verdad? —aventuró, deseando de repente estar sola —. Quizá pueda empezar mientras recojo algunos tulipanes para la biblioteca. Gracias a ambas por escuchar mis desvaríos y por compartir vuestra sabiduría conmigo. Lo aprecio más de lo que puedo expresar.

—No lo desperdicie, Lady Christine. Un buen consejo no sirve de nada si no lo usas.

—Lo recordaré —prometió ella, dirigiéndose ya hacia la puerta de la cocina y el solitario remanso de los jardines que había más allá. Se detuvo fuera y dejó que sus hombros se hundieran. Sí, ella y Carter probablemente deberían tener una conversación seria sobre sus sueños y objetivos vitales. Y antes de que pudiera pedírselo, ella necesitaba decidir cuáles eran los suyos.

Capítulo 18

Carter se acercaba a galope a la mansión cuando pudo distinguir un carruaje parado frente a las puertas de Kingscote. Preguntándose quién había invadido su casa esta vez, volvió a considerar el carruaje. Había un escudo de armas en la puerta, y entrecerró los ojos para enfocarlo mejor. Y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Sí había un Dios, pensó febrilmente Carter mientras ataba su caballo, Isaac y los hermanos Lee habían regresado antes de la llegada de Larissa y la mantenían ocupada. Y si ese Dios se sentía mínimamente bondadoso, no había permitido a Larissa la oportunidad de acorralar a Christine a solas. Un Dios verdaderamente benévolo habría visto que las dos mujeres ni siquiera habían tenido ocasión de conocerse.

Carter subió de un salto los escalones de la entrada y abrió la puerta de golpe. El vestíbulo estaba vacío y escuchó con atención, rezando por captar el bajo rumor de voces masculinas. No lo hizo y, con el pavor llenándole los huesos, se encaminó por el pasillo hacia el salón.

A medio camino, llegaron a sus oídos los suaves sonidos de una charla femenina, y aminoró la marcha, esforzándose por identificar a las ocupantes de la habitación. Oyó claramente a su tía Carrie; la mujer nunca se detenía ni siquiera para tomar aliento. Pero donde iba Carrie, también iba su madre. Era un hecho que ella también estaba allí. Y Larissa también tenía que estar. Los buenos modales exigían que fuera agasajada por las damas de Kingscote. Lo que incluiría a Christine. A menos que se las hubiera arreglado para encontrar una excusa.

Fortificándose con una profunda respiración, entró en el salón. Su madre y su tía Carrie estaban sentadas en el sofá del fondo. Larissa estaba de pie junto a la chimenea, con una copa de jerez en la mano y una sonrisa en la cara que decía que le había visto subir y le estaba esperando. Christine no estaba a la vista y él apenas pudo evitar hundirse de alivio. Sólo entonces se dio cuenta de que se había atrapado a sí mismo, de que se había metido en la guarida de las leonas sin motivo y sin un plan para salvarse.

—Buenas tardes, madre, señoras —dijo escuetamente, hablando por encima del continuo parloteo de Carrie.

Su madre se sobresaltó, lanzando una mirada nerviosa de él a Larissa. Carrie enmudeció al instante, una sonrisa satisfecha levantando las comisuras de sus labios.

—Carter, cariño —casi ronroneó Larissa, deslizándose hacia él, con los brazos extendidos —. Cómo te he echado de menos.

Se le heló el estómago y retrocedió deliberadamente, manteniendo los brazos a los lados.

—Larissa —dijo con fuerza, dedicándole sólo la más breve de las miradas antes de preguntar—: Madre, ¿dónde está Christine?

—Al menos podrías intentar ofrecer una bienvenida civilizada a la invitada —la amonestó Carrie secamente.

—No te atrevas a sermonearme sobre modales, tía Carrie —espetó él, que nunca había deseado tanto estrangular a la mujer como en aquel momento.

—No hace falta que te muestres tan sombrío y tormentoso —dijo Larissa cuando vino a colocarse frente a él. Su sonrisa era la pura seducción de antaño mientras susurraba—: Una esposa temporal no tiene por qué interponerse en nuestro camino —y alargó la mano para tocarle la mejilla.

Él dio otro paso atrás, girando deliberadamente la cabeza para quedar fuera de su alcance.

—Está tu camino y mi camino, Larissa —dijo con frialdad—. Son caminos claramente separados. Pensé que lo había dejado bien claro hace varios meses.

—Pero sé que no lo decías en serio —corrigió ella con dulzura—. Igual que no quisiste decir las promesas que le hiciste a…Christine en el altar —añadió, acercándose de nuevo a él.

Su pulso se aceleró con temerosa certeza, él le agarró la muñeca y la detuvo, diciendo sólo:

—No lo hagas.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y su labio inferior tembló mientras susurraba su nombre. Él había visto la representación antes. Varias veces. Esta vez no le conmovió más de lo que lo había hecho la última.

—Larissa dice que vamos a almorzar pechugas de faisán en salsa de Madeira —soltó su madre—. ¿No suena delicioso?

—¿Dónde está Christine, madre?

—¿Fuera, en la cocina? —adivinó ella.

—Gracias. —Soltó bruscamente a Larissa, hizo una reverencia a su madre, luego giró sobre sus talones y se alejó. Su único pensamiento mientras caminaba hacia la parte trasera de la casa era el de encontrar a Christine y arreglar las cosas como pudiera. Dios, qué idiota era. Debería haber previsto que Larissa y Christine se encontrarían algún día. Debería haber preparado a Christine para ello. Debería haberla armado con la verdad.



Christine se paró en el jardín, arreglando los tulipanes con manos temblorosas y escuchando las pisadas decididas de Carter mientras se abría paso por el vestíbulo y se dirigía al jardín. Con el

estómago revuelto, respiró hondo y trató desesperadamente de decidir qué iba a hacer. ¿Arrojarse a sus brazos y disculparse entre lágrimas por ser virgen? ¿Exigirle que eligiera entre ella y Larissa Wilson? ¿Fingir que no le veía ni le oía? ¿Que no era un amasijo de sentimientos enredados y nervios crispados?

Él se detuvo de repente a su lado, y la mirada de ella saltó al encuentro de la suya. Demasiado para fingir que no era consciente de su presencia.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, con el pecho subiendo y bajando, sombras de preocupación apagando el brillo normal de sus ojos. En cuanto las palabras salieron de su boca, hizo una mueca, levantó las manos al aire y exclamó—: Oh, demonios, no tienes que responder. Sé lo que ha dicho.

Christine lo miró asombrada, sus nervios se calmaron al darse cuenta de que él estaba realmente preocupado por cómo se sentía ella. De hecho, estaba tan preocupado, inseguro y asustado como ella. Una calidez floreció suave y serenamente en el centro de su pecho.

—No me debes una explicación, Carter.

—Sí, te la debo —contraatacó él, acercándose más—. Ha entrado en tu casa y ha herido tus sentimientos. —Le puso suavemente las manos sobre los hombros y la miró profundamente a los ojos entornados—. No te hablé de ella porque, por un lado, fue una aventura extremadamente breve. Por otra, fue puramente físico. Y en tercer lugar, porque había terminado mucho antes de conocerte.

La seriedad de su seguridad tocó una fibra muy profunda en ella y llevó sus manos a su cintura.

—¿No estarás esperando casarte con ella? —preguntó en voz baja, sabiendo ya la respuesta.

—Dios, no.

Su pulso se agitó salvajemente.

—¿Sabe ella lo que sientes?

—Fui sincero hasta el punto de ser brutal. Varias veces. Sí, ella lo sabe.

El impulso era fuerte y ella no hizo ningún esfuerzo por resistirse. Estirándose sobre las puntas de los pies, le estampó un beso en la mejilla con un murmurado

—Gracias, Carter.

Nunca una expresión de gratitud tan sencilla se había clavado tanto en su corazón. Las palabras le fallaron; lo único que podía hacer era sonreírle y esperar que ella supiera lo mucho que apreciaba todo lo bueno que ella había traído a su mundo. La sonrisa que ella le devolvió fue comprensiva, pero teñida de tristeza.

—¿Qué pasa, Christine? —le preguntó, trazando la suave curva de su mejilla con el dorso de la mano—. ¿Qué te preocupa?

—En cierto modo, siento pena por Larissa. Qué avergonzada debe de estar por haber hecho una reclamación tan estridente de tus afectos, sólo para que...

—Nada de sentir lástima por Larissa —interrumpió él suavemente, presionando con la punta de los dedos los labios de ella—. No sólo sería un desperdicio para ella, sino que te haría pedazos por tus esfuerzos de compasión. Aléjate de ella, por favor. Alega dolor de cabeza o agotamiento o algo por el estilo para que puedas tomarte la comida del mediodía en tu habitación. Yo me encargaré de ella.

Apartó la cara de su contacto lo suficiente para decir en voz baja:

—No voy a esconderme de ella, Carter. Te prometo que no haré nada que pueda crear una escena.

—No es eso en absoluto —protestó él, volviendo a ponerle la mano en el hombro—. No

quiero que hiera tus sentimientos.

Una ceja delgada se arqueó hacia arriba mientras la picardía brillaba en sus ojos.

—No crees que pueda mantenerme firme contra ella, ¿verdad?

—No con Larissa —le explicó, admirando su espíritu pero queriendo protegerla al mismo tiempo—. Eres una persona mucho más agradable que ella, Christine. No, no puedes aspirar a igualarla. Y no querrías hacerlo.

Ella lo consideró, con las cejas fruncidas y los labios fruncidos.

—¿Christine? —dijo con recelo.

Las comisuras de su boca se inclinaron hacia arriba y la pícara luz de sus ojos se iluminó. Los latidos de su corazón se aceleraron y ella le recompensó deslizando deliberadamente las manos por sus caderas y luego hacia atrás para acariciarle lentamente el trasero. Él dejó de respirar, dejó de importarle nada más allá de su tacto, más allá de la salvaje esperanza de ser seducido.

Como en respuesta a su ruego tácito, ella se puso de puntillas y le besó los labios. Sus ojos se cerraron y ella le regaló otro beso, éste dolorosamente más dulce, deliciosamente más largo que el primero.

La estrechó contra sí, deleitándose con la sensación de su cuerpo apretado contra el suyo, deseando más de ella, deseando todo lo que ella estuviera dispuesta a darle. Con los miembros debilitados por el hambre creciente, enredó los dedos en las hebras doradas de su cabello, invitándola suavemente a poseerlo más profundamente aún, rogándole en silencio que alimentara el deseo que había despertado.

Ella obedeció, atrapando su labio inferior entre los suyos, manteniéndolo suavemente cautivo mientras lo acariciaba pausada y atrevidamente con la punta de la lengua. Una exquisita sacudida de placer se disparó a través de él, destrozando su reserva. Instintos atemporales y

primarios se abrieron paso en el vacío, exigiéndole que la soltara y se perdiera en amarla. Dios, nunca había deseado nada tan desesperadamente en toda su vida. Aquí mismo. Ahora mismo. Para siempre.

—Christine —jadeó entre ávidas bocanadas de aire mientras se alejaba—. ¿En qué estás pensando, cariño? —le preguntó, mirándola, con los sentidos tambaleantes, la cabeza ligera—. ¿Qué quieres?

—Yo... —empezó ella, con la voz temblorosa mientras se soltaba y dejaba caer los brazos a los lados. Hizo una pausa, escrutando su rostro e intentando estabilizar su respiración antes de decir suavemente—: No quiero igualarla, Carter. Quiero superarla.

Su corazón se encogió cuando toda su admisión se hundió en su cerebro.

—¿Estás celosa? —preguntó, incrédulo—. ¿De Larissa?

Ella apartó la mirada, pero no antes de que él viera brillar lágrimas en sus ojos. Tomando tiernamente su barbilla con la mano, hizo que su mirada volviera a encontrarse con la suya.

—No tienes ninguna razón para estarlo —le aseguró con una sonrisa—. ¿Es eso lo que acaba de pasar, entre nosotros? ¿Celos?

—No —respondió ella con la respiración entrecortada, reuniendo una sonrisa trémula para él—. Lo fue al principio, pero lo olvidé en algún punto del camino.

Dios, era tan hermosa, tan sincera. Y él deseaba tanto que ella lo quisiera sólo para él.

—¿Recuerdas cuando te olvidaste de estar celosa?

—Cuando moví mis manos y tus ojos se agrandaron. Dejaste de respirar y yo dejé de pensar.

El alivio y la esperanza le inundaron en una oleada estimulante y embriagadora. Riendo, tiró de ella hacia él, abrazándola con fuerza y frotando su mejilla en la calidez dorada de su pelo.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y hundió la cara en el lino de su camisa, haciéndole sentir extraña y maravillosamente completo. Y pensar que le debía este momento y todas las posibilidades que encerraba al nefasto corazoncito de Mason Everleigh.

—Larissa no es la única mujer de mi pasado, ¿sabes? —le ofreció despreocupadamente, sonriendo.

Ella se relajó en su abrazo para mirarle, con la frente delicadamente arqueada y una sonrisa fácil y aceptadora.

—Lo suponía. Eres un hombre apuesto. Incluso puedes ser encantador cuando te lo propones.

—Si estuviera dispuesto a hacer un recuento aproximado —le ofreció él—, ¿estarías dispuesta a superarlas a todas?

Ella soltó una carcajada y él la observó, pensando que tenía que haber una forma de superar sus objeciones. ¿Cómo podrían hacerlo? Podría…

Un sonido estrangulado vino de detrás de él, interrumpiendo sus pensamientos. Frunció el ceño, reconociendo la voz y resintiendo la intrusión. Christine se puso sobria y levantó la vista hacia él, con el labio inferior atrapado entre los dientes y una sombra de culpabilidad sombreando sus ojos. Le guiñó un ojo para tranquilizarla, estrechó su abrazo y, sin dedicar a la mujer que tenía detrás más que una mirada, preguntó tensa:

—¿Necesita algo, tía Carrie?

Un leve siseo fue la única respuesta. Christine se estremeció y, con una sonrisa de disculpa, se inclinó a su alrededor. La sintió sobresaltarse, sintió que su corazón daba un salto y empezaba a acelerarse. Haciéndola retroceder frente a él, protegiéndola con su cuerpo, miró por encima de su hombro. Y encontró a Larissa de pie, con los ojos encendidos y las manos empuñadas a los lados.

—Perdóname —dijo irónicamente—. Tú y la tía Carrie suenan notablemente igual cuando están en plena rabieta. ¿Necesitas algo aquí, Larissa?

Ella le fulminó con la mirada y, a través de unos dientes apretados y enseñados, consiguió decir:

—Los hermanos Lee han regresado de su recorrido por tus campos. —Antes de que él pudiera responder, ella se dio la vuelta y se marchó.

Carter se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en Christine.

—Preferiría quedarme aquí contigo que ir a entretener a los Lee.

—Pero siendo como son los requisitos de la hospitalidad, debes ir —respondió ella, sacando los brazos de alrededor de él para colocar las palmas de las manos contra su pecho—. Y yo tengo deberes propios que cumplir.

Con cautela, él preguntó:

—¿Quizás más tarde podríamos encontrar algo de tiempo para estar solos de nuevo?

Ella asintió nerviosa y se soltó de su abrazo.

—Si te llevaras esto a la biblioteca cuando te vayas —dijo, cogiendo el jarrón de flores del mostrador y entregándoselo—, te lo agradecería mucho.

Él consideró el ramo, con los labios fruncidos mientras intentaba recordar la última vez que alguien había pensado en llevar la belleza de las flores a Kingscote.

—Por supuesto, Christine —dijo, con la voz incómodamente tensa. Con una breve reverencia, se dio la vuelta y se alejó antes de que pudiera hacer el ridículo por completo.

Christine le vio marcharse, con las manos apretadas contra su agitado estómago y sabiendo que, al rendirse a la tentación, se había comprometido a explorar un camino muy peligroso. Y —que Dios la ayudara— la idea de aventurarse por él la emocionaba tanto como la asustaba.



Fue sin duda, la cena más tensa que Christine había soportado. Lauren había entrado cojeando, con la cojera más pronunciada que el día que había llegado a casa y la hinchazón de la cara lo bastante reducida como para que su perpetuo ceño fruncido fuera bastante evidente. Se sentó a la mesa entre Carrie y Larissa, cada una de las cuales no sólo compartía su expresión infeliz, sino que también parecía inclinada a revolcarse en el charco de su ceñudo silencio.

Millicent y los hermanos Lee se esforzaron por mantener animada la conversación. Se centraba en asuntos triviales, sobre todo en los próximos actos sociales previstos para la reunión de la Cámara de los Burgueses. Al no tener nada que aportar al discurso, Christine escuchaba atentamente, asintiendo y ofreciendo las observaciones y comentarios más generales cuando se le pedía que lo hiciera.

Y Carter... Mientras la señora Tremayne se explayaba poéticamente sobre el salón de baile de la Mansión del Gobernador, Christine deslizó otra rápida mirada en dirección a Carter, encontrándolo como había estado durante el transcurso de la comida: recostado en su silla, con una sonrisa reservada jugueteando en las comisuras de sus labios mientras la observaba. Su sonrisa se ensanchó cuando su mirada la rozó, y ella apartó la vista, con el corazón acelerado.

—¿Y quién —preguntó Nathaniel—, la acompañará al Baile del Gobernador, señora Wilson?

—Habiendo regresado tan recientemente de Filadelfia —contestó ella con sorprendente despreocupación—, no tengo ni idea de quién de entre los solteros sigue siendo elegible. Puede que el noviazgo y matrimonio de Carter no sea el único que haya ocurrido tan precipitadamente.

Nathaniel ladeó una ceja, pero fue la señora Tremayne la que intervino en el incómodo

silencio.

—Sería un honor para Lauren acompañarla, ¿verdad, Lauren, querido?

—Me encantaría —respondió, pero su tono y su ceño fruncido desmentían la afirmación—. Siempre que a Larissa no le importe que un cojo cojee a su lado. Mi rodilla no se está curando bien.

—Quizá Lady Christine pueda hacer una compresa que ayude —sugirió su madre, lanzando a Christine una mirada significativa—. Algo que pueda bajar la hinchazón. Sería una pena asistir al baile y no poder bailar. ¿No está de acuerdo, Lady Christine?

—Absolutamente —respondió ella cortésmente—. Y me ocuparé de ponerle una compresa inmediatamente después del almuerzo. Estoy segura de que lo que necesito se puede encontrar en el almacén. No me llevará mucho tiempo.

Lauren se animó un poco ante la promesa. Con algo parecido a una sonrisa genuina, agarró su bastón y se incorporó haciendo palanca. Se dirigió a todos los presentes en la mesa diciendo:

—Si todos me disculpan, me pondré en marcha hacia mi habitación ahora mismo para tener una posibilidad razonable de estar allí para cuando Lady Christine esté lista para obrar un milagro.

En medio de murmullos de aceptación y ánimo, salió con poca gracia de entre las sillas y se dirigió con paso vacilante hacia la puerta. Todos se quedaron en silencio, observando su lento avance. Christine estaba a punto de excusarse para ocuparse de la elaboración de la compresa cuando Michael se volvió hacia ella y le preguntó qué hierbas medicinales pensaba utilizar. Incapaz de escaparse educadamente, se resignó a contestar y a terminar la comida con los demás.



Christine mantuvo un paso tranquilo mientras avanzaba por el sendero hacia el almacén, resistiendo el impulso de recogerse las faldas y echar a correr. Podía sentir la mirada de Larissa abriéndole un agujero en la espalda. ¿Dar un paseo por los jardines con la mujer? Ni por todo el té del puerto de Boston. Si la señora Tremayne no le hubiera proporcionado ya una excusa para librarse de la excursión de las damas, habría conjurado una por su cuenta.

La puerta crujió al abrirse sobre unas rígidas bisagras, dejando entrar un rayo de brillante luz vespertina en la oscura habitación. Christine deslizó el perro de hierro en su sitio con el pie, apuntalando la puerta para tener la luz necesaria para encontrar lo que necesitaba. Sabía por búsquedas anteriores que la estantería asegurada contra la pared más alejada contenía las bolsas encajonadas de frutas y verduras secas que el huerto había producido en años pasados. El estante alto que se erguía como una isla en el centro del suelo del almacén era el que estaba repleto de los cacharros que contenían las hierbas y flores secas utilizadas tanto para cocinar como para la medicina.

Christine se dirigió directamente hacia ella, escudriñando las etiquetas de papel marrón cuidadosamente atadas alrededor de los diversos recipientes, en busca de caléndula, mejorana, tomillo, lavanda y perejil. Cuando hubo encontrado todas las plantas secas, cogió un cuenco de barro para mezclar del largo banco de trabajo independiente que tenía detrás y se dispuso a crear la combinación que quería.

—Partes iguales de mejorana, tomillo y perejil —se dijo en voz baja, colocando un puñado de cada en el cuenco—. Dos de lavanda: una para reducir la hinchazón y otra sólo porque huele muy bien. —Sonrió y quitó el corcho de la última de las vasijas, añadiendo—: Y tres de caléndula, la cura instantánea de mamá para cualquier cosa que te aqueje.

Se sobresaltó al oír el tintineo de la cerámica, el crujido de la madera que protestaba, y levantó la vista justo cuando el mundo entero se volcaba y se venía abajo.

Capítulo 19

—Visto el comportamiento general de la señora Wilson en la mesa —reflexionó Nathaniel, sirviendo una ronda de brandys para después de la cena—, ¿podría inferir razonablemente que está un poco enfadada contigo por haberte casado con otra persona?

—Siempre tan buen observador, Nathaniel —bromeó su hermano mientras se acomodó en una silla junto al hogar de la biblioteca.

Sin inmutarse, el Lee más joven le tendió una copita a Carter y prosiguió con una sonrisa:

—Tienes suerte de haber escapado con vida. Ha matado a tres maridos, ¿sabes?

—En sentido figurado, por supuesto —añadió rápidamente Michael. Carter entrecerró los ojos y estudió los oscuros licores de su copa.

Nathaniel resopló, pero fue su hermano quien realmente comentó:

—No sospechas sinceramente de juego sucio, ¿verdad, Carter?

Sospechar un asesinato y probarlo eran dos cosas muy distintas. Y una cuidadosa búsqueda en Wilson Hall no había encontrado nada que pudiera considerarse siquiera una prueba circunstancial. Carter se encogió de hombros y dio un sorbo a su bebida antes de responder:

—Todo lo que sé con certeza es que Ethan Wilson era apenas una veintena de años mayor que yo y estaba igual de sano cuando cayó muerto el año pasado.

—Puede que tuviera mal el corazón —sugirió Nathaniel—. Según recuerdo, su padre

murió joven.

—A su padre lo tiró un caballo y murió pisoteado —replicó Carter—. Según mi madre, su abuelo vivió más de setenta años.

—La señora Wilson tiene bastante mala reputación. Bien podría ser que simplemente le cabalgaran hasta la muerte.

—¡Nathaniel! —censuró su hermano—. Las insinuaciones escabrosas son para las páginas de Fanny Hill. La viuda Wilson es una dama correcta.

No, corrigió Carter en silencio. Larissa no era correcta y no era una dama. Sólo vestía mejor y tenía aires más elevados que la mayoría de las putas. Y aunque su reputación era, en efecto, materia de leyendas, también era falsa y dependía totalmente de que sus amantes fueran lo bastante caballerosos como para no compartir los detalles de sus experiencias.

—¿No crees que eso sea posible? —insistió Nathaniel, inclinándose hacia él—. ¿El corazón malo? Oí que murió en su cama.

—No escuché ni una palabra —replicó Carter. Bebió otro sorbo de su brandy, intentando desterrar el recuerdo del rostro teñido de azul de Ethan Wilson, el recuerdo de cómo se le había erizado el vello de la nuca al ver al hombre tendido rígido y frío entre las almohadas ribeteadas de encaje de la cama de Larissa.

—Mis agudas dotes de observación —dijo Nathaniel en voz baja, inclinándose aún más—, me dicen que aquí hay una historia que contar.

—Si sospechas de juego sucio —añadió su hermano—, tienes la obligación legal y ética de hablar, Carter. Se puede convocar una pesquisa para hacer una investigación formal.

Una pesquisa que le exigiría admitir públicamente haberse acostado con la viuda Wilson para llevar a cabo su propia investigación sobre la muerte de Ethan. Se había quedado con las manos vacías y no era probable que un grupo de sus iguales lo hiciera mejor. No, tendría que

helarse el infierno antes de que hiciera públicas sus sospechas y sus acciones. Ya era bastante malo que sus amigos y su familia supieran lo que había hecho. Aunque no estuvieran al tanto de sus verdaderas motivaciones. Humillarse no iba a llevar a Larissa ante la justicia y seguro que no iba a resucitar a Ethan Wilson.

Carter se apuró el último trago de brandy y dejó la copa a un lado.

—No veo ningún motivo real para convocar una investigación —empezó, eligiendo sus palabras con cuidado—. Creo que...

El resto de lo que había estado a punto de decir murió en la punta de su lengua cuando Mary Louise O'Neill entró tambaleándose en la puerta, jadeando y agarrándose a la jamba para salvar la vida.

—¡Mary! —gritó, arrancando al instante hacia ella, su pánico ya era el suyo—. ¿Qué ha pasado?

—En el almacén —ronroneó ella—. Lady Christine...

El corazón se le disparó a la garganta y no esperó a oír más.

Cuando los frenéticos esfuerzos de Ruth consiguieron abrir una brecha entre los escombros, Christine esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Está segura de que no está herida? —preguntó Ruth, mirándola a la cara y apartando otro puñado de cerámica hecha añicos.

Christine escupió un poco de lo que sabía a orégano antes de girar con cuidado la cabeza para observar hacia la parte inferior del banco de trabajo y responder:

—Tengo casi todo el cuerpo metido debajo de la mesa. Creo que sólo me sobresalen las piernas. No me duelen, pero no puedo moverlas por todo el peso de mis faldas. Puedo mover los brazos, pero temo cortarme si lo hago.

—No, niña. Túmbese ahí tranquilamente y deje que se lo quite.

—¡Christine!

Carter. Bendito sea. Estaba tan aterrorizado como ella lo había estado cuando la estantería se volcó por primera vez.

—Estoy bien —gritó mientras Ruth desaparecía de su vista. En el instante siguiente, Carter estaba allí, extendiendo la mano a través de la abertura para ahuecar su mejilla en la calidez de su mano. Ella giró la cabeza, depositando un rápido beso en la palma callosa—. De verdad, Carter —le aseguró mientras volvía a acurrucar la mejilla en el confort de su tacto—. Es sólo que no consigo salir.

—Ni lo intentes —le ordenó tajantemente, echándose hacia atrás—. Te liberaremos en un momento.

Christine hizo una mueca de dolor al verle apartar a patadas no sólo trozos de cerámica rota, sino algunas de las vasijas que de algún modo habían sobrevivido a la caída. Su corazón se hundió. Todas las vasijas. Todas las hierbas. Años de trabajo, perdidos.

—A la de tres, Michael. Uno... dos... ¡tres!

Hubo un repentino gemido de la madera, el estruendo de aún más vajilla. Trozos de plantas secas se arremolinaron en el aire y descendieron a su alrededor. Christine contuvo la respiración, preguntándose cuántas vasijas quedaban por caer. Giró la cabeza para mirar hacia atrás por encima del hombro y vio las piernas calzadas y musculosas de Carter entre los escombros. Mientras ella miraba, él se agachó, agarró una vasija en cada mano y las arrojó lejos.

—Carter —protestó ella sobre su destrozo—, por favor, no hagas más daño del que ya se ha hecho. No hay prisa. Estoy bien.

—Por la gracia de Dios, eso parece —oyó decir a Nathaniel cerca de su cabeza—. ¿Cómo demonios ha hecho caer esa estantería sobre usted, Lady Christine?

—No lo hice —replicó ella, girándose para verle ensanchar la abertura que había hecho Ruth. Por encima del ruido continuo de la cerámica rompiéndose a su alrededor, dijo—: Al menos no haciendo nada que yo sepa. Estaba trabajando en la mesa y me había dado la vuelta para ir a por vinagre cuando simplemente se volcó y se vino abajo.

—Menos mal que la mesa es robusta —observó Michael desde algún lugar, a juzgar por el sonido, cerca de Carter—. Un poco menos robusta y no le habría servido de refugio.

—Si hubiera sido menos rápida al lanzarse a cubierto —gruñó Carter—, la robustez de la mesa no habría importado.

Estaría muerta, terminó Christine en silencio para él. El estómago se le retorció y se le puso plomizo cuando una fría certeza la invadió. Decirse a sí misma que el peligro había pasado, que había sobrevivido, no alivió lo más mínimo su temblor. Tampoco reprenderse a sí misma por cobardía. Su aplomo la abandonó y se impulsó hacia arriba, repentinamente desesperada por escapar de los confines de su refugio improvisado.

Apenas había empezado a forcejear cuando Carter la recogió de entre los escombros y la acunó en sus brazos. Ella se aferró a la fuerza sólida y segura de él, hundiendo la cara en el cálido lino blanco de su camisa y en los duros planos musculosos que había debajo. La estrechó contra él y, en el remanso de su abrazo, el agarre del miedo empezó a relajarse.

—Sujétate —le dijo suavemente mientras se daba la vuelta y se abría paso entre los restos.

El movimiento la devolvió a la realidad más amplia. Estaban fuera del almacén antes de que ella pudiera hacer que las palabras que tenía en la cabeza se le escaparan de la lengua.

—Carter, esto no es necesario —protestó—. Estoy un poco maltrecha y magullada, pero soy perfectamente capaz de valerme por mí misma.

Hizo una pausa, pero en lugar de dejarla en el suelo, cambió su sujeción para que ella descansara aún más cerca de su pecho. Ella levantó la vista para ver cómo él tensaba la

mandíbula, cómo se acumulaba una tormenta en sus ojos. Su corazón empezó a acelerarse de nuevo y ella apretó los brazos alrededor de su cuello.

—Mary, ¿te ocuparás de limpiar?

—Sí, señor. Y no se preocupe, Lady Christine, salvaré todo lo que pueda.

—La mezcla para compresas —susurró Christine, recordando e intentando girarse para poder ver más allá del hombro de Carter, hacia los escombros del almacén—. ¿Sigue ahí?

Carter se quedó mirando el fardo que tenía entre los brazos, incrédulo. Casi la habían matado y ¿estaba preocupada por la compresa que había estado haciendo para Lauren?

—Ruth —dijo simplemente, acercando de nuevo a Christine y echando a andar hacia la casa.

—Me ocuparé de ello, Lady Christine —llamó la mujer tras ellos—. Y de que llegue al señor Lauren.

—Ya está —dijo bruscamente mientras subía a Christine por los escalones traseros—. Ruth se ocupará de ello. No hace falta que pienses más en ello.

—Carter —dijo ella en voz baja cuando salieron del comedor y entraron en el vestíbulo—. Ya estoy bastante avergonzada por tener que ser sacada de entre los escombros. Pero que me lleven como a una niña... Por favor, bájame.

—No. —No estaba seguro de cuándo sería capaz de soltarla. Mientras la tenía en sus brazos, podía sentir los latidos de su corazón. Era todo lo que había querido, todo lo que había esperado en aquellos primeros segundos tras llegar al almacén. Sabiendo que ella estaba inmovilizada, imaginando la carne y los huesos aplastados y destrozados... La abrazó mientras subía las escaleras, sintiendo de nuevo el alivio que le había invadido cuando había retirado los últimos escombros y ella había movido las piernas. Y como había sucedido inmediatamente después, la rabia volvió a aparecer tras los talones de la gratitud y renovó sus fuerzas.

—¿Por qué estás enfadado? —preguntó en voz baja mientras él la llevaba por el pasillo.

—Porque en este momento, podría matar —respondió con sinceridad.

—¿A quién quieres matar? ¿A mí?

Se detuvo en seco y la miró a los ojos cautelosos y preocupados.

—Dios, no. Nunca.

Ella sonrió y se relajó contra él.

—¿Entonces quién?

—Me viene a la mente Larissa —admitió, retomando el rumbo—. Lo que dices no tiene ningún sentido.

Abrió la puerta de su habitación con una mano y, utilizando el pie para cerrarla de una patada tras ellos, la llevó hasta la cama mientras le explicaba:

—Esa estantería pesa unos buenos veinticinco kilos, Christine. Sólo hay dos formas de que se haya caído. La primera es que alguien se subiera a los estantes para alcanzar algo y su peso tirara de ella.

—No me estaba subiendo a ellas. Simplemente estaba allí de pie.

—De todas formas, no pesas lo suficiente para compensar la balanza —declaró él, acomodándola en el centro de la cama de plumas. Apoyándose con una mano a cada lado de sus caderas, la miró fijamente y le dijo en voz baja—: Lo que deja la segunda alternativa como única explicación razonable. Alguien te la ha echado encima.

Ella lo consideró brevemente y luego sacudió lentamente la cabeza.

—Estuve de pie a la luz de la puerta todo el tiempo que estuve allí, Carter. No entró nadie.

—Entonces alguien estaba ahí dentro, esperando a que llegaras —dijo él—. Esperando la oportunidad de matarte.

—Por mucho que me disguste Larissa, me gustaría poder decir que fue ella. Pero no lo fue, Carter. Ella, tu madre y Carrie caminaban por los parterres cuando salí. Las dejé en la puerta trasera.

—Lauren.

Ella volvió a sacudir la cabeza y le apartó suavemente un mechón de pelo de la frente.

—Se fue a su habitación mientras aún estábamos todos en la mesa. Y por muy herido que esté, no tiene la fuerza que habría hecho falta para empujar las estanterías. Tampoco tiene la velocidad y la agilidad que habría necesitado para haber escapado del almacén y perderse de vista en el tiempo que tardaron Mary y Ruth en oír el estruendo y llegar desde la cocina.

Que Dios le ayudara, su mente estaba divagando. Deseaba con todas sus fuerzas inclinarse un poco hacia delante, besarla y volver a hundirla suavemente en la blandura de plumas de la cama.

—Michael y Nathaniel estaban conmigo en la biblioteca —dijo con fuerza, incorporándose y dando un paso atrás desde el borde de la tentación.

—Parece que no sabemos quién es el culpable —anunció ella, riendo suavemente.

Dio otro paso atrás.

—Ruth, Mary y Isaac aún no han aparecido.

—No puedes hablar en serio. ¿Ruth y Mary? Son las únicas amigas que tengo en este mundo. Además, estaban juntas en la cocina. ¿E Isaac? ¿Por qué querría Isaac hacerme daño, Carter?

—No lo haría. —El miedo que se había apoderado de él cuando Mary había entrado corriendo en la biblioteca volvió a apretarle el corazón. Miedo a algo sin nombre, sin rostro, desconocido—. Pero alguien tuvo que haberte empujado esa estantería. No se cayó sola.

Se encogió de hombros.

—Moví muchas cosas de un lado a otro buscando lo que necesitaba para la compresa. Pudo ser que sin querer desequilibrara la balanza y se volcara sola.

—Estás estirando la verosimilitud.

—¿Y tú no? —preguntó ella, exasperada—. ¿Quién, aparte de mi tío, me querría muerta? Y te recordaré que Mason Everleigh está en Inglaterra, sin duda reuniéndose frenéticamente con sus abogados.

Un reino de posibilidades completamente nuevo y mucho más aterrador se abrió ante los ojos de su mente.

—No lo sabemos con certeza.

—¿Así que crees que existe la posibilidad de que el tío Mason esté merodeando por los bosques de Kingscote, observándome, esperando una oportunidad para acabar conmigo? —Ella no le dio oportunidad de responder—. La única familiaridad de Mason Everleigh con los bosques de cualquier tipo proviene de haber pasado por uno o dos mientras cabalgaba. No tiene ni la habilidad ni la inclinación para jugar a ser cazador furtivo, Carter. Ni aquí ni en Inglaterra.

—Podría haber contratado a alguien para que lo hiciera por él —sugirió Carter, con la mente acelerada—. Él sabe dónde estás, Christine.

—Cierto —admitió ella—. Pero esa posibilidad se basa en la suposición de varias otras. La primera de ellas es que tendría que haber dispuesto que me mataran al mismo tiempo que estaba despachándome para ser su esposa. Lo que presupone que estaba al corriente de la investigación que el tribunal llevaba a cabo sobre él y de que yo sería citada a declarar en su contra. Dudo mucho que los oficiales del rey anunciaran educadamente sus intenciones con antelación para que él pudiera ponerse a tramar la desaparición de los testigos. Entonces, por supuesto, tenemos que preguntarnos por qué se molestaría en casarme contigo, Carter, cuando su mayor intención

es que me maten. Es un plan de lo más innecesario.

—No si quería poder decirle al asesino con precisión dónde encontrarte.

Ella puso los ojos en blanco y empezó a acercarse al borde del colchón. Los dobladillos de sus faldas se levantaron mientras se movía y, a pesar de su esfuerzo con una sola mano por mantenerlas bajadas, Carter se permitió una deliciosa exhibición de piernas largas y torneadas. Si ésta era la idea de Dios de ayudarle a resistir la tentación, Dios era un sádico, pura y simplemente.

—¿Te haría sentir mejor si estuviera de acuerdo contigo, Carter? —Diablos, no recordaba en qué estaban en desacuerdo.

Y si tenía que quedarse allí de pie viéndola juguetear con sus faldas un segundo más, iba a olvidar mucho más que eso. Carter dio un paso adelante, ofreciéndole las manos y diciendo:

—Permanecerás aquí, en esta habitación, con la puerta cerrada, hasta que Larissa abandone la casa. ¿Está claro?

Ella se quedó de pie frente a él, con la cama rozándole la parte posterior de las piernas, sus manos envueltas suavemente en las de él y deseando que se inclinara y la besara hasta que cayeran sin sentido sobre la cama. Que se quedara con ella hasta que Larissa se fuera. Pero era la esperanza de una tonta, el deseo de una lasciva, así que retiró sus manos de las de él y se apartó, diciendo alegremente:

—Mi vestido está hecho jirones y no tengo otro que haya sido arreglado a mi medida. Me llevará una buena hora ponerme presentable.

Parecía que le costaba tragar saliva y su voz estaba tensa cuando contestó:

—Perfecto. Aquí estás a salvo.

—Alguien podría poner una escalera contra el lateral de la casa, meterse por la ventana y atacarme —se burló ella. Su mirada se dirigió instantáneamente a la ventana y en el siguiente

latido estaba avanzando hacia ella con pasos largos y decididos—. Oh, Carter, de verdad. Estaba bromeando.

—Y yo estoy siendo precavido —replicó él, comprobando la cerradura—. Sígueme la corriente.

—Gracias por preocuparte.

Se apartó lentamente de la ventana, su mirada se dirigió a la puerta antes de volver a ella. Cuadrando los hombros y respirando hondo, dijo finalmente:

—Tengo que irme. Sin duda, los Lee están esperando un informe sobre tu estado. No sería amable hacer que se preocuparan indebidamente.

Era evidente que él no quería ir, y eso le alivió el corazón. Ella asintió en señal de comprensión y aceptación.

—Bajaré en cuanto pueda.

—Comprobaré las cerraduras de las ventanas de mi habitación antes de bajar. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, Carter. Estoy bien.

Dudó un momento y luego, con un crispado movimiento de cabeza, se dirigió a la puerta que comunicaba sus habitaciones. Ella la observó cerrarse tras él, preguntándose qué habría pasado si los Lee no hubieran estado allí. ¿Se habría quedado con ella? Si lo hubiera hecho, ¿habría tirado ella la cautela al viento e intentado seducirle?

Probablemente.

Christine suspiró y se hundió en el borde de la cama, sus piernas de repente demasiado débiles para sostenerla. ¿Por qué estar cerca de Carter dispersaba su pensamiento?

Un suave golpe en su puerta la sacó de sus cavilaciones. Se quedó mirándola, recordando

que Carter había querido que echara el cerrojo y que ella no lo había hecho. El golpe volvió a sonar, esta vez un poco más insistente que antes.

—¿Lady Christine? Soy Lauren.

Christine se levantó de la cama y cruzó hacia la puerta, sintiéndose culpable por haber estado tan absorta en sus propias preocupaciones que había olvidado por completo las de Lauren. Abrió la puerta y lo encontró apoyándose pesadamente en su bastón y ofreciéndole una sonrisa desgarradoramente dolorosa.

—Espero no haberte molestado —dijo él antes de que ella pudiera disculparse por su egoísmo.

—En absoluto. ¿Aún no te ha traído Ruth la compresa?

—Sí, hace unos minutos. Y me contó lo del accidente en el almacén. Ella quería aplicarme la compresa, pero insistí en bajar primero a tu habitación, para decirte lo terrible que me siento de que te pusieras en peligro mientras me hacías un favor.

—No hay necesidad de que sientas nada de eso, Lauren —le aseguró ella, su culpabilidad aumentando otro grado—. Los accidentes ocurren. Ahora, por favor, vuelve a tu habitación, eleva la pierna y ponte la compresa en la rodilla. Te traeré una bandeja esta tarde para que no tengas que esforzarte bajando las escaleras. Esforzarte sólo ralentizará el proceso de curación.

No hizo el menor esfuerzo por moverse.

—Eres una mujer muy amable, Christine. Ha sido por el bien de todos que Carter se viera obligado a casarse contigo.

Era un cumplido solapado si alguna vez había oído uno. Y de algún modo era muy de Lauren. Y entrañable.

—Gracias.

—Tendrás cuidado con Larissa, ¿verdad? No es el tipo de mujer que pierde con elegancia. Especialmente cuando es algo que desea tanto y ha trabajado tan duro para conseguir. La única razón por la que se casó con Ethan Wilson fue para estar a una distancia de visita casual de Kingscote.

—Tendré cuidado —prometió distraídamente, sintiendo más lástima por el difunto Ethan Wilson que miedo por Larissa—. Ahora, por favor, Lauren, vuelve a tu habitación y ponte la compresa en la rodilla. Si quieres que te ayude con ello, estaré encantada de complacerte.

—Eres muy amable al ofrecérmelo, pero puedo arreglármelas solo —contestó, apartándose de la puerta. Hizo una mueca de dolor y aspiró entre dientes. Christine se encogió de compasión y él le dedicó una sonrisa tensa, añadiendo—: Soy demasiado joven para que me afecten tanto la humedad y el frío, ¿sabes?

¿Humedad y frío? Con las cejas fruncidas por la consternación, Christine centró su conciencia en el aire que la rodeaba y descubrió que Lauren tenía toda la razón. Estaba húmedo y considerablemente más fresco de lo que ella recordaba que estaba cuando había cruzado el patio hacia el almacén.

—Estoy segura de que Mary y Isaac ya están encendiendo los fuegos de abajo —dijo—. En breve una de ellas subirá enseguida a ocuparse del de tu habitación.

—Eres una joya rara, Christine.

Christine cerró suavemente la puerta y luego apoyó la frente en la fría madera. El tiempo había cambiado y ella no se había dado cuenta. Como ama de Kingscote, era su responsabilidad vigilar que los fuegos estuvieran encendidos, que la comida que se preparaba para esta noche fuera apropiada para el tiempo. Y no había hecho nada de eso porque había estado ajena a lo que ocurría en el mundo que la rodeaba. Santo Dios. Si eso no decía algo sobre la profundidad de su preocupación por Carter, nada lo hacía. Una gema rara, en efecto. Su cerebro estaba lleno de piedras comunes.

Christine miró por la ventana para asegurarse de que el carruaje de Larissa no había partido, y luego comprobó su reflejo en el espejo cheval por última vez. Decidiendo que el vestido modificado apresuradamente era suficiente por el momento, salió corriendo de su habitación, decidida una vez más a mantener su mente firmemente concentrada en sus deberes. Apenas había llegado al vestíbulo cuando los hermanos Lee y Carter salieron de la biblioteca, sombreros en mano.

—Ah, Lady Christine —la llamó Nathaniel—. Esperábamos verla antes de irnos a casa.

—¿Se van de Kingscote? —preguntó ella, echando un vistazo por las ventanas delanteras para asegurarse de que no había perdido la noción de la hora del día como le había pasado con el tiempo—. Pero es muy tarde. ¿Por qué no esperan hasta la mañana?

—Viene un frente de tormenta del noreste —dijo Michael—. Hemos estado observando cómo se formaba la línea desde antes del mediodía.

—Aún más razón para quedarse —contraatacó ella—. Si se van ahora, estarán empapados antes de estar a más de una legua de la casa. Y dado lo fresco que se ha puesto, es probable que se mueran de frío.

Carter se escabulló entre los hermanos, diciendo mientras se acercaba a ella:

—Ésta es una tormenta que avanza lentamente, Christine. Pasarán horas antes de que llegue. —Deteniéndose frente a ella, sonrió y le tendió el brazo, añadiendo—: Y como Michael y Nathaniel cabalgarán lejos de ella, podrán vencerla fácilmente hasta casa.

Ella dudó en cogerle del brazo el tiempo suficiente para recordarse a sí misma su determinación de mantener la cordura. El tiempo suficiente para que Carter enarcase una ceja en silenciosa pregunta y desencadenase un delicioso aleteo en el centro de su pecho.

—El tiempo en esta época del año tiende a entrar y asentarse, Lady Christine —explicó Nathaniel mientras su hermano guiaba el camino hacia la puerta principal—. Si no partimos

ahora, bien podría pasar una semana antes de que tengamos otra oportunidad de viajar. Y ya hemos abusado bastante de su amable hospitalidad.

—No han sido una imposición en absoluto —protestó ella mientras Carter la acompañaba fuera de la casa siguiendo la estela de los Lee—. Hemos disfrutado mucho de vuestra compañía.

Michael se detuvo en los escalones de la entrada para hacerle una reverencia superficial y lo que sin duda era una réplica tradicional para la circunstancia.

—Como nosotros hemos disfrutado mucho de nuestra estancia en Kingscote.

—Ah, aquí viene Isaac —anunció Nathaniel cuando el hombre apareció por el lateral de la casa, conduciendo los caballos de los Lee—. Su sentido de la oportunidad es asombroso, ¿verdad?

En respuesta, Michael se volvió hacia Carter y le dijo:

—Cuando hace dos años nos dijiste que dependíamos innecesariamente de la mano de obra esclava, pensé sinceramente que habías perdido el juicio. Pero habiendo visto por mí mismo la salud de tus campos y el buen funcionamiento de tu hogar... todo logrado y mantenido con sólo la más mínima mano de obra... Si decides reintroducir tu proyecto de ley en esta sesión de la Cámara, estaría dispuesto a considerarlo.

—Yo también lo estaría —secundó Nathaniel mientras bajaba los escalones para tomar las riendas de Isaac.

Carter tendió la mano a Michael, diciendo mientras el otro hombre la agarraba:

—Gracias. Con tu apoyo, puede que esta vez sí pase.

¿Hace dos años? ¿Era ésta la ley que Ruth había mencionado? se preguntó Christine, observando cómo los Lees subían a sus monturas.

Nathaniel gritó:

—Esperamos verla en Jamestown dentro de dos semanas, Lady Christine. Acuérdese de traer sus zapatos de baile.

—Lo haré —prometió ella, saludando con la mano—. Ha sido un placer tenerles como invitados, caballeros. Siempre serán bienvenidos en Kingscote. Buena suerte y viajen con cuidado.

Michael tocó con la mano el ala de su sombrero y con los talones los ijares del caballo. Nathaniel, con un movimiento de mano más, se puso en marcha tras su hermano.

Estaban casi al final del trayecto cuando Carter dijo en voz baja:

—Pensé que nunca se irían.

—¡Carter! —rió ella.

—Bueno, es la verdad. Tengo trabajo que hacer y en vez de eso he estado haciendo de anfitrión.

Los Lee llegaron al final del camino, enroscaron sus monturas y se volvieron para saludar una vez más. Mientras saludaba a su vez, Christine observó:

—Pero parece que el tiempo ha sido bien empleado. Los Lees están dispuestos a votar a favor de tu propuesta de ley. Lo que, al parecer, no se atrevían a hacer hace dos años.

—Nadie podía. Era como si les pidiera a todos que se cortaran sus propias gargantas.

Mientras los hermanos se perdían de vista al galope, ella miró al que era su marido y decidió que no había momento como el presente.

—¿Qué les pediste?

Él suspiró y, con la mirada perdida en la distancia, respondió rotundamente:

—Que cambien la ley para permitir que un propietario de esclavos libere a sus esclavos si así lo desea. Que legalicen la manumisión.

—¿Quieres decirme que no podrías dar la libertad a Ruth y Isaac aunque quisieras? —preguntó ella, asombrada—. ¿Que hay leyes que dicen lo que puedes y no puedes hacer con tu propia propiedad? ¿Y que esas leyes las habéis hecho vosotros mismos?

Él giró la cabeza para encontrarse con su mirada y con una sonrisa apenada contestó:

—Sí. Sí. Y, sorprendentemente, sí.

—Dios mío, Carter. Simplemente deja perpleja la mente.

Volvió a mirar hacia el césped delantero de Kingscote y su sonrisa se desvaneció.

—La esclavitud es una práctica indefendible, Christine. Indefendible desde el punto de vista económico, social y filosófico. Si no nos decidimos a acabar con ella, algún día será la ruina de todos nosotros.

Ella le había juzgado terriblemente mal.

—No tenía ni idea de que te sintieras así. Creía que habías reducido el número de esclavos que poseías simplemente porque necesitabas el dinero.

—Si el dinero hubiera sido mi principal motivación —replicó él, recuperando la sonrisa apenada—, podría haber ganado mucho más de lo que hice. Vendí a mi gente sobre todo a campesinos del Piamonte. Allí tienen más posibilidades de vivir como hombres y mujeres libres. La sociedad misma no está tan atada a la ley en la frontera. —Con un pesado suspiro se encogió de hombros y añadió—: Era lo mejor que podía hacer.

Y consideró el esfuerzo como un fracaso muy personal y doloroso.

—A veces lo mejor que podemos hacer es todo lo que podemos hacer —dijo ella suavemente, tocándole la mejilla, deseando con todo su corazón tener el poder de hacer que el mundo fuera tan correcto como él quería que fuera.

Carter cubrió su mano con la suya y cerró los ojos, deleitándose en la fuerza que ella vertía

tan amorosamente en él. Con ella a su lado, ningún dolor sería nunca demasiado profundo para soportarlo, ninguna vergüenza tan condenatoria que tuviera que soportarse en silencio.

—No puedo decirte cuántas noches he pasado en vela, mirando al techo y preguntándome cómo voy a enfrentarme a Dios y explicarle por qué era dueño de mi hermanastro. —Abrió los ojos para mirarla—. Ése sería Isaac, por si aún no has adivinado la verdad.

—Lo he hecho —respondió ella suavemente—. Y creo que Dios sabrá lo que hay en tu corazón, Carter. Él sabe los esfuerzos que has hecho para cambiar la situación.

Obviamente, ella creía que el Hacedor era una deidad mucho más atenta y amable que él.

—¿Cómo dice el refrán? ¿El camino al infierno está pavimentado con buenas intenciones?

—No creo que se aplique en esta situación —respondió ella, sonriendo—. Además, los hermanos Lee están dispuestos a ayudarte a marcar la diferencia. Esta vez tendrás éxito, Carter. Y si hay algo que pueda hacer, sólo tienes que pedírmelo.

—Ya lo has hecho. —Le quitó la mano de la mejilla y le estampó un beso en la punta de los dedos—. Has demostrado a Michael y a Nathaniel que se puede dirigir un hogar sin un ejército de esclavos.

Su sonrisa se ensanchó y no hizo ningún intento por apartar su mano de la posesión de él.

—No es a los hombres a quienes tienes que convencer de esa posibilidad en particular. Son a sus esposas.

—Y confío plenamente en tu capacidad para convencerlas a ellas también. Yo expondré el caso en la Cámara de los Burgueses, y tú puedes hacerlo tomando el té. ¿Te parece justo?

—Me parece justo, Carter. Haré lo que pueda. —Parpadeó y una sombra pensativa tiñó los bordes de su sonrisa—. Supongo que tendré que bordar algo en el transcurso de mi misión, ¿no?

Recordó aquel primer día, el viaje en carruaje desde Jamestown y la vehemencia con la que

ella había declarado su aversión por los pasatiempos femeninos tradicionales.

—Es más que probable —admitió, sonriendo.

—Sólo por ti, Carter —susurró ella, con los ojos brillantes—. No bordaría de buena gana para ningún otro hombre en la tierra.

¿Hasta qué punto era especial? se preguntó Carter, con los latidos de su corazón martilleándole de repente en los oídos.

—¿Ayuda saber que estoy muy agradecido? —le preguntó, deslizando lentamente el brazo alrededor de su cintura y atrayéndola más cerca.

—Sí, ayuda.

Volvió a llevar las yemas de los dedos de ella a sus labios, observándola mientras emplumaba otro beso sobre ellos. A ella se le cortó la respiración y se inclinó hacia él, separando los labios y posando ligeramente la mano libre sobre su corazón palpitante. Hazme el amor, Christine.

Bruscamente, ella giró la cabeza y frunció el ceño. Con los hombros caídos, preguntó:

—¿Es David Miller el que viene por el camino?

Ahogó un gruñido de frustración y miró hacia el camino de entrada, sólo entonces oyó el estruendo de los cascos.

—Sí, maldita sea. —Dios todopoderoso. ¿Alguien había puesto un cartel en alguna parte invitando al mundo entero a acampar en Kingscote?

Ella se apartó de sus brazos, diciendo:

—Te dejaré con la bienvenida mientras voy a decirles a Ruth y Mary que aún no hemos terminado de dispensar hospitalidad. ¿Crees que se quedará esta noche?

—Es más que probable —respondió morosamente.

Ella dijo suavemente:

—Lo siento —y luego entró en la casa. Él la vio marchar, con el pecho dolorido por una extraña especie de deseo, la garganta rasposa y apretada. Y por debajo de las sensaciones físicas, enterrada en lo más profundo, estaba la sensación de que algún gran y glorioso tesoro yacía justo más allá de su alcance. Que cualquier cosa y todo lo que un hombre pudiera desear sería suyo si tan sólo tuviera la sabiduría de poner un nombre al premio y el valor de dar un paso al frente y cogerlo.

Capítulo 20

Las gotas de lluvia aporreaban las ventanas mientras, a lo lejos, brillaban los relámpagos y retumbaban los truenos en respuesta. Christine se acomodó de nuevo en su silla, con la copa de vino en la mano, pensando que realmente había sido una comida encantadora. Ruth y Mary se habían superado y la comida había estado divina. Carrie y la señora Tremayne habían alegado articulaciones doloridas justo después de que se hubiera desatado la tormenta y, al igual que Lauren, habían tomado su banquete vespertino en la intimidad y comodidad de sus habitaciones.

Era algo, había decidido Christine durante el plato de sopa, que iba a animarlas a hacer más a menudo. Había sido bastante agradable no tener a Carrie monopolizando las conversaciones y lanzando improperios. Y aunque la señora Tremayne era un encanto, había sido un alivio pasar una comida sin tener que pastorear sus ilusiones y sensibilidades.

La mirada de Christine se dirigió a su invitado, que en ese momento y para aparente diversión de Carter, intentaba hacer rebotar un chelín de la superficie de la mesa y depositarlo en su copa de vino vacía. Era difícil creer que este David Miller fuera el mismo hombre que tan sombríamente ocupaba un despacho de abogados en Jamestown.

El chelín no alcanzó el vaso y saltó por el lino blanco hacia Carter, que lo cogió al vuelo y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, en el mismo instante en que la puerta del mayordomo se abría de golpe. Acto seguido David se puso en pie de un salto.

Ocultando su sonrisa alrededor del borde de su copa de vino, Christine esperó el siguiente acto de la deliciosa representación. El primer acto había comenzado en el instante en que Mary había traído la sopa. Mientras ella había empezado a servir, David había pateado no tan sutilmente a Carter en la espinilla para iniciar una introducción. Mary se había sorprendido, pero manejó el momento decididamente poco convencional con aplomo.

El segundo acto había comenzado con la retirada de los platos de sopa y el servicio de la ensalada. En el transcurso de la misma, David había establecido que ambos eran solteros y que actualmente no tenían pareja. Mary se había sonrojado, había desestimado su evidente interés con un giro de ojos y le había robado miradas cuando creía que no la miraba. Él la había pillado todas las veces, y cuando finalmente escapó, su cara se había sonrojado aún más.

El tercer acto había sido durante la retirada de los platos de ensalada y el servicio del plato principal. David se había limitado a sonreír y observarla trabajar. Mary había intentado —y fracasado estrepitosamente— ignorarle.

Cuarto acto... el postre. David le había dicho líricamente a Mary que cualquier mujer capaz de preparar una tarta de limón tan deliciosa merecía la llave de su corazón. La cual él estaba gustosamente dispuesto a entregar en el acto. Mary se había detenido en la puerta, le había dicho que podía apreciar tal devoción y le había prometido presentarle a Ruth.

Y ahora Mary había vuelto. Si David no quería que la velada fuera un desperdicio de flirteo persistente, iba a tener que tomar medidas decisivas en los próximos uno o dos minutos. Sólo quedaban por recoger los platos de postre, los cubiertos y dos copas de vino vacías. Mary no tardaría en recogerlo todo y marcharse.

Christine miró a Carter, que estaba sentado con los codos apoyados en la mesa, observando la escena con evidente interés. Su mirada se deslizó hasta la de ella y le dedicó una de sus sonrisas de infarto.

1Permítame que la ayude a sacar estas cosas, señora O’Neill.

Christine apartó su atención de Carter para encontrar a David sosteniendo la bandeja de servir de Mary. Mary se puso al otro lado, intentando quitársela.

—No es necesario, señor Miller —protestó—. Y tampoco es apropiado. Un invitado no lleva sus propios platos a la cocina.

Él sonrió y tiró de la bandeja.

—No soy un invitado. Soy uno más de la familia. Y si cree que prefiero la compañía después de cenar de Carter antes que la de una bella muchacha irlandesa, entonces deberíamos aprovechar esta oportunidad para que me conozca mejor.

Carter se rió.

—Deja que te ayude, Mary. Pero ten a mano esa cuchillo.

—No necesitaré ninguna cuchillo, señor Carter —replicó la irlandesa, soltando su reclamo sobre la bandeja—. Tendré a una honrada Ruth a mi lado. No se saldrá con la suya.

David, todo inocencia, liberó una mano para presionarla sobre su corazón.

—¿Indecoroso? ¿Yo? Le aseguro, la señora O'Neill, que mis intenciones son puramente honorables.

—Oh, y es la primera vez que oigo esas palabras —se burló Mary, abriendo de un empujón la puerta del mayordomo. Pasó junto a ella con la bandeja cargada y ella la siguió, añadiendo—: Tenga cuidado de que los cubiertos no se resbalen de los platos de ahí, señor Miller. No quiero pasarme horas en busca de un tenedor que se ha perdido porque usted tenía los ojos desorbitados.

La puerta se cerró tras ellos y entonces sólo se oyó el sonido del viento, la lluvia y el retumbar de un trueno cercano. Christine dio un sorbo a su vino, sintiendo la mirada de Carter rozándola y deleitándose con la caricia.

—Parece que nos han dejado solos —dijo en voz baja, con su voz cálida y aterciopelada, y

su sonrisa estrafalaria aún en su sitio. Se levantó de la silla y se acercó a ella, añadiendo—: ¿Qué le gustaría hacer con nuestra velada, señora Tremayne?

Ver adónde nos puede llevar un beso. La razón le recordó al instante que les llevaría a una unión permanente que le costaría todo. Su corazón le prometió que el amor haría que no sólo sus cuerpos fueran uno, sino también sus mentes. Si ella tenía el valor de dar un salto de fe.

—Quizá podría leerme alguno de los sonetos del señor Shakespeare.

—Quizá no —contraatacó él al instante, con los ojos brillantes y una sonrisa que se ensanchaba mientras le tendía la mano—. Piense en otra cosa.

Hacer el amor. Ella puso su mano en la de él. Su corazón —y la razón— se fueron con ella.

Poniéndola de pie, él susurró:

—Algo un poco decadente. Quizá incluso un poco perverso.

Toda la noche.

—Estoy pensando —titubeó ella, sorprendida por la dirección infalible de sus pensamientos. La luz diabólica que se encendió de repente en sus ojos la envalentonó lo suficiente como para confesar—: Pensamientos muy indecorosos.

Con la mano libre, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó la moneda que le había quitado a David.

—Un chelín si los comparte conmigo.

—Oh, valen mucho más que eso, señor.

—Podría estar dispuesto a pagar un soberano —contraatacó, con un filo deliciosamente lobuno en su sonrisa—. Si estuviera dispuesto a darme una pequeña muestra para asegurarme de que vale la pena encontrar la moneda.

¿Me daría su corazón? ¿Su amor?

—No es tu dinero lo que necesito, Carter.

Se rió suavemente.

—Eso está bien. Porque no tengo. —Arrojó a ciegas la moneda de David sobre la mesa, luego le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia él—. Sin embargo —murmuró—, parece que recientemente he adquirido mucha esperanza.

—¿Sobre qué? —preguntó ella, deslizando sus manos hacia arriba y por encima de los hombros de él para deshacer descaradamente el lazo de su nuca. Él no dijo nada, y en su silencio deslumbrado y sin aliento, ella se volvió aún más valiente. Dejando caer el lazo, enhebró los dedos en la sedosa calidez de su cabello oscuro—. ¿Esperanza sobre qué, Carter? —volvió a preguntar.

—Sobre la vida —susurró él, mirándola, con sus ojos oscuros de asombro y aprecio—. Christine, quiero...

Ambos se sobresaltaron al oír el estruendo y se giraron al unísono hacia el sonido. La puerta principal de Kingscote estaba abierta de par en par, con el viento y las hojas y la lluvia y una Larissa Wilson empapada soplando a través de ella.

—¡Maldita sea!

Sí, pensó Christine. Carter había resumido perfectamente sus propios pensamientos. Nunca en toda su vida había resentido tanto una intrusión.

—¡No puedes rechazarme! —gimió Larissa desde el umbral, con el agua goteando por todas partes y encharcándose alrededor de sus pies—. Simplemente no puedes. El tejado de Wilson Hall gotea como un colador. Hay agua por todas partes. Todas mis cosas se están arruinando. No podría soportar verlo.

Carter gruñó en voz baja:

—Bueno, Dios no quiera que se quede allí y se esfuerce por salvar lo que pueda.

—Es demasiado tarde para que regrese esta noche —observó Christine en privado—. Tendremos que ser amables al respecto.

Carter volvió a maldecir, pero ella le ignoró y se deslizó hacia delante con una sonrisa fingida y palabras tranquilizadoras.

—Siento mucho su pérdida, señora Wilson. Por supuesto que es bienvenida a pasar la noche aquí. Y por la mañana iremos todos a Wilson Hall y veremos qué podemos hacer para salvar sus posesiones. Estoy segura de que, a la luz de un nuevo día, las cosas no parecerán tan desastrosas como esta noche.

—Estoy empapada hasta los huesos —declaró, alisándose el corpiño hacia abajo. Le había quedado ajustado cuando estaba seco, y ahora se ceñía a sus pechos más que amplios.

Carter, aparentemente arraigado al suelo del comedor, se permitió otra ronda de maldiciones murmuradas. Christine cogió una lámpara de vela de la mesa del vestíbulo y se dirigió hacia las escaleras, diciendo:

—Entonces vamos a ocuparnos de que se instale en una habitación de invitados para que pueda cambiarse y ponerse algo seco. Estoy segura de que podemos encontrarle algo.

—Carter —la interrumpió Larissa ronroneando—, sé bueno y envía a tu hombre a ayudarme con mi equipaje. Necesitaré que me traigan el baúl de cuero azul enseguida.

¿La mujer se había tomado el tiempo de empaquetar su ropa antes de huir de su casa inundada? Christine se detuvo en las escaleras y miró por encima del hombro, incrédula. Se quedó aún más estupefacta al ver a Larissa de pie en el umbral de la puerta con la falda levantada hasta un punto escandaloso y escurriéndose el agua. Carter, con la barbilla baja y las manos empuñadas a los lados, se dirigía a grandes zancadas hacia la mujer. Christine estaba a punto de gritar, de rogarle que no le hiciera daño, cuando él alteró su rumbo lo justo para evitar atropellarla mientras salía furioso de la casa. Larissa miró tras él, con una sonrisa de satisfacción tocando las comisuras de sus labios.

Christine reprimió su ira lo mejor que pudo.

—Por aquí, señora Wilson —dijo secamente. Señaló hacia lo alto de la escalera, y Larissa tuvo la delicadeza de acceder a lo que era una orden obvia.

Mientras Larissa la seguía, Christine se reprendió en silencio por su descortesía y luego hizo un deliberado y valiente esfuerzo por ser un poco más cordial.

—Espero que no le importe que la alojemos en la habitación contigua a la del señor Miller. Los hermanos Lee se fueron hace unas horas y no hemos tenido tiempo de preparar otras habitaciones para huéspedes.

—Siempre que haya un cerrojo resistente en la puerta de conexión.

¿Larissa pensaba que David se colaría e intentaría seducirla?

—No creo que deba preocuparse —respondió ella, incapaz de mantener reprimida su diversión—. El señor Miller parece estar desarrollando un interés por Mary. Más bien sospecho que pasará la mayor parte de la noche en la cocina cortejándola.

—¿Un abogado cortejando a una sirvienta contratada? —se burló Larissa—. ¿Una vulgar sirvienta de cocina?

Hospitalidad, se recordó Christine. Hospitalidad cordial.

—No creo que la noción de clase social signifique mucho para el señor Miller. Me parece un hombre de mente muy abierta.

—Cualquier hombre que pueda cortejar al dinero y decida no hacerlo es un tonto.

—Algunas personas simplemente no valoran la riqueza tanto como otras —señaló Christine, sabiendo incluso al hacerlo que la observación caía en saco roto.

—Bueno, Carter ciertamente no es una de ellas —afirmó Larissa, riendo—. El dinero le importa a Carter más que cualquier otra cosa en la tierra.

No, no lo era, pero la ignorancia de Larissa jugaba a su favor. Deteniéndose, Christine abrió la puerta de la habitación de invitados, luego se volvió y le entregó a Larissa la lámpara de vela mientras decía:

—Espero que el alojamiento le resulte satisfactorio. Estoy segura de que su equipaje subirá en breve. Buenas noches, señora Wilson.

—Quiero que me traigan té caliente lo antes posible —anunció Larissa, sin hacer el menor esfuerzo por apartarse del camino de Christine o entrar en la habitación—. Y unos bollos. Con nata cuajada y mermelada de fresa. Estaba demasiado angustiada para pensar siquiera en comer antes de dejar Wilson Hall.

No estabas demasiado angustiada; estabas demasiado ocupada haciendo las maletas para mudarte a Kingscote. Vete al infierno, Larissa. Y llévate tus bollos, tu nata coagulada y tu mermelada de fresa. Christine rodeó a la mujer y se alejó respondiendo con firmeza:

—Veré qué se puede hacer. —Majestad.

Se encontró con Isaac y el baúl azul cuando subían las escaleras.

—Está tan enfadado como un toro con espolones —murmuró mientras ella pasaba.

—Bien. Iré a ayudarle —replicó ella, continuando su camino, furiosa. Había una enorme pila de troncos empapados y goteantes en el centro del suelo del vestíbulo, y aunque Carter no aparecía por ninguna parte, ella podía oírle maldecir por encima del rugido del viento y la lluvia. Miró hacia la oscuridad, y sólo vio el chaparrón y al cochero luchando por liberar a los pobres caballos empapados de sus arneses.

Siguió adelante, sabiendo que no podía hacer nada por el momento para ayudar a Carter a arrastrar las cosas. Y el Señor sabía que ella tampoco sería capaz de calmarle. Su propia ira ardía con la misma intensidad. Juntos, asesinarían alegremente a la viuda Wilson.

La lluvia era fría, fuerte y azotada por el viento. Y ella no sólo estaba empapada sino que

juraba en voz alta para cuando arrastró sus faldas empapadas y embarradas por la puerta de la cocina.

Ruth, Mary y David estaban tranquilamente sentados frente al fogón, con las tazas de té en la mano. Los tres se giraron a su entrada, con la boca abierta. David se recuperó primero, poniéndose en pie y diciendo:

—Dios mío. Está empapada. Literalmente empapada.

—Larissa Wilson ha vuelto —anunció Christine, avanzando sobre la mesa de trabajo central y el servicio de té sentado sobre ella—. El tejado de Wilson Hall tiene goteras y está demasiado espantosamente húmedo para que Su Alteza se quede allí esta noche. Quiere que le suban inmediatamente té caliente y bollos con nata cuajada y mermelada de fresa.

—¿Bollos? —repitió Mary, casi ahogándose—. ¿Quiere que le preparemos bollos a estas horas de la noche?

—Lo que la Princesa quiere —espetó Christine, poniendo en la bandeja una cesta de galletas sobrantes de la cena—, y lo que la Princesa va a obtener son dos cosas muy diferentes. Estará contenta de recibir té tibio y galletas frías, o puede arrastrar ella misma y su equipaje de vuelta a Wilson Hall.

—La Princesa no está aquí para tomar té y bollos —anunció David con calma, poniendo su taza de té sobre la mesa—. Está aquí por Carter. ¿Dónde está él?

Christine, aceptando una taza y un platillo limpios pero utilitarios de Ruth, respondió:

—En este momento, está sacando de la lluvia el considerable guardarropa de Su Majestad. Y no está muy contento con ello, debo añadir.

David cruzó hacia la puerta y cogió una lona de piel de aceite. Cuando Christine se dirigió hacia él con la bandeja, miró más allá de ella y sonrió.

—Las necesidades de la amistad requieren que te deje un rato, mi querida Mary. Pero

mantén una luz encendida para mí. Volveré en cuanto tenga a Carter arropado en la solitaria seguridad de su habitación.

Con David a su lado y sujetando la lona sobre sus cabezas, Christine salió de nuevo a la noche y a la tormenta. No se podía gritar por encima del viento, así que esperó a que hubieran entrado en la braga del mayordomo y cerrado la puerta para decir:

—Carter no necesita ayuda.

Tirando la lona a un lado, David se apresuró a abrir de un empujón la puerta del comedor.

—De acuerdo. Necesita a alguien que le vigile el flanco. Larissa Wilson podría haber enseñado a los troyanos un par de cosas sobre ataques sorpresa.

Consiguió esbozar una sonrisa, la primera desde que la mujer había irrumpido en la casa y destrozado el momento mágico con Carter. En el vestíbulo encontraron una montaña de equipaje rodeada por un estanque de agua. Isaac y otro hombre de piel oscura estaban utilizando sábanas y escobas en lo que parecía un intento en gran medida inútil de evitar que el estanque se convirtiera en un lago.

—Isaac —empezó David—, ¿sabes por casualidad dónde...?

—En la biblioteca, señor —respondió el otro sin levantar la vista de su tarea—. Y le advierto...que está de un humor de oso.

—Es comprensible —concedió David, cuadrando los hombros mientras consideró el pasillo que conducía a la guarida del amo.

—Entregaré el té —prometió Christine—, me pondré ropa seca y luego te relevaré de tus deberes protectores para que puedas volver con tu queridísima Mary.

—Realmente no le importa, ¿verdad? Tiene la sonrisa más hermosa y un delicioso sentido del humor.

—No me importa en absoluto, David —le aseguró ella mientras se dirigía decidida hacia las escaleras—. De hecho, estáis muy guapos juntos. Y vosotros dos habéis sido definitivamente el punto culminante de nuestra velada.

—Eso no es decir mucho, ya lo sabes.

Sí, lo sabía. Sostener sus faldas encharcadas por encima de los tobillos mientras subía la bandeja por las escaleras puso a prueba el poco buen humor que David le había proporcionado. Estaba bastante agotado cuando llegó a la puerta de Larissa. Llamó y esperó lo que pareció una eternidad antes de oír a Larissa darle permiso para entrar. La mujer estaba sentada en el borde de la cama, vestida con una bata diáfana y cepillándose el pelo largo hasta la cintura.

—Té según su petición, Lady Larissa —anunció Christine, colocando la bandeja sobre la pequeña mesa que había justo al otro lado de la puerta—. Y unas galletas.

—Detesto las galletas. Son secas e insípidas. Quiero bollos.

Christine hizo una pausa, con la mano en el pomo de la puerta.

—Como mi madre me recordaba a menudo, los mendigos no pueden elegir. Quizá el desayuno sea más de su agrado. Se servirá a las siete. En el comedor. Esperamos verla allí. Hasta entonces, señora Wilson felices sueños.

Larissa escupía indignación sin palabras cuando Christine salió y cerró la puerta. Sonriendo, avanzó por el pasillo, decidida a deshacerse del frío, pesado y húmedo vestido tan pronto como pudiera. Y como no había otro vestido arreglado y listo para ser usado, no le quedó más remedio que ponerse los calzones y la camisa de lino. Iba a estar cómoda cuando bajara a la biblioteca y mandara a David a la cocina. Y si a alguien le importaba su aspecto o las convenciones que desafiaba, a ella no le importaba. Había sido un día muy largo y muy duro; se merecía un poco de tranquilidad y un poco de tolerancia a la excentricidad.

El fuego se había encendido en su habitación hacía horas, y en su ausencia había ardido

hasta convertirse en brasas palpitantes. A la tenue luz añadió rápidamente varios trocitos de leña y luego se dedicó al interminable proceso de despojarse del vestido y las enaguas. Recogiendo la masa empapada de tela, lo llevó todo hasta el armario, abrió la puerta de un tirón y lo arrojó sin ceremonias en el cesto de mimbre.

Con una sonrisa de expectación, se agachó y abrió el cajón inferior. Las yemas de sus dedos apenas habían tocado la suave piel de ante de sus calzones cuando se produjo el impacto, arrancándole un grito de sorpresa de la garganta y haciéndola caer de cabeza contra el armario. Su cabeza golpeó la pared trasera del armario de roble con fuerza suficiente para aturdirla momentáneamente, y en esos segundos en los que arriba parecía abajo y dentro parecía fuera, un par de manos la agarraron por los tobillos y la hicieron girar. Aterrizó, sin aliento y aturdida de nuevo. Y entonces no hubo nada más que oscuridad y el sólido y resonante chasquido de un pestillo. A ciegas, se puso de rodillas y deslizó frenéticamente las manos por las paredes de madera del armario que se había convertido en su prisión. Encontró los paneles de la puerta con bastante facilidad, pero por más que buscó o rezó no encontró ningún pestillo interior.

De repente, la ira sustituyó a la desesperación que la había llevado hasta ese punto. Conteniendo la respiración, apretó el oído contra la madera y se esforzó por oír algo del mundo más allá de los confines de su fría y oscura celda. ¿Quién estaba ahí fuera? ¿A quién le parecía divertida esta vil travesura?

No oyó ninguna voz, ni pasos. Sólo varios golpes sordos y luego, media docena de latidos más tarde, el pesado tintineo de metal cayendo contra metal. En el silencio que siguió, Christine frunció las cejas, sabiendo que los sonidos le eran familiares pero incapaz de atribuirles un objeto o una acción.

Entonces percibió una pequeña bocanada de humo y lo supo.

Golpeando las puertas con ambos puños, Christine gritó llamando a Carter con todas sus fuerzas, con toda su esperanza.

Capítulo 21

Carter dio un enorme sorbo a su brandy, volvió a dejar el vaso de golpe sobre la encimera de la mesa y luego, inclinándose para quitarse la bota encharcada, reanudó su larga perorata justo donde la había dejado.

—Suficiente maldita ropa para ir a Inglaterra y volver cuatro veces. Jesús. Mi madre y mi tía Carrie no viajan con tanto maldito equipaje. Juro que se ha traído hasta la última puntada que tiene.

La bota se soltó por fin y la arrojó hacia la chimenea y el mate que la había precedido. Ya salía vapor del otro. Así como de su chaqueta que había dejado caer sobre la pila de leña.

—Sea usted tan amable —imitó, arrancándose el faldón de la camisa de la cintura—, 'y envíe a su hombre a ayudar al mío con mi equipaje. —Hizo una pausa para beber otro trago y fulminó a David con la mirada—. Como si pudiera pedirle a Isaac que se metiera en la tormenta y luchara con sus malditos baúles mientras yo me quedaba dentro bien seco y observándole.

—Sólo crees que estás enfadado —dijo David, dando vueltas a su brandy en la copa—. Tendrías que ver a tu mujer, Carter. No me sorprendería en absoluto que Larissa acabara llevando una tetera por sombrero.

Carter se hundió en la silla, sus rodillas de repente demasiado débiles para mantenerle erguido.

—¿Qué ha pasado?

—Larissa quería una tetera, bollos, nata cuajada y mermelada de fresa. Christine entró en la cocina como una furia, golpeando cosas y llamando a Larissa Princesa y Su Majestad y amenazándola con mandarla de vuelta a Wilson Hall. —Se acabó la bebida, suspiró y sonrió—. Y por si te lo preguntas, Larissa se llevó lo que quedaba de una tetera que Ruth había preparado para las tres y las galletas que no comimos en la cena. ¿Otro brandy?

—Todavía no. Sírvete tú mismo. —Levantó su copa con una sonrisa, complacido por el fogoso espíritu de Christine.

—¿Qué vas a hacer con Larissa?

—Sinceramente, no lo sé —admitió Carter, desvaneciéndose su sonrisa—. Supongo que tendré que pensar en algo más allá de esperar que la tierra se abra y se la trague. Ojalá supiera por qué insiste tanto en perseguirme. Difícilmente soy la presa más preciada de Virginia.

—Es leal hasta el tuétano. Tal vez espera espiar para el Rey y el país algún día.

Christine era una lealista. No, eso no era del todo correcto. Ni tampoco era justo. Christine no era una seguidora ciega, que ondeaba la Union Jack y cantaba «Dios salve al Rey» sólo porque había nacido inglesa y se esperaba eso de ella. Sus objeciones a la rebelión colonial eran sólidamente filosóficas. Y humanitarias. Entendía por qué se sentía así, por qué no podía permanecer a su lado y proclamar que la lucha valía el precio de miembros y vidas. Ella había sufrido de forma muy personal, muy cotidiana, las consecuencias de la voluntad del hombre de tomar las armas.

Si tan sólo tuvieran más tiempo. Entre seis meses y un año era todo lo que necesitaría Christine para darse cuenta de que su espíritu era más colonial que inglés, que había principios más valiosos que la paz. Las colonias necesitaban mujeres como ella. La necesitaba. No para dirigir Kingscote. Diablos, Kingscote podría arder hasta los cimientos y no le importaría demasiado. No era la casa lo que importaba, sino la vida dentro de ella. Y Christine era el

corazón de la misma. Si ella se marchaba, Kingscote volvería a ser un asilo frío, sin vida y sin alegría. Y él volvería a temer cada amanecer y a esperar una noble excusa para morir.

Pero, ¿cómo conseguir que ella viera que éste era su lugar? No había nada que pudiera ofrecerle en forma de incentivos tradicionales. Ninguna mujer en su sano juicio elegiría una pobreza inminente, unos suegros dementes y una revolución en ciernes antes que la serenidad y la estabilidad de la vida en una casa de campo inglesa.

Y finalmente ella sería libre de casarse con otro porque no había una maldita cosa que él pudiera hacer para mantenerla casada con él. Anulación, demonios. Si Larissa Wilson no hubiera irrumpido por la maldita puerta, una anulación habría sido un imposible hacía una hora. Sin embargo, Larissa sólo había retrasado lo inevitable, y él lo sabía. En cuanto pudiera deshacerse de David, iba a encontrar a Christine, empezar de nuevo la seducción y disparar a cualquiera que se le ocurriera interrumpirla.

El por qué ella estaba dispuesta a ser su amante estaba más allá de él; no tenía ningún tipo de sentido racional. Pero estaba claro que ella lo estaba y él no tenía la capacidad de resistir la tentación por los dos.

—Carter, cariño.

Levantó la vista, se le heló la sangre incluso antes de que pudiera enfocar claramente a Larissa. Se convirtió en hielo cuando lo hizo. Ella estaba de pie en el umbral de la puerta, con una bata casi transparente ceñida holgadamente a la cintura y su cabello oscuro cayendo en ondas sobre sus hombros.

—No —dijo bruscamente, sabiendo exactamente por qué estaba allí—. La respuesta es no.

Ella se deslizó hacia él, ronroneando:

—Pero si aún no has oído mi oferta.

—No quiero oírla —declaró él, poniéndose en pie—. Vuelve a…

—Entonces no me dejas otra opción que mostrártelo.

—No me interesa lo que…

El envoltorio se abrió con sólo tocarlo y al instante cayó al suelo a sus pies. Ya estaba echándose hacia atrás, ladrando:

—¡Jesucristo, Larissa! ¡Ponte la ropa! —Cuando ella extendió los brazos para mostrar mejor la mercancía que vendía.

—Personalmente —dijo David—, preferiría que no lo hiciera.

Dios, se había olvidado de que David estaba allí. Carter se hundió de alivio incluso cuando Larissa jadeó y cogió su bata. Agarrándola por delante, dio un pisotón con el pie descalzo y chilló:

—Debería haber hecho notar su presencia, señor.

David sonrió de oreja a oreja.

—He estado aquí de pie todo el tiempo. No es que haya pasado tanto tiempo, fíjese. Unos cuatro o cinco segundos como mucho. Los dos últimos de los cuales me he quedado absolutamente sin habla. —Se volvió hacia Carter y levantó su copa en señal de saludo—. Estoy realmente muy impresionado, Carter. No tenía ni idea de que una mujer pudiera desnudarse tan rápidamente. Y no tuviste que hacer nada salvo protestar.

Larissa volvió a dar un pisotón y ordenó:

—Déjanos, hombre odioso.

—¿Y perder la oportunidad de aprender de un maestro? —contraatacó David, riendo mientras cogía una botella—. Ni una manada de caballos salvajes podrían arrastrarme de aquí. Estaré tan tranquilo que ni siquiera sabrás que estoy aquí. ¿Listo ya para el siguiente brandy, Carter?

Carter tendió su copa para que la llenara mientras se encontraba directamente con la mirada de Larissa.

—Lo poco que hubo entre nosotros se acabó, Larissa. Hace meses que hemos terminado. Acéptalo y deja de avergonzarnos a los dos.

—Ya está. Todo arreglado —anunció David alegremente mientras se alejaba—. Estaré por aquí si necesitas más.

Larissa se acercó y bajó la voz a un susurro conspirador.

—No seas tonto, Carter. Tengo mucho que ofrecerte. Dinero, tierras, esclavos. Todo lo que puedas desear.

—No quiero tu dinero. —La miró fijamente de arriba abajo antes de arquear una ceja y añadir—: Ni nada de lo que me ofreces. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Gruñendo sin pronunciar palabra a través de sus dientes apretados, tanteó con su envoltorio. No fue hasta que encontró las mangas y estaba metiendo los brazos en ellas que encontró también su voz.

—Te obligaron a casarte con Christine porque no podías pagar la deuda de Lauren. No le debes fidelidad, Carter. Y desde luego no le debes un matrimonio de verdad. No la amas y no la quieres para nada más que un revolcón rápido. Admítelo.

Carter se echó a la garganta todo el contenido de su copa. Le abrasó por completo, le quitó el aliento y le llenó de un fuego que momentáneamente ardía más brillante y ardiente que su ira. Cuando el borde más agudo se desvaneció, controlaba marginalmente sus impulsos.

—Lo que hay entre Christine y yo es asunto nuestro, no tuyo —declaró—. No voy a discutirlo contigo. Ni ahora. Ni nunca.

—No tengo el menor interés en hablar, Carter —pronunció Larissa justo antes de dar media vuelta y marcharse, con los hombros cuadrados y la nariz bien alta.

Si hubiera tenido la cabeza bien puesta, le habría ordenado que saliera de la casa en ese mismo instante. Pero la idea de ir tras ella para emitir la orden ahora... No, sería mucho más magistral emitirla a la clara y fresca luz de la mañana.

—Bueno —dijo David en voz baja, secamente—, ése fue ciertamente un intercambio interesante.

—Tengo que encontrar a Christine —replicó, pasándose los dedos por el pelo aún húmedo —. No debería dejarla sola. No confío en Larissa.

—Christine se empapó al salir a la cocina. Probablemente aún esté en su habitación, poniéndose ropa seca. Y hablando de la cocina... Le prometí a cierta muchacha encantadora que volvería. También le prometí a una mojada e indignada inglesa que te entregaría a su protección antes que yo. —David se acercó a la puerta e indicó el pasillo que conducía al vestíbulo y a las escaleras—. Así que si eres tan amable de venir por aquí...

Carter le rozó el hombro al pasar junto a él, diciendo:

—Puedo llegar hasta lo alto de la escalera y bajar al vestíbulo sin escolta.

—Soy un hombre de palabra —contraatacó su amigo mientras se colocaba detrás—. Y Larissa podría estar acechando en las sombras, esperando para saltar y apretar su forma suave y núbil contra los planos esculpidos de tu...

—Oh, cállate.

La risa de David fue un bálsamo, sin duda ayudada por el repentino impacto del brandy que casi había inhalado. A mitad de la escalera, la opresión de su pecho empezó a aliviarse lo suficiente como para que pudiera exhalar por completo. Abriendo los puños, flexionó las manos, obligando a la sangre a fluir de nuevo hacia sus dedos.

En lo alto de la escalera, aminoró la marcha y luego se detuvo, agarrando a David por el brazo y manteniéndole mientras intentaba averiguar qué era aquello que le erizaba el vello de la

nuca. Había estado ahí y luego había desaparecido. Escuchó algún sonido, respirando lenta y profundamente para poder oír mejor. Casi se había dado por vencido cuando saboreó la acre nube.

—¿Hueles a humo? —preguntó, con el corazón martilleándole mientras miraba rápidamente a lo largo de ambas alas en busca de los más mínimos signos de fuego. No vio nada. Ni siquiera la tenue luz habitual que salía por debajo de las puertas a esta hora de la noche.

—Dios, sí, ahora que lo mencionas, lo huelo.

¿No había dicho David que Christine se estaba cambiando de ropa? ¿Lo haría en la oscuridad? Luchando contra una creciente marea de aprensión, recorrió el pasillo que lo albergaba a él,

Christine y Lauren, diciendo:

—Tú revisa las habitaciones de la izquierda y yo las de la derecha.

Se dirigió directamente a la puerta del dormitorio de Christine, vagamente consciente del bajo rumor de la voz de David tras él.

—¡Christine! —llamó, golpeando lo bastante fuerte como para hacer vibrar el marco. No hubo respuesta y agarró el pomo, lo giró y empujó. La puerta no se movió y una espantosa certeza le embistió el corazón en la garganta.

Corrió hacia su propia puerta, abriéndola de par en par y corriendo hacia la puerta que comunicaba su habitación con la de Christine. Habían echado el cerrojo y metido una tira de algo grumoso y blanco en la rendija del borde inferior. Apartó esto último de una patada mientras tanteaba para empujar la cerradura y abrirla, con las manos temblorosas y la respiración agitada por el pánico creciente.

La puerta cedió sólo un poco, y una densa nube de humo amargo rodó sobre él. Apoyó el hombro y todas sus fuerzas en la puerta, abriéndose paso a empujones en la habitación

ennegrecida y agitada. Se quedó inmóvil, tapándose la nariz y la boca con el brazo, intentando desesperadamente ver, esforzándose desesperadamente por oír algo por encima del estallido y el crepitar del fuego en el hogar.

—¡Christine!

El sonido procedía de su izquierda, pequeño, distante y débil.

—¡Christine! —volvió a llamar, moviéndose en la dirección del ruido. Lo oyó con más claridad la segunda vez, y la esperanza corrió por sus venas. Arrastrándose hasta el armario, apartó de una patada una cesta de mimbre y abrió la puerta de un tirón. Un grito de alivio se estranguló en su garganta cuando Christine, desnuda y jadeando débilmente, cayó en sus brazos. Con los ojos llorosos, la garganta apretada y en carne viva, la acunó cerca y corrió a ciegas hacia la mancha de humo más fino que marcaba la entrada a su habitación y el aire relativamente más limpio que había más allá.

—¡Me ocuparé de apagarlo y de abrir el regulador de tiro de la chimenea! —oyó que David decía desde algún lugar en la negrura.

No le importaba lo que nadie consiguiera, lo que nadie hiciera. Tenía a Christine y estaba viva y eso era lo único que importaba. Por ahora, se enmendó, llevándola hasta la ventana y poniéndola de pie con cuidado. Ella se aferró a él débilmente, con las mejillas manchadas de humo y lágrimas, la respiración entrecortada.

—Carter —susurró débilmente, hundiéndose en él, una nueva oleada de lágrimas bañando sus mejillas.

—Estoy aquí. No te dejaré marchar —prometió él, sosteniéndola firme y cerca en el círculo de un brazo mientras deshacía rápidamente el cerrojo y abría de golpe la ventana.

—Respira —le ordenó suavemente, guiándola, sosteniéndola, para que ambos se inclinaran sobre el alféizar y salieran al aire limpio y fresco de la noche. La lluvia caía a cántaros mojándole

la cabeza, el viento le azotaba el pelo, y sus jadeos torturados se convirtieron en sollozos silenciosos que sacudían su cuerpo y golpeaban su corazón.

—Respira hondo, cariño —le indicó tranquilizador, intentando apartarle el pelo de la cara —. Sé que duele, pero tienes que despejar los pulmones.

Detrás de él oyó abrirse de golpe la puerta de conexión, y con un sobresalto se dio cuenta tanto de que David estaba allí como de que Christine seguía tan desnuda como la había encontrado.

—Voy a dejarte sólo un segundo —dijo, dándole un rápido beso en la sien antes de apartarse de su lado.

A través de la bruma, pudo ver que David volvía a colocar diligentemente la tela en la parte inferior de la puerta. Mientras Carter arrancaba la colcha de la cama y la acercaba ella para después envolverla con un solo movimiento suave, su amigo observó en voz baja:

—Hay una enagua igual a ésta metida a lo largo del borde inferior interior de su puerta. La dejé en su sitio para contener el humo. Que se está disipando bastante rápido ahora que el regulador de tiro y las ventanas están abiertas.

—Gracias.

David dijo algo más, pero ella no le escuchó. Carter ya estaba a su lado, abrazándola para después apartarle el pelo mojado de la frente. Ella se acurrucó en él y él cerró los ojos abrazándola con más fuerza, agradecido por el regalo de su supervivencia.

La ventana contigua se abrió y David se asomó.

—El humo casi ha desaparecido aquí dentro. ¿Cómo está?

Carter se echó hacia atrás y ella le sonrió. ¿Había una mujer más intrépida en la tierra?

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Sí, mucho mejor. —Su voz temblaba, pero era infinita y benditamente más fuerte que antes. Ella arqueó una ceja y su voz era aún más fuerte cuando añadió—: Considerando todas las cosas, por supuesto. ¿Puedo entrar ya? Estoy empezando a temblar.

Él le plantó un rápido beso en el centro de la frente y luego aflojó su agarre sobre ella, diciendo:

—Te cubriré todo lo que pueda con la colcha. No queremos ofender la tierna sensibilidad de David.

Ella se puso en marcha e intentó mirar hacia atrás por encima del hombro.

—Oh, Dios. ¿Me ha visto...?

—No —le aseguró rápidamente Carter, sin saber si era verdad, pero seguro de que era lo que ella necesitaba y quería oír—. El humo era demasiado espeso. Y te cubrí mientras él estaba ocupado asegurando la puerta.

Ella se relajó visiblemente y él sonrió, arropándola con la colcha mientras se apartaba del alféizar. Qué interesante que no pareciera preocuparle que él la hubiera visto sin ropa. Y qué ganas tenía de tirar el cobertor, envolverla en sus brazos y calentarla con pasión. De mala gana, consciente de la presencia de David, la envolvió hasta la barbilla, ofreciéndole la promesa silenciosa de besarla hasta dejarla sin sentido en cuanto estuvieran solos.

Christine le miró, con el corazón dolorido, el alma suplicando ser envuelta de nuevo en el confort y la fuerza de su abrazo. Quería librarse de la colcha, enroscar los brazos alrededor de su cuello y apretar su cuerpo contra el calor del suyo. Quería que la besara, que la tocara y la amara hasta que todos los horribles recuerdos desaparecieran para siempre. Vete, David, suplicó silenciosa y desesperadamente. Por favor, vete.

Como si la hubiera oído mencionar su nombre, el abogado preguntó en voz baja:

—¿Seguro que está bien, Lady Christine?

Ella asintió y contuvo la respiración, esperando y deseando que él dijera algo sobre volver con Mary y luego se excusara.

—Bien —declaró Carter, con la mandíbula volviéndose lentamente de granito—. Ahora, cuéntame qué ha pasado.

No. Esto no era lo que ella quería. La magia ya se le estaba escapando; podía sentir cómo menguaba con cada frenético latido de su corazón. Cerró los ojos, deseando que volviera el encantamiento y que los brazos de Carter la rodearan.

—Christine. —Le cogió suavemente la barbilla con la mano y le inclinó la cara hacia arriba—. Abre los ojos y cuéntame qué ha pasado.

Era demasiado tarde para tener esperanzas; ella podía oír la distancia en su voz, la determinación. Ella obedeció, con el corazón oprimido.

—Estaba cogiendo mis calzones del cajón cuando alguien se acercó por detrás, me empujó dentro del armario y cerró la puerta. Oí golpes en la habitación y luego un fuerte estruendo, pero hasta que no empecé a oler el humo no me di cuenta de que habían alimentado el fuego y cerrado el tiro de la chimenea. No había nada que pudiera hacer excepto golpear la puerta y gritar y esperar que alguien me oyera.

Alguien intentó matarme. Las palabras no se pronunciaron, pero ahí estaban, reverberando suavemente, claramente audibles por encima de los sonidos del viento y la lluvia.

Sus ojos se volvieron fríos. Y como ella había sabido que haría, se dio la vuelta y la dejó sola.

—Quédate con ella, David —le espetó mientras salía de la habitación—. No la pierdas de vista.

Ella se quedó mirando la oscuridad del pasillo, luchando entumecida contra las lágrimas.

David estaba de repente a su lado, con el brazo alrededor de sus hombros y una medida de

tranquila urgencia en su voz cuando dijo:

—Dígame que es capaz de seguir su estela a trompicones. Por favor. Si no vamos tras él, no habrá nadie que le impida matarla.

Ella asintió, la comprensión surcando lentamente el tumulto de sus emociones. Larissa. Carter se dirigía a la habitación de Larissa.

—Ve —le ordenó, ya trabajando para aliviar las restricciones de la colcha—. Estaré allí en cuanto pueda moverme.

Se había ido cuando el sonido de la madera astillándose resonó por el pasillo. Con las manos temblorosas y el corazón palpitante, Christine se fabricó apresuradamente una toga improvisada y, ante el agudo grito de Larissa, se subió la falda por encima de los tobillos y salió por la puerta.

Lauren iba delante de ella, abriéndose paso tortuosamente despacio por el centro del pasillo. Ella no aflojó el paso, no le pidió que se apartara de su camino. No había tiempo. Podía oír a David y Carter bramando. Y entonces el caos se intensificó con Carrie y la madre Tremayne saliendo de sus habitaciones, sus gritos de alarma puntuando los gritos histéricos de Larissa.

Girándose de lado, Christine intentó salir disparada por el estrecho espacio entre Lauren y la pared. Él se movió hacia ella en el último segundo y, a pesar de su aullido de advertencia y de su esfuerzo por apartarse de su camino, sus hombros conectaron. Con un grito de dolor, retrocedió tambaleándose.

—Disculpas —gritó ella, siguiendo su curso, viendo cómo la madre de Carter y su hermana entraban corriendo en la habitación de Larissa cuando los gritos y bramidos cesaron bruscamente.

Con los pulmones y la garganta ardiendo, los costados doloridos, Christine alcanzó la puerta destrozada y se aferró a lo que quedaba de la jamba mientras oteaba desesperada las

oscuras sombras de la habitación. Carter estaba contra la pared del fondo, inmovilizado allí por el hombro de David y todo el peso de su cuerpo y determinación. Larissa estaba sentada en un montón en el suelo, sollozando, con las manos flojas alrededor del cuello mientras Carrie se sentaba a su lado y la estrechaba entre sus brazos.

Christine se desplomó aliviada, agradecida de que David hubiera estado allí y hubiera podido evitar el desastre. Echó un vistazo al pasillo para comprobar el estado de Lauren y lo encontró cojeando. Recordó cómo se había estado moviendo antes de que chocaran y decidió que no estaba peor por el desafortunado encuentro. Sin embargo, la compresa no parecía haberle hecho ningún bien; en todo caso, su cojera era más pronunciada esta noche que esta mañana.

—Os odio —sollozó Larissa—. Os odio a todos.

Carter, con la sangre aún hirviéndole y el corazón intentando salirse del pecho a martillazos, intentó apartar el peso de David.

—Quédate ahí —gruñó David—, y espera por todos los diablos que no presente cargos por agresión.

—No pasa nada, cariño —canturreó Carrie, meciéndola suavemente de un lado a otro—. Calla. Mamá está aquí y no dejará que te haga daño.

—¿Mamá? —repitió Carter en voz baja, el poco aire que le quedaba a David atrapado en lo alto de la garganta. ¿Mamá? ¿Larissa era la hija de tía Carrie? No. No podía ser. Pero... mirándolas con esa luz, él podía ver un leve parecido. No era del todo increíble. ¿Larissa que es su prima?

Su madre jadeó y se llevó las manos al estómago.

—Oh, Carrie. Oh cielos. Nunca me dijiste...

—Claro que no lo hice, estúpida —espetó Carrie, sus ojos eran carbones de obsidiana—. Eras su esposa.

La verdad golpeó como un relámpago, ramificándose, abrasando cada faceta del mundo de Carter. Su estómago se apretó y luego se hinchó mientras cada onza de su fuerza se derramaba por las plantas de sus pies.

—Jesús —gimió, sintiendo que se deslizaba por la pared y sin poder preocuparse. Se había acostado con su hermanastra, su prima—. Oh, dulce Jesús.

Como a través de una niebla, oyó chillar a Larissa, la vio abofetear con fuerza a Carrie en la cara.

—¡Maldita sea tu bocaza! ¡Esto no había terminado! Aún podíamos haberlo tenido todo por las buenas.

Y entonces David estaba hablando, el retumbar de su voz atravesando su brazo y llegando al centro del pecho de Carter.

—En nombre de la decencia, A usted y a su madre les os permitirá pasar el resto de la noche aquí. Pero al amanecer ambas desalojarán el lugar, para no volver jamás. Si es necesario, presentaré una petición solicitando que el tribunal les prohíba cualquier tipo de contacto con cualquier miembro de la familia Tremayne. ¿He dejado claros los términos?

—¡Kingscote me pertenece! —gritó Larissa, poniéndose en pie y llevándose las manos a las caderas. Carrie se acurrucó en el suelo, llorando suavemente entre sus manos—. ¡Es más mi derecho de nacimiento que el de Carter y Lauren! ¡Soy la primogénita! ¡Os demandaré si es necesario!

David le soltó y se alejó dando vueltas. Carter se agarró al borde de la cómoda, deseando que sus piernas le mantuvieran erguido, rezando por despertar de aquella horrible pesadilla.

—¿Para que intente conseguir lo que no pudo por el más impío de los ardides? —Se enfureció David en el rostro respingón y desafiante de Larissa—. Adelante, señora Wilson. Llévelo a los tribunales. Le reto a que lo haga.

Así todo el mundo podría conocer la negrura de su crimen. Larissa lo haría sólo con ese fin. Carter se tambaleó hacia la puerta, deseando sólo escapar, ahora y para siempre. Mejor una bala en el cerebro que enfrentarse a la vergüenza y la humillación que ella haría caer sobre él, sobre Kingscote.

Christine estaba de pie en el umbral de la puerta, sus ojos enormes y escrutadores mientras le veía acercarse a ella. Lo que tenía que pensar de él. Ella lo sabía; él mismo se lo había dicho. Lo mejor y más brillante que le había ocurrido nunca, a Kingscote, se había perdido para siempre, apagado en un solo instante de confesión.

—Carter —empezó ella, retrocediendo hacia el vestíbulo y cruzándose en su camino.

Incapaz de encontrar su mirada, no dispuesto a ver el odio en sus ojos, la empujó bruscamente y se dirigió con decisión por el oscuro pasillo hacia su habitación.

Capítulo 22

Había mucho por hacer, y aunque sus zancadas eran largas y decididas, su mente revoloteaba de una tarea a otra sin lógica. Había que encargar a Zeke que plantara el resto de los cultivos. Isaac. Tenía que hacer algo con Isaac. Y con Ruth. Y reescribir ciertas disposiciones de su testamento. Kingscote no podía ir a Lauren por defecto. Christine. Se lo dejaría a Christine.

Ella cuidaría de él. Estaría seguro en sus manos.

Se detuvo justo dentro de su habitación cuando otra verdad le golpeó. Sería una crueldad darle a Christine la responsabilidad de su madre, su hermano y Kingscote. La mancha del escándalo público sería oscura y quedaría unida para siempre a este lugar, a su nombre. ¿Por qué iba a querer vivir el resto de su vida con esa vergüenza? No, ahora más que nunca, necesitaba labrarse un futuro en Inglaterra. Mejor que Kingscote se perdiera a que Christine se viera obligada a soportar su carga.

—¿Carter?

Empezó. Necesitaba hablar con ella, asegurarse de que comprendía todo lo que iba a ocurrir en los próximos días y por qué el rumbo era inevitable. Pero no ahora. Ahora no tenía la fuerza ni el valor para hacer que las palabras salieran bien. Sin volver a mirarla, con el corazón acelerado y un nudo en la garganta, se adentró más en su habitación y le dijo escuetamente:

—Déjame en paz.

—No. —Tan suave, tan gentil—. No lo haré.

Quiso volverse contra ella, bramar y gruñir y espantarla. Y no pudo. Hizo falta toda su voluntad para permanecer donde estaba y evitar que las lágrimas de su garganta subieran más. Estaba muy cansado. Cerrando los ojos, trató de reunir fuerzas para seguir adelante sólo unos instantes más.

El roce de la mano de ella contra su mejilla le sorprendió por su calidez, por su ternura.

—No me toques, Christine —le ordenó, apartándose—. No voy a ensuciar...

Ella le agarró la parte delantera de la camisa, retorciendo el lino con fuerza en sus puños y robándole a él las palabras y la capacidad de hacer algo más que mirarla fijamente. Con una fuerza impresionante, tiró de él hacia ella.

—No les creo —declaró, su voz resonando con convicción, sus ojos brillantes de certeza —. La palabra de dos víboras no significa nada, Carter. Tienen que demostrarlo.

Ella no había conocido a su padre, no entendía que no sólo era posible, sino muy probable.

—¿Y si pueden? —preguntó, preparándose para el parpadeo revelador de vacilación, el instintivo estremecimiento de disgusto.

—No importa —respondió ella al instante, su voz aún fuerte y uniforme. Sujetándole con una mano, con la otra volvió a ahuecarle suavemente la mejilla—. Tú no lo sabías. Si hay un pecado, es el de ella, Carter. Suyo y de Carrie.

Él no lo había sabido. Sinceramente, no lo había sabido. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza la más mínima sospecha.

—Christine, ¿cómo puedes soportar tocarme? —le preguntó, arrancando suavemente su camisa de su agarre—. ¿Cómo es posible que me desees?

—Simplemente te deseo —respondió ella, con los brazos caídos a los lados—. ¿No puede

bastar con desearte, Carter?

Si tan sólo fuera tan sencillo como desear. Y tomar. Pero no lo era esta vez; no con esta mujer. Ella se encontró con su mirada impávidamente, sus ojos llenos no del fuego de la pasión sin sentido sino de la suavidad del amor, de querer sanar su corazón y su alma. Ninguna otra mujer le había mirado nunca de ese modo. Ninguna otra mujer había querido entregarse a él por el mero hecho de dar. Y él nunca había necesitado ser amado tanto como en aquel momento.

Podía tomar; sabía cómo. Era todo lo que siempre había hecho, todo lo que siempre había tenido que hacer. Las mujeres de su pasado habían sido conquistas. Ganarse su rendición había sido una cuestión de cálculo deliberado y de sincronización, de negociar sutilmente unos términos que les permitieran a ambos alejarse fingiendo que nunca había sucedido. Sin ataduras.

Pero con Christine... No había ningún juego que jugar, ninguna rendición que engatusar o manipular. No había nada que tomar. Por primera vez en su vida sólo tenía que aceptar el regalo del corazón de otra persona. Y no sabía cómo hacerlo.

—¿Carter?

Con las rodillas débiles, se inclinó para darle un beso en los labios, luego retrocedió para coger el dobladillo de la camisa con las manos y quitársela por la cabeza. Dejándola caer ciegamente al suelo, buscó la mano de ella y la colocó en el centro de su pecho, sosteniéndola sobre su corazón desbordante. El asombro llenó sus ojos mientras su mirada se dirigía a sus manos.

—¿Sientes eso? —le preguntó. El asentimiento de ella fue casi imperceptible—. ¿Sabes por qué late tan fuerte, tan rápido? —Sus labios formaron un «No» pero no emitió ningún sonido —. Porque tengo miedo.

—¿De qué? —susurró ella, mirándole.

—Quiero que tu primera vez sea perfecta —confesó él—. Y sé que no puede serlo. Habrá

dolor y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Seré la causa de ello.

—Entonces que sea rápido, un momento que puede perderse en mil momentos de placer. Quiero hacerte feliz, Carter. Nunca he deseado nada más en mi vida.

Su corazón se hinchó, presionando el aire de sus pulmones. No estaba solo en este momento. Ella estaba a su lado, dispuesta a arriesgarlo todo por la oportunidad de dar de corazón. Y pidiéndole sólo que él corriera el mismo riesgo por ella.

Extendió la mano y levantó el extremo de la colcha que cubría su hombro, tirando de ella hacia atrás y dejándola caer de su mano. Toda ella se desenrolló y se deslizó lejos de ella, encharcándose a sus pies y desnudándola ante su mirada. Ella no se inmutó, no se ruborizó, sino que permaneció en silencio ante él, con la mano aún apretada contra su corazón y sonriendo tan suave.

Donde iban sus ojos, le seguían sus manos. La curva de su mejilla, sus hombros, sus pechos. La estrechó entre sus manos y observó cómo las oscuras crestas se endurecían y llegaban a su punto álgido. Levantando la mirada hacia su rostro, trazó las yemas de los pulgares sobre las puntas y observó cómo sus labios se separaban, cómo sus ojos se oscurecían de anhelo.

La rozó una vez más y ella gimió suavemente y se arqueó ante la caricia. Dolorosamente duro, él soltó su reclamo sobre sus pechos para desabrocharse los botones de las caderas, su aliento se entrecortó cuando ella apartó la tela.

Bajó la cabeza para besarla reverentemente mientras se despojaba de los calzones. Ella rozó su lengua con la de él y él se deshizo. No había nada más allá de ella y de aquel momento; ni pasado, ni futuro. Sólo el dulce sabor de sus labios, la embriagadora promesa de perderse en ella. La promesa y la consecuencia se cincelaron y se arremolinaron a medida que la necesidad se convertía en hambre, la reverencia en abandono.

La envolvió en sus brazos, besándola profundamente y atrayéndola contra la longitud de su cuerpo. Ella se fundió con él, sintiendo un calor exquisito marcando su pecho, con sus manos

deslizándose hacia atrás para agarrar sus caderas y llevarlas con fuerza contra las suyas. Él le devoró la boca, su lengua tanteando, enroscándose con la de ella. Ella se arqueó hacia él, gimiendo, acomodando sus caderas más cerca. Sus brazos la rodearon y él le ahuecó el trasero mientras atrapaba su labio inferior entre los dientes y movía lentamente sus caderas contra las de ella, presionando y acariciando en una danza tan antigua como el tiempo.

Captando impecablemente el ritmo, ella se movió con él, cada vez más deprisa y con más fuerza, con la respiración entrecortada y pequeñas súplicas susurradas rozándole los labios. Y él obedeció. Levantándola entre sus brazos, se dio la vuelta y la tumbó en el borde de la cama. Rápidamente, lamentando la necesidad, cogió una funda de piel de cordero del cajón de la mesilla y los protegió a ambos. Volviendo hacia ella, la besó y se acomodó entre sus piernas separadas. Estremeciéndose ante la calidez y la estrechez de ella cerrándose a su alrededor, presionó dentro de ella tan lentamente como pudo, intentando darle tiempo para que se adaptara a la plenitud de su posesión, saboreando la fricción perfecta mientras ella se movía para acomodarse a él.

—Oh, Dios, Carter —gimió ella, arqueándose para invitarle a entrar más profundamente —. No me duele nada.

Pero él sabía que lo haría. Retrocedió un poco y luego volvió a presionar suavemente, teniendo cuidado de no ir más lejos de lo que ya había ido. Con cada caricia ella se arqueaba un grado más, apretaba las sábanas un poco más. Él se estremeció una vez por el esfuerzo de contenerse y luego se rindió, dejando que ella lo atrajera profundamente y contra su virginidad. Ella jadeó al contacto y ése fue todo el tiempo que él le dio. Apretando los dientes, tiró con fuerza de las caderas de ella contra las suyas y empujó más allá de la barrera, llenándola por completo y haciéndola suya.

Ella gritó, tratando instintivamente de apartarse de él. Él la sujetó suave pero firmemente, quedándose quieto en su interior. Sólo cuando ella dejó de forcejear, él soltó su sujeción.

Inclinándose lentamente hacia delante, le puso las manos a ambos lados de la cabeza, luego bajó para besarle las lágrimas de las mejillas y susurrarle:

—Ya está, cariño. El dolor desaparecerá en uno o dos minutos. Y nunca volverá a doler.

Ella tomó aire temblorosamente y trató valientemente de sonreír para él.

—No me moveré hasta que tú quieras —prometió él, escrutando sus ojos—. Dímelo cuando el dolor haya desaparecido.

Ella asintió y se tocó el labio inferior con la punta de la lengua. Él bajó la cabeza y la besó ligeramente. Su recompensa fue un suspiro satisfecho mientras los brazos de ella se enroscaban alrededor de su cuello.

Christine se aferró a él, sus deseos agitados y alimentados por el tierno hambre de sus besos. Ella gimió en señal de protesta cuando él retiró sus labios de los suyos, suspiró cuando él presionó un rastro de besos por su garganta y más abajo, hasta sus pechos. Él succionó un pezón, suavemente al principio y luego con más fuerza, enviando oleadas de placer que la bañaron hasta robarle el aliento y encenderle la sangre.

Sus sentidos consumidos por la necesidad de tocarle, de perderse en él, se arqueó en una súplica instintiva. La sensación fue repentina y exquisitamente intensa, arqueándose desde su vientre hasta sus pechos y luego hasta lo más profundo de su alma. Jadeó maravillada y volvió a arquearse deliberadamente, impulsada por un tipo de hambre totalmente nuevo.

—Oh, sí, cariño.

Abrió los ojos y encontró a Carter sonriéndole, con los ojos brillantes y la respiración tan superficial e irregular como la suya.

—Hazlo otra vez.

Con el corazón retumbando, ella obedeció. Lentamente se arqueó hacia arriba, deleitándose con el dulce calor, sintiendo cómo se hinchaba cuando Carter bajó deliberadamente a su

encuentro. Y entonces sólo quedó el placer, y Carter se apartó, sonriendo, susurrando:

—Otra vez.

La igualó, se encontró con ella, y el calor fue más pesado y brillante, el oleaje mayor y más irresistible. Volvió a desvanecerse, pero no tan rápido; la promesa de ello seguía ahí cuando ella volvió a arquearse. Y de nuevo Carter la igualó y se encontró con ella, su sonrisa se desvaneció mientras se mantenía profundamente dentro de ella, mientras sus ojos se abrían de par en par y el oleaje de sensaciones subía aún más.

Había más, ella podía sentirlo construyéndose, haciéndole señas, justo más allá de su alcance.

—Carter —gritó ella, agarrándose a sus hombros, esforzándose desesperadamente por levantarse.

Él respondió con su cuerpo, sabiendo lo que ella quería, dándole lo que necesitaba. Las marejadas llegaron una tras otra, cada vez más cerca, barriéndola, cada una más envolvente que la anterior, cada una impulsándola más alto, más cerca. Y entonces se multiplicaron por cien, una sobre otra, todas a la vez, estremeciéndose a través de ella, consumiéndola en un estallido cegador de plenitud.

Su plenitud lo atrapó y lo sujetó profundamente, tirando de él por encima de la cresta y hacia su propia culminación larga y explosiva. Jadeante y agotado, bajó, cubriendo a Christine con su cuerpo y envolviéndola entre sus brazos. Apretando un beso en su frente, rodó con ella sobre un costado, abrazándola y queriendo no dejarla marchar nunca. Con la cabeza apoyada en su brazo, se acurrucó contra él y apoyó la mano en su cadera.

Estaba en el cielo, felizmente satisfecho y completo. Dios, que cada día del resto de su vida pudiera ser tan gratificante. Christine se revolvió, frotando la mejilla contra su pecho, y él le besó la parte superior de la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

Hizo falta toda la energía que le quedaba para sonreír.

—¿Que si estoy bien? Cariño, sólo a ti se te ocurriría preguntar eso. —Él suspiró y volvió a besarla—. Sí, estoy bien. ¿Y tú? ¿Te ha dolido mucho?

—Apenas —respondió ella con una risita tranquila. Luego se echó lentamente hacia atrás para poder encontrarse con su mirada.— Pero sí me asustaste, Carter. La mirada en tus ojos cuando saliste de la habitación de Larissa... Temí que te hicieras daño.

Parecía tan lejano. Un recuerdo prestado de la vida de otro hombre.

—Creo que ese pensamiento cruzó mi mente.

—¿Se ha ido ya?

—¿Por eso te sacrificaste? —preguntó, la mera posibilidad le desgarraba el corazón—. ¿Para distraerme?

—No creo que algo tan placentero pueda considerarse un sacrificio —respondió ella, con un suspiro de total satisfacción—. Y cuando se trata de distraerse... nunca he conocido a nadie que pueda hacerme olvidar tan completamente las razones por las que empiezo algo. —Ella se acomodó de nuevo contra él, retorciéndose para apretar tanto de sí misma a lo largo de él como pudiera—. ¿Tienes frío?

Le costó un esfuerzo centrar su atención en algo más allá de la satisfacción. Fuera seguía lloviendo y aún soplaba el viento. Y sí, sus pies estaban helados.

—Un poco.

La abrazó con fuerza y luego se separó de ella, diciendo.

—Espera aquí mientras cierro las ventanas y añado un tronco al fuego.

Obligada a salir de su estupor, se incorporó, arrancando ante la protesta de unos músculos

que no sabía que poseía.

—No es que cerrar las ventanas y atizar el fuego vayan a ayudar mucho —continuó Carter alegremente mientras se movía por la habitación y ella se deslizaba con cautela fuera de la cama para coger la colcha—. Ésta es la maldita casa con más corrientes de aire en la que he estado nunca. Algún día arrancaré todas las ventanas y las sustituiré por unas que realmente impidan el paso del viento y la suciedad.

—No creo que esté tan mal —contraatacó ella, volviendo a poner la colcha sobre la cama y deslizándose luego bajo ella—. Ciertamente no es la casa con más corrientes de aire en la que he estado.

—Pero podría ser mucho mejor de lo que es.

Ella sonrió, viendo cómo los músculos de sus hombros se agrupaban y flexionaban mientras él cerraba la última ventana, emocionándose con la visión de sus muslos y nalgas cuando cruzó hasta el hogar, se agachó y añadió un trozo de leña de buen tamaño al menguante fuego. Era la criatura más magnífica que jamás había visto. Esbelto y ondulado, poderoso. Y era suyo. Su marido, su amante. Y pensar lo mucho que le había molestado que la obligaran a casarse con él, lo mucho que una vez había deseado escapar.

Se deslizó de nuevo en la cama y la atrajo hacia sus brazos, preguntándole:

—¿Qué sabes del ganado?

Ella no tenía ni idea de dónde había salido la pregunta ni adónde iba. Riendo, contestó:

—Vigilas sus pezuñas cuando las ordeñas.

—Me refería a la gestión de un rebaño. He estado pensando que necesito tener ganado. Los cultivos alimentarios son un buen comienzo para ampliar la base de la producción de Kingscote, pero sigue pareciéndome una cuestión de tener todos mis huevos en la misma cesta.

Ella nunca había visto este lado de él: el soñador desenfadado. Y ella le quería aún más por

ser capaz de hacerlo.

—Probablemente también deberías comprar más gallinas.

—Tienes razón. ¿Qué tal un par de cerdos más ya que estamos diversificando?

—¿Y con qué vas a alimentar a todos estos animales?

—Tengo que apartar algo de tierra para cultivos forrajeros, ¿no?

—Y construir cobertizos y corrales para tu ganado —señaló ella—. No se puede cuidar adecuadamente a un animal si se le deja correr a sus anchas por los bosques y los campos. Los granjeros británicos consideran esa práctica americana algo atroz, ¿sabes?

Soltó una risita seca.

—Por no mencionar que tienen tendencia a alejarse y no volver jamás. Lo último que le dije a mi padre fue que, en lugar de comprar otra vaca, debería atar el dinero a la cola de una cometa y dejar que se lo llevara el viento.

—¿Compró la vaca de todos modos?

—No tengo ni idea —respondió con otra risita—. Fue a Jamestown con el pretexto de hacerlo. —Hizo una pausa y cuando volvió a hablar su voz era sombría—. Su corazón falló mientras atendía las necesidades de su amante, y en lugar de arriesgarse a la vergüenza de ser encontrado en su cama, salió a trompicones de su casa para caer muerto en una calle principal. Absolutamente desnudo. Dada la naturaleza general del comentario público cuando fui a recuperarlo...no me sentí inclinado a demorarme lo suficiente como para hacer averiguaciones sobre una vaca.

—Oh, Carter. Qué horror. Espero que tu madre nunca oyera la historia.

—Ciertamente no se lo conté. Pero siendo los funerales el tipo de asuntos que son, estoy seguro de que ella oyó los susurros. Sospecho que no estaba tan conmocionada por las

circunstancias de su fallecimiento. La amante que lo mató no era la primera que había tenido. Pasó toda su vida persiguiendo mujeres e ilusiones de grandeza. Mi madre pasó la suya cultivando la ceguera hasta convertirla en un arte.

—Eso he notado —admitió Christine con tristeza—. Supongo, sin embargo, que era la única forma que ella conocía de sobrellevar el dolor de sus traiciones.

Carter se echó hacia atrás y le inclinó suavemente la cara.

—Te prometo que nunca habrá una amante. Sólo tú, Christine.

—¿Planeas retenerme?

Todo el tiempo que pueda. Pero ahora no era el momento de hablar de la guerra y de las duras decisiones que requeriría. Quería vivir con esperanza hasta que no tuviera otra opción.

—Creo que hemos quemado el puente de la anulación.

Sus ojos brillaron.

—¿Podríamos quemarlo de nuevo? ¿Sólo para estar seguros?

Riendo, más feliz de lo que había sido en su vida, Carter rodó sobre su espalda, atrayéndola con él y acomodándola sobre sus caderas.

Todo seguía oscuro, aún húmedo, cuando Christine se revolvió dormida y alargó la mano hacia él. Sus ojos se abrieron al instante y él retrocedió hasta la cama.

—No pretendía despertarte —susurró, inclinándose para besarla—. Vuelve a dormirte.

—¿Adónde vas? —preguntó ella grogui—. Todavía está oscuro.

—Larissa y Carrie se van al amanecer y que me aspen si algo retrasa su partida. Me voy a meter el equipaje en el carruaje mientras su cochero intenta volver a poner a sus caballos en sus rastros.

Se lo pensó un momento, ahogó un bostezo con el dorso de la mano y preguntó:

—Cuando acabes, ¿volverás a la cama?

—¿Seguirás en ella? —preguntó el.

—Sí.

—Entonces no perderé el tiempo —prometió, besándola de nuevo y apartándose—. Duerme mientras puedas.

Ella sonrió y sus ojos se cerraron. Sonriendo, Carter se deslizó silenciosamente fuera de la habitación y se dirigió al pasillo, escuchando los sonidos de la casa que se despertaba. Podía oír a Lauren moviéndose detrás de su puerta cerrada, podía oír los sonidos de un apresurado embalaje desde el final del pasillo donde estaban Carrie y Larissa. Y del piso de abajo subía el delicioso aroma de la comida junto con los inconfundibles sonidos de maldiciones de David Miller y baúles siendo arrastrados por el suelo del vestíbulo.

Bajando las escaleras para unirse a su amigo en la tarea de arrastrar el equipaje de Larissa Wilson de vuelta a la lluvia, Carter resolvió en silencio no hacer más que cargar el carruaje. Como el vehículo había permanecido fuera toda la noche, volver a enganchar los caballos a los empapados arneses iba a ser un trabajo miserable y que llevaría mucho tiempo.

Carter sonrió. Elegir entre arrear a los caballos y luchar contra el cuero mojado o meterse en la cama y hacer el amor con Christine no era una elección en absoluto.

Capítulo 23

El sonido de la puerta al abrirse la llamó desde el sueño. Christine sonrió, se estiró lánguidamente y abrió lentamente los ojos. E inmediatamente deseó no haberlo hecho.

—Iba a bajar las escaleras y he visto que habían dejado un desayuno delante de tu puerta —anunció la señora Tremayne con despreocupación, llevando la bandeja cargada a la mesa frente a la ventana más alejada—. No estaría bien dejar que se enfriara. No cuando alguien tuvo la consideración de hacer el esfuerzo de prepararla y subirla. Probablemente esa Mary Louise intentando expiar sus primeros días de ineptitud.

—Buenos días, señora Tremayne —ofreció Christine, dejando atrás las formalidades a causa de su incomodidad e intentó ponerse erguida, cubriéndose todo lo que pudo con la colcha. Saber que tenía todo el derecho a estar en la cama de Carter no hacía el encuentro menos incómodo.

—No estoy perturbando tu sueño, ¿verdad?

—No —mintió ella, haciendo acopio de buenos modales—. He estado bastante despierta desde que Carter bajó a preparar el carruaje de la señora Wilson.

—¿Té?

Era algo que hacer con sus manos además de plisar las colchas.

—Sí. Gracias.

—Me alegro de encontrarte en la cama de Carter esta mañana. Dada la postura de tu barbilla cuando saliste de la habitación de Larissa anoche, pensé que podría haber una posibilidad razonable de encontrarte aquí. Espero que haya tenido el buen sentido de compartirla plenamente contigo.

Con el calor inundando sus mejillas, Christine logró esbozar una sonrisa forzada mientras su mente daba tumbos en busca de palabras. Ni en sus sueños más salvajes se había planteado la posibilidad de mantener este tipo de conversación con alguien.

—Maravilloso —declaró la señora Tremayne, radiante, mientras le entregaba la taza de té y se volvía hacia la bandeja—. Entonces podemos olvidarnos de todas las tonterías de una anulación. Habría sido muy desagradable. Por no hablar de embarazoso. Ambos habrían cargado con considerables manchas sociales por haber fracasado en su intento. ¿Una tostada?

—Nunca tengo hambre a primera hora de la mañana —dijo Christine, viéndola amontonar mermelada de fresa sobre una gruesa rebanada de pan bien untado con mantequilla—. Pero por favor, siéntase libre de tomar un poco si lo desea.

—Creo que lo haré —dijo ella, añadiendo aún más mermelada—. Siempre me despierto hambrienta. Te juro que si por alguna razón no pudiera salir de mi habitación, me comería la almohada.

Christine sonrió, levantó su taza del platillo y volvió a dejarla en el suelo cuando Carter entró por la puerta, empapado hasta los huesos, pero con una amplia sonrisa y los ojos brillantes. Al ver a su madre, se detuvo en seco y sonrió.

—Ah, buenos días, Carter —dijo Millicent, volviéndose hacia él y tendiéndole las tostadas que había preparado—. ¿Tienes hambre?

—Buenos días, madre —contestó él, sacudiendo la cabeza y dirigiéndose a su armario—.

Larissa y la tía Carrie están abajo, en el vestíbulo, y en cuanto el cochero termine de enjaezar los caballos, se irán. Si quieren ir a despedirse, ahora es el momento de hacerlo.

La señora Tremayne se quedó mirando la bandeja durante un largo momento, luego levantó la vista y dibujó una agradable sonrisa en su rostro.

—Creo que preferiría no ver a ninguna de las dos. Dadas las circunstancias, sería excepcionalmente incómodo, ¿no crees?

—Lo siento, madre —dijo Carter suavemente, volviéndose hacia ella, con una camisa limpia y seca en cada mano—. Si hubiera tenido el más mínimo presentimiento, habría hecho todo lo posible para habértelo ahorrado.

—Siempre has sido muy bueno intentando protegerme, Carter. Un gesto tan dulce por tu parte. —Se encogió de hombros y su sonrisa se volvió agridulce—. Y, en su mayor parte, ineficaz.

Christine observó cómo las emociones jugaban en sus facciones: primero sorpresa, luego tristeza y después el shock de darse cuenta. Carraspeó y tragó saliva con dificultad antes de preguntar:

—¿Sabías lo de Carrie y Larissa?

—¿Que Larissa era su hija y una de las bastardas de tu padre? —preguntó Millicent—. Por el amor de Dios, Carter. Carrie tuvo más amantes que tu padre. Larissa podría ser hija de cualquiera de al menos cien hombres. Si, por un momento, hubiera pensado que Larissa era tu hermanastra, te habría dicho algo la primera vez que miraste en dirección a Wilson Hall. Pero sí sabía que Carrie había sido una de las amantes de tu padre. Es casi imposible conocer a una mujer que no lo haya sido.

Sabía que esta última afirmación era cierta; tendría que aceptar la palabra de su madre sobre la primera. La opresión que se había enroscado en la boca de su estómago empezó a

aliviarse, y cruzó hacia la cama, entregándole a Christine una de las camisas para que pudiera cubrirse. El agradecimiento brilló en sus ojos y le calentó el corazón. La observó colocar su té en la mesilla de noche. Dios, era preciosa. La pálida luz del amanecer bañando sus hombros desnudos, la tentadora turgencia de sus pechos... Consideró la camisa mientras ella se la ponía, preguntándose cuánto tardaría en deshacerse de ella una vez que estuvieran solos.

El duro suspiro de su madre atrajo de nuevo su atención hacia ella. Volvía a tener la mirada fija en la bandeja, y cuando por fin habló, su voz llegó como desde una gran distancia.

—Me has preguntado muchas veces por qué he tolerado las maneras abrasivas de Carrie. Odiaba a tu padre por haberla desechado como hizo con todas las demás, Carter. Y ella era mi voz. Ella decía las cosas que a mí me faltaba valor para decir por mí misma. Tenerla bajo este techo y compartiendo nuestra mesa hacía que tu padre se sintiera muy incómodo, y me complacía que se le pudiera hacer pagar algún pequeño precio por sus actos. Nunca dejé entrever que sabía de su relación pasada, por supuesto. Fue mi venganza privada y se hizo aún más dulce por ser un secreto.

Dios, ni siquiera había considerado esa posibilidad. Su mente retrocedió en el tiempo, contando los años. Quince. Carrie había vivido con ellos los últimos quince años. Dos desde que su padre había muerto, trece antes de eso. Haber estado tan completamente ciego durante tanto tiempo... ¿Qué más se había perdido? ¿Qué más no entendía?

—Pero ella se quedó incluso después de la muerte de padre. ¿Por qué?

Ella le miró con una sonrisa paciente.

—La había utilizado durante años, Carter. ¿Se suponía que debía deshacerme de ella simplemente porque ya no tenía una necesidad práctica de usarla? Eso no habría sido muy amable por mi parte. En realidad, habría estado muy en la línea del trato que le dio tu padre. Y yo soy mejor persona de lo que fue tu padre.

Su corazón le dijo que era una diferencia de pequeños grados, y le dolió la pérdida de las

pequeñas ilusiones que siempre le habían reconfortado.

—¿Por qué nunca te enfrentaste a él por tu cuenta?

—Realmente no me importaba que se acostara con otras mujeres —respondió ella encogiéndose de hombros con desdén—. Fue un alivio librarme de tener que hacerlo yo misma. Pero el cuchicheo público a mis espaldas... Lo único que no me gustaba de mi vida era la vergüenza que sufría por su falta de discreción. Todo el mundo sabía lo que hacía, con quién, cuándo y dónde. Pero, como sin duda habrás notado, soy una mujer superficial, Carter. No estaba dispuesta a arriesgarlo todo por una protesta por sus infidelidades. Así que aguanté.

Sonrió con fuerza y dio distraídamente un mordisco a la tostada. Con una mueca, masticó, tragó y luego dijo:

—Con la ayuda involuntaria pero entusiasta de Carrie, por supuesto. —Arrugando la nariz, carraspeó y volvió a dejar la tostada en la bandeja del desayuno, diciendo—: Christine, cuando veas a Mary Louise, por favor, dile que la mermelada se ha agriado. Me horrorizaría que se las sirvieras a un invitado.

—He oído voces. ¿Tenemos una reunión familiar?

Lauren. Carter ahogó un gemido y abrió los ojos. Su hermano estaba de pie en el umbral de la puerta, con el brazo en cabestrillo y su peso apoyado pesadamente en el bastón. Cuando se abrochara la levita, estaría adecuadamente ataviado para compartir el desayuno con alguien de la talla del Gobernador Real.

—Tenemos buenas noticias, Lauren —dijo su madre—. No habrá anulación. Carter y…

Carter se dio la vuelta. Su madre estaba tan quieta y rígida como una estatua, con los ojos en blanco y los labios azules.

—¡Madre!

Christine contempló horrorizada cómo la mujer se desplomaba en los brazos de Carter.

Apartando las mantas, se abalanzó sobre la cama hacia ellos, oyendo que Lauren la llamaba por su nombre por encima de los latidos de su corazón. Miró en su dirección y se quedó helada, con el corazón agarrotado por el miedo al darse cuenta mientras miraba el cañón de una pistola de chispa.

Parpadeó con fuerza. El brazo de Lauren estaba fuera del cabestrillo. El bastón yacía en el suelo a sus pies. Su mirada se elevó para encontrarse con la de él, buscando sus ojos con la esperanza desesperada de que estuviera equivocada.

—Se suponía que tenías que comerte las tostadas y la mermelada —dijo con calma—. El veneno para ratas era para ti. No para mamá.

No. No, ella no estaba escuchando esto. Esto no estaba ocurriendo. Frenética, miró a Carter en busca de consuelo y lo encontró arrodillado en el suelo, sosteniendo entre sus brazos la forma contorsionada de su madre, mirándola, con el rostro retorcido por la tristeza, la incredulidad y la rabia.

—Dios mío, Lauren —gimió Christine—. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros y suspiró.

—Tu tío te quiere muerta para que no puedas testificar contra él. Resulta que me encontraba en la situación de deber otra gran suma de dinero o un favor muy grande a tu tío. Sus hombres en Jamestown fueron muy bruscos al respecto y, a la hora de la verdad, la única elección que tenía era entre tu vida y la mía. Elegí la mía, por supuesto.

Ella le miró fijamente, atónita por la desapasionamiento de su voz. La boca de la pistola permanecía nivelada y apuntando al corazón de ella, su mano tan firme como sus maneras. Christine miró ansiosamente a Carter y a Millicent, sin saber qué hacer por sí misma ni por nadie, sin saber cómo hacer que la pesadilla terminara.

Y, como si Millicent Tremayne hubiera oído su súplica, la mujer se puso rígida, emitió otro

profundo gorgoteo y luego, lentamente, se quedó inerte y en silencio. Christine ahogó un sollozo y se encontró con la mirada de Carter. Fría, dura, inquebrantable. El corazón le dio un vuelco, pero sabía que no había otro camino. Obligándose a tragar saliva, levantó la barbilla, prometiéndole igualmente en silencio a Carter todo lo que necesitara de ella.

Depositó reverentemente el cuerpo de su madre en el suelo y se incorporó deliberadamente mientras Lauren proseguía alegremente:

—Fue un plan muy meditado, ¿sabes? Puesto en marcha hace algunos meses. Carter fue obligado a casarse contigo para que me resultara más fácil eliminarte. Debo admitir que me complació verle tan limpiamente encajonado contra su voluntad. Y luego, cuando arrojé el brandy sobre tus faldas en llamas...

Lauren miró brevemente a su hermano y sonrió.

—Carter actuó como el caballero galante, tú fuiste la doncella agradecida, y yo vi la posibilidad de una pequeña retribución propia. Supuse que si esperaba mi momento, tenía bastantes posibilidades de ver a mi querido hermano llorar lágrimas genuinas sobre tu tumba y luego morir rápidamente a partir de entonces de angustia. Desgraciadamente —añadió sacudiendo un poco la cabeza—, los caballeros de Jamestown no supieron apreciar mis propios objetivos en el asunto que había que hacer e insistieron en que volviera y me pusiera a ello en serio. No tuve más remedio que cumplir sus deseos.

—Sí, lo hiciste —dijo Carter en voz baja, flexionando las manos a los lados—. Podrías habérmelo dicho. Te habría protegido.

—A tu manera infinitamente condescendiente —contraatacó Lauren, el calor de la ira inundando de repente su voz—. Te odio. El siempre perfecto Carter.

Hizo una pausa, luchando visiblemente por controlar su respiración, por estabilizar su mano repentinamente temblorosa. Al cabo de un momento sonrió y prosiguió:

—Se me ocurrió después de haber empujado las estanterías del almacén sobre Christine que estaba siendo demasiado estrecho de miras y dejando pasar una oportunidad maravillosa para... bueno, por utilizar la vieja expresión... matar dos pájaros de un tiro. Es un eufemismo considerable decir que me sentí terriblemente angustiado anoche al descubrir que ninguno de los dos había sucumbido al humo.

Con la mano libre, hizo un gesto hacia la bandeja del desayuno.

—De ahí el improvisado intento de esta mañana con las tostadas envenenadas con mermelada.

—Lo cual —dijo Carter—, has conseguido con tu típico grado de competencia.

—¿Lo ves? —gruñó Lauren—. A eso me refiero. Siempre condescendiente, siempre crítico.

—Eso es porque siempre eres un idiota —replicó Carter, imperturbable—. Ahora mismo, estás ahí de pie con una pistola en la mano, sin duda sintiéndote engreído y superior. Tienes a dos de nosotros para matar, Lauren, y un disparo. ¿A cuál de los dos elegirás?

Lauren frunció el ceño y Carter sonrió con sombría satisfacción. Antes de que su hermano pudiera reunir su disperso ingenio, dijo:

—Déjame decirte lo que va a pasar, Lauren. Hay dos pistolas cargadas en el cajón superior de mi cómoda. Si me disparas, Christine lo abrirá, sacará una y te matará a tiros antes de que puedas parpadear o huir. Si eres tan estúpido como para decidir dispararle, que sepas que voy a estrangularte hasta dejarte sin vida con mis propias manos. Muy lentamente.

Vio que la mirada de Christine se dirigía al cajón y luego a Lauren. Se inclinó hacia delante, forzando la atención de Lauren de nuevo hacia él.

—Dadas las opciones —dijo su hermano con un rápido suspiro—, veo claramente que mi mejor oportunidad está en matarte.

Alguien se movió rápidamente y estalló el caos. Un grito, un destello, una nube de humo, y luego no hubo nada más allá de un impacto abrasador y atronador que le desgarró el hombro y le derribó.

—¡Carter!

Christine estaba a su lado y oyó vagamente cómo le desgarraban la camisa. Sin embargo, el dolor que le causó no tenía nada de vago. Necesitó todo lo que tenía para recuperar el aliento, despejar la bruma roja de su visión y levantar la cabeza.

—Se había ido antes de que cayeras al suelo —dijo ella, empujándole de nuevo hacia abajo antes de que pudiera verlo por sí mismo—. Déjame mirarte el hombro.

Si ella lo tocaba, él gritaría. O se desmayaría. No tenía tiempo para ninguna de las dos cosas.

—Es sólo una herida superficial. Viviré —le aseguró, dándose la vuelta, dispuesto a ponerse de rodillas—. El bastardo nunca supo disparar dignamente —añadió entre dientes apretados, poniéndose en pie dolorosamente.

El mundo giraba a su alrededor, pero él se puso en pie, dirigiéndose tenazmente hacia la cómoda y sus pistolas. Estuvo a punto de perder el equilibrio al abrir el cajón, pero se lanzó hacia delante, introduciendo la mano y envolviéndola alrededor de la familiar y lisa culata de madera del arma.

—Carter, no —dijo ella suavemente desde su lado mientras deslizaba su mano alrededor de la de él—. No puedes. Es tu hermano. Deja que otros hagan lo que hay que hacer.

No, la justicia era su responsabilidad y sólo suya. Pero no tenía fuerzas para explicárselo. No ahora. Si se detenía un solo segundo, no volvería a moverse.

—Quédate con mamá —dijo escuetamente, quitándole la mano de encima y pasando a su lado.

Christine se volvió para ir tras él, viéndole sangrar y sabiendo que no era lo bastante fuerte para enfrentarse a la locura de Lauren. Y entonces David llenó de repente la puerta.

—Oh, Jesús —susurró el abogado, con los ojos desorbitados al ver la camisa ensangrentada de Carter. Su mirada siguió de largo, rozando brevemente a Christine, su alivio al verla sana y salva existió sólo hasta que vio el cuerpo inmóvil y silencioso de la señora Tremayne en el suelo del dormitorio. Se le doblaron las rodillas.

—Dulce Jesús Todopoderoso.

— ¡Señor! ¡No! ¡No lo haga! —Se escuchó gritar a Isaac.

Christine y David se apresuraron a seguir a Carter quien se dirigió hacia la ventana que daba al camino de entrada. Una vez allí, Carter bramó en señal de advertencia, cuando Lauren subió a la caja del cochero del carruaje preparado para Larissa y Carrie, y golpeó con saña un juego de riendas contra el lomo de los caballos. Carter abrió la ventana para intentar avisar a su hermano del peligro que corría, mientras estos se desbocaban de sus desatadas riendas.

El horror se desarrolló con una lentitud que grabó cada detalle para siempre en la memoria de Christine. Los caballos aun no estaban enganchados al carruaje por Isaac al estar las cinchas húmedas, algo de lo que al parecer Lauren no se había percatado. Demasiado tarde para rectificar, Lauren observó cómo los caballos salían al galope mientras las riendas seguían sujetas en sus manos. En solo un segundo se tensaron y el terror apareció en el rostro de Lauren cuando salió disparado hacia adelante. La rigidez de su cuerpo al ser sacudido y bajado de la caja, el duro chasquido de su cuello contra el borde y los gritos desgarradores de Larissa y Carrie se sucedieron en el transcurso de un pestañeo.

Los caballos corrieron furiosamente, aterrorizados por los gritos y por la carga desmarañada y sin vida que arrastraban a su paso, sin hacer caso de sus desgarradas súplicas para que se detuvieran.

Carter dejó cautelosamente la pistola sobre la mesa, con el corazón dolorido y pesado, el

cuerpo y la mente pasados de agotamiento, pasados de resistencia.

—David — dijo en voz baja.

—Me ocuparé de ello —respondió su amigo, apretándole suavemente el hombro bueno antes de salir de la habitación.

Se volvió hacia Christine y vio las palabras no pronunciadas brillar en sus ojos.

—No es culpa tuya, cariño —le dijo, sintiendo que se le iban las fuerzas, que le flaqueaban las rodillas—. No te culpes por nada de esto.

—Pero...

—Abrázame, Christine —le suplicó, acercándose a ella—. Por favor.

Sus brazos le rodearon, y sabiéndose a salvo bajo su cuidado, dejó que la oscuridad se apoderara de él y se llevara su dolor.

Desde un punto de la elevación, la amplitud de la superficie era fácil de ver. Carter miró a su izquierda, primero a David y luego más allá a Isaac, observando que ambos fruncían el ceño mientras contemplaban el laberinto de pequeños arroyos que cortaban profundos cursos a través de los campos recién plantados.

Un hombre no podría pedir mejores amigos, pensó, volviendo a centrar su atención en los restos de sus esperanzas. La lluvia caía a cántaros, sus caballos estaban enfangados hasta los corvejones y ninguno de los dos decía una palabra de queja. Sólo un silencio estoico. El tercer día de estoico silencio, de hecho. Y una compañía constante y flotante. La amabilidad, la preocupación y los temores tácitos empezaban a cansarle.

—Es increíble el daño que pueden hacer cuatro días seguidos de lluvia, ¿verdad? —aventuró.

Isaac hizo una mueca, pero David encontró los medios para preguntar en voz baja:

—¿Se puede replantar?

—Una parte —contestó Carter, aliviado de estar hablando de algo distinto a la muerte y los funerales—. Me quedan algunos sacos de semillas. Aunque el problema no es tanto la semilla como el momento. Sólo Dios sabe cuándo dejará de llover. Entonces la tierra tiene que secarse lo suficiente para que podamos volver a entrar y trabajarla sin hundirnos hasta las rodillas. Y resembrar tan tarde en la temporada de crecimiento me pondrá más a merced del tiempo de lo habitual. Replantar será una completa pérdida de esfuerzo si el verano es seco o el invierno llega pronto.

—Al menos no estás cultivando tabaco. —Ofreció David con un suspiro y un movimiento de cabeza—. Piensa en lo mucho que han perdido esos pobres bastardos en los últimos días y en el tiempo que tardarán en recuperarse. Años.

Carter asintió lentamente, su mente siguiendo el curso de las consecuencias.

—Kingscote no será la única finca que se enfrente a la bancarrota. Y si hay algo positivo en esa realidad, es que será uno de los últimos cadáveres que los acreedores vengan a recoger. Tengo más tiempo para encontrar una solución que los demás.

—¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer? —preguntó David.

Con una sonrisa apenada, Carter admitió:

—Ni una que no implique gastar dinero que no tengo.

—Tengo algo ahorrado —le ofreció su amigo—. Ciertamente no es mucho, pero si lo necesitas, es tuyo.

Esperaba que llegara la oferta, y respondió de buena gana:

—Gracias. Pero si Kingscote no puede valerse por sí misma, entonces merece caer. Ya se me ocurrirá algo. Siempre lo he hecho.

Pero nunca había estado tan metido en el agujero. En el pasado, había contado con que sus compatriotas virginianos tuvieran el dinero necesario para comprar las cosas que se veía obligado a vender para pagar sus facturas. Y lo habían hecho. Habían comprado sus esclavos, su equipo de producción de tabaco y algunos enseres domésticos almacenados durante mucho tiempo que había hecho subastar discretamente para pagar los impuestos. Pero con sus propios campos inundados y sus propios bolsillos vacíos, no podía contar con ellos para que le sacaran de apuros esta vez. Estaba solo y las probabilidades de éxito no eran buenas. Lo único que podía hacer era salvar lo que pudiera y a quien pudiera.

—¿Isaac?

—¿Sí?

—Christine zarpa hacia Boston la semana que viene —dijo, con la mirada fija en los campos en ruinas de abajo—. Quiero que tú y tu madre vayáis con ella.

—¿Cómo dice?

—Admitiré que tampoco te sigo —intervino David—. Sé que no puedes ir, ya que la Cámara de los Burgueses estará en sesión y se te exige que estés allí. Y puedo ver por qué querrías que alguien fuera con ella. Una mujer no debería viajar sola. Pero, ¿por qué Isaac y Ruth? ¿Por qué no yo?

—Porque no eres una esclavo.

—¿Y qué diferencia hace eso?

—Ninguna en Boston. Pero todo el mundo en Londres. —Se inclinó hacia delante para mirar alrededor de David y encontrarse con la mirada de su hermanastro—. Isaac, si no puedo

hacer un milagro para Kingscote, ella irá a la subasta por deudas e impuestos. Lo sabes tan bien como yo. Y también sabes que estás inscrito en el libro de activos. ¿Prefieres que te vendan en el bloque o vivir como un hombre libre en Inglaterra?

—Prefiero quedarme y contar con usted para conseguir la aprobación de su ley de manumisión.

—No es una apuesta sensata, Isaac —respondió, apartando la mirada—. El tiempo y las circunstancias están en contra. La agenda de la Cámara va a estar llena de asuntos relacionados con el apoyo a Boston y la preservación de nuestras libertades. No es probable que se considere un proyecto de ley de manumisión en esta sesión. Y, salvo una intervención divina de proporciones del Mar Rojo, Kingscote estará en la calle antes de la próxima. Agradezco tu confianza en mí, pero es infundada. Tú y Ruth deben ir a Inglaterra.

—¿Puedo señalar que ya no es el dueño de mi madre? —preguntó Isaac en voz baja—. Que no es suya para enviarla a ninguna parte por ningún motivo.

Carter sonrió.

—Los esclavos se escapan todo el tiempo.

David se aclaró la garganta.

—Y es un delito ayudarles a hacerlo.

Deslizando una mirada hacia su amigo, Carter sonrió.

—¿Planeas testificar contra mí?

—Dios, Carter.

—Soy un hombre desesperado —bromeó—. Somos conocidos por tomar acciones desesperadas.

La cautela que había nublado sus miradas durante los últimos tres días volvió al instante.

Cansado del miedo que se había cernido silenciosamente entre ellos, se obligó a reír y reprendió:

—No hay necesidad de que los dos tengan un aspecto tan condenadamente sombrío. No voy a ponerme una pistola en la cabeza todavía. Me quedan algunas cosas por hacer. —Ladeó una ceja y, más sombrío, añadió—: Una de las cuales es enterrar a mi madre y a Lauren. Probablemente deberíamos volver a la casa.

Hizo girar a su caballo y se puso en marcha por el sendero que atravesaba el bosque, oyendo a los demás ir detrás de él, sin tener que ver sus caras para saber las expresiones que llevaban. Eso era lo peor, que la gente se esforzara tanto por llorar como creían que él lloraba. Todos excepto Christine. Ella no se cernía sobre él como hacían los demás, no se arrastraba por la casa como si tuviera miedo de recordarle que los demás seguían viviendo. La vida le había enseñado sobre la muerte y cómo seguir adelante, cómo superar los días oscuros. Atendía a las tareas sombrías que necesitaba y luego miraba más allá para ver deliberadamente las alegrías sencillas de hoy, la promesa de mañanas mejores.

—No te he preguntado hoy, Carter... ¿Cómo te encuentras del hombro?

—Mejor que ayer —respondió Carter con sinceridad.

—¿La lluvia no te está molestando?

—No. Pero estoy seguro de que el tiempo preocupa a otras personas. ¿Alguna apuesta sobre si el reverendo McDowell consigue salir para el servicio?

—Los arroyos están corriendo alto y rápido —señaló Isaac—. Será casi imposible cruzarlos.

—Demonios —gruñó David—. Sólo estaremos nosotros en el servicio. Nosotros, cien pares de guantes funerarios y una montaña de comida.

Y ningún río de lágrimas, añadió Carter en silencio. Nadie lloraría por las dos vidas acabadas. Carrie no había derramado ni una sola lágrima. Tampoco lo había hecho Larissa.

Ambas habían mirado más allá del cuerpo destrozado de Lauren y ordenado que los caballos volvieran a los rastros. La muerte de la familia no les había importado en absoluto.

Ésa era la tristeza que le atormentaba: saber que su madre y su hermano habían vivido sus años sin tocar de verdad las vidas de los demás, que su fallecimiento no creaba huecos en el mundo de los que quedaban atrás. Aunque el sol hubiera estado brillando, cien pares de guantes funerarios habrían sido al menos noventa pares de más.

Capítulo 24

El sol brillaba de verdad. Por segundo día consecutivo. No es que eso influyera en cómo se sentía. Carter había hecho los preparativos para que ella zarpara dentro de tres días. Y ella no quería ir. Algo muy dentro de ella le decía que marcharse era peligroso, que si daba la espalda y se alejaba, nunca volvería a ver a Carter de nuevo. Era un miedo que llevaba sola, sin querer añadir sus temores a las cargas que Carter ya soportaba. Su pena y sus remordimientos eran profundos y silenciosos, ocultos bajo sus preocupaciones más abiertas por sus campos y el futuro de Kingscote.

Christine echó un vistazo a la sala de reuniones del segundo piso de la taberna Raleigh, resintiéndose de estar acomodada entre la docena de mujeres bien vestidas con proyectos de manualidades. La habían presentado formalmente a todas, pero su pensamiento ya se había revuelto en ese momento y ninguno de los nombres que recordaba iba con las caras. Cada una era la esposa de un burgués, pero qué esposa iba con qué burgués la superaba ampliamente.

—Bueno —decía Gray Mitten Knitter—, un día de ayuno y oración parece poca cosa para hacer por esa pobre gente. Seguro que los virginianos podemos hacer más que eso.

—Mi Ethan está preparado para correr el bloqueo británico si es necesario —dijo una de las mujeres—. Sus hermanos, William y Stephen son de la misma resolución.

—Señoras, debemos asegurarnos de que se reúnen los suministros necesarios. Los hombres, siendo las criaturas que son, se ocuparán de abastecer de pólvora y armas y ni una sola

vez pensarán más allá de eso. A nosotras nos toca atender las necesidades diarias y prácticas de Boston.

—La comida es lo más importante —señaló el muy rotundo Pomander Maker—. Si cada uno de nosotros aportara un barril de harina y cinco jamones de nuestros ahumaderos...

—Y medicinas —interrumpió Tatter—. No debemos olvidar eso. Si el bloqueo continúa durante el invierno, necesitarán remedios para las dolencias comunes.

Gray Mitten Knitter asintió.

—Y zapatos, guantes y telas. Yo, por mi parte, estoy dispuesta a prescindir de un vestido nuevo para que alguien en Boston pueda estar abrigado este invierno.

Hubo un coro de acuerdo, al que Christine se unió distraídamente. Ella tenía guantes para contribuir. Ya estaban hechos. Noventa y tres pares para ser exactos. Guantes de luto que ella, Ruth y Mary habían pasado tres días confeccionando para los que asistirían a los funerales. Y nadie lo había hecho, fuera de la familia.

Oh, todo el mundo se había apresurado a dar el pésame a Carter cuando habían llegado ayer a Jamestown para la sesión inaugural de la Cámara de los Burgueses. E igual de rápidos en ofrecer una explicación de por qué no habían podido asistir al funeral de la «querida Millicent» y el «pobre Lauren». Carter había aceptado educadamente todas las historias y luego se había inventado una propia. Lauren había tenido una pistola en la cintura del pantalón y, cuando se había caído de la caja del carruaje, rompiéndose el cuello, la pistola se le había caído al suelo y se había disparado, con la mala suerte de que la bala de plomo había golpeado y atravesado el hombro de Carter. Su madre, al ver el cuello de un hijo roto y el otro disparado, se había apretado el corazón y había caído muerta. Y todos no sólo lo habían aceptado sino que habían pasado la primera mitad del día intercambiando la mentira de un lado a otro.

La verdadera causa de su espíritu perturbado, admitió Christine para sí misma mientras echaba un vistazo a las esposas reunidas, era que no quería estar en Jamestown ni rodeada de

otras personas. Quería estar en Kingscote, encerrada con Carter en el invernadero que había convertido en su alcoba el día de aquella horrible mañana. Quería abrazarle y curar su maltrecho corazón, cuidar de su hombro desgarrado. Con el tiempo, con amor, la luz volvería a sus ojos.

Pero el tiempo era algo que ella no tenía. Tres días. Y el sentido del deber de Carter le había llamado a Jamestown y exigía que el poco tiempo que tenían lo sacrificaran por el bien de Virginia. Christine frunció el ceño ante la labor de aguja que tenía en el regazo. Su padre lo habría entendido perfectamente, se dio cuenta. Eran muy parecidos, su difunto padre y su marido. Tranquilos, inteligentes y totalmente comprometidos con el honor, el deber y los principios.

—¿Qué pasa, Anna?

El tono de la pregunta sacó bruscamente a Christine de sus cavilaciones. Observó cómo las demás dejaban su trabajo y se dirigían hacia la ventana que daba a la calle Duque de Gloucester.

—Nuestros hombres vienen del capitolio. En masa —anunció alguien, presumiblemente la vigía Anna.

Christine frunció el ceño, recordando que Carter le había dicho que la Cámara tenía una agenda repleta para la sesión de la mañana. Si salían una hora después de la convocatoria... Con el estómago plomizo y el corazón en la garganta, Christine guardó rápidamente su tulipán de aguja en la bolsa de transporte y ya se dirigía hacia las escaleras que bajaban a la sala principal cuando otra de las damas observó:

—Parecen enfadados. Debe de haber pasado algo horrible.

Carter entró en la taberna con sus compañeros burgueses, buscando entre la multitud parlanchina

de mujeres en busca de Christine. Estaba a la derecha de la escalera, pálida, silenciosa y con los ojos muy abiertos. Se le retorció el corazón al ver su angustia, sabiendo que ese momento era sólo el principio. Y de la suya. Tenía que ser fuerte por ella, decidido por ambos. Se abrió paso entre el grupo de hombres furiosos, haciendo una mueca de dolor cuando su hombro chocó con el de otro. Se había abierto camino hasta ella cuando la señora Randolph, de pie en el tercer escalón, llamó por encima del ruido:

—Peyton, danos una explicación, por favor.

La sala se quedó en silencio cuando su presidente se volvió hacia su esposa, hizo una leve reverencia y contestó:

—El gobernador Dunmore ha disuelto formalmente la Asamblea de Virginia.

Las mujeres jadearon y la señora Randolph preguntó por todas:

—¿Por qué?

—Al parecer, considera sediciosa la resolución de la Cámara de los Burgueses que pedía un día de ayuno y oración en favor de Boston.

La sala estalló de indignación.

—¡Sediciosa!

—¿Rezar y ayunar?

Carter no apartó los ojos de Christine. Ella se abrió paso entre la multitud hasta llegar a su lado, entrando en el círculo de sus brazos justo cuando una voz femenina indignada y desafiante exigió:

—Y si les enviáramos un jamón o un par de zapatos, ¿seríamos culpables de alta traición y colgados por ello?

Por el rabillo del ojo vio que alguien se subía a una silla.

—¡Tengo diez jamones para Boston! ¿Quién está dispuesto a ser colgado conmigo?

Reconoció la voz, sintió que Christine se sobresaltaba. En medio del coro de ofertas, Carter se inclinó y le susurró al oído:

—Es Patrick Lee. Si le dejamos hablar se las arreglará para incitar un motín antes de que podamos callarlo.

—¡Caballeros! ¡Señoritas! ¡Por favor! —Tardó un momento, pero la sala se aquietó y se calmó. Cuando lo hubo hecho, Peyton Randolph continuó—. Levantando la mano, señores miembros... todos los que estén a favor de convocar la Asamblea de Virginia extralegalmente, por favor, alcen la mano.

El precio que pagarían sería caro. Carter levantó su mano derecha y vio que todos los hombres de la sala habían hecho solemnemente lo mismo. La suerte estaba echada.

—¿Todos los que se oponen?

Las manos levantadas bajaron. Ni una sola se levantó.

—Puedo ver —continuó Peyton, escudriñando a la multitud—, que aunque tenemos el quórum necesario para que la votación se mantenga, nos faltan uno o dos miembros. Para que los asuntos de la colonia de Virginia puedan llevarse a cabo de forma correcta, este órgano entrará en receso hasta mañana a las nueve de la mañana. El señor Michael Lee se encargará de que los miembros que faltan sean notificados y estén presentes en este lugar y a esa hora para la conducción de los asuntos legislativos. Vengan preparados para trabajar sin descanso, caballeros. Por el momento, se levanta la sesión.

Mientras sus compañeros burgueses buscaban a sus esposas y empezaban a marcharse, Carter dio un rápido abrazo a Christine y luego se apartó de su lado y se interpuso en el camino de Peyton Randolph.

—Señor Randolph, un momento de su tiempo, por favor.

—Tremayne —dijo Randolph, asintiendo lentamente—. ¿En qué puedo ayudarle? —Randolph enarcó una ceja en silenciosa pregunta, y Carter dio el primer paso deliberado—. Mi esposa ha sido convocada a Filadelfia y luego a Inglaterra como testigo en un asunto legal. Pensaba verla a bordo de un barco con destino allí dentro de tres días. Pero dados los acontecimientos de hoy y las posibles consecuencias sobre mi tiempo, creo que lo mejor es que ella parta lo antes posible. Con su permiso, me ausentaré de la sesión matinal de mañana para poder verla partir sana y salva de los muelles de Jamestown.

Detrás de él, oyó a Christine reprimir un grito. Respirando hondo, soportó la punzada que le atravesó el corazón.

—Es una petición totalmente razonable, Tremayne. Y una decisión sabia y meditada por tu parte. Tenemos mucho que discutir y decidir en los próximos días, y mejor que se haya ido de nuestras filas al principio que en los días más críticos que vendrán después.

—Pienso exactamente lo mismo, señor.

Peyton Randolph asintió y luego, para consternación de Carter, se volvió hacia Christine. Ofreciéndole una reverencia, el presidente de la Cámara de Burgueses dijo:

—Mis más sinceras disculpas, señora Tremayne, por la interrupción de sus planes de viaje. Y mi más profundo agradecimiento por su voluntad de comprender y acomodarse a las necesidades de Virginia y de las colonias americanas. Le deseo un viaje seguro y rápido a Inglaterra y de vuelta.

La barbilla de Christine subió un poco y encontró una sonrisa amable.

—Gracias, señor Randolph.

Sintiendo su tensión, Carter se puso a su lado y deslizó su brazo alrededor de su cintura.

—Si hay algo que requiera mi atención inmediata, señor, me pondré en camino hacia Jamestown hoy mismo. Varios de mis sirvientes se dirigirán hacia allí desde Kingscote a primera

hora de la mañana si necesita enviar un mensaje a través de ellos.

—Buen viaje para usted también, señor Tremayne. Le veré mañana por la tarde. —Con otra rápida reverencia, Randolph les dejó.

Ella le miró y tomó aliento.

—Aquí no y ahora no, cariño. —La amonestó suavemente, atrayéndola hacia la puerta—. Tengo que encontrar a David y meter nuestras maletas en el carruaje. Cuando estemos en camino, podremos hablar.

Vio que la ira chispeaba en sus ojos. Por un segundo se arrepintió de su actitud prepotente y luego, con la misma rapidez, cambió de opinión. La ira les serviría mejor a ambos a corto plazo. Tendrían toda la eternidad para las lágrimas.

Como era de esperar, David se paró junto a Zeke y el carruaje.

—Lo he oído —dijo cuando Carter y Christine se acercaron.

Carter le lanzó una mirada de advertencia y entregó a Christine al carruaje.

—Estaré fuera sólo unos minutos. Quédate aquí —le ordenó, cerrando la puerta antes de que ella pudiera objetar. Pero no antes de que ella le lanzara una mirada que prometía que no iba a volver entre besos y suspiros satisfechos.

—Zeke, por favor, quédate con el carruaje y con Lady Christine. Si intenta huir, átala. —Le ordenó mientras le hacía un gesto a David para que se alejara del carruaje. Cuando estuvieron fuera del alcance de sus oídos, tomó aire y miró fijamente a su amigo—. Necesito que hagas un par de cosas por mí. Primero, necesito la petición que te pedí que redactaras para Christine. ¿Está lista?

David vaciló antes de decir en voz baja:

—La escribí esa mañana. Está en el cajón de mi escritorio. —Hizo una pausa, luego

sacudió la cabeza y se irguió hasta alcanzar toda su estatura—. Pero eso fue antes, Carter. Cuando Christine y tú aún erais desconocidos. Las circunstancias entre vosotros han cambiado desde entonces.

—Sí —admitió Carter, resintiendo el desafío—, y han vuelto a cambiar esta mañana. Necesito la petición.

—No puedes hacer esto, Carter. Está mal.

La ira surgió a través de él, arrastrada por una ola de certeza y dolor que le llegaba al alma. Apartó la mirada, no quería herir su amistad.

—Hace una semana enterré a mi madre y a mi hermano —dijo cuando volvió a tener sus emociones razonablemente bajo control—. No puedo soportar la idea de tener que enterrar también a Christine. Antes moriría que enfrentarme a eso.

Se volvió para encontrarse con la mirada del otro y confesó suavemente:

—David, la quiero. La amo con todo mi corazón. Si está en Inglaterra, está a salvo. Prefiero vivir sin ella, sabiendo que está viva y bien, que tenerla conmigo y poner su vida en peligro.

—Es su decisión.

—No, es la mía —espetó, cuadrando los hombros y sacando a relucir otra medida de resolución—. Y por difícil que sea, la he tomado. Ve a por la petición y llévasela a Isaac. Dile que empaque sus cosas y que esté en los muelles de Jamestown mañana al amanecer.

—Carter, por favor, no hagas esto. No estás pensando con claridad.

—Volveré mañana por la tarde. Podemos discutirlo entonces. —No le dio a David la oportunidad de decir nada más. Girando sobre sus talones, se alejó, dirigiéndose al King's Arms para ocuparse de recuperar su escaso equipaje y el de Christine.



Christine se quedó mirando la pared más alejada del carruaje y parpadeó conteniendo lágrimas furiosas. No quería estar en la carretera. No a Jamestown. Quería ir a Kingscote, con Carter. Quería esconderse en su habitación y dejar que el mundo se volviera loco sin ellos. Al diablo con su tío y los tribunales de Inglaterra. Al diablo con la Cámara de los Burgueses, el gobernador Dunmore y Peyton Randolph. Al infierno con el Rey y todos sus asesores adictos.

¡Y al infierno con Carter también! Con su maldita determinación de ocultar su pena tan estoicamente. Con su sentido tan noble del deber y la responsabilidad. ¡Y sobre todo con sus decretos imperiales! Si quería ir a Jamestown, que fuera sin ella. No podía arrastrarla allí por la fuerza bruta. Y si quería intentarlo, entonces tendría que encontrarla y atraparla primero. Y maldita sea si Zeke iba a interponerse en su camino.

Con cautela, levantó la cortina para ver dónde había puesto Zeke su guardia y la mejor manera de pasar junto a él. Lo encontró con bastante facilidad; estaba de pie con Carter a unos quince pies de distancia. Maldiciendo en voz baja, vio cómo Zeke asentía, cogía las maletas de Carter y se dirigía hacia la parte trasera del carruaje. Carter no le siguió. Se quedó allí de pie, con una tristeza tan profunda, tan visible en su rostro, que la ira de ella se disolvió instantáneamente en angustia.

Cuando él se recompuso y lanzó un suspiro, ella hizo lo mismo, dejando caer la cortina y acomodándose en el asiento. Tardarían horas en llegar a Jamestown, y ella las aprovecharía lo mejor que pudiera. Y quizá, sólo quizá, para cuando llegaran a su destino ella le habría convencido de que lo cambiara. Si no podía... Christine parpadeó para contener las lágrimas y levantó la barbilla. Le quería demasiado como para hacer que su dolor fuera más profundo de lo que ya era.

Subió al carruaje con una sonrisa que no suavizó las duras líneas de su mandíbula ni iluminó sus ojos. Cuando se sentó frente a ella, el carruaje empezó a rodar hacia delante.

—Está bien, Christine —dijo con un suspiro resignado—. Ahora atenderé tus protestas.

—Bueno, para empezar —replicó ella, esperando que él no pudiera oír los desesperados latidos de su corazón—, dudo mucho que el general Gates se sienta inclinado a venir a buscarme si no llego a su puerta cuando se supone que debo hacerlo. Y seguramente mi testimonio no es la única prueba que tienen contra mi tío. Su caso no se desmoronará por falta de ella. En resumen, no tengo que ir.

Su respuesta llegó al instante, no menos firme por la suavidad de su voz.

—El imperio de la ley es lo único que separa la civilización de la anarquía, cariño. No podemos darnos el lujo de elegir cuándo honraremos nuestras leyes y cumpliremos con nuestro deber. Ha sido citada a declarar. Es tu deber como ciudadano obedecer esa citación, aportar lo que el gobierno necesita para corregir un error. Lo sabes. Y sabes que tienes que ir.

—¿Te insultaría terriblemente si te pidiera que vinieras conmigo?

—No, no me insultaría en absoluto —respondió, el más mínimo destello de una sonrisa real levantando las comisuras de su boca—. Daría cualquier cosa por poder ir contigo. Pero no puedo. Igual que tú tienes tu deber, yo tengo el mío. Y no puedo apartarme de él más de lo que tú puedes apartarte del tuyo. No ahora. Especialmente no ahora.

—¿Te refieres al trabajo en el comité que va a formar el señor Randolph?

Carter la consideró, tratando de calibrar cuánto estaba dispuesta a oír, cuál era la mejor manera de suavizar sus ilusiones y esperanzas para que no se hiciera añicos cuando él llegara al punto de tener que destruirlas.

—Es mucho más grande que eso, cariño —empezó él, inclinándose hacia delante para tomar las manos de ella entre las suyas—. Cuando el gobernador Dunmore disolvió la asamblea,

cambió el curso de nuestras vidas. Todas nuestras vidas. No tiene por qué gustarnos. A nadie le importa que tuviéramos nuestros propios sueños y planes para los años venideros. Está hecho y no se puede deshacer.

Miró sus manos.

—Recuerdo que una mujer muy sabia me dio una vez un credo que se adapta perfectamente a la situación. Las circunstancias a menudo requieren adaptación.

—La mujer carecía claramente de sentido común.

Oyó pesar en su voz. Pero también una aceptación de que su mundo, en efecto, había sido alterado y que tenía que aceptarlo. Y era todo lo lejos que estaba dispuesto a empujarla por ahora. El tiempo que les quedaba era demasiado valioso para pasarlo llorando o lanzándose palabras airadas e inútiles.

—No sé si es sensato —empezó él, con el corazón lleno de un dolor agridulce mientras le rozaba los nudillos con las yemas de los pulgares—. El día que la conocí, iba por la ciudad haciéndose pasar por un chico. Y lo hacía muy bien. Yo era el único que lo sabía.

—Suena como una solterona.

—Oh, definitivamente. Estuvo de acuerdo, aún estudiando sus manos, grabando la visión en su memoria—. Y es exigente y también entrometida. Pero resulta que es lo mejor que me ha pasado nunca. —Levantó la vista para encontrarse con la mirada de Christine—. La quiero.

—Y yo a ti, Carter.

No necesitaba oír las palabras; podía verlas en sus ojos. Sus hermosos ojos azul oscuro. Ninguna otra mujer en la tierra le miraría nunca así, ninguna otra mujer le amaría nunca tan profunda, completa y sin condiciones como su hermosa y valiente Christine. La enormidad de lo que le esperaba le estrujó el corazón.

—Ven aquí —susurró, atrayéndola hacia sus brazos, decidido a recoger en su alma todo lo

que pudiera de ella antes de tener que dejarla marchar.

Capítulo 25

Christine caminaba por el muelle, con cada respiración agitándose dentro y fuera de sus pulmones, las rodillas amenazando con abandonarla en cualquier momento. No había dormido más que a trompicones la noche anterior, y sus miembros se sentían como si los hubieran lastrado con piedras. Pero sus emociones... Estaban dolorosamente alerta; tan sensibles, tan fuertemente enroscadas que se sentía como si fuera a explotar en cualquier momento. Pero ella no podía permitirlo. Simplemente no podía.

Más adelante, entre el mar agitado de cuerpos, vio caras conocidas. David y Mary. Y a su derecha, Ruth. Lágrimas calientes brotaron de los ojos de Christine y la hicieron correr hacia el refugio de los brazos de la anciana.

—Ruth —sollozó en su hombro—. Ayúdame. Ayúdame, por favor.

—Tiene que ser fuerte, Lady Christine —le dijo Ruth al oído, acariciándole la espalda—. Todo su mundo se está derrumbando a su alrededor, y no puede encontrar su camino en él y el suyo también.

—Pero yo puedo ayudarle —protestó Christine, echándose hacia atrás para mirar a Ruth a los ojos—. Tengo la fuerza. Ayúdame a hacérselo ver.

Apartando las lágrimas con las suaves yemas de los dedos, Ruth negó con la cabeza.

—Niña, mientras esté a su lado, no se dejará derrumbar. Y tiene que hacerlo. Necesita

llorar por todos y por todo lo que ha perdido antes de poder empezar a sanar. Si le quiere, entonces le dará la soledad que necesita, el tiempo que necesita. No puede ser la mitad de un matrimonio hasta que sea un hombre completo por sí mismo. Y usted no puede hacer eso por él. Nadie puede.

—Temo por él, Ruth.

—Le vigilaremos. El señor Miller, Mary y yo. Puede confiar en nosotros.

Tragándose otra oleada de lágrimas, Christine se atragantó:

—Pero no vas a estar en Kingscote para vigilarlo. Vas a volver a casa de la señora Granger.

—No, no va a ir —corrigió Mary, poniendo suavemente la mano en el hombro de Christine —. Cuando ella se negó a ir contigo y con Isaac a Inglaterra, David se dirigió a casa de la señora Granger y la compró. Y donde David va, ella va. Y se ha instalado en Kingscote con nosotros.

Atónita, miró entre las dos mujeres.

—¿Isaac vendrá conmigo?

Mary asintió.

—No pensaría que el señor Carter la iba a dejar ir sola, ¿verdad? Ha estado tan enfrascada en preocuparse por él la última semana que se ha perdido un poco de lo que ha estado pasando.

—Una de ellas aparentemente es que has pasado a tutearte con el abogado de mi marido.

Mary se ruborizó y consiguió controlar su sonrisa lo suficiente para decir:

—Sí, eso he hecho.

—Te deseo toda la felicidad del mundo, Mary.

—Y yo lo mismo para usted, Lady Christine. No se preocupe por el señor Carter. Ruth le está diciendo la verdad. Le vigilaremos y nos aseguraremos de que salga bien de esto.

Se sintió mejor, de algún modo reconfortada de que la vida seguiría adelante y todo saldría bien al final. Animada, asintió y encontró una sonrisa para su amiga.

—No te casarás hasta que yo vuelva, ¿verdad? Te prometo que volveré en cuanto pueda.

—No, niña —dijo Ruth en voz baja, tocándole la mejilla—. Sé que tiene buenas intenciones, pero volver antes de que su corazón esté lo bastante curado para albergarla sólo conseguirá destrozarlo de nuevo. Cuando esté preparado, le tenderá la mano. Hasta entonces, tiene que ser fuerte. Es lo único que puede hacer por él.

Christine inclinó la cabeza mientras otra oleada de lágrimas le hinchaba la garganta.

—Lo que su propio corazón y su mente le diga que es lo correcto no importa, niña —prosiguió Ruth con severidad—. Hoy no. Dígale lo que quiere oír. Acepte hacer lo que le pida. Dele la paz de mente que necesita por ahora. En los próximos días, las cosas cambiarán y las promesas que haga hoy podrán dejarse de lado. Pero ambos tienen que sobrevivir hoy para llegar allí. ¿Entiende lo que le digo?

Ella lo hizo.

—Duele mucho, Ruth.

— Lo sé. Pero levante esa barbilla suya y sea valiente por nuestro Carter. Mantenga sus ojos firmemente fijos en el mañana. Será mejor. Y recuerde que el buen Dios no nos da ninguna carga que sepa que no podemos soportar.

Isaac se puso al lado de su madre y le pasó el brazo por los hombros, diciendo:

—Están llamando a los pasajeros para embarcar, Lady Christine. Nuestras maletas están guardadas. Así que cuando esté lista...

Su voz tembló cuando dijo:

—Gracias, Isaac —cuadró los hombros, abrazó a Ruth y Mary y luego se apartó de ellas.

Carter se quedó esperándola, con los ojos oscuros e ilegibles. Decidida a ser valiente como Ruth le había ordenado, dio un paso adelante y le rodeó la cintura con los brazos. Como siempre, los brazos de él rodearon sus hombros para acercarla. Apoyando la mejilla en su pecho, cerró los ojos y escuchó el latido de su corazón.

—Volveré tan pronto como el tribunal me libere para marcharme —le ofreció, esperando que él le demostrara a Ruth que estaba equivocada.

—No, Christine.

Ella se echó hacia atrás para mirarle, y la dureza de su mandíbula la asustó.

—Pero soy tu esposa. Mi lugar está aquí.

Sacudió la cabeza, sus labios una fina línea de resolución.

—Carter...

Suspiró y dio un paso atrás para colocarse con las manos sobre los hombros de ella.

—Christine, cariño, escúchame y oye lo que te digo. Y que sepas que daría mi vida por no tener que decirte estas cosas.

El corazón le dio un vuelco y trató de retroceder. Él la sujetó con fuerza y le dijo fríamente:

—Mañana, más o menos, la Asamblea de Virginia enviará una comunicación a todas las demás colonias, convocándolas a reunirse probablemente en Filadelfia al final del verano. Vendrán y, por necesidad, consideraremos la rebelión armada como un curso de acción. Si hacemos un último esfuerzo para resolver pacíficamente nuestras diferencias con Inglaterra está por ver. Pero sé en mi corazón que incluso si lo hacemos, fracasará, Christine. La guerra se acerca. Es inevitable.

Oh, Dios. Ella sabía lo que él iba a decir, las decisiones que había tomado.

—Es mi deber defender lo correcto, Christine, liderar como pueda la lucha, y no lo eludiré. Todo lo que tengo se perderá cuando llegue ese día. Kingscote habrá desaparecido, ya sea tomado por la Corona o arrasado por sus soldados. —Sonrió débilmente y su risa fue seca y dura —. Francamente, eso no me importa lo más mínimo. La maldita cosa es una bestia poco rentable y con corrientes de aire, y agradecería la oportunidad de construir otra casa y hacerlo bien.

—Me gustaría ayudarte a hacerlo —se ofreció ella, aferrándose a la esperanza.

—Sé que lo harías —dijo él con tristeza, rozándole la mejilla con el dorso de la mano—. Pero la pura verdad es que no es probable que ocurra, cariño. Gran Bretaña es la nación más poderosa y rica del mundo.

Hizo un gesto con la barbilla hacia el barco y la gente que subía por su pasarela.

—Mira a su alrededor. Mira a la gente que está aquí con nosotros. Sólo gente corriente. Este es nuestro ejército, Christine. Estos mercantes amarrados a lo largo del muelle son nuestra armada. Eso es todo lo que tenemos para lanzar contra la mayor potencia de la tierra. Sabes tan bien como yo qué posibilidades de éxito tenemos.

—Entonces, ¿por qué luchar, Carter?

—Porque la elección es entre vivir como esclavos sin voz o morir como hombres libres. Elegimos lo segundo. Y sí, recuerdo tu objeción. ¿Cómo puedo decir eso cuando mantenemos a otros encadenados? No somos perfectos, Christine, y lo sabemos. Pero también sabemos lo que es la perfección y estamos decididos a alcanzarla algún día. Llevará tiempo y mil pequeños pasos por el camino de la razón y el compromiso. Pero el primer paso tiene que ser asegurarnos el derecho a tomar esas decisiones por nosotros mismos. Michael Lee tiene toda la razón. No podemos dar a los demás lo que nosotros mismos no poseemos.

Tenía razón; lo que antes no creía de él, de sus semejantes, ahora sí.

—Entonces dejemos...

Le puso la punta de los dedos sobre los labios y negó con la cabeza. Sólo cuando ella hubo suspirado resignada se los quitó. Metiendo la mano en su abrigo, extrajo un trozo de pergamino doblado y se lo entregó, explicándole:

—Le pedí a David que redactara una petición para que la presentaras ante el tribunal cuando llegaras. En ella se pide al tribunal que te conceda el título de propiedad de la mansión de Kingscote en recompensa por tus servicios a Inglaterra. Creo que es probable que lo hagan. Isaac se quedará contigo hasta que te hayas instalado allí.

Ella le miró fijamente, con el papel agarrado en la mano. Kingscote. Él quería que ella fuera a Kingscote. Así él sabría dónde estaba. Así sabría dónde enviar la carta para llamarla a casa. El alivio la inundó. No era para siempre. Podía resistir.

—¿Te encargarás, a tu vez, de que Isaac se independice como un hombre libre?

—Por supuesto.

—Y quiero que hagas algo por mí cuando llegues a Inglaterra.

—Cualquier cosa.

—Quiero que pidas el divorcio a la Corona.

Las palabras golpearon como un golpe físico, destrozando su esperanza.

—No. No haré eso —declaró ella, dando un paso atrás.

Los dedos de él se tensaron sobre sus hombros, sujetándola firmemente frente a él.

—Sí, lo harás. Voy a cometer traición, Christine. A sabiendas y voluntariamente. Si sigues siendo mi esposa, estarás sujeta a los mismos castigos que caerán sobre mí. La mansión Kingscote será confiscada y tú serás encarcelada. No habrá nadie que venga a rescatarte, nadie que pida a la Corona clemencia y misericordia. Morirás allí. —Con los ojos oscurecidos y la respiración agitada, le dio una pequeña sacudida y le exigió—: ¿Me oyes?

—Te oigo —respondió ella, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero no puedes obligarme a hacerlo, Carter. No puedes hacer que te abandone.

Él cerró los ojos y la estrechó con fuerza entre sus brazos, abrazándola con fuerza durante un largo momento antes de exhalar un estremecido aliento y decir en voz baja:

—Si me amas de verdad, te alejarás del peligro para que no esté constantemente preocupado por ti. Por favor, Christine. Pídeme el divorcio, ya sea alegando que te forzaron a la unión contra tu voluntad o que soy un líder rebelde. Te lo concederán por cualquiera de las dos causas y estarás a salvo.

—¿Por qué debería estar a salvo cuando tú no lo estás? —exigió ella.

Él la apartó de él con ternura, tomándole la cara entre las manos y levantándole la cabeza hasta que se encontró con su mirada.

—Fuiste arrojada a mi vida, contra tu voluntad. Ésta no es tu lucha, Christine. Y no deberías tener que sufrir sus consecuencias por un giro del destino. No tienes nada que ganar estando a mi lado, salvo cierta pobreza y probablemente la viudez. Te quiero demasiado para querer eso para ti. Por favor, dale a mi alma un poco de paz. Prométeme que te quedarás en Inglaterra, que solicitarás el divorcio y que harás una vida feliz para ti.

Su corazón se desgarraba. No podía respirar y no quería hacerlo.

—Pero yo...

—Prométemelo —susurró entrecortadamente—. Dame eso como el último de los regalos de tu corazón.

—Te quiero, Carter.

La última llamada del contramaestre sonó sobre el muelle, helándole la sangre y drenando las fuerzas de su cuerpo. Como desde una gran distancia, oyó a Isaac decir:

—Señor, ya no hay tiempo.

El anhelo y la angustia en los ojos de Carter eran un eco de lo que resonaba en su alma cuando él se inclinó y la besó. Ella se aferró a él, deseando desesperadamente que cediera.

—Señor. —La voz de Isaac era ansiosa—. Se están preparando para subir la pasarela.

Dios, si pudiera retenerlo sólo unos segundos más. Sería demasiado tarde. Con el cuerpo tembloroso, le apretó las solapas en los puños. Y entonces sus labios desaparecieron y él se zafaba de su agarre.

—Cuida de ella —dijo, su voz áspera mientras la empujaba, tambaleándose, a las manos de Isaac.

A través del borrón de sus lágrimas le vio darse la vuelta y alejarse.

—No, Carter —susurró mientras Isaac tiraba de ella hacia el barco—. No. Por favor.

Él no se detuvo, no miró atrás, y lo que quedaba de su corazón se rompió en mil pedazos cuando Isaac la levantó y la llevó sobre la tabla.



—De vuelta a Jamestown Zeke —ladró Carter, abriendo de golpe la puerta del el carruaje y entrando de un salto—. Tengo trabajo que hacer.

—Sí, señor.

Cerró la puerta de golpe tras de sí, tropezando en el asiento, cegado por lágrimas hirvientes. Y cuando el carruaje se puso en marcha, se hundió en la esquina y se rindió a los sollozos desgarradores de una pena más profunda y duradera que cualquiera que hubiera conocido.

Capítulo 26

Christine vigiló la posición de un tenedor de ensalada y luego retrocedió para observar la mesa. La mejor vajilla de su madre brillaba con la luz de última hora de la mañana que entraba por las ventanas. La plata, ennegrecida por años de desuso, ahora relucía. La mantelería, tanto tiempo guardada, volvía a estar blanca y planchada. La comida –un surtido de embutidos y quesos, panes, pudines y ensaladas estaba preparada y cuidadosamente cubierta con toallas húmedas para mantenerla fresca. Christine sonrió con pesar y se dio la vuelta.

Mientras permanecía en la puerta del comedor, su mirada pasó lentamente por la habitación principal de Kingscote, tocando los objetos familiares de su infancia. La banqueta, el hogar, la silla de ruedas. La pipa de su padre. El preciado jarrón de cristal de su madre. El pequeño dibujo enmarcado en dorado que un artista ambulante había hecho de sus hermanos el año anterior a su muerte. Eran cosas tan pequeñas, su valor en chelines y libras no era nada en comparación con el hermoso y costoso mobiliario de Kingscote.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y se las apartó rápidamente, recordándose con severidad que no estaría bien que el reverendo Matherson y su esposa llegaran a almorzar y se encontraran a su anfitriona llorando. Enderezando los hombros, cogió su chal de la percha que había junto a la puerta principal y marchó hacia el exterior, decidida a aprovechar el tiempo de que disponía para seguir adelante con su demasiado demorado reconocimiento de los jardines de Kingscote.

Caminó a lo largo de la fachada de la casa, su mente vagando no entre las plantaciones sino por los senderos de la memoria. El reverendo Albert Matherson era más viejo que las colinas desde que ella podía recordar. Había sobrevivido a dos esposas. Su tercera, Sophie, una mujer tímida, callada y del todo invisible, sólo tenía un puñado de años más que ella. El reverendo Matherson hablaba por Sophie siempre que no estaba demasiado ocupado hablando por Dios. Y si el reverendo Matherson no era libre de ofrecer la opinión de Sophie, entonces Sophie no tenía ninguna.

Christine suspiró. ¿En qué había estado pensando para invitarlos a almorzar? ¿Por qué no se había limitado a responder a su petición de llamar diciéndoles que Kingscote aún no estaba preparada para recibir visitas? Porque, se respondió a sí misma, ésa no habría sido la verdad. Kingscote estaba listo. Durante las últimas tres semanas había pasado cada momento de su vida intentando que fuera todo lo que ella recordaba que había sido una vez. Nunca había tenido mejor aspecto. Y nunca se había sentido tan vacío, tan sin vida.

No, la verdad era que no estaba preparada para recibir visitas, no estaba preparada para fingir que su vida era serena y que era feliz. Había invitado a los Matherson a cenar con la esperanza de que el hecho de tener que cumplir con sus obligaciones sociales comprometiera no sólo su mente sino también su corazón. Hacía tanto tiempo que no sentía nada excepto una especie de entumecimiento. Al principio había sido una bendición, envolviendo primero su viaje y luego su comparecencia ante el gran jurado en una niebla suave y apacible.

Se había disipado un poco cuando le habían entregado el título de Kingscote; de hecho, había tenido los medios para balbucear algunas palabras genuinas de gratitud. Se había despejado un poco más cuando había vuelto a entrar por la puerta y se había dado cuenta de que había conseguido todo lo que tanto había esperado. Pero por mucho que trabajara, por mucho que intentara sonreír y soñar, su corazón permanecía distante y envuelto. Fuera de su alcance y entumecido. Temerosamente entumecido.

Y así, en un momento de debilidad y desesperación, había invitado a almorzar al reverendo Matherson y a su muda esposa. Dios. Mejor insensible que aburrida sin sentido.

Una ráfaga de viento fresco y húmedo azotó la esquina de la casa y Christine se ciñó el chal sobre los hombros, respirando profundamente el aroma de las hojas cambiantes. ¿Estaban cambiando de color también en Virginia? En su mente vio el camino de Kingscote cubierto de oro y óxido, el cálido ladrillo de la casa brillando a la luz de la mañana, el humo saliendo de las chimeneas. Y a Carter cabalgando hacia ella, viniendo de los campos, con las mangas de la camisa arremangadas y la chaqueta colgada sobre el pomo. Le vio acercarse, el latido de su corazón acompasándose a la cadencia ondulante de los cascos...

—¡Buenos días, señora!

Apartando sus pensamientos, Christine se volvió hacia la pareja que subía por el paseo delantero y se obligó a sonreír. El reverendo Matherson no había envejecido ni un día desde la última vez que lo había visto. Sophie, como siempre, flotaba de su brazo con aspecto aturdido y un poco aprensivo. Christine miró un segundo más allá de ellos para ver si el carruaje era el mismo de siempre y si el antiguo caballo seguía vivo. Así era. Habían pasado cuatro, casi cinco años desde la muerte de su padre, y nada había cambiado.

—Por favor, perdonen mi falta de atención —comenzó Christine, extendiendo la mano—. Los planes para poner de nuevo en orden la mansión Kingscote tienen tendencia a hacerme ajena a cualquier otra cosa. Bienvenidos. Es encantador volver a verlos después de todos estos años.

—Esperábamos verla en la iglesia el domingo pasado —dijo el reverendo Matherson, la censura en su voz contrariando su sonrisa mientras envolvía la mano de ella en un nido de carne arrugada y huesuda.

Christine resistió el impulso de zafarse de su agarre. Con un encogimiento de hombros, le dijo la pura verdad.

—Volver a casa me ha traído recuerdos. Por desgracia, no todos han sido buenos. La

última vez que estuve en la iglesia del Buen Pastor fue para el funeral de mi padre. Me temo que aún no he tenido la fuerza necesaria para enfrentarme a ese recuerdo en particular. Estoy segura de que lo haré con el tiempo.

Sus manos se apretaron alrededor de las de ella.

—Cuanto antes se enfrente a los demonios del pasado, mejor. Menos poder tendrán sobre usted. Cuando mire desde el púlpito el próximo domingo, esperaré verla sentada en el banco de su familia.

En lo más profundo de su ser, algo se encendió. Fue una sensación sorprendente, rápida e inesperada, pero deliciosa en su calidez y vivacidad. Apartando la mano de su agarre, hizo un gesto hacia la puerta, diciendo cortésmente:

—¿No quieren entrar? Nuestra comida está preparada y esperando.

Como ella esperaba, el ministro ladeó una tupida ceja gris ante su pequeña rebelión. La chispa de su interior se encendió, y deleitándose en ella, se dio la vuelta y comenzó a subir los escalones de Kingscote, sin importarle si la seguían o no.

Lo hicieron, sin embargo, deteniéndose justo delante de la puerta. El reverendo Matherson echó un vistazo al interior.

—¿Le ha dado vacaciones a su criado? —preguntó, poniéndose detrás de Sophie y despojándola de su chal.

—Isaac no es mi criado —explicó Christine, echando su propio chal sobre el respaldo de una silla—. Era el encargado de negocios de mi marido y me acompañó en mi viaje de regreso a Inglaterra. Me vio instalarme a salvo aquí y luego regresó a Londres. Aceptó un empleo en una empresa de contabilidad de allí.

—¿Su marido no la acompañó él mismo?

Ella oyó la condena en su voz y la chispa se convirtió en llama.

—Las circunstancias lo hicieron imposible —suministró ella con firmeza, no dispuesta a dignificar su presunción con una explicación detallada, no dispuesta a compartir su vida con Carter con nadie ajeno a ella—. ¿No quiere venir a la mesa? —De nuevo se dio la vuelta y le indicó el camino. Sólo que esta vez su anterior ambivalencia había desaparecido; esperaba que el ministro y su esposa decidieran no seguirla.

—Sus propias circunstancias han sido bastante extraordinarias —dijo una voz suave y temblorosa desde detrás de ella—. He seguido los relatos con avidez.

Christine se detuvo en seco. Dios mío, Sophie Matherson no sólo había hablado, sino que realmente había pronunciado dos frases completas. Esperando animar aquella inusual muestra de valentía, Christine se volvió y preguntó con una sonrisa:

—¿Qué cuentos ha oído, señora Matherson?

Sophie palideció ante la mirada fulminante de su marido y dejó caer la vista al suelo. Christine apretó los dientes mientras el reverendo

Matherson respondió:

—Las mujeres siempre han sido débiles a la tentación. Satanás ofrece muchas manzanas. De las cuales el cotilleo es sólo una.

Esa maldita manzana. Y siempre la debilidad de las mujeres. Pobre Sophie. No era justo ni estaba bien. Y ella no iba a dejarlo pasar sin ser reprendida.

—Dígame una cosa, reverendo. ¿Se considera un pecado decir la verdad?

—Por supuesto que no —respondió Matherson, sentando a su esposa a la mesa—. Dios exige que digamos la verdad en todas las cosas.

—Bien. —Levantando las tapas que protegían la comida, dijo alegremente—: Señora Matherson, déjeme contarle la verdad de lo que me ha sucedido en los últimos meses. En efecto, ha sido extraordinario. Como estoy segura de que ha oído, mi tío se ha dedicado durante mucho

tiempo a engañar a la Corona y me hizo partícipe de sus delitos. Cuando los ministros del Rey descubrieron su perfidia, se movilizaron para presentar una acusación contra él y buscaron mi testimonio con ese fin.

La mujer levantó la vista sólo un escaso segundo, pero fue suficiente para que Christine viera la súplica silenciosa para que continuara. Christine sonrió, se sentó, ignoró el ceño fruncido del reverendo y obedeció.

—Imagino que es en este punto cuando la historia se ha vuelto un poco confusa para todos. Sin embargo, dudo que se haya exagerado. Sería extremadamente difícil hacer el relato más desgarrador u horroroso de lo que fue. Verá, mi tío, para tratar de impedir que prestara testimonio y aportara pruebas contra él, contrató para que me asesinaran en un lugar y bajo unas circunstancias que arrojaran sospechas en una dirección muy alejada de él.

Christine hizo una pausa, considerando el camino que había recorrido y dándose cuenta de que nunca antes había intentado expresar con palabras aquellos días, aquellos acontecimientos y lo profundamente que la habían afectado. En ese lugar profundo dentro de ella donde parpadeaba la llama, el calor de ésta se intensificó y comenzó a palpitar suavemente.

—Con ese fin —continuó, fortalecida e inquieta a la vez por la sensación—, mi tío me obligó a casarme con un desconocido, un granjero americano, un hombre decente, cariñoso e inteligente que no me echó en cara las intrigas de mi tío. Un hombre a cuyo hermano se le asignó la espantosa tarea de deshacerse de mí. Su hermano y mi tío fracasaron sólo gracias a las valientes acciones y duras decisiones que mi marido estuvo dispuesto a tomar para protegerme. Pagó un alto precio por su devoción hacia mí. Una devoción que no tenía ninguna razón para ofrecerme y todas las razones para negarme. Le debo la vida por ello.

Trozos de recuerdos revolotearon por su mente, benditamente fracturados. Larissa. Carrie. Lauren. Mary, Ruth y David. La señora Tremayne. Y Carter. La tristeza en sus ojos cuando había estado en el muelle de Jamestown, la dureza de su mandíbula al despedirse de ella. El anhelo y la

ternura en su último beso.

Y de repente el entumecimiento que rodeaba su corazón se hizo añicos, y el dolor profundo del alma de aquel momento volvió a inundarla. Cerró los ojos, acogiéndolo como una prueba de que aún podía sentir, luchando por soportar con dignidad la abrumadora sensación de pérdida que le sobrevino. Reacia a perder la compostura y avergonzar al reverendo y a su esposa, Christine respiró hondo, impuso una sonrisa en su rostro y sacó de su lengua palabras desapasionadas.

—No quería dejarlo, pero él insistió en que respetara el estado de derecho y cumpliera con mi deber para con la corte. Así que abandoné las colonias y regresé a Inglaterra para prestar testimonio ante el gran jurado. Tengo entendido que ya se ha dictado la acusación y que mi tío ha sido arrestado. Se me exigirá que testifique contra él en el juicio, por supuesto. La Corona me ha dado dos semanas para regresar a Londres.

—¿Se reunirá allí con usted su marido? —preguntó Sophie en voz baja, aparentemente ajena al ceño fruncido de desaprobación de su propio marido.

Dios, qué profundamente deseaba ver a Carter, estar de nuevo en sus brazos. Cuánto le dolía saber que no era probable en absoluto que eso ocurriera.

—Lo dudo mucho —se obligó a decir sorteando el nudo en la garganta—. Tiene grandes responsabilidades que atender en las colonias.

—¿Volverá con él después del juicio? ¿O volverá a casa, a Kingscote?

—El hogar —admitió Christine con tristeza—, parece ser algo que últimamente me cuesta identificar. Me encuentro dividida entre dos orillas.

—Parece que escapó de esa desdichada orilla americana justo a tiempo —entonó Matherson—. Es evidente que Dios tuvo algo que ver en su regreso a Inglaterra. Con el tiempo y con guía, sin duda llegará a apreciar Su infinita sabiduría.

Christine le miró sin comprender.

—¿Desdichada? No pienso en América de esa manera en absoluto.

—Entonces no se ha enterado de los recientes acontecimientos en las colonias americanas.

Su corazón dio un vuelco.

—Aparentemente no —se oyó decir por encima del rápido chasquido de sus pensamientos. Carter había dicho que estaban al borde de la guerra, que Virginia enviaría una convocatoria para que todas las colonias enviaran delegaciones a una reunión al final del verano.

—Bendigamos esta comida y demos gracias al buen Dios por su oportuno rescate.

Ella asintió distraídamente y, mientras el reverendo y su esposa inclinaban la cabeza, contempló las hojas del exterior. Ahora era principios de octubre, y si se hubieran reunido cuando Carter había dicho que lo harían... Tiempo suficiente para declarar la guerra, tiempo suficiente para que la noticia hubiera llegado a Londres. El zumbido de la voz del ministro terminó, y ella ofreció un silencioso «Amén» por ello.

Recogiendo la bandeja de carnes y quesos, Christine se la tendió a Matherson y, con una despreocupación totalmente fingida, dijo:

—Estaba a punto de contarme lo que ha pasado en las colonias.

—Estuve en Londres hace apenas cinco días para una reunión de ancianos de la iglesia —dijo mientras se servía generosas raciones—, y tuve ocasión de leer por mí mismo los informes de los periódicos londinenses. Los colonos americanos han caído en las profundidades de la estupidez más absoluta. La consecuencia de ello será que caerá sobre ellos toda la ira y el poder del Ejército Real y la Armada de Su Majestad.

Su corazón tropezó incluso cuando se dijo a sí misma que no entraría en pánico, que no asumiría lo peor. Mientras presentaba la bandeja a Sophie, presionó para obtener más información.

—¿Puedo pedirle que sea un poco más específico en cuanto a lo que han hecho que es tan atroz?

—Se han reunido en una asamblea ilegal y han redactado unas tonterías que llaman Declaración y Resoluciones del Congreso. En este documento, gimotean y se ensañan con los actos legítimos del Parlamento y se declaran por encima de la ley y absueltos de obediencia.

Christine expulsó el aliento que había estado conteniendo. No era una declaración de guerra. Mareada por el alivio, llenó a ciegas su propio plato y luego, con mano temblorosa, alcanzó su copa de vino blanco. Debería haber sabido que no actuarían tan precipitadamente. Carter estaba decidido a luchar en una guerra si no le quedaba más remedio, pero no quería la guerra.

—Y entonces —continuó Matherson mientras ella sorbía—, en un gesto patéticamente vacío de desafío, juran cesar todo comercio con nosotros hasta que nuestro bendito rey George se arrastre para que les perdonemos.

¿Gesto vacío? Carter nunca hizo gestos vacíos. Tampoco hacía nunca amenazas; hacía promesas que siempre cumplía hasta el amargo final. Christine sonrió.

Excepto por el asunto de sus calzones y botas. Eso se lo había concedido. Pero que ella llevara calzones y botas era un mundo aparte del conflicto surgido entre las colonias e Inglaterra. En esas cuestiones, Carter nunca cedería.

El reverendo Matherson resopló y cogió el tarro de cristal de mostaza molida. Casi arrojando una cucharada al plato, añadió:

—No aguantarán el invierno sin los materiales que les suministramos. No podrán sobrevivir sin el poderío de Gran Bretaña para defenderles y apoyarles. Y si llegan a cometer traición real y se levantan en armas, desde luego no podrán enfrentarse a la potencia militar más poderosa de la historia del mundo.

Christine pensó en las tiendas de Kingscote, en las mujeres de la taberna Raleigh y en todo lo que habían estado tan instantáneamente dispuestas a enviar para apoyar a Boston.

—Lamento respetuosamente discrepar con usted, señor —dijo en voz baja, estudiando el pálido color de su vino—. A menos que la Corona haya querido sacar las monedas de sus bolsillos, las colonias han sido ignoradas en gran medida. Debido a ese abandono, han aprendido a abrirse camino y a cuidar de sí mismas. Sus vidas son totalmente sostenibles sin la ayuda de Inglaterra. Y aunque aún está por ver si pueden salir victoriosos en cualquier contienda militar contra Gran Bretaña, puedo asegurarle que si deciden tomar las armas, lucharán hasta que caiga el último hombre.

—Entonces son unos tontos lamentables.

Con un suspiro, sacudió la cabeza y dijo:

—Perdone mi brusquedad, reverendo, pero usted no sabe nada de los colonos americanos. Yo he estado allí. He vivido entre ellos. Puedo asegurarle que, en general, son un pueblo reflexivo, bien educado y muy deliberado.

—Cualquier hombre, cualquier pueblo —replicó—, que se oponga al imperio de la ley y a la autoridad de nuestro Rey y Parlamento son tontos. Y no sólo tontos, señora Tremayne, sino también una plaga ingrata que debe ser erradicada de nuestro reino para que no infecte y pudra desde dentro la tradición y los principios del derecho consuetudinario.

La ira la invadió.

—¿Y por qué deberían estar agradecidos? —exigió—. ¿De que hayan sido gravados con impuestos hasta la pobreza y la ruina? ¿Que se les haya negado el derecho más fundamental de los ingleses, el derecho a la representación en el Parlamento y a tener voz en la formulación de las leyes que les gobiernan? ¿Que se les están arrebatando sus libertades?

Matherson observó sardónicamente:

—Parecería que hay algo en el aire colonial que es contagioso.

—Quizá lo haya —admitió ella, ignorando la mirada asustada de Sophie—. No puedo evitar admirarlos por ser un pueblo increíblemente resistente e independiente, señor. Se han labrado su existencia con su propio esfuerzo y han contribuido libre y gustosamente con los frutos de su trabajo a la gloria y el poder de Inglaterra. Sólo han pedido vivir en paz, disfrutar de la generosidad que tanto les ha costado conseguir y que sus considerables contribuciones al imperio sean respetadas y recompensadas con una representación en el Parlamento. Han dado mucho y han pedido muy poco a cambio.

Matherson la fulminó con la mirada y, a su lado, Sophie se acobardó y se encogió sobre sí misma.

—Y no complacerá en absoluto a la Corona cuando, a la vista de nuestro poder cerniéndose sobre ellos, las alimañas sediciosas se den la vuelta y huyan.

—No van a huir. Conozco a mi marido y a sus compañeros. Si el Rey y sus consejeros se niegan a abordar las preocupaciones expresadas en su declaración más reciente, entonces los americanos se pronunciarán como una nación libre. No tienen nada que perder luchando por sus principios.

—Los principios no significan nada cuando las ciudades son escombros humeantes y la gente se muere de hambre.

—Entienda esto, reverendo. Los americanos son una raza de gente muy diferente. Consideran un deber sagrado servir al Derecho y a los principios de la libertad. Los ingleses hablan de libertad y de los derechos de los hombres libres. Los americanos la viven. La libertad es para ellos más preciosa que la paz, más preciosa que la vida misma. Si Inglaterra no entiende ahora eso de sus colonos americanos, pronto se lo enseñarán.

Apretando los dientes, replicó:

—Y nosotros les enseñaremos humildad.

Ella intentó imaginarse a Carter de rodillas, con la cabeza inclinada.

—Nunca, señor —respondió ella con una breve carcajada—. Ellos saben lo que han logrado y contra qué adversidades. Los grandes logros no conducen a la humildad.

—Entonces no nos dejarán otra opción que destruirlos.

¿Destruir a Carter? ¿Destruir Kingscote? No mientras hubiera aliento en su cuerpo. Christine contempló la mirada del reverendo durante un largo momento antes de responder solemnemente:

—Si Inglaterra tiene el lamentable error de juicio de hacer la guerra a su propio pueblo, no será la primera dificultad grave que sufran los americanos.

—Dios está siempre del lado de Inglaterra.

—Dios, reverendo, siempre está del lado del derecho. Y en el trato a los americanos, Inglaterra no tiene razón. Está absoluta, ciega y estúpidamente equivocada. Y yo, por mi parte, no me quedaré de brazos cruzados y permitiré que los americanos sean agraviados. Hacerlo sería inconcebible.

—¿Puedo ofrecerle un consejo, señora Tremayne? —dijo Matherson, levantándose bruscamente de su silla. No esperó a que ella asintiera, sino que cogió a una encogida Sophie por el codo y casi la puso en pie mientras le decía—: Haría usted bien en guardarse para sí sus rabiosas simpatías coloniales. En los próximos días, no serán nada populares entre sus conciudadanos.

—Gracias. Lo tendré en cuenta —respondió ella, levantándose para seguirles al exterior. Abrió la puerta de entrada y se la sostuvo, esperando hasta que bajaron los escalones y avanzaron por el paseo antes de decir—: Ah, y reverendo. —Sonrió—. No estaré en la iglesia el domingo.

No esperó a verles el resto del camino hasta su carruaje. Envuelta en una permanente

sensación de satisfacción, dio un paso atrás y cerró la puerta con elegancia.

—Nadie me dice dónde tengo que estar y cuándo —declaró, entrando a grandes zancadas en el comedor para recoger los platos de comida a medio comer—. Nadie me dice lo que tengo que pensar y lo que puedo decir. Me he ganado el derecho a tomar esas decisiones por mí misma. Puede que nada de lo que hay por aquí haya cambiado en casi cinco años, pero desde luego yo sí y...

Christine aminoró el paso y luego se detuvo, aturdida por la silenciosa potencia de la comprensión. Ella había cambiado. No era la misma Christine Pearson que había crecido en esta casa. Kingscote era hermosa y guardaba recuerdos preciosos, pero era el hogar de otra persona, alguien que ya no existía. Por eso todas las semanas de tareas domésticas y labores del hogar no le habían proporcionado la sensación de paz y felicidad que había esperado encontrar. Y, curiosamente, el hecho de que lo hubiera intentado la enfadaba. Verdaderamente enfadada.

Capítulo 27

Carter se apoyó en la ventana y miró hacia la noche. Desde el segundo piso, sólo podía ver hasta cierto punto, pero era suficiente para saber que Londres era un gigante en expansión y la ciudad más grande que vería en su vida. En las calles de abajo, rodaban carruajes iluminados por lámparas y la gente, abrigada contra el frío húmedo, se abría paso por los paseos. A la luz del día la ciudad bullía, sus calles y paseos atascados hasta el punto de ser casi intransitables. Era un lugar interesante, lleno de sonidos y olores. Podía ver cómo algunos se sentirían atraídos por ella, queriendo sumergirse en el agitado ritmo de vida que ofrecía. Sin embargo, él no podía.

Llevaba aquí una semana y se encontraba constantemente mirando en la dirección en que los mapas decían que se encontraba Herefordshire. Aproximadamente trescientos kilómetros si los mapas eran exactos. Cinco días de duro cabalgar. Quizá cuatro si los caminos eran tan buenos como se decía. No es que tuviera motivos para recorrerlos. Sólo había estado entablando conversación.

—Bueno, aquí hay una noticia interesante —dijo David desde su asiento junto al hogar. Dobló su periódico y lo inclinó hacia la luz del fuego—. Lady Larissa Wilson, de la colonia británica norteamericana de Virginia, ha sido detenida y acusada del asesinato de un tal Sir William Grayson, conde de Something-shire, señor de Something-wick y primo lejano del rey. Según los parientes más cercanos de Grayson. Grayson y el viejo Larissa tenían un romance y discrepaban sobre la forma adecuada de ponerle fin.

Carter sonrió irónicamente, pensando que, al parecer, Larissa había ganado la contienda.

—¿Dice cómo lo mató? —preguntó, mirando por encima del hombro.

David leyó un poco, luego frunció los labios y lanzó una rápida mirada en su dirección. Carter reconoció la vacilación, la había visto con suficiente frecuencia en los últimos meses como para conocer la causa. Todos en Kingscote habían desarrollado el hábito de censurar su conversación. Y nadie mencionaba a Christine en absoluto. Eran muy, muy cuidadosos al respecto.

—Dada la expresión de tu cara —dijo, volviéndose de nuevo para mirar por la ventana—, supongo que fue con veneno. ¿Estoy en lo cierto?

—Uno pensaría que la gente podría ser un poco más creativa —observó David—. Sólo un poco más original. ¿Crees que les interesaría conocer tus sospechas sobre cómo murió Ethan Wilson?

Carter se encogió de hombros.

—No lo sé. Y no sé si al final cambiaría algo. Sólo pueden colgarla una vez. ¿Dice dónde la retienen?

—En la prisión de Newgate.

Carter asintió. Había algunos aspectos del sistema legal y penal británico que no aprobaba, pero su voluntad de arrojar a Larissa a las fosas del infierno era algo que no podía dejar de apreciar. Había pensado que había sido ella la que había intentado matar a Christine, pero era el único pecado del que era inocente. Considerando todas las cosas, Newgate era el lugar al que Larissa pertenecía.

—¿Dice algo de la querida tía Carrie?

David revolvió su periódico y respondió:

—Nada más allá de que, al parecer, vive en Charleston estos días. —Hubo una larga pausa y luego David musitó en voz alta—: ¿No sería irónico que acabáramos encadenados junto a Larissa?

Carter resopló y, viendo pasar un carruaje, replicó:

—Sólo soy un hombre de negocios que está aquí para discutir las ramificaciones de la guerra con mis homólogos británicos. Tú eres mi asesor legal. A menos que robemos o asesinemos a uno de ellos, no vamos a aterrizar en Newgate. —Y una vez que nos rebelemos, no se molestarán en llevarnos a prisión. Simplemente nos colgarán del árbol más cercano.

—Es gratificante saber que sus homólogos están oyendo lo que decimos. —Observó David, con la frustración asomando a su voz—. Y que pueden ver las consecuencias tan claramente como nosotros. Pero dudo que el Rey y sus ministros estén más dispuestos a escuchar las protestas de sus propios mercaderes de lo que han estado dispuestos a escuchar las nuestras. Hemos desperdiciado el viaje.

—Hemos intentado hacer las paces, David. Desde todas las direcciones posibles. Tenemos la conciencia tranquila. Cuando tomemos las armas, no podrán decir que no les dijimos que lo haríamos y por qué. No podrán decir que no les dimos la oportunidad de elegir otro camino.

Llamaron a la puerta en voz baja y David tiró su periódico a un lado, diciendo:

—Quizá sea el rey. —Y se dirigió a ver.

O tal vez Christine, pensó Carter antes de poder censurar la esperanza. Frunció el ceño hacia la oscuridad, recordándose a sí mismo que ella no sabía que él estaba en Inglaterra y no sabía que debía venir a buscarlo. Por supuesto, era mejor que no lo supiera, y él debería dejar de escudriñar los rostros entre la multitud, buscándola.

—¡Isaac! ¡Maldita sea, me alegro de verte! Pasa, pasa. ¿Cómo estás?

Con el corazón acelerado de repente, Carter se apartó de la ventana para ver a David

bombeando furiosamente la mano de Isaac y arrastrando al hombre a través del umbral.

—Muy bien, señor —decía Isaac—. ¿Y usted?

—Bueno, estoy aquí con Carter —respondió, liberando la mano para hacer un gesto en su dirección—. ¿Hace falta que diga más?

La mirada de Isaac se encontró con la suya y Carter avanzó, sonriendo, con la mano extendida.

—La libertad te sienta bien. Tienes buen aspecto, Isaac.

—Me gustaría poder decir sinceramente lo mismo de usted, señor. Parece... cansado.

No, parecía derrotado y lo sabía. Estrechando la mano de su hermanastro y dándole una palmada en el hombro, cambió de tema.

—Soy Carter, no «señor». Ya no. Además, nunca me pareció correcto.

—¿Cómo está mi madre?

—Bien —contestó Carter, apartándose—. Tan fuerte y obstinada como siempre. Envió algunas cosas para ti con la posibilidad de que pudiéramos encontrarnos. Deja que te traiga el paquete.

Se dirigía a su baúl en el rincón cuando David preguntó:

—¿Cómo está Christine? ¿Le concedió la Corona su petición para Kingscote?

El paso de Carter vaciló y su corazón dio un vuelco, pero reanudó rápidamente su camino, decidido a que nadie supiera lo profundo que seguía siendo el dolor.

—Sí, lo hicieron —respondió Isaac mientras Carter cogía el fardo envuelto en una cuerda —. Es una casa muy bonita para los estándares británicos, y la vi instalarse antes de volver a Londres.

David asentía y parecía muy arrepentido de haber sacado el tema de Christine. Carter sintió

pena por él. Preguntar por ella era algo natural, ya que Isaac había sido el último de ellos en verla. Entregando el paquete a su hermanastro, Carter preguntó lo más despreocupadamente que pudo:

—¿Es feliz?

—No.

Una afirmación rotunda de un hecho cierto. Que le clavaran un cuchillo en el corazón habría dolido mucho menos. Carter esbozó una sonrisa y admitió la verdad que sentía.

—Eso no es lo que quería oír.

—Lo sé —replicó Isaac con un encogimiento de hombros desdeñoso—. Pero ahora soy un hombre libre y no tengo que preocuparme por lo que quieres oír y lo que no.

Sabía lo que se avecinaba; podía sentirlo en el aire.

—¿Alguna vez te ha preocupado mi opinión? —preguntó, forzando una risita y volviendo a acercarse a la ventana.

—La verdad es que no. —Hubo una pausa momentánea, seguida de una respiración profunda. Carter se preparó para soportar las críticas de fuera y la angustia de dentro, y entonces Isaac empezó—: He venido aquí esta tarde porque tengo que decir lo que pienso de todo esto. Lady Christine ha estado en Kingscote pasando cada minuto de sus días y la mayor parte de sus noches poniendo las cosas como las recuerda. Pero su corazón no está en ello. La luz de sus ojos se apagó en el momento en que te alejaste de ella en el muelle de Jamestown.

Oh, Dios. No tuvo que dormir para que ese momento atormentara su mente. La pesadilla le acompañaba constantemente, retorciéndole el corazón. El tiempo no había difuminado la imagen ni embotado un ápice el dolor.

—¿Y crees que debería ir a Kingscote, cogerla y llevármela a casa conmigo? —dijo, avanzando hacia la inevitable conclusión con la desesperada esperanza de terminar la

conversación antes de tener que luchar contra las lágrimas.

—Ella no está en Kingscote en este momento. Ha sido convocada de nuevo a Londres para el juicio que comienza dentro de dos días. Llegó ayer por la tarde.

Su corazón dio una sacudida y la sangre se le disparó por las venas. ¿Christine estaba en Londres?

—¿Cómo lo sabes? —Oyó que preguntaba David.

—Vino a mi despacho a saludarme esta tarde cuando terminó sus reuniones con los abogados.

—¿Le dijiste que Carter estaba aquí?

Su corazón se retorció de miedo incluso cuando su respiración se entrecortó por una esperanza salvaje y tonta.

—No era necesario —respondió Isaac—. Ella ha leído los periódicos. Sabe que estáis aquí y por qué.

Su corazón iba a explotar. Justo después de que sus rodillas cedieran.

— ¿Dijo algo sobre intentar encontrarle? —David continuó.

—¿Por qué necesitaría o querría hacerlo? —preguntó Carter, desesperadamente mirando por la ventana e intentando sonar como si no le afectara la conversación—. Ya no estamos atados el uno al otro.

Isaac se aclaró la garganta.

—Lo que me lleva a la otra razón por la que he venido a verte esta noche. Debes saber que Lady Christine no ha solicitado el divorcio y no tiene la menor intención de hacerlo.

El dolor huyó ante la conmoción y la preocupación. Carter se apartó de la ventana, abandonando la pretensión de despreocupación.

—Me prometió que lo haría.

—No, no lo hizo —contraatacó él—. Yo estaba allí mismo y ella no te prometió nada de eso.

David asintió en silencio, irritado.

La sorpresa y la preocupación dieron paso al enfado.

—¿No dispusiste que un abogado se ocupara de ello como te pedí?

—No. —Isaac metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó el fajo de billetes envueltos en papel que le habían dado en el muelle de Jamestown—. Ella fue inflexible al respecto y tengo que admirar y respetar su decisión. Aquí tienes tu dinero —dijo, arrojándolo sobre el tablero de una mesa cercana—. Dárselo a un abogado sería lo mismo que quemarlo. Sé que tienes mejores usos para él que ése.

Carter se quedó mirando el fajo, con los dientes apretados y el corazón atronando.

—Tiene que divorciarse de mí.

—Sabes —dijo Isaac—, incluso cuando éramos niños, la única forma de hacer las cosas era a tu manera. La mayoría de las veces tu camino es el correcto por todas las razones correctas, así que la gente te sigue la corriente. Pero no siempre tienes razón, Carter. A veces tu camino no es el único camino. Esta es una de esas veces.

—Dios mío —arremetió—. Esto es una cuestión de sentido común y buen juicio. Si no se divorcia de mí, la meterán en Newgate sólo por ser la esposa de un rebelde. Christine es la mujer más inteligente que he conocido. ¿Por qué demonios está siendo tan estúpidamente terca?

—Es una muy buena pregunta —concedió tranquilamente su hermanastro—. Pero, ¿por qué me lo preguntas a mí? ¿Por qué no se lo preguntas a Lady Christine?

Porque no tenía fuerzas para acercarse a ella. Porque la quería tanto y la echaba tanto de

menos que vendería su alma y las trece colonias por tenerla de nuevo. Y al sucumbir al egoísmo, la estaría condenando a una existencia aún más infernal que la del interior de la prisión de Newgate.

—Tiene razón, Carter —dijo.

Miró a uno y otro lado, viendo la expectación en sus ojos. Con un gruñido, se dirigió al perchero y cogió su tricornio de la horquilla.

—¿Vas a ir a buscarla? —preguntó David esperanzado.

—No —espetó, abriendo la puerta de un tirón—. Me voy a la taberna más cercana y voy a beber hasta caer en un maldito estupor.

—Iremos contigo —anunció David, siguiéndole.

—Así, cuando por fin entres en razón, tendrás a alguien que al menos pueda llevarte hasta su puerta y rogarle que te perdone.

—No hay nada que perdonar —replicó Carter.

Pero incluso mientras lo decía sabía que era mentira y que iba a necesitar un océano de cerveza para ahogar sus remordimientos.



Christine caminaba por el salón de su habitación alquilada, de vez en cuando echaba un vistazo a la comida sin tocar que había sobre la mesa. Realmente debería comer; probablemente se sentiría mucho mejor, más capaz si lo hiciera. Pero, como de costumbre, la mera sugerencia hizo que su ya anudado estómago se apretara mucho más. Se detuvo frente a la chimenea y se quedó mirando las llamas, intentando calmar sus nervios.

En realidad era muy sencillo, se dijo a sí misma. Todo lo que tenía que hacer era ponerse la capa, el bonete y los guantes, abrir la puerta y decirle al guardia de la corte que quería hacer una visita social. Él parpadearía por lo tarde que era, pero no diría nada mientras se ponía a su lado y se aseguraba de que llegaba a la Posada del Caballero sin incidentes. Una vez que estuviera allí, sin embargo...

Christine tragó saliva y echó un vistazo a las cajas y baúles apilados en la esquina. Ni una sola vez había dudado o cuestionado su decisión mientras había empaquetado sus pertenencias y se había preparado para venir a Londres. Su camino había sido claro, su objetivo bien definido y seguro en su mente. Pero ahora que se encontraba en el precipicio de pasar realmente a la acción, estaba casi paralizada por un miedo inesperado.

—Y es una tontería —declaró, cuadrando los hombros y apartándose del calor del fuego—. ¿Qué es lo peor que podría pasar? —preguntó mientras marchaba hacia el perchero que había junto a la puerta.

Su paso vaciló en el centro de la habitación. Carter podría decir que en su ausencia había descubierto que no la amaba; que había encontrado a otra mujer y le había entregado su corazón. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y parpadeó, asegurándose a sí misma que no sólo era lo peor que podía ocurrir, sino también la más remota de las posibilidades. No, era mucho más probable que Carter —su apuesto, noble, abnegado y testarudo marido— hubiera pasado los últimos cuatro meses y medio tallando en piedra su propia decisión y se negara a escuchar una palabra de lo que ella dijera.

Tal vez la sabiduría residiera en ser paciente un tiempo más, en confiar en que Isaac hablara en su nombre. O tal vez Carter entraría en razón por sí mismo y vendría a buscarla.

—Y quizá algún día los cerdos vuelen —murmuró.

Sacudió la cabeza y reanudó su camino al perchero. Justo estaba levantando su capa de la percha cuando oyó el bajo rumor de voces en el pasillo de fuera. Se detuvo, escuchando, pero fue

incapaz de distinguir ninguna palabra, de identificar los sonidos como pertenecientes a alguien en particular. Conteniendo la respiración, Christine miró el reloj de la chimenea. Las diez y media. Isaac había dicho que vería a Carter a primera hora de la noche. Tal vez...

Un golpe en la puerta hizo que sus esperanzas se dispararan y que el corazón se le subiera a la garganta.

—Bendito seas, Isaac —susurró alegremente, guardando la capa y abriendo la puerta de golpe.

Su corazón se agitó y su sangre se convirtió en hielo.

—Buenas noches, querida sobrina. ¿Puedo pasar?

Capítulo 28

Mason Everleigh no esperó el asentimiento de Christine. Avanzó, dejándola sin más opción que retroceder apresuradamente para mantenerse fuera de su alcance. Sintió que el corazón le retumbaba frenéticamente en el pecho, pero el parloteo caótico de sus pensamientos era lo único que podía oír. Había cambiado tanto en los meses transcurridos desde la última vez que le había visto. Él iba vestido tan magníficamente como siempre, pero pesaba más, su rostro más rubicundo, y sus brazos y piernas parecían aún más gruesos y cortos que antes. El mayor cambio, sin embargo, estaba en sus ojos. El azul era más brillante, casi transparente. Y a través de ellos vio el parpadeo salvaje de la desesperación y la locura. Se le heló la sangre otro doloroso grado.

—¿Qué haces aquí, tío Mason? —se oyó preguntar.

—Una pregunta bastante ingenua, ¿no crees? —respondió él, haciendo una pausa para empujar la puerta para cerrarla tras de sí.

El frío clic de la llave en la cerradura hizo que sus pensamientos se aceleraran. ¿Dónde estaba el guardia? Su tío solo no podría haber dominado al hombre más joven y fuerte. Dios mío, ¿qué iba a hacer? No podía pasar corriendo por delante de él. Para cuando consiguiera desbloquear y abrir la puerta él estaría sobre ella. E incluso si por algún milagro lograba llegar al vestíbulo, era seguro que se precipitaría a los brazos de los secuaces de su tío.

¿Gritar? La posada era vieja y las paredes gruesas. Nadie la oiría. E incluso si lo hacían,

cualquier salvador llegaría demasiado tarde para ayudarla. Necesitaba ralentizar las cosas. Tenía que tener tiempo para pensar, para buscarse un arma.

Necesitó todo el control que tenía para obligarse a avanzar hacia el hogar mientras observaba con calma:

—Me dijeron que estaba bajo arresto domiciliario.

—Lo estoy —respondió con una sonrisa lo suficientemente amplia como para tensar la ancha y fea cicatriz que le cruzaba la frente—. Pero es una casa grande con muchas puertas, y los guardias de esas puertas son sólo hombres. Uno o dos de ellos estarán encantados de mirar hacia otro lado por un precio. Y no te acerques al hogar, Christine. Recuerdo bien la última vez que tuvimos reunidos.

Al igual que ella. Y no parecía estar mejor armado esta vez que la última.

—Deberías saber que Carter, mi marido, viene hacia aquí. —Se tiró un farol, esperando que el hecho de que ella lo deseara allí lo atrajera—. No se saldrá con la suya haciéndome daño.

—¿Dañarte? —resopló él, avanzando—. Querida sobrina, tengo la intención de matarte. Y como tu patán colonial no está ahora aporreando la puerta, tendré tiempo suficiente para hacerlo.

¿Matarla cómo? se preguntó. ¿Con sus propias manos? ¿O tenía una pistola o un cuchillo bajo su levita? Un cuchillo...

—Matarme no va a suponer que se retiren los cargos contra usted. —Le recordó ella, muy despacio, muy despreocupadamente retrocediendo hacia la mesa y su comida sin tocar—. No soy la única a la que la Corona ha llamado a declarar contra usted.

—La traición es totalmente imperdonable —declaró él, sin apartar su mirada azul aguada de la de ella mientras metía la mano en el bolsillo y se acercaba un paso más.

Ella le vio coger el extremo de un pañuelo de seda roja en cada una de sus manos. Así que iba a ser estrangulamiento. Lo que requeriría que estuviera muy cerca. Christine se acercó a la

mesa, imaginándose mentalmente los diversos objetos que había sobre ella. La vajilla era pesada. La tetera tenía un asa que facilitaría el balanceo. Y estaba el cuchillo, muy robusto pero servicial, colocado a la derecha del plato. Bendita sea la carne británica por ser tan dura como era.

—Nadie me vende por treinta monedas y vive para disfrutarlas —dijo su tío, tensando la tela. Sonrió al oírlo y repitió el gesto al tiempo que añadía—: Una de las ventajas de tener una gran riqueza es que te comprará justicia en la forma que desees. Puedo asegurarte que no serás la única testigo encontrada muerta a la luz de mañana, querida sobrina.

—Somos decenas. Es imposible que nos mate a todos en una sola noche. —Señaló ella, sabiendo incluso que ninguna lógica penetraría en la locura que envolvía su mente.

—Sí, en efecto, eso sería imposible. Así que decidí que contrataría el resto del trabajo y me ocuparía personalmente de impartir justicia sólo para la más personal de todas las traiciones. Esa serías tú, Christine.

—Me siento honrada —dijo secamente mientras su trasero conectaba con el borde de la mesa.

—Como bien deberías estarlo —replicó su tío, volviendo a descorrer el pañuelo y avanzando otro paso—. Ya he invertido una considerable cantidad de tiempo y dinero en librarme de ti. Si tan sólo ese idiota de Virginia hubiera sido medianamente competente.

—¿Lauren? —preguntó ella, observando a su tío, intentando mantener su atención en la conversación para que no se desviara hacia la consideración de lo que podría haber detrás de ella y a su alcance.

Acortando lentamente la distancia entre ellos, él se encogió de hombros.

—No recuerdo su nombre. No me preocupo por esos detalles innecesarios. Hice averiguaciones con mi gente en Jamestown, y encontraron una situación que encajaba perfectamente con mis objetivos. Si el tipo hubiera hecho lo que debía, no habrías estado

disponible para responder a la llamada de la Corona.

Christine se obligó a tragar saliva y a permanecer donde estaba, a esperar a que él se acercara lo suficiente.

—Si puedo preguntar... ¿por qué chantajeaste a Carter para que se casara conmigo? ¿Por qué no con Lauren?

—Mi gente creía que el Tremayne más joven, el que afortunadamente me debía grandes sumas de dinero, era de carácter tan débil que lo confesaría todo si se sospechaba que estaba implicado en el repentino fallecimiento de su esposa.

Se detuvo, con los bordes inferiores de su levita rozando la amplitud de su falda.

—El hermano mayor —prosiguió—, no sería capaz de hacerlo en las mismas circunstancias. Su único propósito era aislarme de toda sospecha.

—No tendrá a nadie que le exonere de los crímenes de esta noche —dijo Christine sin aliento, inclinándose ligeramente hacia atrás como si quisiera alejarse de él. Deslizando las manos por detrás de sí misma, hizo ademán de intentar utilizar la mesa para no caerse—. La Corona sabrá quién está detrás de mi muerte y de las muertes de todos los demás. No podrá salirse con la suya.

—Cierto, pero puedo escapar de Inglaterra —admitió mientras le pasaba el centro del pañuelo de seda por la cabeza. La fresca tela se deslizó sobre su nuca desnuda mientras él añadía —: Cuando acabemos con nuestros asuntos aquí, embarcaré rumbo a Argelia. La justicia inglesa no llega al norte de África.

Había cruzado los extremos y estaba tensando la seda cuando los dedos de ella se cerraron en torno al asa de la tetera.

—No necesito cuidadores —gruñó Carter cuando se acercaba al final de la escalera—. Y estoy completamente seguro de que no necesito público.

—Prometemos —replicó secamente David desde detrás de él—, irnos en cuanto te deje entrar.

—Confiando en ti, por supuesto —añadió Isaac—, para hacer lo correcto en nuestra ausencia.

—Por supuesto —asintió Carter con firmeza. Tenía toda la intención de hacer lo correcto, de decir lo que había que decir. Los cuatro meses y medio sin Christine habían sido los más desgraciados de su vida, pero no habían alterado su decisión más de lo que lo habían hecho las pintas de cerveza y la persuasión a veces poco amistosa. Tampoco es que las palabras de Isaac y David hubieran cambiado nada. Cuando había salido de sus habitaciones sabía que iba a acabar aquí, que no tenía elección.

Christine estaba a salvo en Inglaterra. La guerra se acercaba. Era inevitable y Christine necesitaba estar fuera de peligro. Y por su propia seguridad, tenía que quedarse en Inglaterra y tenía que divorciarse de él. De un modo u otro, iba a convencerla de esas certezas antes de que acabara la noche.

Subió el último de los escalones, llegó al segundo piso y giró para empezar a recorrer el pasillo iluminado por la luz de las lámparas de su derecha. Delante de él, a mitad del pasillo, un hombre bien vestido yacía desplomado en el suelo. Otro hombre, fornido y de cejas gruesas, estaba recostado contra el marco de la puerta a su lado, aparentemente despreocupado por el bienestar de su compañero.

Carter se quedó helado, instantáneamente receloso, su mirada barriendo rápidamente el pasillo. Sólo un hombre. Abrigo desaliñado, medias mal remendadas, botas cortas maltrechas. Un hombre que no pertenecía a este lugar. Una mirada perezosa hacia arriba, luego un

sobresalto. El hombre se enderezó rápidamente, dando un paso hacia el vestíbulo como para bloquearlo y lanzando luego una mirada nerviosa hacia la puerta.

—Esto no me gusta —dijo David en voz baja desde detrás del hombro derecho de Carter.

—Según los números —dijo Isaac en voz igual de baja desde su izquierda—, esa puerta sería la de Lady Christine.

La certeza y la horripilante posibilidad se fundieron al instante en la mente de Carter. Christine estaba en Londres para testificar contra su tío. El tío que una vez había intentado matarla para evitar que lo hiciera. Si volvía a intentarlo antes de que fuera demasiado tarde... El hombre del suelo era probablemente el guardia designado por el tribunal, y el hombre que parecía un matón a sueldo...

Carter se movió instintivamente, con el único pensamiento de llegar hasta Christine antes de que fuera demasiado tarde. El desconocido se mantuvo firme, pero sólo hasta que el puño de Carter conectó con el centro de su cara. Aún estaba cayendo cuando Carter giró hacia la puerta, agarró el pomo, lo giró y lanzó su hombro contra el panel de madera maciza. El mecanismo chirrió y la madera gimió, pero no le concedió la entrada.

Podía oír las voces de Isaac y David, pero sus palabras no eran más que un bajo rumor que se perdía en el ajetreo de los frenéticos latidos de su corazón. Apartándose de la puerta, centró su atención en un punto situado justo a la izquierda del picaporte. Y entonces la pateó con toda la fuerza y determinación de su cuerpo.

Se astilló en trozos largos y dentados y se descolgó del marco mientras el mundo se detenía. Christine estaba en el centro de la habitación, mirándose las manos cubiertas de sangre. Su vestido estaba empapado de ella. Demasiada sangre. Demasiada para sobrevivir mucho tiempo a su pérdida. Dios mío, había llegado demasiado tarde.

Ella levantó entonces la vista, su mirada se encontró lentamente con la de él. El reconocimiento parpadeó y a su paso lágrimas silenciosas se derramaron sobre sus pestañas.

Deseó que la distancia entre ellos desapareciera y así fue. Las manos de ella estaban en las de él y buscaba desesperadamente la herida, exigiendo:

—¿Dónde estás herida, Christine? Dime dónde.

—Estoy bien —dijo ella débilmente, con la voz temblorosa—. Es su sangre.

¿Suya? empezó Carter, dándose cuenta de que, una vez que la había visto, no había pensado en su agresor. Rápidamente miró por encima de su hombro y se hundió aliviado al ver a David de pie entre ellos y la figura que yacía inmóvil como una piedra en un charco de sangre cada vez más grande.

—Mi tío —dijo en voz baja cuando Carter se volvió hacia ella—. Intentaba matarme. —Lo que quedaba de su compostura se desmoronó. Temblores sacudieron su cuerpo y un sollozo se atascó en lo más profundo de su garganta mientras un nuevo torrente de lágrimas se derramaba sobre sus mejillas. Ante su necesidad, toda su resolución y sus buenas intenciones se deshicieron.

—David —empezó él, cogiéndola en brazos y llevándola hacia el dormitorio.

—Isaac ha ido a buscar a los alguaciles —respondió su amigo con crudeza—. Es demasiado tarde para mandar llamar a un médico. Ocúpate de Christine y yo me las arreglaré aquí.

Christine suspiró y dejó que se le cerraran los ojos, demasiado agotada para pensar, demasiado débil para moverse por sí misma. Carter estaba allí y la horrible pesadilla había llegado a su fin. Era lo único que importaba ahora. Ella estaría bien. Su mundo se arreglaría y volvería a la normalidad. Carter había venido por ella. La amaba. Podía sentirlo envolviéndola e irradiando a través de ella. Estaba en sus brazos y nunca más la dejaría marchar.

—Quiero irme a casa, Carter —susurró ella en la curva de su cuello.

—Y lo harás, cariño —prometió él, colocándola suavemente en el centro de la cama—. Lo harás.

Él se echó hacia atrás y ella intentó protestar por su marcha, pero no pudo hacer que las palabras salieran de su lengua. Sus miembros estaban plomizos y sus ojos no se abrían.

—Duerme ahora y hablaremos más tarde —dijo él suavemente mientras le daba un beso en los labios—. Estaré aquí cuando despiertes.

Lo estaría. Ella lo sabía hasta el centro de su alma. Y mientras estuvieran juntos, ella tendría la fuerza y el valor para afrontar lo que pasara después. Lo peor había pasado. Había aguantado y sobrevivido. Se iba a casa. Con Carter. A Biltmore.



Christine se despertó con un sobresalto, sin saber ni por un momento dónde estaba. La primera luz de un nuevo día se colaba por la pequeña rendija entre los paneles de la cortina. Ella se sentó en la cama y se quedó mirándola fijamente, esperando a que le llegara una sensación de lugar. La fría corriente de aire sobre sus hombros la hizo volver lentamente en sí. No llevaba puesto su habitual vestimenta para dormir. No llevaba nada puesto. Aún más extraño, no recordaba haberse retirado anoche. Era realmente muy extraño. Volvió la vista hacia la ventana y estudió la tela de las cortinas.

¿Londres? Sí, ella…

Las compuertas de la memoria se abrieron y la inundaron. Su tío. El pañuelo. La tetera y su rabia. El tacto y el sonido enfermizos del cuchillo cuando se arrojó sobre ella, sobre ella. Y la sangre. Dios, la sangre. Por todas partes. El calor y el olor de la misma. La expresión de su cara cuando había retrocedido tambaleándose, con las manos enrojecidas.

Carter había estado allí. Su apuesto marido, atravesando la puerta astillada, tomándola en sus brazos. Después de aquello...

Con el corazón latiéndole con fuerza, Christine miró alrededor de la habitación, esperando encontrarle allí y ahogando un grito de decepción al no hacerlo. No, no podía haberlo soñado, se aseguró a sí misma mientras echaba hacia atrás las mantas. Sus pies golpearon el frío suelo y se detuvo, con la mente acelerada.

Su bata se había empapado de sangre; eso sí lo recordaba. Se miró las manos. Limpias. Carter tenía que haberla desvestido y bañado. ¿Quién más lo habría hecho? No recordaba haberlo hecho por sí misma, no recordaba nada después de que él la hubiera envuelto en sus brazos, excepto una sensación de estar por fin a salvo.

Echó un vistazo a la habitación, pero no vio rastro del vestido por ninguna parte. De hecho, todo lo que había llevado anoche había desaparecido sin dejar rastro. Ni las medias, ni las varillas, ni el cambio, ni las enaguas. ¿Se lo había llevado Carter todo? ¿Seguía aquí? ¿Había vuelto en sí? ¿Había venido a llevarla a casa?

Un retazo de memoria, brumoso y tenue, acudió a ella. Su propia voz diciéndole que quería volver a casa. Carter prometiéndole que la llevaría.

Christine se encaminó hacia la puerta del salón, con el corazón lleno de esperanza y emoción. Se detuvo a medio camino de la habitación y frunció el ceño. Su tío había muerto a manos de ella. Había muchas posibilidades de que los alguaciles de Londres estuvieran esperando con Carter. La primera pregunta que se les ocurriría hacerle sería si tenía por costumbre irrumpir desnuda en las habitaciones.

Sonriendo, corrió hacia el armario y sacó la ropa más fácil que pudo ponerse.



Carter desvió la mirada de la ventana para encontrarla de pie en la puerta de la alcoba,

estudiándole en silencio, con el cabello alborotado sobre los hombros, la turgencia de sus pechos envueltos en el lino de la camisa, la longitud de sus piernas y la curva de sus caderas encajonadas en la piel de ante de los calzones. Y pensar que en un tiempo le había horrorizado su ropa de chico.

Llenó sus sentidos con ella incluso cuando su cerebro le recordaba una vez más que no podía tenerla y que el precio que pagaba por venir aquí era que su corazón se rompiera de nuevo. Pero era uno que estaba dispuesto a pagar por la oportunidad de volver a mirar aquellos hermosos ojos, de intentar una vez más protegerla de la única forma que sabía.

Si tan sólo pudiera envolverla en su amor y saber que sería suficiente para mantenerla a salvo. Apartó la mirada de ella, sin querer que viera sus remordimientos y su miseria, sin saber qué decir ni cómo empezar.

Christine observó cómo la tristeza se instalaba en sus facciones, y la esperanza que la llenaba se marchitó. No estaba aquí para decirle que se había equivocado, para pedirle que volviera a Kingscote con él. Se quedó helada, deseando desesperadamente correr hacia él y arrojarse a sus brazos. Y con las mismas ganas de encontrar algo pesado y arrojárselo. Incapaz de decidir qué quería hacer más, permaneció donde estaba, tragándose su angustia.

Tras un largo momento, señaló la puerta principal y dijo:

—Como puedes ver, ya la han sustituido. Y puesto el lugar en orden. —El silencio se tensó entre ellos y él se apartó de la ventana, preguntando—: ¿Estás bien, Christine?

Ella asintió, se tocó el labio inferior con la punta de la lengua y preguntó:

—¿Dónde están los alguaciles?

—Han estado aquí y se han ido —contestó él, enganchando los pulgares en la cinturilla de sus calzones—. El matón a sueldo de tu tío les dijo todo lo que necesitaban o querían oír. David fue con ellos para hacer el papeleo necesario. Isaac le acompañó para enseñarle un poco de

Londres cuando terminaran. David me pidió que te dijera que la corte te enviará algo oficial mañana. —Miró hacia la ventana y sonrió débilmente—. Algo que te libera de cualquier obligación de permanecer en Londres.

—Así que seré libre de volver a Kingscote. —Aventuró ella, necesitando saber lo que él estaba pensando y esperando desesperadamente oírle protestar.

—Sí.

Ninguna palabra la había herido tan profundamente. El orgullo era lo único que le impedía huir.

—¿Por qué estás aquí, Carter?

Él miró por la ventana mientras respondía:

—David y yo fuimos enviados a hablar con empresarios británicos en Londres para ver si podíamos conseguir que hicieran que el Rey y el Parlamento ejercieran su buen juicio.

—Sí, lo sé. He leído los periódicos —dijo ella, exasperada, conociendo una evasiva cuando la oía—. Pero, ¿por qué viniste a mi habitación anoche?

Cuadrando los hombros, por fin se encontró de nuevo con su mirada. Con la mandíbula del mismo granito duro que había tenido la mañana en que ella le había visto por última vez, respondió:

—Isaac pasó por la posada ayer por la noche. Me dijo que no tienes intención de pedir el divorcio.

Ah, ahí estaba. El divorcio. Había venido a ver terminado lo que había empezado en el muelle de Jamestown. Ella se lo había puesto fácil aquel día; había estado demasiado herida y asustada y confusa para oponer una verdadera lucha. Esta vez no iba a salir ileso. Ella no había estado enfadada aquella mañana. Ahora lo estaba.

—Creo que a Isaac le ha ido bastante bien como liberto. ¿No crees?

Sus ojos se habían vuelto del color del acero. A pesar del vello que se le erizaba en la nuca, Carter mantuvo tenazmente su rumbo y respondió:

—Tiene buen aspecto. Olvidé preguntarle por su trabajo. ¿Por qué no haces lo más sensato?

—¿Y Mary y Ruth? —preguntó ella con despreocupación—. ¿Cómo están? ¿David ya le ha pedido a Mary que se case con él?

—Están bien —respondió él, luchando por contener una ardiente mezcla de hambre y rabia mientras la observaba deambular hacia el hogar—. Y sí. La boda será esta primavera. Ahora responde a mi pregunta. ¿Por qué no pides el divorcio?

—Te ofrecería una taza de té —dijo ella, sin molestarse en mirarle mientras se calentaba las manos ante el fuego—. Pero le rompí la tetera en la cabeza a mi tío. No es que fuera del todo apetecible a estas alturas aunque no lo hubiera hecho. Puedo pedir que te envíen algo si quieres.

Christine se sobresaltó cuando una almohada del sofá pasó a su lado, golpeando la repisa de la chimenea frente a ella, mientras desde detrás de ella él bramaba:

—¡Maldita sea!, ¡Christine! ¡Háblame!

Ella se dio la vuelta, furiosa.

—¿Por qué tengo que hablar? —exigió, marchando hasta situarse codo con codo con él. Ladeando la cabeza para encontrarse con una mirada tan furiosa como la suya, siguió adelante, sin importarle el daño que hiciera con sus palabras.

—No hablas, Carter. Y tampoco escuchas —acusó—. Emites decretos y se espera que todos obedezcan. Decides lo que es importante y lo que no, y lo que piensen o sientan los demás no importa. Hace casi cinco meses estuvimos en el muelle de Jamestown y tú hiciste uno de tus pronunciamientos de rey. Debía irme a Inglaterra, pedir el divorcio y ser feliz. Lo que yo quisiera

no importaba. El rey Carter decretó y yo debía ver su sabiduría y obedecer.

Hizo una pausa para tomar aliento y luego, clavándole un dedo en el centro del pecho, declaró:

—Pues bien, no voy a obedecer y no hay nada que puedas hacer al respecto. —Se dio la vuelta y marchó hacia la alcoba, diciendo—: ¡Si quieres té, mándalo a buscar tú mismo!

Carter la observó alejarse, atónito, con el corazón desbocado. Santo cielo. No tenía ni idea de que ella veía sus decisiones como presuntuosas y despiadadas. Él había pensado que había dejado muy claros sus motivos aquel día. Ella tenía que entenderlo; él no podía soportar su resentimiento.

Se detuvo justo delante de la puerta de la alcoba.

—Christine, todo lo que he hecho... —Se le hinchó la garganta y tragó con fuerza para aclararla, para decir—: Todo lo que quiero es que estés a salvo.

De espaldas a él, ella le preguntó en voz baja:

—¿Qué importa estar a salvo cuando eres tan miserablemente infeliz que preferirías estar muerta?

No importaba. Vivir no merecía la pena si ni siquiera había en ello la esperanza de la felicidad. Él lo había sabido antes de que ella entrara en su vida, y había vuelto a aprender la lección el día que la había echado. Pero ni una sola vez desde entonces se había parado a considerar que el dolor de ella podía ser tan profundo como el suyo, su angustia tan cruda, su vida igual de vacía para siempre. Había estado tan malditamente envuelto en su propia miseria que no había pensado en la de ella. Era un egoísta. Culpable de todos los crímenes insensibles y pomposos de los que ella le había acusado.

—¿Qué te haría feliz? —preguntó, dispuesto a hacer o decir cualquier cosa, a conceder cualquier petición que ella le hiciera.

—¿Para que puedas decretarlo por mí? —preguntó ella.

Se merecía esa bofetada. Y él invitaría y soportaría mil más de ellas si eso era lo que hacía falta para que ella hablara con él, para que le contara lo que había en su corazón.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste feliz, Christine?

—Cuando me cogiste en tus brazos anoche y me trajiste aquí —respondió ella, con la voz temblorosa por las lágrimas—, y pensé que habías venido para llevarme a casa.

El alivio le inundó. Aún quedaba camino por recorrer, pero por fin estaban cerca de solucionarlo. Carter dio un paso adelante, colocando suavemente sus manos sobre los hombros de ella.

—He sido un maldito tonto —confesó.

Girándose bajo sus manos, ella le miró desafiante, con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Sí, lo has sido. Y yo he sido una tonta por dejarte salirte con la tuya tanto tiempo.

No, había sido una santa al soportar las consecuencias de su estupidez. Acunando su rostro entre las manos, le apartó suavemente las lágrimas con la yema de los pulgares.

—¿Podrás perdonarme alguna vez por lo que nos he hecho? ¿Por el dolor que te he causado?

El desafío abandonó sus ojos y la esperanza que apareció en ellos llenó su corazón.

—¿Todavía me quieres? —susurró ella.

Él le respondió con un beso, tierno por la disculpa, feroz por un hambre demasiado tiempo negada. Con un gemido, ella se fundió en él, sus brazos enroscándose alrededor de su cuello, su amor y su perdón sanando su corazón y su alma.

Christine sonrió cuando Carter se movió suavemente a su lado en la cama, maldijo suavemente, encontró una de su botas y luego la tiró a un lado. Recogiéndola de nuevo entre sus brazos, la estrechó y le susurró:

—Te quiero, Christine. Lo haré hasta el día de mi muerte.

—Y yo a ti —respondió ella, colocando la mano sobre su corazón.

Cubriendo su mano con la suya, suspiró satisfecho.

—Creo que es justo recordarte que no tengo absolutamente nada que ofrecerte excepto esperanza, mi amor, una bancarrota inminente y la posibilidad real de cometer traición. Si quieres replantearte tu compromiso de una vida conmigo, lo entenderé.

Ella sacudió la cabeza en los tiernos confines de su abrazo.

—La esperanza y el amor son todo lo que importa, Carter. No necesito nada más que eso para ser feliz.

—Si está segura... —Él vaciló y luego preguntó—: ¿Vendrá a casa conmigo, señora Tremayne?

Fueron las palabras más queridas que ella había oído nunca. Ella sonrió y se acurrucó más cerca de él, escuchando, sintiendo, el latido firme y fuerte de su corazón y descubriendo una verdad fundamental.

—El hogar no son ladrillos, tablas y cristales, Carter. Está donde tú estés.

—Es bueno que lo veas así, cariño —dijo él, dándole un beso en el pelo—. Porque lo más probable es que estés viviendo conmigo en una tienda de campaña militar antes de que acabe el próximo año. La guerra se acerca.

Su mayor esperanza, su mayor temor. Apoyándose en el codo, Christine miró su apuesto rostro, ensombrecido por la barba.

—Y yo estaré a tu lado el día que llegue la guerra. Lo que necesites que haga en defensa de la libertad, lo haré. Adonde vayas, Carter, iré contigo. Pase lo que pase, nunca más me iré de tu lado.

Ella era la luz más magnífica que había entrado en su vida, y pasaría el resto de ella asegurándose de que ni una sola vez se arrepintiera de amarle.

—Siempre juntos, Christine —prometió en voz baja—. De hoy en adelante. Pase lo que pase.

---

[1] In absentia es una locución latina que significa ‘en la ausencia de’.